

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS



Z-466

VERANO 1985

II EPOCA

N.º 20

PERSPECTIVAS DE LA IZQUIERDA EUROPEA

H. Ehmke, G. Napolitano, Ll. M. de Puig

ESPAÑA Y
LA UNIÓN EUROPEA
Luis Planas

LAS ARMAS
ESPACIALES
Rafael Dezcállar

LA ETICA EN UNA
CULTURA POSFILOSÓFICA
Victoria Camps

TRANSFORMACIONES DE
LA CULTURA MODERNA
Eduardo Subirats

PARADOJAS Y NARRACIONES
Carlos Thiebaut

DE ROTULOS Y PINTURAS
Valeriano Bozal

AUGUSTO
ROA BASTOS
Entrevista

MARVIN
HARRIS
Entrevista



Leviatán

Revista de hechos e ideas





INDICE

Presentación	5
ACTUALIDAD	
Berlinguer y la izquierda europea. <i>Horst Ehmke</i>	7
Hacia nuevas perspectivas. <i>Giorgio Napolitano</i>	15
La izquierda y Europa. <i>Lluís M. de Puig</i>	21
España y la unión europea. <i>Luis Planas</i>	31
Las armas espaciales. <i>Rafael Dezcállar</i>	39
La política industrial española de defensa. <i>Ángel Viñas</i>	53
ENTREVISTA	
Marvin Harris	65
ANÁLISIS Y DEBATE	
La ética en una cultura posfilosófica. <i>Victoria Camps</i>	79
Transformaciones de la cultura moderna. <i>Eduardo Subirats</i>	85
Paradojas y narraciones. <i>Carlos Thiebaut</i>	93
De rótulos y pinturas. <i>Valeriano Bozal</i>	101
NOTAS	
Iglesias, Morato y otros socialistas. <i>Manuel P. Ledesma</i>	107
Nota del traductor. <i>Fernando de Valenzuela</i>	110
LITERATURA	
Entrevista con Augusto Roa Bastos. <i>Javier M. González</i>	115
LIBROS	
Antonio G. Santesmases, Luis Pasamar, Miguel Porta, Santiago Sánchez Torrado, M. Dolores Castrillo	121



Leviatán

Revista de hechos e ideas

Fundada en 1934 por Luis Araquistain

Director:

Salvador Clotas

Comité de Dirección:

Antonio G. Santesmases	Julio R. Aramberri
Ludolfo Paramio	Santiago Roldán
M. Reyes Mate	Miguel Satrústegui
Ramón Vargas-Machuca	

Comité Asesor:

Pedro Altares	F. Fernández Santos
Joaquín Arango	Salvador Giner
Carlos Barral	Enrique Gomáriz
Carlota Bustelo	J. A. González Casanova
J. María Castellet	E. Haro Tecglen
Fernando Claudín	Francisco Laporta
Elías Díaz	Marta Mata
M. A. Fernández Ordóñez	J. Martínez Reverte
X. Rubert de Ventós	

Coordinador:

Manuel Ortuño Armas

Secretaria de Redacción:

Mary Carbone

Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos. LEVIATAN no se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre los mismos.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30.

28010-Madrid. Tel.: 410 46 96.

D. Legal: SE. 466-1978. I.S.S.N.: 0210-6337.

Distribuye: Siglo XXI de España, S. A. - C/. Plaza, 5 - 28033-Madrid.

Imprime: MARIARSA, Impresores - Tomás Bretón, 51 - 28045-Madrid.

Esta Revista es miembro de ASEI.



Publicamos en este número de *Leviatán* dos artículos que han sido ampliamente difundidos en Europa, tanto por la personalidad política de sus autores como por el tipo de planteamientos que se manifiestan en ellos y que interesan a toda la izquierda europea. Horst Ehmke (*Berlinguer y la izquierda europea*), vicepresidente del Grupo Parlamentario Socialdemócrata (SPD) en la República Federal de Alemania, parte del análisis de los impulsos políticos que dio al Partido Comunista Italiano (PCI) su anterior secretario general, Enrico Berlinguer, para llegar a la identificación de idénticos temas centrales en el SPD y el PCI para la revisión de sus respectivos programas políticos. Giorgio Napolitano (*Hacia nuevas perspectivas*), dirigente del PCI, insiste en la argumentación de Ehmke y afirma que ha llegado el momento de multiplicar encuentros bilaterales e iniciativas de búsqueda y debate entre los más importantes partidos de la izquierda europea. Por su parte, Lluís M. de Puig (*La izquierda y Europa*) se refiere en su artículo a la idea

PRESENTACION

de la izquierda sobre un futuro europeo en común.

Desde una óptica española, Luis Planas (*España y la Unión Europea*) estudia la incorporación de nuestro país al ámbito comunitario, cuando éste tiene ya más de treinta años de rodaje, y el papel de España en la necesidad de realizar importantes esfuerzos por la Unión Europea. Rafael Dezcállar (*Las armas espaciales*) analiza la llamada Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI) expuesta en 1983 por el presidente Reagan, también conocida como la «guerra de las galaxias», y en qué forma incide en cualquier tipo de conversaciones entre las potencias. Cierra la sección de *Actualidad* en este número el trabajo de Angel Viñas (*La política industrial española de defensa*) en donde, después de un repaso histórico sobre el desarrollo del sector industrial de la defensa en España, entra en el análisis de lo que ha sido la experiencia socialista en estos tres últimos años.

Publicamos en este número una extensa *entrevista* con el antropólogo *Marvin Harris* en la cual, además de sus opiniones sobre la «antropología cultural moderna», hace balance de lo que ha sido su trayectoria profesional y sus últimos libros publicados.

A finales del mes de mayo pasado, la Fundación Pablo Iglesias y *Leviatán* organizaron una serie de mesas redondas y coloquios bajo el título «¿Crisis de la modernidad?». De las ponencias y trabajos presentados hemos escogido cuatro para su publicación en la sección de *Análisis y debate*: los de Victoria Camps (*La ética en una cultura posfilosófica*), Eduardo Subirats (*Transformaciones de la cultura moderna*), Carlos Thiebaut (*Paradojas y narraciones*) y Valeriano Bozal (*De rótulos y pinturas*).

En la sección de *Notas*, Manuel Pérez Ledesma (*Iglesias, Morato y otros socialistas*) hace un comentario conjunto de algunas publicaciones recientes que tratan

PRESENTACION

sobre los primeros socialistas españoles. Por su parte, Fernando de Valenzuela (*Nota del traductor*) se refiere en su artículo al abuso de aquéllo que la tradición editorial ha dado en llamar «nota del traductor», y a la importancia, no siempre entendida, del papel de los traductores.

Augusto Roa Bastos ha estado recientemente en Madrid asistiendo a un con-

greso de jóvenes escritores latinoamericanos. Hemos aprovechado su estancia entre nosotros para conversar con él en torno a su obra y a la situación de la cultura en el Paraguay.

Antonio G. Santesmases, Luis Pasamar, Miguel Porta, Santiago Sánchez Torrado y M. Dolores Castrillo completan la sección de *Libros*.

BERLINGUER Y LA IZQUIERDA EUROPEA

Horst Ehmke



Enrico Berlinguer murió el 11 de junio de 1984 en Padua, a consecuencia de un derrame cerebral sufrido pocos días antes, cuando estaba pronunciando un discurso electoral en la campaña para las elecciones al Parlamento Europeo. La enfermedad y muerte del secretario general del Partido Comunista de Italia (PCI) tuvieron una resonancia inmensa, mucho más allá de sus amigos y simpatizantes políticos: el papa Juan Pablo II rezó por él; el presidente Pertini acompañó el cadáver en su viaje a Roma «como a un hermano, amigo, compañero de lucha», y millón y medio de compatriotas le rindieron homenaje en la mayor manifestación masiva de la vida republicana de Italia.

Todo esto no sólo refleja el hecho de que el muerto fuera el líder del mayor y más influyente partido comunista en Occidente, con 1.600.000 afiliados y más del

30 % del electorado. Los actos de homenaje reflejan también el respeto a Berlinguer como persona, a su acción y estilo políticos. Dirigió el PCI durante 15 años,

a partir de 1969, primero como secretario general encargado durante la enfermedad de Luigi Longo y, a partir de 1972, como su sucesor. En este período contribuyó de manera significativa a la «secularización» del comunismo italiano y su «europeización», es decir, a la transformación del PCI —no siempre continua— en un partido occidental desde el punto de vista político y cultural.

No pretendo, en el presente artículo, apreciar las cualidades personales de Berlinguer, aunque reconozco la importancia de ellas para su impacto político: la gran impresión que causaba su serenidad, el fuerte contenido moral de sus convicciones, su capacidad de escuchar y aprender en conversaciones con personas de creencias diferentes. Como dijo Piet Dankert en su discurso fúnebre, su fe en la posibilidad de un cambio reformista unía ideas realistas con visiones de futuro. Todo esto caracterizó también los numerosos contactos entre socialdemócratas alemanes y Berlinguer, desde los últimos años de la década de los 60 cuando se estaba formulando la nueva política hacia el Este y luego, en los 70, en torno a problemas de las relaciones entre Este y Oeste así como del papel de Europa en el mundo.

Centraré mi atención en la cuestión de los impulsos políticos (y los límites de éstos) que Berlinguer dio al PCI para encaminarlo hacia la concepción del socialismo democrático. Sin duda, el proceso de transformación no ha concluido. Tampoco el PCI pretende ser candidato para afiliarse a la Internacional Socialista. Sería ahistórico querer olvidar el hecho de que el PCI es producto de la Revolución de Octubre y que desea conservar su identidad específica como partido comunista aún bajo distintas condiciones. Ciertamente su evolución es de importancia vital para la izquierda europea en su conjunto.

Cuando Berlinguer afirma que seguirá siendo comunista a pesar de todas las ten-

**El PCI es producto
de la Revolución de Octubre
y desea conservar su identidad
específica como partido
comunista.**

dencias convergentes de la izquierda de Europa occidental, nos merece tanto respeto como cuando critica reiteradamente a la socialdemocracia internacional que, sin desconocer su éxito en la extensión del Estado social, no ha podido superar el capitalismo en ninguna parte. Pero habrá que preguntar, asimismo, qué es lo que distingue la práctica reformista del PCI de la práctica socialdemócrata.

En todo caso, la reorientación teórica y política práctica del PCI representa uno de los capítulos más fascinantes de la historia del movimiento obrero europeo. Apoyándose en la importante labor previa de Togliatti y Longo, el partido realizó bajo el espíritu rector de Berlinguer un «nuevo salto cualitativo» al desvincularse del contexto histórico del comunismo fijado en Moscú, aceptando los principios políticos centrales del orden democrático en los países industrializados de Occidente. Los duros ataques soviéticos contra la dirección del PCI indican claramente que no se trata de una maniobra táctica para alcanzar el poder, sino de un cambio fundamental y duradero de la esencia y finalidad del comunismo italiano. La aceptación de la cooperación europea y atlántica de su país en el contexto de la Comunidad Europea y la OTAN es sólo un aspecto de ese cambio profundo.

El Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) y sus partidos hermanos de Europa occidental han seguido ese cambio con especial atención, y en el Parlamento Europeo se produjeron votaciones conjuntas en varios campos. Más allá del fortalecimiento democrático, este cambio abre la perspectiva de eliminar la esencia de la división del movimiento obrero de Europa occidental, la cual ha sido fatal desde muchos puntos de vista. Así, contribuyó muy significativamente al triunfo del fascismo en Italia y Alemania.

Centraremos nuestra atención en las tres áreas ya mencionadas: las relaciones

con Moscú, la posición frente a la democracia (incluyendo la interna del PCI) y la posición ante la cooperación europea y atlántica. En todas ellas, Berlinguer pasa a encabezar a los renovadores —a veces tras ciertos titubeos— convirtiéndose así en creador, defensor y protagonista de lo que, desde 1975, se denomina «euro-comunismo».

Distanciamiento de Moscú

Quizá esta línea de acción de Berlinguer se deba al hecho de que, a diferencia de muchos otros dirigentes comunistas, no estaba arraigado en la tradición político-cultural de la Comintern y que no había llegado a conocer las escuelas de la Comintern en Moscú ni las cárceles fascistas en el exilio. Hijo de una familia aristocrática liberal burguesa, nació en 1922 en Sassari, Cerdeña. Se unió al PCI en 1943 y, poco después de la retirada de los alemanes, apareció en Roma, donde se dedicó desde finales de 1944, y en estrecha colaboración con el jefe del partido Togliatti, a formar una nueva organización juvenil comunista.

De 1949 a 1956 Berlinguer fue secretario general de esa organización. En el período comprendido entre 1950 y 1953, fue al mismo tiempo presidente de la Federación Mundial de la Juventud Democrática con sede en Praga. En esa función tuvo una destacada participación en la organización del Festival Mundial de la Juventud de 1951, celebrado en Berlín Este. En aquel tiempo contrajo amistad con Erich Honecker, entonces presidente de la Juventud Alemana Libre, relación que perduraría pese a todas las controversias políticas posteriores entre el Partido Socialista Unificado de Alemania y el PCI. Electo secretario del Comité Central en 1958, y miembro del Buró Político en 1966, Berlinguer se dedicaba prioritariamente a la tarea organizativa. En 1968,

encabezando la candidatura de Roma, obtuvo su primer escaño en la Cámara de Diputados, a la que perteneció hasta su muerte.

A partir de 1964, Berlinguer se destacó en reiteradas oportunidades como jefe de las delegaciones italianas en negociaciones con el PCUS y conferencias multilaterales de los partidos comunistas, entre ellas la III Conferencia Mundial de Moscú, en 1969. Ya en ese entonces defendió posiciones propias explícitas al condenar la intervención de las potencias del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia y exigir mayor racionalismo en la discusión con los comunistas chinos. Más aún, planteó explícitamente que en el movimiento comunista no debía existir «ni centro, ni partido, ni Estado guía». Gracias a Berlinguer, la dirección del PCI decidió en aquella oportunidad firmar solamente la parte del documento final relativa al programa de

Berlinguer condenó la intervención en Checoslovaquia y exigió mayor racionalismo en la discusión con los comunistas chinos.

acción política, pero no los capítulos teórico-analíticos.

Otro paso importante hacia la emancipación del PCI de sus vínculos históricos

lo presentó la conferencia de los partidos comunistas europeos celebrada en Berlín oriental en junio de 1976. Junto con los yugoslavos, españoles y rumanos, Berlinguer abogó por la eliminación del «internacionalismo proletario», cargado con la pretensión de liderazgo de Moscú. Propuso un «nuevo internacionalismo» encaminado hacia la cooperación igual entre los partidos y, más aún, hacia un movimiento diferenciado de «fuerzas políticas y sociales de diferentes orientaciones ideológicas». En efecto, luego de serios enfrentamientos con los soviéticos, la conferencia decidió eliminar el concepto del «internacionalismo proletario». En el documento final se dice que los partidos «estrecharán la cooperación internacional solidaria y voluntaria entre camaradas sobre la base de las grandes ideas de Marx, Engels y Lenin» (nótese que desapareció la fórmula de la base del «marxismo-leninismo»).

A pesar de esto, Berlinguer defendió la concepción togliattiana de la «unidad en la pluralidad» del comunismo internacional hasta la década de los ochenta. Según ella, los comunistas están unidos por un consenso político-ideológico fundamental por encima de toda diferencia específica, el cual los distingue de todos los demás partidos y corrientes. Por otra parte, no cesó de alabar las «transformaciones y logros estables» de la Unión Soviética y sus aliados así como atribuir a la política exterior de Moscú, en forma bastante acrítica, «el valor de un gran mensaje universal de la paz y revolución». En este contexto no pretendemos establecer hasta qué punto tales declaraciones obedecían al deseo de mantener la unidad del partido durante el difícil período de la «gran alianza» con la Democracia Cristiana (1976-79) y de no ofrecer a los soviéticos motivos adicionales para intentar maniobras de división. Lo cierto es, por otra parte, que esta posición —analizada con poco realismo por la dirección del PCI, incluso más tarde— impidió que el partido asumiera plenamente su cuota de responsabilidad nacional y fortaleció el escepticismo a nivel internacional, incluyendo a los socialdemócratas alemanes.

La supresión del proceso de reformas en Polonia en diciembre de 1981, inspirada por los soviéticos, terminó convenciendo a Berlinguer de la necesidad de un deslinde ideológico-político claro entre el PCI y Moscú. En un comentario sorprendentemente duro —y obviamente sin consulta previa de la dirección del partido— Berlinguer constató que la fuerza motriz del socialismo de reformas del tipo comunista soviético, alimentada por la Revolución de Octubre, se había agotado. La aguda afirmación, adoptada luego por la inmensa mayoría del PCI, surtió un efecto determinante para las relaciones del PCI con los soviéticos y los partidos comunistas controlados por éstos. Por primera vez en su historia, el PCI expresó

Berlinguer hizo lo posible para eliminar el aspecto particular y privilegiado que caracterizaba las relaciones del PCI con el PCUS.

una crítica fundamental al sistema social comunista soviético: «*En Europa oriental, el marxismo fue elevado al papel de ideología de Estado y se petrificó como dogma cerrado*», dijo Berlinguer. Así, la innovación fundamental de la filosofía de Marx, a saber su crítica de la ideología, se había convertido justamente en su contrario. Que la ideología se había pervertido en un instrumento, con el efecto de que en toda Europa oriental, a consecuencia de la presión soviética, «*se destruían la libertad y las energías creadoras*» y se frenaba la «*dinámica económica, tecnológica y cultural*».

Tal crítica fundamental se combinó con la crítica de la política exterior soviética, donde el PCI ya había diagnosticado con anterioridad —después de Afganistán— tendencias y esfuerzos dirigidos a «*sustituir los procesos revolucionarios autónomos por la expansión del área de influencia propia mediante una política de fuerza sujeta a criterios estratégicos*». Dada su particular filosofía de seguridad, la dirección soviética hasta se veía obligada a presionar a sus aliados europeos del Este, o incluso intervenir militarmente cuando movimientos reformistas en estos países traspasaban los límites del cambio del sistema trazados por Moscú. El PCI, decía Berlinguer, no iba a apoyar la política exterior soviética porque equivaldría a «suicidarse». Más bien, iba a tomar posición en cada caso particular haciéndola depender de las posiciones y acciones concretas de Moscú en cada uno de ellos.

En consecuencia, Berlinguer hizo lo posible para eliminar el aspecto particular y privilegiado que caracterizaba las relaciones del PCI con el PCUS y otros partidos comunistas, igualándolas a las relaciones con partidos y tendencias de orientaciones fundamentales diferentes basadas en programas progresistas y transformadores de la sociedad. Al igual que Lenin, quien había constatado el fracaso de la II Interna-

cional luego del estallido de la primera guerra mundial colocándose al frente de un movimiento nuevo, Berlinguer constató la bancarrota del «socialismo real» a la manera comunista soviética, el cual se autointerpreta como heredero auténtico de la III Internacional creada por Lenin.

Para nosotros Lenin sigue siendo un gran revolucionario, pero al mismo tiempo es quien dividió el movimiento obrero tradicional.

a la liquidación del «centralismo democrático» efectuada de hecho en 1983. Ciertamente que, para nosotros, Lenin sigue siendo un gran revolucionario, pero al

mismo tiempo es quien dividió el movimiento obrero tradicional, es una referencia histórica que no aporta nada a la solución de los problemas actuales de las sociedades industriales del Oeste, y que en el Este fue petrificado como santo del altar.

Democracia política como principio

Desde el punto de vista histórico, la reinterpretación ideológica anterior fue, quizá, el paso más determinante que dio el PCI bajo el liderazgo de Berlinguer. El partido abandonó el sistema estrecho del movimiento comunista nacido en la Revolución de Octubre y orientado hacia Moscú, abriéndose así espacio para establecer relaciones políticas con los socialistas democráticos. Las condiciones previas para la extensión de tales relaciones se han mejorado no sólo por el claro deslinde del PCI respecto de Moscú, sino también debido a su giro positivo y constructivo hacia Occidente, hacia sus valores políticos fundamentales y su cooperación.

Berlinguer atribuía gran importancia a la conservación de ciertos elementos de la herencia leninista. Ciertamente que rechazaba explícitamente las teorías del partido y del Estado formuladas por el revolucionario ruso. Pero quería conservar el subjetivismo del acto revolucionario (que supera la espera pasiva de la socialdemocracia internacional). Algunos rasgos de este modo de pensar se encuentran en los estatutos reformados de 1979, donde el PCI ciertamente liquidó el concepto de «marxismo-leninismo» y el dogmatismo de guión relacionado con él, pero al mismo tiempo sostiene que el partido recibió también «un impulso histórico de las ideas innovadoras y la obra de Lenin». Los socialdemócratas no podemos aceptar esa referencia a Lenin que, dicho sea de paso, se puso de manifiesto también en la resistencia táctica que opuso Berlinguer

En Berlinguer, el culto parcial a Lenin cede más y más ante el deseo de «atreverse a practicar más democracia» (Willy Brandt) y de «construir una sociedad socialista sin abandonar el terreno de la democracia». En este sentido, la democracia política y el pluralismo político y social representan valores fundamentales para Berlinguer (a diferencia de los comunistas occidentales moscovitas, para quienes sólo tienen valor táctico como terreno de lucha favorable para obtener el poder). Esta posición del PCI se puso de manifiesto, por ejemplo, en su decidida defensa del Estado de Derecho y la Constitución italiana contra el terrorismo de las Brigadas Rojas. Berlinguer también la defendió sin rodeos en las conferencias comunistas y los congresos del PCUS. Ante su XXV Congreso, celebrado en 1976, y ante la indignación soviética, Berlinguer afirmó que la clase obrera italiana podía alcanzar sus objetivos históricos sólo dentro de un «sistema pluralista y democrático». Y prosiguió: «*Luchamos por establecer una sociedad socialista, que ha de ser el punto culminante del desarrollo democrático garantizando todas las libertades individuales y colectivas, las libertades de culto y cultura, de las artes y ciencias*».

En todo esto Berlinguer se sentía inmerso, por una parte, «en la tradición ideológica y cultural que se enraiza e inspira en las ideas de Marx y Engels», según rezan los nuevos estatutos del PCI de 1979. Por otra, sin embargo, instaba al PCI «a compararse con todas las corrientes filo-

sóficas modernas» destacando así el «carácter terrenal y racional» del partido (v. estatutos). Por ejemplo, calificaba al catolicismo como gran fuerza espiritual y política con la que los comunistas pueden entrar en un diálogo serio. «*El cristianismo aprecia aspectos de la vida y las relaciones humanas*», dijo Berlinguer en 1976, «*que un marxista podría pasar por alto, aunque sea parcialmente. Estamos abiertos a reconocer los valores y verdades de otros*».

La socialdemocracia internacional le causó mayor dificultad, como ya dijimos más arriba, aunque —¿o quizá justamente porque?— el PCI, con su estrategia evolucionista de introducir «gradualmente elementos del socialismo» en la sociedad existente (Berlinguer), prácticamente ya no se distingue de las tendencias y fuerzas socialdemócratas que, ante la parálisis de la socialdemocracia tradicional originada por la contradicción entre su teoría revolucionaria y su praxis reformista, luchan por reformas transformadoras del sistema capitalista.

Giro hacia Europa occidental

No fue Berlinguer, sino que fueron los «socialdemócratas» Amendola y Napolitano, quienes, desde comienzos de la década del setenta, habían estado estimulando a su partido a intensificar el diálogo con los socialdemócratas y socialistas y darle nuevos impulsos de izquierda a la Comunidad Europea. Tras algunas vacilaciones, Berlinguer aceptó estos estímulos y los fomentaba con determinación, con la finalidad de «reafirmar la posición política y económica de Europa» entre sus amigos y vecinos soviéticos.

De este modo, Berlinguer —quien fue más bien simpatizante de Francia y su cultura política— contribuyó significativamente, impresionado por la política de distensión adelantada por Bonn, a mejo-

rar la imagen negativa de la RFA en su partido y en toda Italia hasta convertirla, en parte, en una imagen con aspectos positivos. Hoy en día incluso la gente del PCI mira con esperanza hacia Alemania occidental porque está convencida de que ella representa un fuerte motor capaz de dar nuevos impulsos a la distensión y promover la transformación de la Comunidad Europea de unión económica en unión política.

El «giro hacia Europa occidental» del PCI está estrechamente vinculado con el corte del cordón umbilical con Moscú. El partido está inmerso en la búsqueda de nuevos horizontes en política exterior, a saber, la Europa de la Comunidad y las fuerzas socialistas democráticas que actúan en su seno. La presencia y el papel activo de Berlinguer en el Parlamento Europeo deben interpretarse como manifestación simbólica de esa reorientación. Si estudiamos los respectivos documentos del PCI y observamos sus actividades políticas en Estrasburgo, nos damos cuenta de que las posiciones del comunismo italiano coinciden, en casi todas las áreas, con las posiciones mayoritarias de los socialistas democráticos. Veamos sólo algunas de ellas:

— El PCI promueve un papel más activo en la Comunidad Europea en las políticas económicas, energéticas, tecnológicas y sociales. Además, espera nuevos impulsos integracionistas de la ampliación institucional de la Comunidad, como lo demuestra su apoyo al Informe Spinelli. En este sentido, el PCI es incluso más optimista que el SPD, que teme que esto implique el peligro de fugarse en abstractos debates constitucionales como han existido en la década de los cincuenta.

— Al igual que nosotros, el PCI está convencido de la necesidad de transformar la Comunidad Europea, en el sentido de la «reafirmación de Europa», de la comunidad económica en una comunidad

Berlinguer calificaba al catolicismo como gran fuerza espiritual y política con la que los comunistas pueden entrar en un diálogo serio.

de paz, un factor de equilibrio entre Este y Oeste, no como «tercera fuerza» entre los bloques sino como fuerza autónoma dentro de la Alianza Atlántica. La Comunidad, «nuestra» Comunidad, debe elaborar ideas propias específicas para fomentar la seguridad, distensión y cooperación y contribuir a un cambio de rumbo en las relaciones entre Washington y Moscú mediante una política de «moderación, sensatez e iniciativas constructivas»; así lo señaló Berlinguer en Estrasburgo en 1980.

— Berlinguer desarrolló una sensibilidad especial frente a los problemas del Tercer Mundo. Los informes de la Comisión Brandt tuvieron mucho eco en el PCI. Lo interesante es que el PCI enmarcó este compromiso dentro de un sistema referencial de la Comunidad Europea deslastrándolo de este modo de su carácter anterior algo abstracto y frecuentemente dirigido contra los intereses occidentales:

para Berlinguer, Europa tenía la función importante de defender la independencia político-cultural de los países del Tercer Mundo (también contra los intentos de penetración de los soviéticos) y de ayudarles a resolver sus problemas económicos en un contexto de socios con derechos iguales.

Según Berlinguer (1982), Europa y el movimiento obrero occidental estaban asumiendo un papel, por razones estructurales y políticas, que los convertía en «epicentro de la nueva fase de lucha por el socialismo». Aquí podemos apreciar una convergencia interesante con la política de la Internacional Socialista que, desde que Willy Brandt asumió su presidencia (1976), ha superado el eurocentrismo característico del movimiento obrero clásico.

Nuevas tareas

Bajo el liderazgo de Berlinguer, el PCI asumió conscientemente los riesgos aca-

rrados por el cambio teórico, la aceptación de la democracia, la apertura frente a los que piensan de manera diferente, riesgos aún mayores para un partido que creció en el marco del pensamiento y tradiciones de la Comintern. Ha superado los mayores problemas de su evolución histórica marcada durante decenios por el movimiento comunista internacional fijado ideológica y políticamente en Moscú. De este modo, se ha convertido en un gran «partido de reformas y del pueblo» (Berlinguer), que codetermina la política de Italia y tiene raíces en toda la población distinguiéndose, por ejemplo, del Partido Comunista Francés (PCF) que, aferrado a su identidad tradicional, parece destinado a la decadencia. Los sucesores del finado líder continuarán en este proyecto básico del PCI.

Es evidente que el PCI afronta nuevas tareas y nuevos problemas a raíz de la

Berlinguer reiteró, casi de modo bernsteiniano, que no existían «modelos» fijos de socialismo, que el movimiento era lo determinante.

«occidentalización», producto de su «secularización» y de su nueva autointerpretación como partido democrático de reformas radicales con ambiciones de go-

bernar, problemas que, en nuestra opinión, no se han resuelto bajo Berlinguer. ¿En qué consiste esta «tercera vía» que el PCI debe seguir entre la socialdemocracia y el comunismo soviético «agotado en su dinamismo»?

Berlinguer reiteró, casi de modo bernsteiniano, que no existían «modelos» fijos del socialismo, que el movimiento era lo determinante. Si la izquierda europea tiene futuro su vía ciertamente no podrá seguir las ideas y líneas divisorias tradicionales, sino que debe orientarse hacia nuevos problemas. ¿Qué es lo que Europa puede aportar al establecimiento de una comunidad de seguridad entre Este y Oeste que abra la puerta a la creación de un orden de paz europeo? ¿Cuáles pueden ser sus aportes a un nuevo orden político y económico internacional que asegure la paz mundial garantizando a todos los países, incluyendo los del Tercer Mundo, su

oportunidad justa de desarrollarse en libertad y dignidad? ¿Qué condiciones políticas generales han de crearse en los países industrializados occidentales, en lo estructural y procedimental, para que haya un crecimiento cualitativo que, manteniendo la competitividad económica, no sacrifique valores humanos, ecológicos y sociales fundamentales al mecanismo ciego de competencia y lucro? ¿Cuáles son las nuevas concepciones del orden social digno que garantiza la seguridad social de modo más económico y, a la vez, más justo?

Estos serán los temas centrales de la revisión del programa de Godesberg del SPD. No pretendemos que el PCI preste juramento a nuestras banderas, pero si le preguntaremos por sus concepciones. Berlinguer echó las bases para que tales conversaciones puedan ser fructíferas y tener sentido. Le ofrecemos nuestro mayor respeto más allá de la tumba.

Horst Ehmke es miembro del Comité Ejecutivo del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) y vicepresidente del grupo parlamentario de su partido.

© *Die Neue Gesellschaft*

Por una cultura

viva y plural

Los Cuadernos del Norte

Literatura · Arte · Cine · Poesía
Pensamiento
Diálogo · Asturias · Inéditos · Música
Teatro · Actualidad...

Director: Juan Cueto Alas

Revista Cultural de la Caja de Ahorros de Asturias



Redacción, Suscripciones y Administración:
Plaza de La Escandalera, 2 · Oviedo-3 · España
Apartado, 54 · Teléfono 985/22 14 94.

HACIA NUEVAS PERSPECTIVAS

Giorgio Napolitano



El artículo de Horst Ehmke sobre la obra de Enrico Berlinguer me ha parecido importante por varias razones. El hecho no ha constituido tan sólo un sincero acto de homenaje a la personalidad política y moral del secretario del PCI con ocasión de su dramática desaparición, sino que ha planteado abiertamente problemas fundamentales para el desarrollo de las relaciones entre los comunistas italianos y los socialdemócratas alemanes, y de las relaciones entre todos los componentes de la izquierda europea.

No se discute lo bastante de estos problemas. Ehmke ha recordado «los numerosos encuentros» con dirigentes del SPD de los que fue promotor o protagonista Enrico Berlinguer. Y no es un misterio que desde la segunda mitad de los 60 se

emprendieran fecundos contactos entre los dos partidos «en la óptica de la nueva Ostpolitik», y que seguidamente fueron desarrollándose encuentros y convergencias sobre la problemática, más amplia, de las relaciones entre el Este y el Oeste y

acerca del papel de Europa. Pero hasta ahora no se había intentado un balance de este proceso de aproximación entre los dos mayores partidos de la izquierda europea, históricamente tan distintos el uno del otro. Y no se habían superado decisivamente los límites de una idea «diplomática» de las relaciones entre el PCI y el SPD, para afrontar una serie de cuestiones políticas-ideológicas que permanecían en el fondo de tales relaciones. Desde este punto de vista, el artículo de Horst Ehmke ha representado algo nuevo y significativo, una contribución sobre la que es más útil insistir —como yo me propongo hacer con este artículo— puesto que se trata de cuestiones que interesan a toda la izquierda europea.

Búsqueda de contactos y convergencias

En efecto, a lo largo de los años 70 el PCI ha ido intensificando la búsqueda de contactos y de convergencias con todos los partidos socialistas y socialdemócratas de Europa occidental. Con algunos se han establecido relaciones «oficiales», con otros relaciones informales y más irregulares; se han reseñado puntos de vista afines y comunes sobre materias más o menos amplias, tanto con unos como con otros partidos.

Esto ha dependido de la evolución de las circunstancias políticas en cada país y de la variedad de posiciones de cada partido. Pero no cabe duda de que el PCI ha llegado a considerar a la izquierda europea como un todo unitario, como una realidad global con la que contrastarse sin tener en cuenta las «empalizadas» del pasado, y que haya llegado a afirmar (en el XV Congreso, en 1979) que existen condiciones para la superación de la escisión y de las divergencias históricas del movimiento obrero de Europa occidental.

Ello ha supuesto la caída de los viejos «tabúes». Durante mucho tiempo la social-

Durante mucho tiempo la socialdemocracia habría sido considerada la antítesis de la lucha por el socialismo llevada adelante por los comunistas.

democracia había sido considerada, por definición, la antítesis de la lucha por el socialismo llevada adelante por los comunistas, y sinónimo de la renuncia a los

ideales socialistas. El término «socialdemócrata» había significado durante largo tiempo una etiqueta liquidadora, una definición suficiente para poner en evidencia el carácter esencial de una experiencia histórica y de una política y, por consiguiente, el hecho de que ambas hubieran quedado dentro del marco del capitalismo y de su «lógica».

En la práctica estos etiquetados despreciativos han sido abandonados por nosotros; estos juicios esquemáticos han ido corrigiéndose poco a poco, han cedido el sitio a valoraciones más profundas y diferenciadas. Nos hemos comprometido a estudiar mejor las vicisitudes de algunos partidos socialdemócratas y de su acción de gobierno, a aprehender las luces y las sombras, los éxitos y los límites sustanciales de la «vía socialdemócrata». Se ha tratado de una reflexión histórica y cultural que vale la pena desarrollar y enriquecer en el futuro; en una reflexión que se ha visto estimulada, además —me parece—, por la progresiva maduración, en el seno del grupo dirigente de nuestro partido, de un juicio cada vez más crítico sobre el «modelo soviético».

La revisión de la socialdemocracia

Hay que señalar, sin embargo, que no menos importante que este esfuerzo de revisión y de búsqueda realizado por el PCI ha sido el hecho de que en el mismo período —en particular a partir de los últimos 70— se ha abierto paso, en el seno de diversos partidos socialistas y socialdemócratas, un replanteamiento intelectual de sus experiencias de gobierno y de su política. En ello no sólo han colaborado las derrotas electorales, sino también cambios profundos como los que se produjeron en los últimos diez años en las economías y en las sociedades de la Europa occidental.

En síntesis, se puede decir que estos cambios han puesto en crisis las posibilidades de éxito de políticas de izquierda que: 1) permanecieran aferradas a una visión puramente nacional de los problemas del desarrollo y del progreso económico y social; 2) continuasen persiguiendo la defensa y la mejora de las condiciones de vida de la masa trabajadora y popular mediante reformas sociales y acciones de gobierno como las que se concibieron y realizaron en el pasado por los partidos socialdemócratas, y 3) confiaran en el *consenso* pasivo y en la «fidelidad» del electorado de izquierda tradicional.

Se imponía, pues, un replanteamiento. Por eso resulta mecánica y simplista la exigencia que se hace al PCI cuando se le pregunta si ha hecho suyas las posiciones de la socialdemocracia o en qué se distingue todavía de ésta. Muchas de las

posiciones sostenidas hasta los años 70 han sido sometidas a discusión y continúan aún debatiéndose dentro de los partidos socialistas y socialdemócratas euro-

peos. La socialdemocracia no ha permanecido quieta, está en «movimiento» y presenta diversas tendencias en su seno; igualmente el PCI no ha permanecido quieto, sino que está «en movimiento». La izquierda europea necesita dos cosas: mayor unidad e ideas nuevas. El PCI siente como propias ambas exigencias y quiere contribuir a satisfacer la una y la otra.

Políticas nacionales y compromiso europeo

Con la contribución del PCI y del SPD se ha llegado ya a posiciones nuevas sobre cuestiones de indiscutible importancia. Me refiero, sobre todo, a las cuestiones de la relación entre políticas de izquierda en el plano nacional y compromiso europeo, y más en general a las cuestiones del «internacionalismo» y de la situación internacional de los partidos de la izquierda europea. El PCI, el SPD y otros partidos,

moviéndonos desde puntos de partida diversos, hemos llegado a la conclusión común de que acaso no puedan superarse los riesgos de un estancamiento o de una recaída de la recesión y, también, de una grave regresión social en cada uno de nuestros países y que, por consiguiente, no se pueda perseguir el objetivo de un desarrollo duradero y la solución de problemas dramáticos, como el del paro, *sin un esfuerzo de concertación a escala europea y sin relanzamiento de la Comunidad Europea*. Este relanzamiento es indispensable para evitar un atraso fatal de nuestros países respecto de los Estados Unidos y Japón en la competencia productiva y tecnológica; para evitar, en definitiva, la mengua del papel global de la Europa occidental.

Las fuerzas de la izquierda europea persiguen una política de «autoafirmación

européa» con el fin de contrastar una visión «bipolar» de la política mundial; para subrayar el peso de otros sujetos distintos de los Estados Unidos y de la Unión So-

viética en la escena internacional; para contribuir activamente, dentro del respeto a los compromisos de los países europeos miembros de la Alianza Atlántica, a la distensión entre el Este y el Oeste y a la realización de acuerdos de desarme. En fin, partidos de izquierda, que se inspiran en los ideales del socialismo, no pueden perseguir objetivos de progreso social y de paz sin mirar más allá de los confines de Europa, sin afrontar, en todos sus aspectos, los problemas perturbadores y decisivos del desarrollo del Tercer Mundo y de las relaciones Norte-Sur.

Internacionalismo proletario y nuevo internacionalismo

Para el PCI estas posiciones representan una arribada después de un largo camino, cuyas etapas principales han sido la elección de una acción crítica dentro de la

**La socialdemocracia
no ha permanecido quieta,
está «en movimiento»
y presenta tendencias
en su seno.**

Comunidad Europea y la elaboración de una estrategia de renovación de la política y de las instituciones europeas, así como el abandono de la tesis de la salida de Italia de la OTAN, y —en el plano de las grandes líneas ideales— el paso del «internacionalismo proletario» al «nuevo internacionalismo». Este paso ha significado la superación de los juicios apolo­géticos del pasado sobre la función interna­cional y sobre la política exterior de la URSS, y —después del intento del «euro­comunismo»— la superación de un siste­ma de relaciones privilegiadas entre el PCI y los otros partidos comunistas.

Ahora bien, las posiciones a las que me he referido han representado también un desarrollo nuevo con respecto a las tradi­ciones y a la política del SPD y de la Inter­nacional Socialista. Como ha subrayado Ehmke, gracias al impulso de Willy Brandt se ha superado el viejo límite del «euro­centrismo». Se ha buscado una línea de diálogo con el Este frente a cualquier ten­tación de Cruzada Ideológica. Los social­demócratas alemanes han asumido una actitud cada vez más crítica hacia los Es­tados Unidos, sobre todo desde la prime­ra elección de Ronald Reagan a la presi­dencia; se ha sometido a discusión la es­trategia de la OTAN, elaborándose una nueva plataforma sobre los problemas de la seguridad europea. Acerca de estos problemas —que hasta ahora no han sido lo bastante analizados por el PCI en el marco de su aspiración a la distensión, al desarme y a la unidad europea— hemos pensado que también es posible una cre­ciente colaboración con el SPD y conside­ramos necesaria una confrontación más intensa entre las fuerzas de izquierda de Europa, teniendo en cuenta la diversidad de opiniones a este propósito.

*Las interrogaciones
a las que hay
que responder*

Más, volviendo al conjunto de cuestio­nes con las que debe cimentarse la izquier­

**Las fuerzas de la izquierda europea
persiguen una política
de «autoafirmación europea»
con el fin de contrastar una visión
«bipolar» de la política mundial.**

da europea para salir de sus dificultades y para estar a la altura de los desafíos de nuestro tiempo, surgen otras interroga­ciones que hasta ahora siguen lejos de ob­tener una respuesta satisfactoria.

¿Cómo puede caracterizarse una nueva política reformista? ¿Cómo puede carac­terizarse una acción de gobierno de la iz­quierda en una fase de tan ardua compe­titión económica internacional, de crisis de Welfare State, de profunda y continua transformación tecnológica y social?

En este momento parece claro que las fuerzas de la izquierda —estén en el go­bierno o en la oposición— no pueden con­tar, como lo hicieron hasta la primera mi­dad de los 70, con un crecimiento econó­mico que permita márgenes consistentes para reformas sociales y para acciones de redistribución de la renta sin tener que afrontar problemas de carácter «estruc­tural». Se ha hecho imposible proponer soluciones para los problemas cruciales del relanzamiento del proceso de acumu­lación, de la orientación de las inversio­nes, de la renovación de la estructura pro­ductiva, de la introducción de nuevas tec­nologías, del paro tecnológico y de la recolocación de la fuerza de trabajo. Y hay que proponer soluciones distintas de las que propone la derecha; soluciones que, por lo demás, no pueden encontrarse en el planteamiento seguido durante los últimos decenios por los socialistas y so­cialdemócratas que han tenido responsa­bilidad de gobierno, ni tampoco acogién­dose al esquema de una extensión de la estatización de los medios de producción y de planificación imperativa.

Hace ya mucho tiempo que el PCI se ha diferenciado netamente de este esquema que, por supuesto, pertenece a la tradi­ción comunista (y, en alguna medida es­tán alejándose del él incluso algunos parti­dos comunistas del Es­te europeo y el par­tido comunista chino). Pero, pensando en

todo esto es como hemos acabado por hablar de una «tercera vía». Con esta expresión quisiéramos subrayar la necesidad de ir más allá de los elementos histórica-

**No existe una tercera vía
entre acción para la conquista
democrática de la mayoría
y conquista del poder por medio
de la fuerza.**

mente superados e indiscutiblemente negativos, tanto de las tradiciones socialdemócratas como de la tradición comunista; la necesidad de concentrar las energías en la búsqueda de respuestas nuevas a problemas nuevos. Para nosotros, en cambio, está muy claro que no existe una tercera vía entre acción para la conquista democrática de la mayoría y conquista del poder por medio de la fuerza, entre esfuerzo encaminado a realizar los ideales del socialismo en la democracia, mediante reformas democráticas, y negación de las libertades y los derechos democráticos fundamentales en nombre del socialismo.

En cuanto comunistas italianos, somos portadores de una elaboración y de una experiencia originales que nos permiten prestar una contribución específica y relevante, en varios aspectos, a la búsqueda de nuevas caracterizaciones y plataformas para la izquierda europea. Nuestro coherente compromiso en la defensa y el desarrollo de la democracia tiene raíces antiguas y profundas, ante todo en la lucha contra el fascismo. Y, en la fase histórica actual, nos parece particularmente válida la idea que nosotros hemos elaborado de la democracia, insistiendo en la necesidad de formas de control democrático, desde arriba y desde abajo, sobre los grandes centros de decisión y de poder económico, y sobre la necesidad de múltiples formas de participación y movilización democrática. De hecho, estamos ante concentraciones de poder que han adquirido caracteres supranacionales y que tienden a dominar el campo cada vez más importante de las nuevas tecnologías y, en particular,

de las nuevas tecnologías de la información. Y estamos ante una gran sacudida social y cultural, en la que se mezclan fenómenos de pasividad y de despego de la

política y experiencias nuevas de acción y de agregación políticas, fenómenos de penetración política e ideológica de la derecha incluso en el electorado tradicional de la izquierda, e impulsos constructivos en pro de una redefinición de los valores del socialismo; así como una «incorporación» de valores nuevos en las plataformas de la izquierda. Cambian las figuras sociales —y, con ellas, las condiciones materiales, los comportamientos y las aspiraciones— a las que referirse como fuerzas de la izquierda.

Para afrontar muchos de estos problemas, el SPD ha decidido reelaborar el programa de Bad-Godesberg. Ehmke ha anunciado la intención de consultar también al PCI acerca de estos problemas. En efecto, ha llegado el momento de multiplicar encuentros bilaterales e iniciativas de búsqueda y de debate entre los más importantes partidos de la izquierda europea. Estamos vivamente interesados en esto como PCI, y consideramos que también debiera interesarse el PSI. Es verdad que, en estos últimos años, el Parlamento europeo se ha convertido en una sede significativa de discusiones y convergencias entre las fuerzas de izquierda, incluido el PCI; pero es preciso que, sin excesivas timideces, probemos otras sedes y otras formas de contraste, para superar retrasos y límites que pesan ya en la batalla por nuevas perspectivas de progreso y de unidad en Europa.

© *Die Neue Gesellschaft*

Traducción: Juan A. Matesanz



E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS

EL DESAFIO EUROPEO

André Gunder Frank

EUROPA se encuentra en estos momentos bajo la amenaza de una posible guerra nuclear a la vez que sufre los efectos de la crisis mundial. Frente a este peligro de disgregación y enfrentamiento, sin embargo, se apuntan sólidas tendencias a la cooperación económica entre el Este y el Oeste de Europa, pese a las presiones norteamericanas para la ruptura de tal cooperación, que a medio plazo sólo han servido para crear crecientes conflictos entre los países occidentales. André G. Frank apuesta sobre esta base por la creación de un área económica paneuropea que podría ser el eje para «el mantenimiento de la paz mundial o al menos la evitación de la guerra nuclear, mayores posibilidades de crecimiento económico en Europa occidental, oportunidades más amplias de independencia nacional y liberalización política en Europa oriental».

André Gunder Frank es profesor en la Universidad de Amsterdam y autor de *La acumulación mundial, 1492-1789* (Siglo XXI) y *La crisis mundial* (Bruguera, 2 vols.).

EL DESAFIO EUROPEO
André Gunder Frank
Editorial Pablo Iglesias
126 págs.; 350 ptas.

PEDIDOS:
EDITORIAL PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30 - 28010-Madrid
Tels.: 410 46 96 y 410 47 98

LA IZQUIERDA Y EUROPA

Lluís María de Puig



3

Es un hecho cierto que existe hoy un proceso político decisivo en torno a la cuestión de la unidad europea. La cumbre de Milán, sus decisiones y sus contradicciones ponen de manifiesto que el asunto no va a ser fácil. El proyecto del Parlamento Europeo, el llamado *Proyecto Spinelli*, parece que se considera excesivo a pesar de sus limitaciones evidentes. Podemos intuir que la vía de salida de la actual situación será poner en marcha la propuesta Delors, es decir, una mini-reforma de las actuales instituciones comunitarias a ratificar por quien quiera de suerte que se consolide la idea de la Europa «a dos velocidades», aceptando que la auténtica y definitiva institucionalización de la unidad europea exige una estrategia a medio plazo.

Este ha sido el comportamiento de los estados, de los gobiernos. Aunque en general la izquierda europea ha apoyado los esfuerzos de Italia para conseguir un acuer-

do en sentido positivo, no se puede elucubrar sobre la base de una dialéctica derecha-izquierda en este caso; baste recordar que uno de los gobiernos que ha impug-

nado es el griego de Papandreu, y que gobiernos conservadores como el alemán, el belga o el holandés se han mostrado favorables a la unidad europea. No, el proyecto europeo de futuro no es sólo un tema de la izquierda. Pero existe una idea del futuro europeo en común que es la de la izquierda. Es a esa idea a lo que nos vamos a referir.

El proyecto europeo de la izquierda

Para el conjunto de la izquierda democrática europea el proyecto de unidad se concibe como un instrumento de emancipación, es decir, como un paso útil y necesario para la libertad de los hombres y los pueblos. Desde una óptica socialista o de izquierda la unidad europea no tiene sentido si no ha de ser agente de avances hacia la libertad y la igualdad. La construcción de Europa no es un fin en sí mismo y su fundamental justificación es que puede ser un medio para que los europeos tengan un futuro mejor. Europa convertida en un bloque militar beligerante, o en metrópoli de un Tercer Mundo hambriento y explotado, o dirigida por los grandes intereses económicos monopolísticos; una Europa que ejerciera control represivo de sus ciudadanos, que estableciera una centralización del poder que ignorara las diversidades culturales de sus pueblos; una Europa así, o semejante, aunque hubiera realizado su unidad, no sería la Europa por la que ha luchado y lucha la izquierda. Esta piensa en una Europa que pueda llegar al punto más alto posible de cultura, desarrollo social e igualdad en libertad y democracia. Y no somos pocos los que creemos que el viejo objetivo del socialismo —mayor bienestar, profundización de la democracia y reducción de desigualdades—, ante la evidencia de que es imposible realizarlo en un solo país, como en un oasis —la experiencia francesa es una lección a retener—, tiene en la unidad europea un instrumento apropiado y esperanzador. En un mundo con sistemas econó-

**Desde una óptica
socialista la unidad europea
no tiene sentido si no ha de ser
agente hacia la libertad
e igualdad.**

micos, tecnológicos e informativos absolutamente universalizados no es posible, en solitario, prescindir de la coyuntura exterior, que cada vez es más condicionante.

De aquí que, frente a los desafíos científicos, industriales, comerciales, sociales y culturales de nuestro futuro inmediato, desde la izquierda europea se tienda a considerar que la unidad es inaplazable y que no hay esperanza para los estados europeos si no son capaces de llevar a cabo una política común.

Estos planteamientos se compadecen a la perfección con uno de los elementos básicos del pensamiento socialista y de izquierda: el internacionalismo. La idea de que a través de la unidad de acción de los trabajadores y del conjunto de las clases populares organizadas a niveles supranacionales es como será posible la emancipación contra los sectores dominantes, encuentra en el proyecto europeo una fórmula válida, que no excluye el universalismo y que lo entiende como un peldaño más del internacionalismo solidario de siempre.

Así pues, desde hace años la izquierda ha defendido la construcción del marco político europeo, con estructuras dinámicas de carácter supra-estatal, más o menos federales, que haga posible un auténtico devenir en común al mismo tiempo que posibilite una armónica y justa mejora de las condiciones de vida de sus ciudadanos, y que a su vez se convierta en un organismo internacional absolutamente decisivo en el ámbito de la geopolítica.

En este sentido puede decirse que, a tenor de las acciones llevadas a cabo en los últimos años por los distintos sectores de la izquierda y los fundamentos ideológicos que las han sustentado, existe un proyecto para Europa, inequívocamente progresista, cuyas principales características son las siguientes:

— Voluntad de asegurar la paz en Europa y de hacer de ésta un activísimo agente

de paz en el mundo, de la desaparición de conflictos bélicos y de la reducción de la tensión entre las superpotencias, en la perspectiva de la desaparición de los bloques, del avance hacia el desarme y la distensión, contemplando la posibilidad de que la actual Europa democrática unida tenga su propio sistema defensivo de seguridad.

— Voluntad de defender los derechos del hombre, el sistema democrático pluralista, las libertades y su profundización, con todas las garantías jurídicas e institucionales, utilizando las potencialidades europeas para expandir la democracia en el mundo, ayudando a los movimientos anti-autoritarios y creando condiciones para la implantación de las libertades donde no las haya.

— Voluntad de desarrollo de la cultura y la educación, en un sentido de máximas oportunidades para todos, de fomento de la libertad y la creatividad, de respeto a las culturas, lenguas y mentalidades, de promoción de la ciencia y la inteligencia, siempre al servicio del progreso y de la humanidad.

— Voluntad de hacer de la economía un factor de progreso no sólo en tanto que crecimiento sino en tanto que bienestar para nuestros pueblos, avanzando en estrategias económicas que eliminen las explotaciones y resuelvan los problemas de los más débiles: los trabajadores.

— Voluntad de promover la justicia social con políticas profundas contra las desigualdades, reduciendo cada vez más la distancia que separa a los desposeídos de los que poseen, cubriendo con dignidad las necesidades mínimas que exige nuestro tiempo.

— Voluntad de hacer de Europa un instrumento de ayuda al desarrollo del Tercer Mundo, rescatándolo del hambre, la miseria y la ignorancia, intensificando la solidaridad política y económica contra

la dialéctica Norte-Sur que lo explota, colaborando en el desarrollo de cada país a fin de que puedan emerger sus posibilidades económicas, humanas y culturales.

Estos grandes principios son los que conforman el bagaje programático del conjunto de la izquierda europea, si bien con los matices y peculiaridades que corresponden a la especificidad de cada grupo político concreto —comunistas, socialistas, radicales, ecologistas, liberales de izquierda, republicanos, laicos...—, en lo que constituye su *proyecto europeo*, un proyecto que se ha gestado a lo largo de muchos lustros con los vaivenes de cada coyuntura histórica. En realidad el europeísmo progresista de nuestros días tiene una tradición que viene de lejos.

Una constante histórica indiscutible

No creo que pueda cuestionarse que el pensamiento de izquierda, históricamente, va vinculado a la formulación de proyectos europeos e incluso en la vanguardia del movimiento. Echemos un somero vistazo al pasado.

Para no remontarnos más recordemos a J. J. Rousseau, manifestándose minuciosamente partidario de una «República Europea» de tipo federativo. Y a Montesquieu, que postuló también en favor de un régimen federado de Europa. Y a Voltaire, que consideraba a los europeos como miembros de una misma comunidad. Y Bentham, quien, con una propuesta pragmática, une la idea de Europa a la de «la paz universal y perpetua». Creo que se trataba de gente progresista en su tiempo.

Lo mismo que poetas como Lamartine

La izquierda piensa en una Europa que pueda llegar al punto más alto posible de cultura, desarrollo social e igualdad en libertad y democracia.

o Hugo, que manifestaron su europeísmo entusiasta. O los reformistas del XIX que se declaraban partidarios de la unidad europea y discutían sobre la fórmula fe-

deral o confederal. El italiano Cattaneo, el escocés Loriner, el suizo Buntschli y el prusiano Frantz son sus exponentes más notorios junto a un personaje extraordinario, Giuseppe Mazzini, que en 1834 creó la organización «Joven Europa». El padre de Italia fue también un propagandista europeo.

Los socialistas del ochocientos serán los más ardientes europeístas. Imposible nombrarlos a todos. Para citar a los conocidos, recordemos que Saint-Simon escribió una «Constitución Europea» y que, con su discípulo Thierry, publicó un ensayo sobre la reorganización de la sociedad europea. August Comte, que propuso a su vez un proyecto de «República Occidental». Fourier, defensor de un «Triunvirato Continental». Buchez, Considerant y Pecqueur se manifiestan militantes de la causa europea aunque unos se muestren unitaristas y otros federales.

Sin duda, la aportación más sólida desde el punto de vista de la construcción de una teoría de la unidad europea en el siglo pasado se debe a Proudhon, padre de la idea moderna del federalismo y socialista famoso, que entendía la construcción de la Europa federal ligada directamente a la política humanista que, según él, el mundo necesitaba.

Durante la etapa más universalmente internacionalista, la época de la Internacional, aún dominando la idea de la transformación revolucionaria del mundo entero se contempló el proyecto europeo como una etapa más del proceso. En este punto hay que señalar que el conjunto de la izquierda ha sido protagonista de no pocas contradicciones y divisiones también en esta materia. El internacionalismo ha tenido un matiz u otro según la coyuntura histórica y los presupuestos ideológicos de cada sector: marxistas y anarquistas, liberales de izquierda y comunistas, socialistas y socialdemócratas. Casi hasta nuestros días el proyecto europeo, desde la

segunda mitad del XIX, ha estado marcado por las diferencias. Arfé y Napolitano han hablado de los «dos internacionalismos equivocados» fruto de la división del 23, pero seguramente existió ya mucho antes la separación, el germen de la separación. Si se me permite una nota tangencial diré que, en lo que determinada teoría llama el «campo socialista» —al fin y al cabo sinónimo de izquierda—, lo grave no ha sido la «evolución», la tendencia a la «realpolitik», sino la división de la izquierda europea. El tema es vasto y no entraré en él; tan sólo afirmaré que posiblemente la humanidad sería distinta —mejor— sin la escisión leninista y lo que representó.

Al producirse el drama de la Gran Guerra aparece de nuevo, con fuerza, la conciencia europea de la izquierda. De 1870 a 1914 la pujanza de los estados había vetado todo paso unitarista. A partir del

**El pensamiento de izquierda
va vinculado a la formulación
de proyectos europeos
e incluso en la vanguardia
del movimiento.**

conflicto los socialistas franceses se convierten en los abanderados del proyecto. Aristide Briand será el famoso portavoz de aquel europeísmo federalista. El eco de su discurso perdurará a través de movimientos diversos hasta la víspera de la segunda guerra mundial. Esta, en gran parte una guerra europea, puso nuevamente de manifiesto la urgencia de crear organizaciones internacionales de cooperación que evitaran toda posibilidad de nuevos enfrentamientos. La izquierda estuvo presente en la construcción del nuevo proyecto al que se iban sumando sectores liberales y aún conservadores. Un grupo de federalistas proudhonianos crearon en agosto de 1946 la «Federal Union» que acabó organizándose como «Unión Europea Federalista» ese mismo año en París. En Londres, en 1947, varias personalidades socialistas crean el «Comité Internacional de Estudios y de Acción para los Estados Unidos de Europa», y en Montreux se ponía en marcha la «Unión Europea de Federalistas», en la que más tarde militaría Altiero Spinelli. Un año después

se creaba el «Movimiento Europeo», que ha mantenido sus actividades hasta nuestros días, animado básicamente por hombres de izquierda, militantes en su mayoría de la «gauche européenne» que, como su nombre indica, ha venido promoviendo una idea de Europa desde una óptica de izquierda. Estas dos últimas organizaciones fueron creadas por los Riflé, Spaak, Phillips, Zagari y el activista catalán Enric A. Gironella, para citar algunos.

En realidad, después del cuarenta y cinco las más prestigiosas figuras de la izquierda europea han abogado en favor de cuantos avances se han producido: Consejo de Europa, CECA, CEE y sus ampliaciones. De Leon Blum a Willy Brandt, de Berlinguer a Palme, de Mitterrand a Pertini, los máximos líderes de la izquierda han contribuido y contribuyen hoy a la construcción de la nueva Europa. Viene de lejos, pues, la idea progresista de la unidad europea.

La evolución de la izquierda

La tendencia de la izquierda democrática europea ha sido, durante los últimos cuarenta años, buscar una vía al socialismo que fuera intermedia entre el comunismo soviético y el capitalismo americano. Ha sido la gran obsesión de una izquierda que ha proclamado desde los años cincuenta que Europa podía convertirse en una tercera fuerza en la política mundial que asegurara el equilibrio entre los dos bloques. Pero hasta hoy tal deseo no ha sido posible. Por una parte las democracias liberales se han sentido más identificadas con Norteamérica que con Rusia. Y, por otra, las armas nucleares, su coste y su valor estratégico han llevado a los países europeos occidentales a aceptar, más o menos resignadamente, niveles de cooperación con Estados Unidos en materia de defensa. La OTAN es el ejemplo más evidente. Y puesto que se ha acrecentado el

control económico de la industria europea por parte del capital americano y japonés, como resultado de la complejidad y el encarecimiento de la organización tecnológica en expansión, los estados europeos han ido decantándose abiertamente, animados, además, por un apasionado anti-comunismo. Se fue desdibujando así la opción europea propia.

Desde la izquierda se ha intentado y se intenta aligerar esta situación grave que puede conducirnos a una dependencia definitiva de las grandes potencias tecnológicas. De aquí que, en el actual estado de cosas, la unidad europea, la creación de un Estado de estados, contiene como proyecto un componente revolucionario no negligible. Defender la independencia de Europa a todos los niveles significa dar un vuelco al actual estado de tutela por parte de EE.UU., que nos puede permitir luchar contra la perduración de un sistema económico y social que la izquierda pretende transformar y que hoy aparece ante nuestros ojos en su estado más sofisticado y salvaje (y esto no es una contradicción).

Claro que no se trata de producir grandes oleadas revolucionarias, ni procesos traumáticos. Los antiguos partidos socialdemócratas revolucionarios se han convertido en pragmáticos y reformistas. Su acción de gobierno se ha orientado hacia programas políticos factibles y no hacia la aplicación rígida de la ideología. Y este cambio dio buenos resultados a los socialistas que han conseguido el apoyo de amplios sectores populares europeos. Los comunistas inclusive han abandonado su rigidez interna y han aparecido ante la opinión pública como partidos no leninistas, partidarios del sistema democrático, alejados de Moscú, devotos del parlamen-

La tendencia de la izquierda democrática europea ha sido buscar una vía al socialismo intermedia entre el comunismo soviético y el capitalismo americano.

tarismo y entusiasmados en coadyuvar a la eficacia de la administración local más o menos napoleónica. El paradigma es el PCI, pero tiene seguidores, salvo las ex-

cepciones minoritarias de los partidos pro-soviéticos o el PC portugués. La verdad es que uno se pregunta, aparte de los rasgos de hábitos y conductas anteriores, si

La izquierda democrática europea ha sido capaz de promover avances sociales como jamás se había conseguido en la historia.

«au visage humain», ha tenido y tiene su paralelismo en la Europa oriental, en los intentos de una vía «diferente» al socialismo que se han gestado en Yugoslavia,

no estamos ya ante simples partidos socialistas. Desaparecieron los principios sagrados como partido de vanguardia, centralismo democrático, dictadura del proletariado, plan quinquenal, socialización de los medios de producción... Incluso la revolución se convirtió en «revolución de la mayoría» y el comunismo en «eurocomunismo».

Creo que esta evolución no ha ido mal. En el mundo de las democracias, las pocas que existen —hay que retener esta realidad: no llegan a 40 las democracias entre los 160 y pico de estados que componen la ONU—, veinte de ellas son europeas. La izquierda en el gobierno o en la oposición ha luchado mucho más para que fuera así. Y esta misma izquierda ha creado y ha contribuido a crear el Estado de bienestar en Alemania, Suecia, Noruega, Dinamarca, Austria e Inglaterra. Una izquierda fundamentalmente socialista que hoy está llevando a cabo importantes transformaciones en Portugal, Francia, España, Grecia e Italia desde el gobierno. Me parece que se puede afirmar que la izquierda democrática europea ha sido capaz de promover avances sociales como jamás se había conseguido en la historia.

A pesar de ello, de su actual fuerza extraordinaria en los poderes públicos, la izquierda analiza con preocupación los actuales problemas y busca desesperadamente vías de solución para los nuevos desafíos, para lo cual se perfila imprescindible una acción comunitaria a nivel europeo.

No hay que olvidar, por otro lado, que el esfuerzo de la izquierda de la Europa occidental de hacer del viejo continente una experiencia de un nuevo socialismo

en Polonia, en Checoslovaquia, en Hungría, hechos éstos que si bien hemos de valorar con gran prudencia no es menos cierto que nos acercan a la idea originaria de la Europa total y nos aproximan a un internacionalismo que, a veces, nos ha parecido definitivamente borrado por el muro que consolidó Yalta. Aunque hay que tener en cuenta que el tiempo no ha pasado en vano; el desarrollo en el Este ha sido substancialmente distinto al nuestro. En el campo institucional, del aumento del comercio, del diálogo político, de la información y de los contactos académicos, el acercamiento es aún muy precario. En todo caso es una idea de la izquierda, que no debe ni puede abandonarse, que el proyecto europeo ha de ser herramienta de promoción de movimientos de signo liberador en los países comunistas para hacer posible un día, por lejano que sea, la unidad de toda Europa.

Las crisis actuales y el debate de la izquierda

Vivimos una formidable crisis, es un hecho. Una crisis no sólo económica sino estructural, una crisis de sociedad. Estamos ante una mutación profunda en las formas y distribución de la vida material, el agotamiento de un sistema económico y la aparición de nuevas problemáticas sociales impensables, de generalización de graves peligros —nuclearización, guerra, terrorismo, drogadicción, manipulación ideológica, supertecnología deshumanizada— que nos indican que hemos entrado en una fase de rápido cambio histórico, ante la cual se producen reacciones de egoísmo, de endurecimiento conservador.

La izquierda observa hoy la aparición de feroces proteccionismos estatales, de

insolidaridad entre los países que quieren resolver cada uno a su modo el paro, la inflación, el déficit o el empobrecimiento progresivo. La izquierda observa hoy cómo se produce degradación de la vida social, inseguridad ciudadana, economía sumergida, especulación ilegal, mercado negro, nueva pobreza, delincuencia, hambre, desesperación, racismo, xenofobia..., todo ello consecuencia de las dificultades económicas y especialmente del crecimiento del desempleo.

Y frente a estos males no sirven las viejas recetas. La complejidad y la contundencia de los mismos no dejan apenas margen para escoger entre vías diferentes. La izquierda europea tiene las mismas dificultades —o más— que la derecha en el combate contra el paro, la inflación o la subida del dólar. El modelo del Estado de bienestar no parece adecuado ante los retos del futuro. Los conceptos «trabajo», «salario», «ocio», no son lo que fueron. Estamos en un cambio de sociedad.

Como crisis de cultura, de cultura en general y de cultura política, la izquierda tiene enormes dificultades para encontrar salidas llamativas o mensajes sugestivos

para los que no tienen trabajo, para los jóvenes, para los obreros, para los profesionales, para los intelectuales, para el hombre alienado e incomunicado en medio de un mar de medios comunicativos. El esfuerzo que se precisa para adecuar, hoy, los objetivos finalistas de la izquierda a las posibilidades reales de resolver los problemas más concretos al mismo tiempo que gestiona eficazmente los asuntos públicos y crea bienestar —que es lo que la gente quiere—, en el centro de una crisis, no es fácil.

Hay una reflexión y un debate en la izquierda europea que intenta plantearse la situación con rigor y trata de hallar la síntesis entre los imperativos del día a día y la voluntad de avanzar en una dirección progresiva. Este debate está demostrando,

creo, que es necesario replantearse muchas cosas. Desde los modelos económicos a impulsar hasta el papel del Estado, pasando por el rol que han de jugar en el futuro las organizaciones clásicas de la izquierda, los partidos y los sindicatos. No se trata tanto de metafísica como de ir al grano. No cabe interrogarse sobre qué es la izquierda, sino de definir qué política debe practicar y cómo.

Entre las aportaciones de los últimos tiempos me parece relevante el ensayo del historiador Braudel, que concluye su investigación sobre el capitalismo afirmando que mercado y capitalismo no son una simbiosis indisoluble. Me parece destacable, asimismo, la opinión de Leontieff, que nos habla de nuevas fórmulas de reparto del trabajo y de orientaciones económicas alternativas a la ley de la selva que propugna la dichosa escuela de Chicago. O la reflexión de Giorgio Ruffolo en una visión progresista del liberalismo económico. (Por cierto, ¿por qué se habla

más de la interpretación liberal del socialismo que de la interpretación socialista del liberalismo?). Me parece también interesante la llamada de atención de Régis Debray que nos

alerta sobre la decadencia de Europa ahogada por los imperios, los dos imperios. Y el diálogo entre PCI y SPD, acercando posiciones. Y creo que es particularmente importante seguir la reflexión de Rocard sobre la política de Mitterrand con Mauroy y con Fabius. De la evolución del socialismo francés en el gobierno hay mucho que aprender.

Interesantísima es la polémica suscitada por el socialista italiano Gaetano Arfé en *Rinascita* sobre el futuro de Europa y el papel de la izquierda, que se ha visto enriquecida con la participación de destacados políticos italianos de izquierda como Giolliti, Zagari, Napolitano y Lama, entre otros. Y qué decir de la discusión, planteada hoy al más alto nivel, sobre la reforma de las instituciones de la CEE a partir del proyecto Spinelli aprobado por el Parlamento europeo.

Se precisa un esfuerzo histórico para adecuar los objetivos finalistas de la izquierda a las posibilidades reales de resolver los problemas más concretos y acuciantes.

De este debate de la izquierda europea retengo dos ideas centrales: se hace imprescindible la unidad de Europa y es necesario llevar a cabo políticas reformistas, *de transformación posible*.

La política de izquierdas que no se puede implantar no es de izquierdas, es la entelequia escrita en el papel.

estructuras económicas, sociales y políticas del sistema. No es de extrañar, así, que vaya dándose al concepto de libertad un sentido reaccionario y clasista, que reaparezca el fascismo —¡más del 10 % de los franceses votan a Le Pen!— e incluso que avance el racismo.

Construir Europa y el socialismo no utópico

La izquierda europea no está sola. He ahí un tremendo obstáculo. Tiene frente a sí, contra sus afanes, la ofensiva permanente de la derecha conservadora y reaccionaria que controla importantes ámbitos de la sociedad y tiene un considerable soporte social. Además, la crisis económica ha degradado aún más a esa derecha y ha endurecido su política hasta la aparición del reaccionarismo más brutal, insolidario, individualista.

Se trata, pues, de ofrecer alternativas al sistema de desigualdad que defiende el liberalismo conservador. Se trata de oponerse a la ley del más fuerte, a la selección social, a la competitividad como forma de cultura que desean imponer los partidos «burgueses» o «azules». Que más primariamente o con más sutileza defienden Reagan, Thatcher, Barre, Khol, Fraga, Garrigues, Pujol, Ardanza o Roca, para citar lejanos y próximos. Son los que hablan de la privatización de los negocios públicos, los que proclaman que hay que dejarlo todo a manos del «libre mercado», son los que afirman «necesitamos más ricos», son los del despido libre, los del poder económico de siempre, estadistas hasta la médula cuando gobiernan y casi ácratas cuando están en la oposición.

Ante la actual crisis la derecha ha optado por sacrificar incluso su tradicional sentido del orden y de la moral para adoptar una permisividad individual infinita, materialista, despojada de toda ética e ideología, con tal de que no varíen las es-

La perduración de estas políticas y su incidencia, según se analiza desde la izquierda, puede generar tal escepticismo e incredulidad en las instituciones sociales y políticas que exista un auténtico peligro para el mismo sistema democrático. Lo cierto es que si no se resuelven los problemas de base generados por la crisis y las políticas reaccionarias estaremos más cerca de una involución autoritaria que de cualquier posibilidad emancipadora.

¿Qué hacer? La esperanza está en el proyecto europeo. El problema económico exige una acción comunitaria, una cooperación total entre los estados europeos hasta llegar a una verdadera independencia de EE.UU. y el establecimiento de una política financiera y monetaria propia. Que Europa sea la locomotora de sí misma. Hay que realizar una política valiente, imaginativa, nueva, quizá revolucionaria, que introduzca cambios profundos en el sistema de producción y de trabajo. Habremos de cambiar los hábitos laborales y sociales. No olvidemos que hay desempleo por crisis industrial, pero también por avance tecnológico. Enfrentarse a estas necesidades con algunas posibilidades de éxito debe ser por encima de los estados, con una organización comunitaria que permita políticas coordinadas y comunes, firmes y sostenidas.

Y hay que promover políticas de paz, de distensión entre los pueblos. Lo que no quiere decir políticas del lirismo geoestratégico ni neutralismo bucólico; por ejemplo: construir un sistema defensivo europeo. Es preciso, asimismo, combinar el avance económico y tecnológico con las

mejoras sociales, haciendo del crecimiento un instrumento de reparto de bienestar en una dirección cada vez más igualitaria. Y es necesario oponer al materialismo azul proyectos educativos y culturales que formen a los ciudadanos y sean un freno a la degradación y disgregación de la sociedad democrática, combatiendo la hipocresía social y el autoritarismo en todas sus formas.

Para acercar la cultura de vanguardia a la cultura popular y potenciar la multiplicidad de formas de expresión cultural es seguramente imprescindible que la izquierda renueve cuanto ha quedado desfasado de sus planteamientos y cultura política. Y para ayudar a reencontrar una línea de acción que conecte con las aspiraciones del pueblo la izquierda clásica debe integrar contenidos de movimientos como ecologismo, feminismo, pacifismo, corrientes juveniles, etc., que son fruto de necesidades sociales de nuestros días.

No será fácil construir este socialismo posible, no utópico. Llevar a cabo estas políticas de progreso y al mismo tiempo que las cuentas salgan, que las magnitudes macroeconómicas cuadren, baje la cifra de parados, no aumente la inflación ni el déficit. Y todo esto y lo demás realizarlo sin perder el apoyo de los ciudadanos, puesto que si una experiencia de gobierno de izquierda no dura varias legislaturas no se habrá pasado del testimonialismo.

A veces hay críticas que se suponen desde la izquierda reclamando menos realismo y más transformación. Cuidado; exijamos siempre lo posible. En el 68 se dijo: «seamos realistas, pidamos lo imposible». De aquella mal llamada revolución nunca más se supo. La política es el arte de lo posible. Lo contrario del arte de lo imposible. La política de izquierdas que no se puede implantar no es de izquierdas, es la entelequia escrita en el papel. A veces quizá es un engaño. El socialismo puro es una ilusión legítima, honesta. Pero luego están los hombres y las clases, y los sistemas y mentalidades, y las complejidades y las contradicciones. Seamos revolucionarios, exijamos lo posible.

Conclusión: en el seno de la izquierda europea va avanzando la convicción de que para dar salida a los grandes problemas planteados y poner sobre las profecías catastrofistas un punto de optimismo hay que hacerlo a nivel supra-estatal. Es necesario el instrumento político que ponga en marcha estos proyectos comunes. Europa puede hacer uso todavía de sus grandes recursos materiales e intelectuales. Tiene una posición geográfica, una riqueza, una inventiva y una capacidad que movilizadas comunitariamente pueden devolverle su papel de avanzadilla del mundo. El viejo hogar de las luces puede ofrecer aún a la humanidad un proyecto de progreso y tolerancia. La izquierda tiene que conseguir que sea así.

EDITORIAL

PABLO IGLESIAS

SOBRE EL PACIFISMO

Agnes Heller y Ferenc Feher

POCAS cuestiones tan polémicas en Europa occidental como los movimientos pacifistas y antinucleares, Heller y Feher han adoptado frente a ellos una postura difícil y atrevida: identificándose con sus fines últimos y respaldando su contenido radical — la idea de que las cuestiones de defensa y de supervivencia no pueden quedar exclusivamente en manos de los expertos —, los autores toman, sin embargo, una posición crítica respecto al significado político inmediato de dichos movimientos, en el que ven una disociación entre la defensa de la vida y la defensa de la libertad. Sin una apuesta por la emancipación, por el ideal de una sociedad libre, el viejo sueño ilustrado de la buena vida es verla sacrificado a la defensa cuasi zoológica de la mera vida; la inseguridad emocional de un Occidente en crisis puede llevar a los pacifistas a olvidar los problemas políticos de la construcción de una sociedad libre y segura.

SOBRE EL PACIFISMO
Agnes Heller y Ferenc Feher
Editorial Pablo Iglesias
184 págs.; 900 ptas.

PEDIDOS:
EDITORIAL PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30 - 28010-Madrid
Tels.: 410 46 96 y 410 47 98

ESPAÑA Y LA UNIÓN EUROPEA

Luis Planas



4

La recta final de las negociaciones para la adhesión de España a las Comunidades Europeas, y la firma del Tratado, han dado lugar a buen número de comentarios acerca de sus hipotéticas consecuencias para España.

Se han hecho cálculos sobre las incidencias económicas que podrían derivar para regiones o productos determinados. Se ha subrayado el carácter esencialmente político de la opción europea y sus repercusiones para nuestro sistema democrático. Se han suscitado también, sin afán de agotar los temas o las perspectivas, las consecuencias que para los modos de vida de los ciudadanos va a tener la conclusión del acuerdo entre España y la Comunidad.

Como era natural y lógico, se ha centrado el análisis en lo que el ingreso en la CEE iba a suponer en cuanto modificación de nuestras pautas previas de comportamiento.

Ello no obstante, una aproximación que se limitara sólo a lo dicho tendría como consecuencia centrarnos tan sólo en un cincuenta por ciento de la cuestión, y pretender agotar de esta forma las implica-

ciones del tema. Porque, bueno será subrayarlo desde este momento, el carácter de fenómeno histórico que para nuestro país supone la adhesión sólo es comparable a lo que para la Comunidad supone su ampliación a España y Portugal.

Razones hay para ello. Políticas sin duda, como el fortalecimiento de la democracia en un área tan importante del globo; el propio vigor del proceso de integración europea que, a través de las dificultades y de los sobresaltos, prosigue su camino iniciado a principios de la década de los años cincuenta. Económicas, con el reforzamiento de la Comunidad como potencia comercial frente al exterior, como mercado interior, y con el aporte significativo de sectores y productos de los que nuestro país es referencia necesaria. Geográficas y demográficas, con la extensión de sus fronteras hasta las puertas de Africa, con el reequilibrio interno de los centros de gravedad, y con la inclusión de un buen número de nuevos ciudadanos comunitarios. Culturales también, sin duda, por las distintas sensibilidades que en el vivir y en el pensar aportamos como patrimonio de nuestra historia y de nuestra realidad presente. Inclusive, hacia fuera, ampliamos el campo de mira de las relaciones exteriores de la Comunidad, aportando nuestra relación particular, densa y profunda con Iberoamérica.

Nuestra incorporación no se produce, como es notorio, en el inicio del proceso de construcción de la unidad europea. Sin que quepa omitir, por anecdóticas, la participación de relevantes españoles, de socialistas como Indalecio Prieto o Rodolfo Llopis, en hitos tan importantes para el europeísmo como el Congreso de La Haya de 1948, lo cierto es que el aislamiento político del franquismo debía hacernos sufrir este retraso, que sólo el retorno de las libertades públicas y de la democracia nos permitió liquidar.

Por estos y otros motivos, lo cierto es que nuestra incorporación al ámbito co-

El carácter de fenómeno histórico que para nuestro país supone la adhesión sólo es comparable a lo que para la Comunidad supone su ampliación.

munitario se verifica cuando éste tiene ya más de treinta años de rodaje. No es un dato a desdeñar, porque tiene importantes consecuencias en cómo se vaya a pro-

ducir nuestro proceso paulatino de integración, hasta la expiración de los distintos períodos transitorios pactados. Nos vemos obligados a enfrentarnos, pensar y tomar postura sobre cuestiones que son producto mismo de la evolución de las Comunidades Europeas, de los avatares del proceso de integración europea.

Cuando se decide iniciar el proceso de integración, como diría Schumann, sobre la base de las solidaridades de hecho y las iniciativas concretas, tales como situar la producción francesa y alemana del carbón y del acero bajo los designios de una Alta Autoridad, independiente de ambos Estados, se estaba adoptando una decisión que iba a tener profundas consecuencias sobre la evolución de conjunto del proceso hacia la Unión Europea.

Al rechazar la vía propuesta por los federalistas de construir, desde el primer momento, la Europa política, los funcionarios no abandonaban el objetivo último, la Unión Europea, pero optaban por una vía que, en su éxito, iba a llevar, en parte, el germen de sus propias limitaciones.

El proceso conducente al establecimiento de la Unión Aduanera, de la Política Agrícola Común o el sistema monetario europeo, por sólo destacar algunos de sus logros más importantes, iba a dar evidentes frutos prácticos. Pero, al mismo tiempo, el proceso de integración distanciaba a los ciudadanos del interés en cuestiones inmediatas, perceptibles políticamente. La conexión entre las transformaciones económicas y el avance político iba a resultar menos evidente de lo esperado.

Los progresos de la cooperación política, la elección del Parlamento Europeo

por sufragio universal han hecho avanzar positivamente en el camino hacia la unidad política. La primera, logrando el establecimiento de unas posiciones comunes de los países de la Comunidad frente al exterior; la segunda, dotando a las Comunidades de una institución depositaria de la voluntad expresada por los ciudadanos en las urnas.

España ha acordado en la Conferencia Negociadora con la Comunidad determinados períodos transitorios y derogaciones temporales del acervo comunitario. Se ha dado así valor jurídico a la constatación de las dificultades que el proceso de integración mutuo conllevaba. En el terreno institucional, además del principio de base de la participación en todas las instancias comunitarias, se han establecido los criterios cuantitativos de nuestra presencia en las mismas.

Hoy, firmado el Tratado de Adhesión y en trámite de ratificación por los parlamentos de los Estados miembros, se impone la reflexión no sólo de las cuestiones de presente sino también de los actos de futuro.

Lo que, en el caso de la Comunidad ampliada, nos lleva al planteamiento de los objetivos que hayan de llevar a Europa a desempeñar el papel que le corresponde en virtud de la historia, y de su peso específico en las relaciones internacionales.

Estos objetivos se sitúan básicamente en la culminación de las políticas ya emprendidas, y conducentes a objetivos tales como el logro de un mercado interior integrado; y en el planteamiento de nuevas políticas comunes, especialmente en el campo de la innovación industrial y tecnológica, que permitan responder a la competencia que los EE.UU. y Japón plantean.

Pero junto a estos objetivos también surge, una vez más, la cuestión de los medios. Del reforzamiento de las institucio-

nes en el sentido de hacerlas más eficaces y democráticas en la vía de la Unión Europea.

La declaración sobre la Unión Europea, aprobada en junio de 1983 en la cumbre de Stuttgart, fue el primer hito reciente en este camino.

En aquel texto, que era el resultado final de los avatares sufridos por la iniciativa Genscher-Colombo de finales de 1981, constataban, prosiguiendo la labor emprendida por los Tratados de París y de Roma, que era necesario «... crear una Europa unida, necesaria más que nunca para hacer frente a los peligros de la situación mundial y capaz de asumir la responsabilidad que le corresponde en virtud de su papel político, de su potencial económico y de sus lazos políticos con otros pueblos», y los diez reafirmaban su voluntad de «transformar el conjunto de sus relaciones entre sus Estados con una Unión Europea».

**Nuestra incorporación
al ámbito comunitario se verifica
cuando éste tiene ya más
de treinta años
de rodaje.**

Se indicaban los objetivos, las instituciones necesarias para alcanzarlos y el campo de acción de éstas.

Entre los primeros, se mencionaba la acción cada vez más estrecha entre los pueblos y los Estados miembros de la Comunidad Europea, reforzando y desarrollando las Comunidades «... que son el núcleo de la Unión Europea, por la profundización de las políticas existentes y por la elaboración de nuevas políticas en el marco de los Tratados de París y Roma...». Asimismo, subrayaba la necesidad de reforzar la cooperación política europea, por la elaboración y adopción de posiciones comunes y de una acción común, en base a la intensificación de las consultas.

En el campo de las instituciones, la declaración se detenía particularmente en el Consejo Europeo, en el Consejo y en el Parlamento. Respecto de este último, la declaración ennumeraba una serie de su-

puestos de intervención no previstos en los Tratados.

Por último, respecto de los campos y medios de acción, el documento señalaba los ejes centrales de las políticas comunitarias, y de la política exterior de los diez, para posibilitar la puesta en común de sus respectivos puntos de vista.

En febrero de 1984 el Parlamento Europeo aprueba, en sesión plenaria, el proyecto de Tratado de Unión Europea, fruto de los trabajos de la Comisión Institucional creada en 1981.

El eco alcanzado por la iniciativa es lógico si se tiene en cuenta que su aprobación es fruto de los trabajos de los primeros diputados elegidos directamente por sufragio universal al Parlamento Europeo, y que se trata, se esté de acuerdo o no con su contenido, de un texto articulado donde se formulan propuestas precisas.

Políticamente, expresa el intento institucional del propio Parlamento de jugar un papel dinámico en el proceso de reforma de las instituciones de la Comunidad, sin dejar todo el asunto en manos de los gobiernos de los Estados-miembros.

Basado en el Informe elaborado por Altiero Spinelli, sus dos temas recurrentes son la eficacia y de la democratización de unas instituciones a las que los gobiernos nacionales han ido transfiriendo día tras día competencias que quedan fuera de la órbita del control parlamentario, y que originan en su puesta en práctica innumerables problemas de funcionamiento de las instituciones.

Excedería del propósito de estas líneas efectuar un análisis pormenorizado de todos sus extremos. Por ello, nos detendremos tan sólo en algunos de los aspectos más relevantes de la propuesta.

El proyecto presta atención al reequilibrio de los poderes entre las diversas instituciones comunitarias. Así, propone que el Parlamento y el Consejo ejerzan conjuntamente el poder legislativo con la participación activa de la Comisión. En éste y otros puntos, como el control de las tareas de la Comisión, el texto aprobado por el Parlamento Europeo amplía las competencias que por los Tratados vigentes le vienen atribuidas.

Especial interés presenta el fin del recurso al principio de la unanimidad en el seno del Consejo, asumido en el compromiso de Luxemburgo, aunque preveyendo un largo período transitorio para su desaparición total, que alcanza hasta los diez años en los casos de un interés vital nacional invocado por un país miembro y reconocido como tal por la Comisión.

La entrada en vigor del propio Tratado de la Unión se produce mediante un procedimiento original cuando se haya verificado la ratificación de la mayoría de los países miembros que tengan dos tercios de la población de la Comunidad, momento a partir del cual se desencadena el proceso conducente a aquel fin. Se podría, al menos en hipótesis, producir el hecho de que no todos los países miembros de las Comunidades hoy existentes se incorporaran a la nueva andadura.

Los debates existentes en el seno de la Comunidad acerca de sus propios problemas, básicamente respecto de los institucionales, la ya citada declaración de Stuttgart y la propia iniciativa del Parlamento Europeo, unidas a la necesidad de afirmar su identidad en la escena mundial, conducen a la resolución de la Cumbre de Fontainebleau de junio de 1984. Se decide la creación de un Comité encargado del estudio de las cuestiones institucionales.

El informe del Comité creado en Fontainebleau está llamado a jugar un papel importante en la historia del camino hacia la Unión Europea.

Este Comité, conocido como el Comité Doodge en razón al nombre de su Presidente, rindió informe provisional a la Cumbre de Dublín —diciembre de 1984—,

su informe definitivo a la de Bruselas —mayo de 1981—, y la Cumbre de Milán ha examinado diversas propuestas en torno a la cuestión.

Por los propios miembros del Comité, compuesto por representantes personales de los Jefes de Estado y de Gobierno, por los temas abordados en el documento, por las propuestas efectuadas, el informe del Comité está llamado a jugar un papel importante en la historia del camino hacia la Unión Europea. Propone un catálogo de objetivos, medios para alcanzarlos, y método a seguir.

Entre los objetivos, señala como fin último «la creación de una entidad política verdadera», capaz de hablar en nombre de todos los ciudadanos y respetuosa con la personalidad de los Estados miembros. Señala asimismo, como objetivos básicos, los de lograr un espacio económico interior homogéneo removiendo los obstáculos para la creación de un verdadero mercado interior sin trabas; de promoción de los valores comunes de civilización, tales como la consecución, entre otros, de un espacio social europeo; y la búsqueda de una identidad exterior, abordando la cooperación política europea y los mecanismos de seguridad y defensa.

Los medios para la puesta en práctica de tal proyecto se basan en el logro de instituciones eficaces y democráticas. Tal fin significa facilitar la toma de decisiones en el seno del Consejo mediante la limitación del recurso a la unanimidad a supuestos excepcionales. Significa también reforzar a la Comisión en cuanto representación autónoma del interés común. Y, asimismo, por sólo citar los aspectos más significativos del Informe, el aumento de las competencias del Parlamento Europeo en una triple vía: a) participación efectiva en el poder legislativo; b) refuerzo de su actividad de control, y c) responsabilidad en las decisiones relativas a los ingresos presupuestarios.

Finalmente, el método propuesto para todo ello pasa por la reunión de una Conferencia que negociaría los distintos aspectos del proyecto del Tratado de Unión Europea. Serían partes de la misma los países miembros; España y Portugal serían invitados a participar —en la previsión de los autores del texto de que su convocatoria podría tener lugar antes de la entrada en vigor de los Tratados de Adhesión—; participaría también la Comisión; y el Parlamento Europeo sería estrechamente asociado a sus trabajos. Y las bases de trabajo serían el acervo comunitario, el propio informe del Comité Doodge, la declaración solemne de Stuttgart, y aparecería todo ello inspirado en el espíritu y en el método del proyecto de Tratado votado por el Parlamento Europeo.

Así estaban las cosas ante la reunión de la Cumbre de Milán prevista para los días 28 y 29 del mes de junio del año en curso.

Se hace necesario llegar a fórmulas que en una Comunidad de doce miembros permitan adoptar decisiones eficaces en plazos razonables de tiempo.

A estas alturas, contemplar algunos aspectos del papel que España puede desempeñar en los trabajos en

pro de la Unión Europea es una tarea más inmediata de lo que pudiera parecer.

Ha sido una constante repetida en buen número de ocasiones, en la historia de España, el que nuestro país se ha incorporado con retraso a los procesos en marcha en nuestro entorno, tanto en la economía como en la política. Esta es una constatación que, en el caso que nos ocupa, no es sino un acicate para incorporarnos con más fuerza, si cabe, al proceso de integración europea.

De esta forma aportaremos nuestra contribución a la construcción de una Europa unida y fuerte, capaz de hacer frente a los retos que se le plantean y de asumir su propio destino. Capaz de avanzar en la construcción de la Europa política, de la Europa económica, y, consecuencia necesaria de lo anterior, de la Europa de la defensa.

Centraremos las reflexiones que siguen en el primero de los aspectos enunciados.

La construcción europea, lo indicábamos antes, es el producto de un largo proceso. Los Tratados, sus reformas, todo el conjunto del derecho derivado, han creado un profundo entramado jurídico, político e incluso psicológico, del que es necesario partir para cualquier avance ulterior. Sería una profunda incomprensión de la naturaleza de las cosas pretender favorecer, directa o indirectamente, un proceso que condujera a crear un grupo de naciones europeas —las integradas en la Unión— diversas, coincidentes en unos casos no y en otros sí, con las que hoy integran las Comunidades Europeas. ¿Puede imaginarse alguien un soporte institucional paralelo al hoy existente? De todo ello se deduce, en nuestra opinión, la conclusión de que, a diferencia de determinados proyectos de innovación industrial o tecnológica en que tal supuesto podría parecer, a primera vista, admisible en este campo, no se puede apostar por unas instituciones fruto de una Europa con geometría variable.

Nos encontramos ante sensibilidades nacionales distintas fruto de historias y tradiciones diferentes, donde las concepciones sobre el proceso de convergencia europea tienen distinta base y también distinta profundidad en la convicción. Se trata, en definitiva, de intereses nacionales diversos que se superponen y priman sobre las ideologías de los gobernantes respectivos.

Esto es evidente en uno de los temas clave en el proceso de reforma institucional: el de la toma de decisiones en el seno del Consejo de Ministros. Sucesos recientes nos han recordado hasta qué punto países cuya postura de principio ha venido siendo calificada de anti-veto no dudan en hacer uso del mismo cuando reales o supuestos intereses nacionales así se lo

aconsejan. Ha sido un aldabonazo que nos ha permitido volver a percibir la auténtica naturaleza y complejidad de la cuestión.

Parece evidente que toda iniciativa hacia la atenuación del bloqueo que el veto supone en los sistemas de decisión comunitarios sólo puede partir de la gradualidad para ir reduciendo los supuestos en que pueda invocarse por los Estados miembros, delimitando de forma más estricta el concepto del interés nacional y vital, y recurriendo progresivamente a las mayorías cualificadas para, en el espíritu de los Tratados fundacionales, ir haciendo avanzar las reglas decisorias.

Probablemente no será trayecto de un día, pero se hace cada vez más acuciante llegar a fórmulas que en una Comunidad de doce miembros permitan adoptar decisiones eficaces en plazos razonables de tiempo, de lo cual la Comunidad y España se beneficiarían indudablemente.

Se plantean también otras iniciativas respecto de las cuales no puede sino apreciarse su interés. Tal es el caso de la ampliación de las competencias del Parlamento Europeo, otorgándole la participación efectiva en el proceso legislativo, incluyendo la codecisión con el Consejo. Este salto cualitativo debería ser un paso más del camino iniciado efectivamente años atrás con la elección de los diputados por sufragio universal directo.

Se plantea, finalmente, el problema de cómo instrumentar todo este proceso para que, teniendo claro el objetivo final, la Unión Europea, puedan adoptarse los pasos inmediatos en un plazo razonable de tiempo.

El procedimiento contenido en el proyecto de Tratado aprobado por el Parlamento Europeo, aún siendo el fruto legítimo de los recelos federalistas por el trabajo de los diplomáticos y los funciona-

Aunque hayamos sido los últimos en llegar, no por ello debe ser menor, sino al contrario, nuestro esfuerzo por la Unión Europea.

rios de los Estados miembros, que en numerosas ocasiones da como resultado un producto irreconocible para sus progenitores, no nos parece el más oportuno. Máxime teniendo presente la magnitud de lo que se discute, el futuro de la Unión Política Europea, y los recelos y sensibilidades de algunos Estados miembros que provoca la iniciativa.

En este contexto, parece más lógico y razonable dar apoyo a la convocatoria de una conferencia intergubernamental, en la línea de lo propuesto en el Informe del Comité Doodge, donde pudieran ir limándose asperezas y abriéndose el camino hacia la Unión.

Las conclusiones de la Cumbre de Milán incluyen la convocatoria de una conferencia para elaborar «un Tratado sobre política exterior y de seguridad común...; y las modificaciones del Tratado CEE, conforme a lo dispuesto en su artículo 236, necesarias para la puesta en marcha de las adaptaciones institucionales en cuanto

conciene al proceso de decisión del Consejo, el poder de ejecución de la Comisión y los poderes del Parlamento Europeo, así como la extensión a nuevos campos de actividad...».

La decisión adoptada por mayoría de los diez —con exclusión del Reino Unido, Dinamarca y Grecia—, requiere en su día, para las modificaciones concretas que debieran aportarse a los Tratados, unanimidad en las resoluciones. De ahí la dificultad de avanzar de forma realista y en tiempo razonable en este debate, al que los gobiernos español y portugués han sido asociados.

España, en ese proceso, podrá jugar el papel que su calidad de Estado miembro de las Comunidades Europeas a partir del uno de enero de 1986 le permite. Aunque hayamos sido los últimos en llegar, no por ello debe ser menor, sino al contrario, nuestro esfuerzo en pro de la Unión Europea.

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS

EL SISTEMA SOVIETICO HOY

Fundación Pablo Iglesias

EL sistema soviético se define a sí mismo como el «socialismo real», el único existente. Es el sistema económico y estatal de una de las dos superpotencias que se disputan la hegemonía mundial, así como de los países integrados en su bloque, el bloque soviético. Instaurado primero en el espacio euroasiático del antiguo imperio zarista, se extendió luego —a favor de la victoria antifaquista en la segunda guerra mundial y del proceso de descolonización— a nuevas zonas geográficas, convirtiéndose en lo que sus dirigentes llaman «sistema socialista mundial». Un gran interrogante de nuestra época es si esa expansión ha llegado al límite de sus posibilidades históricas o si, por el contrario, puede ir más lejos, e incluso afirmarse —como piensan sus dirigentes y teóricos— en tanto que alternativa a la crisis del mundo occidental. Pero, pese a su enorme relevancia, este es un tema que apenas ha sido objeto de estudio y debate en los medios políticos e intelectuales españoles, contrariamente a lo que sucede en otros países europeos y en Estados Unidos. El simposio organizado por la Fundación Pablo Iglesias, cuyas ponencias se recogen en el presente volumen, representó una contribución importante al necesario esfuerzo intelectual para colmar esa laguna.

EL SISTEMA SOVIETICO HOY
Fundación Pablo Iglesias
Editorial Pablo Iglesias
224 págs.; 900 ptas.

PEDIDOS:
EDITORIAL PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30 - 28010-Madrid
Tels.: 410 46 96 y 410 47 98

LAS ARMAS ESPACIALES

Rafael Dezcállar



5

Es necesario distinguir entre dos tipos de armas espaciales: las armas antisatélites (ASAT) y las armas defensivas antimisiles. Estas últimas son el objeto de la llamada Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI) expuesta en 1983 por el presidente Reagan, y también conocida como la «guerra de las galaxias».

Las armas antisatélites no están destinadas a destruir misiles enemigos en vuelo hacia su objetivo, sino a destruir los satélites que cumplen funciones claves en el dispositivo militar enemigo: funciones de observación, detección y comunicación, entre otras. Estados Unidos tiene en marcha un proyecto de sistema ASAT formado por un misil convencional lanzado des-

de un avión F-15 volando a gran altura, y los ensayos han dado hasta ahora resultados satisfactorios. En 1985 está previsto que continúen las pruebas, pese a que la URSS ha denunciado esta militarización del espacio y ha pedido que se interrumpan los ensayos. EE.UU. responde subrayando la hipocresía de la URSS, que ya ha desarrollado su propio sistema ASAT.

Esto es cierto, pero el sistema soviético es un tanto rudimentario, exige la puesta en órbita previa de un satélite «asesino» el día anterior al del ataque, y no es capaz de alcanzar las órbitas altas en las que están situados algunos de los más importantes satélites americanos.

Parece necesario que Estados Unidos se muestre flexible en este tema. No es bueno que se produzca un salto cualitativo en los sistemas antisatélites. La militarización masiva del espacio y el inicio de una carrera de armamentos de este tipo sería enormemente cara y dejaría a todos los países que se sirven de satélites para realizar una serie de funciones, sobre todo de comunicación e investigación, en posición de completa vulnerabilidad frente a las armas antisatélites de las superpotencias. Esto afectaría particularmente a los países europeos, que poseen la tecnología y los recursos suficientes para realizar proyectos conjuntos de aprovechamiento pacífico del espacio, pero que en cambio no poseen los medios para proteger militarmente sus satélites. Esta evolución es preocupante, y lo sería aún más si los vuelos del transbordador espacial americano —y de su eventual competidor soviético— empiezan a tener un contenido cada vez más militar: una carrera en espiral entre armas antisatélites cada vez más destructoras y satélites en órbita que cada vez tendrían que parecerse más a pequeñas fortalezas electrónicas (a fin de intentar protegerse de eventuales ataques), y tendría costes económicos y políticos muy elevados. Hasta ahora el espacio exterior ha sido empleado para fines predominantemente pacíficos, y es necesario evitar que el uso limitado que de él ha hecho con fines militares dé paso a una militarización total.

Los satélites cumplen además una función estabilizadora en la disuasión nuclear entre las superpotencias al proporcionar informaciones que hacen posible la verificación de los acuerdos sobre limitación de

El SDI se ha convertido en el proyecto favorito de los sectores conservadores de la Administración Reagan.

armamentos, y por tanto la existencia misma de esos acuerdos. Su capacidad de observación permite, asimismo, detectar movimientos de tropas de cierta importancia, algo que hace mucho más difíciles los ataques sorpresa contra cualquiera de las superpotencias o de sus aliados, lo que a su vez contribuye a la estabilidad de las relaciones Este-Oeste. Los satélites son los ojos de los Estados: desarrollar armas capaces de destruirlos supone arriesgarse a dejar ciegas a dos superpotencias adversarias, nerviosas sobre las intenciones de la otra parte, y con una capacidad de destrucción inmensa. Las armas antisatélites no contribuyen a la estabilidad de la disuasión y, como sería irreal hablar de su eliminación, al menos podemos aprovechar el hecho de que se encuentran en un período de desarrollo relativamente incipiente para intentar imponer límites estrictos en ese desarrollo, y si es posible congelarlo. Sin embargo, la URSS ha perdido mucho de su interés en la limitación de las armas antisatélite desde que ha comprendido las implicaciones del SDI (Iniciativa de Defensa Estratégica): la URSS necesita ahora desarrollar los sistemas de armamentos que podrían hacerle falta para tratar de inutilizar los satélites que EE.UU. emplearía en su sistema de defensa antimisiles.

Vamos a entrar ahora en lo que seguramente será el punto más conflictivo de las negociaciones: las armas defensivas antimisiles y el proyecto norteamericano de desarrollo de las mismas, conocido como SDI o «guerra de las galaxias». SDI se ha convertido en el proyecto favorito de los sectores conservadores de la Administración Reagan, y especialmente del propio Presidente. El SDI, al mismo tiempo, ha provocado reacciones muy duras en otros sectores de Estados Unidos, en Europa y, sobre todo, en la Unión Soviética, cuyos dirigentes lo consideran una amenaza potencial muy grande para su seguridad nacional, hasta el punto de que han sido la

espada de Damocles del SDI, y la perspectiva de una carrera de armamentos en el espacio en la que la URSS estaría en posición de inferioridad, los factores más poderosos para el retorno de Moscú a la mesa de negociaciones. La intensidad de todas estas reacciones y el hecho de que el proyecto SDI se encuentra aún en fase de investigación, y que su eventual despliegue no se iniciaría como mínimo hasta la próxima década, sugieren que se va a convertir no sólo en el centro de estas conversaciones sino también del debate político Este-Oeste, y que las dos grandes potencias van a intentar conseguir el apoyo de la opinión pública internacional y sobre todo europea, en una posible versión intensificada y prolongada de lo que en los últimos cinco años fue el debate sobre los euromisiles.

¿Por qué es el SDI algo realmente nuevo y diferente? ¿Por qué podría llegar a alterar totalmente el actual equilibrio nuclear?

El SDI es un intento de basar la seguridad de Estados Unidos no sólo en el empleo de misiles nucleares ofensivos, destinados a ser lanzados contra objetivos enemigos, sino también en la creación de un sistema de misiles y otras armas defensivas que se encargarían de destruir los misiles que un eventual enemigo hubiera decidido lanzar contra Estados Unidos. De esta forma, Estados Unidos sería invulnerable a un ataque nuclear.

Esta idea supone una revolución en la forma de pensar que hasta este momento ha determinado las estrategias nucleares de las dos superpotencias. Desde los años sesenta y setenta el equilibrio nuclear ha descansado sobre la vulnerabilidad recíproca de Estados Unidos y la Unión Soviética ante un ataque nuclear del adversario: la existencia de una capacidad de Destrucción Mutua Asegurada (MAD) constituía la clave de la disuasión mutua. El mantenimiento de esta vulnerabilidad

de ambas superpotencias era considerado como una garantía de que ninguna de ellas lanzaría un ataque nuclear contra la otra, puesto que esto significaría que la potencia atacada a su vez podría responder con sus armas nucleares, eliminando de la faz de la Tierra a la potencia que atacó primero. La Destrucción Mutua Asegurada era contemplada como un seguro de que ninguna de las dos grandes potencias atacaría a la otra, porque esa decisión equivaldría a su suicidio como nación.

Esta es la situación actual. Estados Unidos y la Unión Soviética han construido sus arsenales y sus estrategias nucleares sobre la base del principio de vulnerabilidad mutua, que hasta ahora ha demostrado ser eficaz, en el sentido de que en su período de vigencia ninguna de las dos superpotencias ha considerado ni siquiera remotamente la posibilidad de un ataque nuclear contra la otra. La limitación estricta de armas defensivas contenida en el tratado sobre misiles antibalísticos (ABM) de 1972 supone el reconocimiento implícito por ambos países de los efectos estabilizadores de la vulnerabilidad recíproca.

El SDI introduce una revolución en estos planteamientos. El SDI parte de la base de que mantener la vulnerabilidad del territorio de Estados Unidos es una situación insatisfactoria desde el punto de vista de la seguridad nacional norteamericana. El sueño de Reagan es liberar a su país de la amenaza permanente de destrucción nuclear, una amenaza que ha condicionado decisivamente la visión desorientada y pesimista que el hombre tiene de sí mismo desde el final de la segunda guerra mundial.

Por otro lado, a lo largo de la Historia,

EE.UU. y la URSS han construido sus arsenales y sus estrategias nucleares sobre la base del principio de vulnerabilidad mutua.

siempre que un Estado ha considerado que poseía los recursos económicos y tecnológicos para hacerse invulnerable frente a una amenaza militar enemiga ha he-

cho lo posible por conseguirlo. En la misma idea de un equilibrio militar fundado sobre la vulnerabilidad mutua existe un elemento de inestabilidad potencial, puesto que si uno de los dos países enfrentados considera que posee los medios para escapar de esa invulnerabilidad indudablemente su primer impulso será intentarlo.

Pero hasta este momento se pensaba que una defensa antimisiles era técnicamente imposible. El cambio se ha debido a los progresos realizados en la última década en una serie de campos fundamentales: óptica, sistemas de detección, observación y seguimiento, computadores, rayos láser, rayos de partículas, satélites, sistemas de comunicación y de control automático, sistemas de guiado de disparos. Estas tecnologías están todavía en fase de investigación y el sistema no sería operativo hasta dentro de varios años.

Mientras tanto, las enormes sumas de dinero que en él se están gastando han devuelto su prosperidad a amplias zonas de Estados Unidos fuertemente dependientes de la industria de armamentos.

El sistema de armas antimisiles operaría como una triple barrera de protección, con tres escalones adaptados a las tres fases de la trayectoria del misil atacante. El sistema trataría de destruir los misiles enemigos en cada una de esas tres fases de la trayectoria, minimizando las probabilidades de que un misil llegue intacto desde su base de lanzamiento hasta su objetivo.

Durante la primera fase, desde el lanzamiento del misil hasta que sale de la atmósfera, satélites de observación colocados en órbita geoestacionaria sobre las bases de lanzamiento soviéticas detectarían inmediatamente el lanzamiento del misil, contra el que serían dirigidos rayos láser o rayos de partículas que podrían o bien ser generados en tierra y dirigidos contra su objetivo mediante espejos situados sobre satélites en órbita, o bien ser

provocados con la ayuda de explosiones nucleares en el espacio de misiles lanzados con tal objeto.

La segunda fase actuaría mientras que el misil desarrolla su trayectoria en el espacio, lo que en el caso de los misiles intercontinentales exige unos 25 minutos, y unos ocho en el caso de misiles de alcance intermedio. Durante ese tiempo se dirigirían contra el proyectil rayos láser y de partículas con la ayuda de una vasta red de satélites militares situados a tal fin en el espacio de forma permanente. Tampoco se descarta que puedan ser lanzados contra el misil en vuelo misiles convencionales o nucleares (los americanos preferirían que fueran convencionales, porque si existieran armas nucleares susceptibles de ser empleadas en el espacio se crearía la amenaza de su posible empleo contra objetivos situados en tierra).

En principio, la idea de reemplazar un equilibrio precario basado en armas ofensivas por otro basado en armas defensivas resulta atractiva.

La tercera fase, de reentrada en la atmósfera, es la única que se encuentra algo más al alcance de la tecnología actual. Una red de sensores infrarrojos situados

tanto en tierra como a bordo de aviones detectaría el calor del misil y, con la ayuda de radares, se lanzarían contra él desde tierra otros misiles armados con cabezas no nucleares que lo destruirían sin provocar una explosión nuclear. El radio de acción de este tipo de sistemas operativos en la tercera fase sería de unos 50 kilómetros, por lo que serían eficaces para la protección de instalaciones militares —y en particular de los silos de los misiles nucleares del país que se defiende— pero no para proteger ciudades y poblaciones.

En principio, la idea de reemplazar un equilibrio precario basado en armas ofensivas por otro basado en armas defensivas resulta atractiva. ¿Por qué se han hecho entonces tantas críticas a este proyecto de Reagan?

En primer lugar, el coste del proyecto es enorme. Para la primera fase del pro-

grama de investigación se han asignado 26.000 millones de dólares en créditos presupuestarios, y si se llega a realizar el despliegue del sistema los costes serán

El principal problema de un sistema antimisiles es que resulta relativamente fácil organizar contramedidas capaces de poner fuera de combate a sus elementos vitales.

mucho más altos. La carga para el presupuesto público sería enorme, sobre todo en un momento en el que el déficit público se ha convertido en el problema fundamental de la economía norteamericana, y en el que todos los sectores de la Administración se están viendo forzados a recortar sus gastos. El aumento de gastos militares afectaría también a otros países debido a la carrera de armamentos que un sistema antimisiles americano desencadenaría.

Pero la mayoría de los críticos señalan que, además de caro, el sistema antimisiles no puede funcionar. Para ser eficaces, los mecanismos de protección deben ponerse en marcha durante la fase crucial de ascensión del cohete enemigo, hasta que abandona la atmósfera. Este período dura de tres a cinco minutos, y los avances técnicos permitirán reducirlo aún más en el futuro. En este corto período de tiempo debe producirse la detección del ataque, su comunicación a los responsables de la defensa nacional, la decisión de hacerle frente mediante el sistema antimisiles, el despliegue del mismo en posición de combate, y el disparo y el guiado del mismo contra el misil enemigo. Esto implica la necesidad de tomar decisiones de vida o muerte en un tiempo mínimo, y significa de hecho que las armas defensivas, por lo tanto, sólo podrían funcionar de acuerdo con una estrategia de «*launch-on-warning*», es decir, de disparo automático en cuanto se recibe la alerta del ataque enemigo. Esta estrategia resulta enormemente desestabilizadora porque priva a los responsables políticos de la capacidad de decisión real sobre el empleo de estas armas y la deja en manos de los militares, y crea el peligro de decisiones precipitadas. Esto contribuye a aumentar la inestabilidad de las situaciones de crisis y a limitar el margen de control político sobre las mismas. Los dirigentes políticos podrían

encontrarse en una situación parecida a la de los momentos previos al comienzo de la primera guerra mundial, en la que los gabinetes de los diferentes países euro-

peos tenían su poder de decisión limitado por la existencia de planes militares de ataque y defensa muy rígidos preparados por los Estados Mayores, planes que debían ser puestos en práctica sin perder un segundo para ser eficaces, y en los que las medidas preparatorias previas a la decisión definitiva de iniciar las hostilidades eran de tal envergadura que creaban un clima político y militar que conducía casi inevitablemente al desencadenamiento real de las mismas.

Por otra parte, este sistema complejísimo de armas de avanzada tecnología y delicado mantenimiento, que por su naturaleza y envergadura no podría ser sometido a una prueba general que demostrara su funcionamiento correcto, tendría que operar en esos tres o cuatro minutos con un grado de eficacia muy alto, porque dado el poder destructor de las armas nucleares un índice de error pequeño tendría consecuencias catastróficas.

Pero el principal problema de un sistema antimisiles es que resulta relativamente fácil organizar contramedidas capaces de poner fuera de combate a sus elementos vitales, que son muy vulnerables. Este es el caso especialmente de los satélites en órbita: la idea de unos satélites «acorazados» resulta poco practicable por los límites de peso de los objetos que pueden colocarse en órbita y porque no resulta fácil defenderse del tipo de armas que contra ellos podrían ser empleadas. Sin embargo, es casi seguro que también aquí se iniciaría una carrera entre los armamentos antisatélites y los sistemas de defensa de éstos, cuyo coste sería considerable y que al final sería probablemente «ganada» por los sistemas ofensivos.

Las contramedidas electrónicas permi-

tirían también al país atacante perturbar o interrumpir las comunicaciones entre los centros de control situados en tierra y los satélites en órbita, bloqueando, asimismo, el funcionamiento del sistema. El país atacante podría enviar falsos misiles, sin cabeza nuclear alguna, mezclados con los misiles verdaderos, a fin de camuflar mejor a éstos, confundir a los radares enemigos y obligar al enemigo a desperdiciar su munición defensiva. Y los misiles podrían ir recubiertos de un material acorazado y reflectante que les protegiera contra los rayos láser que contra ellos se lanzaran.

Pero de todas las contramedidas posibles, la más eficaz sería la de saturar las defensas contrarias. Las grandes potencias poseen ya en la actualidad un número de cabezas nucleares suficiente para aniquilar varias veces a la especie humana. La presencia de un sistema defensivo antimisiles conduciría a que el país que deseara mantener una capacidad ofensiva suficiente multiplicara el número de sus misiles para saturar las defensas enemigas y aumentar las probabilidades de penetrarlas. La saturación obligaría a aumentar el número de explosiones nucleares, lo que tendría efectos colaterales muy graves.

Todo esto lanzaría al mundo a una carrera de armamentos ofensivos y defensivos —porque es evidente que, si los Estados Unidos se dotan de un sistema antimisiles la URSS no descansará hasta tener el suyo, acaso más tosco que el americano, pero de una eficacia comparable— enormemente desestabilizadora para las relaciones internacionales.

Otro problema del SDI es que sólo protegería a Estados Unidos contra los misiles balísticos, y no ofrecería protección alguna frente a los misiles de crucero ni frente a los bombarderos. Weinberger ya ha dicho que habría que crear toda una nueva red de radares y sistemas defensi-

vos contra estas armas, lo que resultaría muy caro —el antiguo Secretario de Defensa Schlesinger ha estimado su coste en 50.000 millones de dólares anuales— y tendría además una dudosa eficacia frente a los misiles de crucero, cuya detección es difícil, especialmente si previamente se les ha preparado un pasillo de penetración mediante la destrucción de radares defensivos. Por lo tanto, el sueño de Reagan de un mundo liberado de la amenaza de las armas nucleares podría ser un sueño imposible: no parece que se pueda construir un sistema defensivo totalmente impermeable.

Naturalmente, el programa SDI está en una fase de investigación y hasta que no se termine ésta no se podrá llegar a conclusiones sólidas sobre lo que es posible o no desde el punto de vista tecnológico. Pero a la vista de la tecnología hoy existente y de lo que se sabe sobre la que se está

Si EE.UU. construye un sistema antimisiles sería interpretado por la URSS como un intento para conseguir la superioridad nuclear.

desarrollando en el programa SDI, puede decirse que las contramedidas capaces de impedir el funcionamiento del sistema antimisiles resultan más fáciles de desarrollar y de emplear con eficacia y de forma masiva que las eventuales contra-contramedidas destinadas a protegerse de ellas. Y, desde luego, la perspectiva de una carrera de armamentos en el espacio provocada por una espiral de este tipo tendría efectos económicos y políticos desastrosos para el mundo.

Existe otro tipo de críticas que no se refieren a las dificultades técnicas para el funcionamiento de un sistema antimisiles, sino al hecho de que, aún en el caso extremadamente improbable de que efectivamente fuera posible crear un sistema de este tipo realmente eficaz, su existencia tendría efectos políticos muy negativos.

Si Estados Unidos construye un sistema antimisiles, la Unión Soviética quedaría: 1) vulnerable, porque no posee todavía su propio sistema de defensa; y 2) desarma-

da, porque el objetivo de un sistema antimisiles sería precisamente negarle la posibilidad de utilizar sus armas ofensivas. Un lado tendría todas las ventajas (es invulnerable y mantiene su capacidad ofensiva) y el otro lado todos los inconvenientes (es vulnerable y ha quedado desarmado).

Esto no puede ser interpretado por la URSS más que como un intento por parte de Estados Unidos de conseguir la superioridad nuclear sobre la Unión Soviética. Especialmente si, al mismo tiempo que se desarrolla un programa de investigación a gran escala sobre las armas defensivas, Estados Unidos está preparando todo un abanico de nuevas armas ofensivas: dos nuevos misiles intercontinentales —MX y *Midgetman*—, dos nuevos tipos de bombarderos estratégicos —B-1 y *Stealth*—, y acaba de instalar un nuevo tipo de SLBM, el *Trident-II*, en un nuevo tipo de submarino, el de la clase *Ohio*. Todo ello aparte de los misiles *Pershing-II* y de cruceros instalados en Europa, que pese a las razones que aducen los occidentales son considerados por los soviéticos como especialmente peligrosos (un *Pershing-II* está a unos cinco minutos de Moscú).

La Unión Soviética nunca se quedaría de brazos cruzados ante una evolución de este tipo. La reacción soviética está expresada en esta declaración de Andropov pocos días después del discurso de Reagan sobre la guerra de las galaxias:

«A primera vista, quienes no conocen bien estos temas pueden incluso sentir una cierta simpatía por estas medidas defensivas de las que habla el presidente Reagan. Pero sólo a primera vista, y sólo en el caso de quienes realmente no conocen bien estos temas. En realidad, las fuerzas ofensivas estratégicas de los Estados Unidos continuarán siendo desarrolladas y perfeccionadas de forma intensiva y con un objetivo muy claro, el de adquirir la capa-

cidad de asestar un primer golpe nuclear. En este contexto, el intento de asegurarse la posibilidad de destruir mediante defensas antimisiles los sistemas estratégicos de la otra parte, es decir, de privarla de la capacidad de enviar un ataque de respuesta, constituye una maniobra destinada a dejar a la Unión Soviética desarmada frente a la amenaza nuclear de los Estados Unidos»¹.

La desestabilización del equilibrio nuclear tendría consecuencias muy negativas para la situación internacional en su conjunto, introduciendo elementos estructurales que aumentarían sustancialmente el peligro potencial de las situaciones de tensión Este-Oeste, aparte de la crisis que se produciría en el momento en que los norteamericanos decidieran desplegar un sistema defensivo.

Para un país como la Unión Soviética, con un sentido paranoico de inseguridad y de estar sometido a un cerco, una situación de esta naturaleza resulta particularmente amenazadora. Además, un proyecto de estas características, desplegado en gran parte en el espacio, exacerba el complejo de inferioridad soviético frente a la potencia tecnológica y económica norteamericana.

Un último argumento político contra la guerra de las galaxias es que llevaría a violar el Tratado que prohíbe las armas antimisiles (excepto en número muy limitado), el llamado Tratado ABM de 1972, uno de los principales logros políticos de la distensión (aparte de la eventual violación del Tratado de 1967 que prohíbe la nuclearización del espacio exterior). Responsables americanos han señalado que se comprometen a respetar el Tratado durante los próximos tres años, dejando

entender que pasado ese tiempo no se comprometen a nada. Estados Unidos afirma que la URSS ha violado el Tratado, al haber construido en Krasnoyarsk

La desestabilización del equilibrio nuclear tendría consecuencias muy negativas para la situación internacional en su conjunto.

(Siberia occidental) un radar gigante que por sus características técnicas parece ser parte de un sistema antimisiles. Pero aún en el caso de que esta violación sea cierta

Con o sin sistema antimisiles la URSS carece de la capacidad de realizar un primer golpe que destruyera las armas nucleares americanas.

—y es casi seguro que sí lo es— lo que habría que hacer es exigir enérgicamente a los soviéticos la destrucción del radar, porque es una cuestión de principio; pero no responder a su violación del Tratado con otra violación a una escala mucho mayor, y que desequilibra completamente los principios hasta ahora aceptados de la disuasión mutua, algo que el radar de Krasnoyarsk desde luego no hace. En los propios Estados Unidos, la Comisión Scowcroft, de composición bipartidista, indicó en 1984 que la violación o denuncia del Tratado ABM tendría consecuencias muy negativas.

La Administración americana ha contestado a estas críticas aduciendo una serie de argumentos. Su punto de vista es que es posible convencer a los soviéticos de la «racionalidad intrínseca» de la idea de basar el equilibrio nuclear sobre armas defensivas y no ofensivas: la confianza de los norteamericanos en su visión del mundo les lleva a pensar a veces que basta con explicar bien las cosas para que otros países adopten su punto de vista. Pero cuando la mentalidad, los valores y las preocupaciones son tan diferentes como sucede con los soviéticos en esta cuestión, no existen muchas probabilidades de que esto ocurra.

Ronald Reagan afirmó en cierto momento que Estados Unidos estaría dispuesto a ceder a la Unión Soviética la tecnología necesaria para que ésta construyera su propio sistema de defensa antimisiles. Esta idea resulta bastante irreal, y sus asesores se han encargado de impedir que Reagan la repitiera. Transferir a la URSS la tecnología del SDI significaría explicar a los soviéticos la forma en que funciona el sistema antimisiles norteamericano, con lo que se les estaría indicando al mismo

tiempo cómo y dónde tendrían que atacarlo para que dejara de funcionar. No existe entre los dos países ni el fondo de confianza política ni la infraestructura de

colaboración militar y científica necesarias para ceder una tecnología de esta naturaleza, algo a lo que por otra parte se opondrían terminantemente el Congreso, el Pentágono y la mayoría de la opinión pública.

Pero los americanos insisten en que su deseo es que no sea sólo EE.UU. el que disponga de un sistema defensivo, sino que la URSS también llegue a tener el suyo, a fin de reemplazar el equilibrio basado en armas ofensivas por otro basado en armas defensivas.

Los críticos del SDI responden que pasar de un determinado modelo de equilibrio a otro es algo extremadamente delicado, sobre todo en un campo como el nuclear, y que sólo podría hacerse de forma fluida si existiera un acuerdo de principio entre las dos partes sobre la filosofía del nuevo sistema, y una dosis de confianza mutua suficiente como para resolver los momentos de tensión que en una transición de este tipo no dejarían de presentarse. Estas condiciones no existen por ahora, por lo que la introducción en estos momentos por una de las partes de un sistema antimisiles no puede ser interpretado por la otra más que como una acción desestabilizadora destinada a conseguir la superioridad nuclear.

Incluso si ambas partes tuvieran sistemas antimisiles perfectamente infranqueables, sería muy difícil que se consolidara un nuevo equilibrio y que se detuviera la carrera de armamentos porque ninguna de ellas descansaría hasta desarrollar los sistemas defensivos capaces de penetrar esas defensas. La rivalidad política e ideológica y la desconfianza mutua les impedirían conformarse con una situación en la que no tuvieran la posibilidad de

atacar a la otra parte cuando el problema de fondo es político.

La solución sólo puede ser política, no tecnológica. La seguridad de Estados Unidos no puede basarse en un complejo mecanismo electrónico, sino en una estabilización y un control de sus relaciones de rivalidad política con la Unión Soviética.

Por otro lado, esa fase de transición tendría que implicar la introducción gradual de sistemas defensivos y la reducción proporcional de las armas ofensivas, de forma que la URSS percibiera que los americanos no desean establecer su invulnerabilidad al mismo tiempo que refuerzan la vulnerabilidad soviética. Sin embargo, éste es precisamente el mensaje que está enviando en estos momentos Washington a Moscú, debido al refuerzo de sus sistemas ofensivos y defensivos. Pero es dudoso que los norteamericanos,

que también desconfían de las intenciones y del poderío militar de la Unión Soviética, accedieran a correr el riesgo de reducir sus sistemas ofensivos y dejarlos en una

situación de relativa inferioridad frente a los de la URSS (a fin de compensar la superioridad americana en el plano defensivo) como precio del despliegue de un sistema de guerra de las galaxias sobre cuya eficacia existe un alto grado de escepticismo.

Los defensores del SDI han señalado que, pese a la confusión inicial sobre el alcance de la protección posible que se podría proporcionar, en la actualidad se ha abandonado prácticamente la idea de crear un sistema antimisiles capaz de establecer una campana impermeable que proteja a todo el territorio y a toda la población de un país. De lo que se trataría es de defender una serie de objetivos militares básicos, como los silos de los misiles propios o las bases de los submarinos nucleares. De esta forma, se complicarían los planes de un eventual ataque de los

misiles soviéticos y se negaría a la URSS la capacidad de realizar un primer golpe que destruyera las armas nucleares americanas.

Ciertamente un sistema antimisiles complicaría los planes soviéticos, pero con él o sin él la URSS carece de la capacidad de realizar un primer golpe que destruyera las armas nucleares americanas: los sistemas basados en el mar y en el aire son parcialmente invulnerables, y además realizar un ataque perfecto en puntería y sincronización que destruyera en sus silos a los más de mil ICBM americanos resulta prácticamente imposible. Pero, sobre todo, habría que ver si el margen adicional de complicación que se introduce en los planes soviéticos merece el que se pague el enorme precio económico y político que supone el despliegue de un sistema defensivo de este tipo. En efecto, incluso si no permitiera garantizar un 100 por 100 de

Si EE.UU. y la URSS desplegaran sus respectivos sistemas antimisiles, Europa quedaría totalmente vulnerable entre dos potencias que lo serían en menor medida.

invulnerabilidad del territorio americano frente a un ataque soviético, un sistema antimisiles seguiría siendo un intento de aumentar la invulnerabilidad americana y

de desarmar parcialmente a la Unión Soviética, es decir, de inclinar sustancialmente la balanza nuclear a favor de Estados Unidos y de buscar una superioridad norteamericana en este campo, el más sensible de todos.

El proyecto de guerra de las galaxias ha sido recibido con especial preocupación en Europa occidental. Existen en primer lugar una serie de razones militares. La estrategia de defensa de la OTAN está basada en la respuesta flexible, pero si ambas superpotencias poseen sistemas antimisiles quedaría reducido el abanico de opciones de posible respuesta de la OTAN en caso de un ataque del Pacto de Varsovia. La estrategia de la OTAN prevé la posibilidad del uso de armas nucleares en caso de que la superioridad convencional del Este arrolle a las defensas aliadas; ahora bien, si los soviéticos desarrollaran

un sistema antimisiles, que previsiblemente protegería sus bases militares más importantes, se reducen las posibilidades de respuestas nucleares limitadas, que serían más fáciles de neutralizar incluso si el sistema antimisiles no es totalmente impermeable.

En el caso de Francia e Inglaterra existe una preocupación adicional. En caso de que americanos y soviéticos terminen desplegando un sistema antimisiles, la eficacia de las fuerzas nucleares francesa y británica quedaría gravemente limitada, lo que obligaría a estos dos países a optar entre renunciar a ellas o lanzarse a una carrera de armamentos para potenciarlas.

En un sentido más general, en Europa existe una especial sensibilidad en relación a algunas de las posibles implicaciones de la guerra de las galaxias: lo ilusorio de buscar soluciones tecnológicas para los problemas políticos y, sin embargo, lo característico que ello es del enfoque americano de las relaciones internacionales; los peligros de una militarización masiva del espacio, y de una carrera de armamentos a gran escala; los efectos negativos del SDI sobre las relaciones Este-Oeste, en cuya estabilidad están especialmente interesados los países del continente.

Si EE.UU. y la URSS desplegaran sus respectivos sistemas antimisiles, Europa quedaría sola en medio, totalmente vulnerable entre dos potencias que lo serían en menor medida. Ello agravaría la actual asimetría estratégica entre Europa occidental y Estados Unidos. La defensa de Europa occidental se haría comparativamente más difícil, y los países que la forman tendrían que pagar un precio más alto para asegurarla: habría que escoger entre una mayor «disciplina» dentro de la Alianza Atlántica o una mayor «comprensión» de los intereses «legítimos» de la Unión Soviética.

Los norteamericanos han negado que

En este momento todavía no se ha consolidado la estructura de intereses de todo tipo que cada vez hará más difícil detener la progresión del proyecto.

esta evolución sea inevitable, afirmando que extenderían el sistema antimisiles para que protegiera también a Europa occidental. Es cierto que en la fase terminal (de las tres en las que, como vimos, consistiría un sistema defensivo) resulta técnicamente más sencillo disparar contra misiles de alcance intermedio como los que existen en Europa que contra los misiles intercontinentales, porque la velocidad de reentrada en la atmósfera de éstos es mayor que la de aquéllos. Sin embargo, si los problemas técnicos para destruir un misil intercontinental son enormemente difíciles de resolver, las dificultades se multiplican en el caso de los misiles de alcance intermedio situados en Europa, cuyo período de vuelo es, como vimos, de unos ocho minutos. Pero hay que centrar el tema en su verdadera dimensión, que es política. En esos ocho minutos no existiría la posibilidad material de consultar a los dirigentes europeos sobre la conveniencia de apretar o no el botón del sistema defensivo, por lo que esa decisión tendrían que tomarla, de hecho, los responsables americanos. Europa sufriría así una grave pérdida de soberanía sobre algo tan vital como su propia defensa.

Los americanos insisten en que el proyecto SDI está todavía en fase de investigación, y que todavía no se ha tomado la decisión de desplegarlo. Cuando se han gastado grandes cantidades de dinero en la investigación de un determinado sistema de armamentos se generan unos poderosos intereses políticos y económicos que presionan a favor del despliegue efectivo del mismo. Después de haber gastado miles y miles de millones de dólares, resultaría bastante difícil para el Presidente y para los miembros de la Administración decirle al Congreso: «Muchas gracias por todos los millones que nos han dado, pero nos hemos equivocado. El sistema defensivo no puede funcionar. Sentimos haber gastado tanto dinero. Gracias de todas formas». Por otra parte, los miembros

del Congreso en cuyas circunscripciones electorales se encuentran las industrias a las que se les adjudicaron los contratos para investigar sobre los diversos componentes del sistema defensivo presionarían para conservar esos puestos de trabajo, es decir, para conseguir que se desplegara el sistema antimisiles. Lo mismo harían los representantes de esas industrias y el poderoso lobby del complejo militar industrial. Además un programa americano de investigación en gran escala obliga a los soviéticos a iniciar el suyo, con lo que la existencia de este programa de la URSS será considerado como motivo suficiente para que los americanos no bajen un segundo la guardia en este campo: de esta forma, el SDI puede convertirse en lo que los anglosajones llaman una profecía que se autoconfirma.

Pero en este momento todavía no se ha consolidado la estructura de intereses de todo tipo que cada vez hará más difícil detener la progresión del proyecto. Europa occidental tiene un interés objetivo en limitar el alcance del SDI, y cuanto antes empiece a dejar oír su voz sobre este tema más posibilidades habrá de que esa voz sea escuchada. Los europeos pueden expresar su punto de vista mediante canales bilaterales o multilaterales, pero la eficacia política de éstos podría ser mayor que la de aquéllos. En un momento en que Europa occidental busca encontrar los fundamentos de una identidad estratégica propia y definir unos intereses propiamente europeos dentro del marco atlántico, el SDI ofrece una oportunidad para que los países europeos se pongan a hablar entre sí sobre este tema e intenten llegar a un punto de vista común. La gravedad de los efectos potenciales del SDI sobre sus intereses y el impacto del tema sobre la opinión pública —impacto que ha llevado a Reagan a afirmar que el término «guerra de las galaxias» ha contribuido a desprestigiar el proyecto— justificaría esta iniciativa. La Alianza Atlántica sigue siendo

Si no hay acuerdo y Estados Unidos continúa como hasta este momento se abrirá una fase muy peligrosa en las relaciones internacionales.

fundamental para la seguridad de Europa occidental, porque en este momento no hay nada que la pueda reemplazar. Pero dentro de ella los países europeos deben

tomar plena conciencia de cuáles son sus intereses ante determinadas cuestiones y tratar de defenderlos. Si los países de Europa occidental miembros de la Alianza llegaran a un punto de vista común sobre este tema y lo comunicaran a los norteamericanos, quizá éstos tendrían que tomar más en cuenta las implicaciones del SDI para los intereses de sus aliados. España, como país que contribuye a la defensa occidental y como país europeo, tiene la oportunidad de participar en este debate, en el que se manejan cuestiones vitales para su seguridad nacional.

De hecho, las discusiones no tendrían en principio por qué limitarse al tema del SDI: la apertura de conversaciones sobre armas nucleares afecta claramente a los intereses de seguridad europeos, y convendría que también se llegara a puntos de vista comunes sobre los diversos aspectos de la negociación, en particular sobre las armas de alcance intermedio. Estos puntos de vista comunes a su vez serían comunicados a Washington como el punto de vista de los aliados europeos e, igual que en el caso anterior, todos los miembros europeos de la Alianza tendrían que participar en su deliberación. Sin embargo, sería más fácil empezar este proceso de afirmación del punto de vista europeo por un tema cuyas implicaciones para el continente podrían ser graves y que goza de un eco importante en la opinión pública, en lugar de intentar hacerlo todo al mismo tiempo y colocar sobre la mesa todos los temas de las negociaciones nucleares.

El proyecto de defensa antimisiles se encuentra todavía en fase de investigación y no se puede acordar en unas negociaciones detener una investigación, porque no habría forma de verificar el cumplimiento

to de ese acuerdo. Tampoco es posible cerrar los ojos ante las nuevas opciones militares que van abriendo los avances tecnológicos. Pero acaso sí que sería posible mantener la dimensión del programa de investigación dentro de ciertos límites y al mismo tiempo abrir una discusión de fondo sobre el tema entre americanos y soviéticos. Sería una buena noticia que ambos acordaran que es posible y deseable pasar de la actual dependencia de los sistemas ofensivos a un nuevo equilibrio basado en sistemas defensivos. Ello abriría una nueva etapa en las relaciones entre las potencias nucleares, aunque habría que organizar con mucho cuidado la fase de transición. Pero, por todo lo dicho antes, y en primer lugar porque es muy difícil concebir seriamente que un sistema antimisiles pueda funcionar con eficacia, la probabilidad de que esto suceda es remota. Y si no hay acuerdo y Estados Unidos continúa como hasta este momento, actuando de forma unilateral y jugando con la idea de una política de hechos consumados, se abriría una fase muy peligrosa en las relaciones internacionales.

Hemos visto que las conversaciones sobre armamentos nucleares que ahora se inician en realidad consisten en tres negociaciones paralelas sobre tres tipos de armas diferentes, con una interrelación política entre ellas. Ni la URSS ni EE.UU. aceptarían realizar una concesión en una determinada categoría de armas hasta que la otra parte aceptara hacerle a su vez una concesión que le resulte interesante, ya sea en la misma categoría de armas o en otra distinta.

Esto tiene la ventaja de la flexibilidad en la negociación, de que permite responder al hecho de que los sistemas nucleares norteamericano y soviético no tienen por qué ser simétricos, y de que, sobre todo, hace frente a una situación real, que es la relación de fondo existente entre los diversos tipos de armas nucleares, ofensivas y de-

fensivas, estratégicas y de alcance intermedio. La negociación integrada además ha permitido a la URSS un regreso airoso a la mesa de negociaciones, porque siempre puede decir que se trata de negociaciones nuevas y distintas de las que suspendió en 1983.

Este modelo de negociaciones también tiene desventajas. Su complejidad es mucho mayor, porque se hace necesario contemplar cada punto de la negociación en su interrelación con todos los demás. Por otra parte, el éxito en cada punto concreto depende políticamente de cómo vaya la negociación en otros temas: puede que un acuerdo sobre una determinada cuestión sea en sí mismo fácil, pero que una de las dos partes decida bloquearlo hasta que se llegue a un acuerdo en otro punto que a ella le interese. Esto resulta especialmente peligroso en estas negociaciones, porque los diferentes puntos de vista sobre la guerra de las galaxias pueden impedir que se llegue a acuerdos sobre armas estratégicas o de alcance intermedio.

Finalmente, la estructura de la Alianza Atlántica crea complicaciones adicionales. La Unión Soviética intentará manipular a su favor la diferencia entre los puntos de vista de europeos y americanos; los primeros interesados sobre todo en las armas de alcance intermedio y los segundos en las armas estratégicas y espaciales. Por ejemplo, si existiera un acuerdo de principio sobre armas de alcance intermedio, los soviéticos podrían bloquearlo hasta que se llegara a un acuerdo sobre armas estratégicas y al mismo tiempo exigirían en este ámbito condiciones muy duras, conscientes de que los europeos presionarían a los americanos para que aceptaran a fin de asegurar un acuerdo sobre las armas de alcance intermedio, que son

Los diferentes puntos de vista sobre el SDI pueden impedir que se llegue a acuerdos sobre armas estratégicas o de alcance intermedio.

las que más les interesan. Las armas espaciales son las que más se prestan a manipulaciones soviéticas de este tipo, dada la distancia entre los diversos puntos de vis-

ta sobre la cuestión. Por este motivo, cualquier toma de posición europea sobre el tema debe dejar claro que se trata de una toma de postura en el marco de la Alianza Atlántica, y no contra Estados Unidos.

¹ Yuri Andropov, citado por McGeorge Bundy, George F. Kennan, Robert S. McNamara y Gerard Smith: «The President's choice: Star Wars or Arms Control», en *Foreign Affairs*, winter 84-85, págs. 270-271.

(N. de la R.). La primera parte de este trabajo fue publicada en LEVIATAN, n.º 19, Primavera 1985, con el título «Las conversaciones de Ginebra».

TIEMPO DE

PAZ



SUMARIO

N.º 5 y 6

Debate Otan: Estructura civil, estructura militar.
Informe especial: la guerra de las galaxias
Zonas desnuclearizadas
Doctrinas militares de la Otan: FOFA y
AIRLAND BATTLE
La IV Convención del END en Amsterdam

Suscripción: (1.500 ptas. cuatro números a TIEMPO DE PAZ, c/ Mayor, 6 - 5º 4º bis - 28013 MADRID - Tel. 231 29 85).



E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS

CAMINOS DE LA DEMOCRACIA

EN AMERICA LATINA

Fundación Pablo Iglesias

EN el coloquio **Caminos de la democracia en América Latina**, organizado por la Fundación Pablo Iglesias, se pretendió examinar los condicionantes y los posibles obstáculos o pesos muertos con los que debía contar un proyecto democrático en aquellos países. En este terreno se incluían circunstancias como la economía — y en particular el endeudamiento externo —, la herencia cultural, las instituciones estatales y las tradiciones dominantes en el campo del derecho, el problema indígena y el peso de las agriculturas campesinas, la cultura patriarcal y la oligopolización de la información. Y en segundo lugar se intentó estudiar los problemas específicamente políticos que plantean los proyectos democráticos en la compleja y diversa realidad latinoamericana. Partiendo de una concepción del socialismo como profundización de la democracia, y en especial como extensión de las prácticas democráticas al plano de la organización económica de la sociedad, se discutió el significado de los proyectos democráticos en el contexto de los planteamientos leninistas y en el contexto de una posible nueva cultura política latinoamericana que estaría surgiendo de la reflexión sobre las experiencias recientes del Cono Sur.

CAMINOS DE LA DEMOCRACIA
EN AMERICA LATINA
Fundación Pablo Iglesias
Editorial Pablo Iglesias
300 págs.; 900 ptas.

PEDIDOS:
EDITORIAL PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30 - 28010-Madrid
Tels.: 410 46 96 y 410 47 98

LA POLÍTICA INDUSTRIAL ESPAÑOLA DE DEFENSA

Angel Viñas



6

La industria de defensa en España tiene, tras de sí, una larga tradición histórica pero, como tantos otros sectores de la economía y de la sociedad españolas, necesitaba de una profunda reforma y de una intensa modernización al fallecimiento del general Franco en 1975.

En los primeros años del régimen franquista la orientación autárquica de la política económica española había divisado en la industria de defensa un sector propicio a plasmar tal aspiración, favorecida ciertamente por el contexto de guerra mundial en el exterior. La creación del Instituto Nacional de Industria en 1941 no fue ajena al deseo de constituir una base industrial para la defensa que paliara las

inmensas dependencias de suministros extranjeros que tan agudamente se habían hecho sentir durante la guerra civil.

Como en la mayoría de sectores de la economía española, la política autárquica o de sustitución a ultranza de importaciones resultó también un fracaso en el de la industria de defensa. Sin embargo, en este caso los tímidos intentos por hacerla más

nacional chocaron adicionalmente con las consecuencias de los acuerdos hispano-norteamericanos de 1953 que abrieron la puerta a una modernización relativa del

**La política autárquica
o de sustitución a ultranza
de importaciones resultó
un fracaso en la industria
de defensa.**

equipamiento de las Fuerzas Armadas españolas. Es cierto que, en muchas ocasiones, el material adquirido en los Estados Unidos era casi de deshecho (lo que fue habitual en la Marina, artillería y blindados) pero resultaba muy superior a aquél del que se disponía en España y que con harta frecuencia databa de la guerra civil.

La atracción que despertaba un material más moderno y adquirible en condiciones económicas razonables supuso un golpe casi mortal para la raquítica industria española de defensa. El reequipamiento de las Fuerzas Armadas tuvo su correlato en el hundimiento de las ilusiones nacionalistas que habían inspirado la política industrial sectorial durante poco más de una década.

Tras 1953 la vida del sector fue extraordinariamente apagada, aunque se registraron algunos avances interesantes como los que dieron origen, por ejemplo, al fusil de asalto CETME y a ciertos tipos de armas cortas.

La espectacular industrialización española de los años sesenta se hizo al margen del sector de la defensa y los Estados Unidos continuaron suministrando un material que le proporcionaba divisas y, sobre todo, control. Hubo ocasiones en que este último se reveló de manera espectacular: a finales de los años cincuenta los norteamericanos obstaculizaron el empleo del equipo de tal procedencia en las escaramuzas de Ifni, el único caso en que, desde la segunda guerra mundial, el Ejército español ha tenido experiencia de combate.

Tres razones, aparte de la dependencia fáctica en que pronto se desembocó con respecto a los Estados Unidos, explican en mi entender una evolución tan apaga-

da del sector industrial de la defensa; en primer lugar, la orientación de las Fuerzas Armadas hacia, esencialmente, tareas de seguridad interior que reclamaban un

menor nivel de equipamiento; en segundo lugar, la escasa significación del gasto de defensa, que fue declinando desde el comienzo de los años cincuenta y se dirigió fundamentalmente hacia remuneraciones de personal; por último, la creencia en que con los suministros norteamericanos España podía atender sus necesidades específicas de seguridad externa al margen de las que se produjeran en el contexto de un conflicto Este-Oeste, disuadido por el inmenso aparato militar occidental y frente al cual la dictadura española mantuvo, con buen sentido, una actitud de *free-riding*.

Dicha evolución, sin embargo, dejó pendientes a la muerte del general Franco un sinnúmero de problemas. Ante todo, hay que destacar que el subequipamiento de las Fuerzas Armadas llegó a ser tan acusado que a la mitad de los años setenta no se encontraban en condiciones de hacer frente, por sí solas, a una mínima situación de conflicto en el escenario de seguridad español más inmediato: el norte de África y el área del Mediterráneo occidental. En segundo lugar, la orientación hacia la seguridad interna debía ser corregida a la vez que se neutralizaba un eventual papel político activo de las Fuerzas Armadas que pudiera interferirse con el delicado proceso de transición política hacia la democracia. Finalmente, las reformas institucionales y orgánicas que homologasen a las Fuerzas Armadas españolas con las de los restantes países europeos occidentales debían ponerse en marcha.

El sistema democrático que se implanta en España a partir de 1977 hará continuos esfuerzos por avanzar en estas tres direcciones. A diferencia de lo que ocurrió durante el franquismo ha devuelto a las Fuerzas Armadas su dignidad y las está dotan-

do de los medios para cumplir sus funciones constitucionales, entre las que sobresalen las de protección de la integridad territorial y de la soberanía nacional. De ambas se desprende la necesidad de que puedan funcionar como un adecuado instrumento de disuasión en el escenario de seguridad que nos es propio, dada la política de defensa no agresiva que han perseguido los gobiernos democráticos españoles.

Ello ha conllevado un aumento constante del gasto de defensa que, medido por criterios OTAN, pasó de suponer un 2,5 % del PIB en 1975 al 3,5 % de la actualidad.

La importancia de este incremento y la traducción económica de los esfuerzos modernizadores del equipamiento de las Fuerzas Armadas han hecho aflorar, por lo menos, cuatro grandes preocupaciones:

a) Aplicación económicamente correcta de los recursos asignados a la defensa en una situación de crisis de la economía española que dispara hacia arriba su coste de oportunidad.

b) Criba del gasto de defensa según criterios de eficiencia económica interna, lo que implica una racionalización de su asignación entre los distintos componentes de las Fuerzas Armadas.

c) Robustecimiento de la conexión de la actividad de defensa con sus soportes industriales.

d) Puesta del gasto de defensa al servicio de la impulsión tecnológica y del estímulo de la actividad industrial.

Ninguna de estas preocupaciones descuella en la comparación internacional pero su traducción, en el caso español, ha dado origen a una serie de innovaciones que no tienen precedentes en la política de

defensa de España y que ponen sobre nuevas bases las relaciones entre las Fuerzas Armadas y el régimen democrático al que sirven y protegen.

Desde la perspectiva de la política industrial de defensa tales orientaciones generales afloran ya antes de que el Partido Socialista Obrero Español se hiciera cargo, en diciembre de 1982, de las responsabilidades gubernamentales. Era necesario modernizar, innovar, reducir la excesiva dependencia del exterior y redefinir competencias burocráticas.

Con todo, es justo afirmar que bajo el actual Gobierno socialista la política industrial de defensa ha adquirido un dinamismo inusitado. No puede ser ajeno a él la personalidad del titular de la cartera, catedrático de Teoría Económica, experimentado gestor y, por formación y trayectoria, sensible a los problemas de la más correcta asignación del gasto entre usos alternativos.

Con todo, la herencia que había de superar era, sin embargo, extraordinariamente gravosa ya que el sector de la defensa:

- a) adolecía de una fortísima dependencia con respecto al exterior,
- b) había generado un escaso nivel de desarrollo tecnológico propio,
- c) estaba sometido a una burocratización paralizante,
- d) se encontraba altamente atomizado y disperso.

Como es notorio, la industria de defensa se enfrenta, en general, con tres grandes opciones estratégicas para su crecimiento:

- 1.^a *La vía nacionalista:* En el caso español se había revelado ilusoria en un pasado en el cual los equipamientos para las Fuerzas Armadas eran mucho menos complejos que en la actualidad. Hoy los eleva-

**El sistema democrático
ha devuelto a las FF.AA.
su dignidad y las está dotando
de los medios para cumplir
sus funciones constitucionales.**

dísimos gastos en investigación y desarrollo de los modernos sistemas de armas implican cuantiosas inversiones que, en mercados recortados o estrechos, resultan en altísimos costos unitarios con la amenaza de la ineficiencia económica que tras ello acecha.

2.^a *La apuesta por un comportamiento competitivo:* en esta opción el equipamiento se basa en las mejores ofertas, en términos de la relación coste-eficacia, con independencia de que sean nacionales o extranjeras. El objetivo estriba en adquirir los sistemas de armas más adecuados con los costes más reducidos posibles. Llevada a su extremo implica tratar a la industria de defensa como a cualquier otro sector no privilegiado de la industria nacional.

3.^a *La colaboración internacional en el desarrollo y producción de los sistemas de armas:* dicha colaboración puede ser bilateral o multilateral y admite una amplia gama de arreglos tales como fabricación bajo licencia, coproducciones y numerosos otros *work-sharing arrangements*. En general suele traducirse en costos más elevados que los que predominarían de atenderse rigidamente a la segunda opción, aunque mucho menores que si se prefiriera la primera, salvo que ésta cubra, como en el caso de las superpotencias, una demanda inmensa y en continua expansión.

La experiencia muestra que son atípicos los Estados europeos que no disponen de una industria de defensa más o menos desarrollada. En ello pesa, indudablemente, la tradición histórica pero también la voluntad nacionalista de privilegiar, de alguna manera, a un sector industrial que tiene su cliente en las Fuerzas Armadas propias o en una exportación a la que no son ajenas consideraciones de índole económica o política.

Los numerosos experimentos realizados desde los años cincuenta en materia

de cooperación industrial para la defensa al amparo de la OTAN y, más tarde, de instituciones con ella relacionadas han hecho mella, ciertamente, en esa voluntad nacionalista. Por lo demás, ésta se ha adaptado siempre al hecho obvio de la dependencia en que Europa occidental ha incurrido con respecto a los Estados Unidos en lo que se refiere a suministros y tecnología. Los intentos por hacer operativo el concepto de la «doble vía» (*two-way street*) que permita a los europeos exportar sistemas de armas al gran mercado norteamericano han sido numerosos pero de resultados todavía relativamente escasos.

La política industrial española de defensa se inserta en este marco: tiende a dosificar elementos tomados de las tres opciones estratégicas anteriores y a combinarlos con una política industrial general de tal forma que puedan extraerse de ambas efectos de desbordamiento recíprocos.

La experiencia muestra que son atípicos los Estados europeos que no disponen de una industria de defensa más o menos desarrollada.

Esta posibilidad es bastante realista en un caso como el español en el que la actividad industrial de defensa es, en realidad,

parte de la desarrollada en otros subsectores tales como construcción naval, aeronáutica, automoción, construcciones mecánicas, química, electrónica, etc. En consecuencia, es muy frecuente que las mismas empresas fabriquen simultáneamente productos civiles y militares para atender una demanda constituida, en lo esencial, por la cobertura de las necesidades de las Fuerzas Armadas y los mercados de exportación.

La política industrial de defensa ha evolucionado intensamente a lo largo de los últimos años en cuanto a sus planteamientos estratégicos y, sobre todo, modalidades e instrumentos de actuación.

El planteamiento estratégico es triple:

1.º Hay que reducir la fortísima dependencia de los suministros exteriores.

2.º Hay que elevar el nivel tecnológico propio.

3.º Hay que acentuar la cooperación internacional en condiciones congruentes con las aspiraciones anteriores.

El primer objetivo no significa el retorno a una autarquía imposible: representa, simplemente, la voluntad de desarrollar un tipo de política que tienda a dar preferencia en la cobertura de la demanda a actividades industriales que generen en España valor añadido. Se requiere para ello planificar cuidadosamente las compras de productos militares que puedan ser obtenidos nacionalmente a corto, medio y largo plazo y dejar para la importación las adquisiciones de aquellos sistemas que no puedan fabricarse en España o por medio de la cooperación internacional.

Naturalmente este objetivo implica, como no puede por menos de ocurrir, la asunción de costes adicionales frente a la compra directa. Dichos extracostes se justifican por el *knowhow* que genera la realización de actividades industriales que cubran una cierta parte de las necesidades de equipamiento de las Fuerzas Armadas.

La preferencia en las adquisiciones de estas últimas a productos de fabricación nacional se ha instrumentado a través de complejos mecanismos de fabricación bajo licencia, coproducción y participación en compensaciones industriales. No ha sido fácil establecer los procedimientos que hagan posible la aplicación de tal preferencia a la producción nacional. Durante muchos años, demasiados, las adquisiciones de productos militares se habían hecho sin la planificación y coordinación adecuadas, ni con la industria española ni entre los tres ministerios militares existentes desde 1939. Obvio es señalar que en tal situación, que duró todo el

franquismo, apenas si se exigieron contrapartidas de transferencia tecnológica en el caso de compras de material en el exterior.

En los últimos tiempos una serie de importantes reformas organizativas en el Ministerio de Defensa han sentado las bases para mejorar considerablemente los mecanismos de planificación de las compras de sistemas de armas y otro equipamiento militar. Dichas reformas han permitido explorar mucho mejor que anteriormente las posibilidades de suministro de la industria nacional y han robustecido la capacidad española de negociar contrapartidas en las grandes adquisiciones en el extranjero.

En ello ha sido fundamental que el propio Ministro de Defensa haya asumido las responsabilidades directivas y ejecutivas en la política de adquisiciones que hasta fechas no lejanas estaba concentrada, en la práctica, en los Cuarteles Generales de los tres ejércitos. Ello había dado origen a numerosos despilfarros e incluso a la duplicación de compras.

Las reformas han permitido también aumentar la capacidad de control del Ministerio y hecho ver a los suministradores extranjeros que en muchos casos sus ofertas han de ser pasadas a través de la industria española. La cooperación entre los responsables de la política de adquisiciones y esta última ha mejorado extraordinariamente y no es exagerado afirmar que, bajo el Gobierno socialista, se han realizado pasos de gigante en el proceso de racionalización de la cobertura de las necesidades del Ministerio de Defensa.

Esto es una innovación histórica: hubo una época, sobre todo en los años sesenta, en que las adquisiciones se dirigían rápidamente hacia el exterior y, en lo funda-

El propio Ministerio de Defensa ha asumido las responsabilidades directivas y ejecutivas de la política de adquisiciones.

mental, hacia los Estados Unidos, sin que se examinaran las posibilidades de obtener los productos localmente. En la actualidad la secuencia se ha invertido: se ana-

lizan las posibilidades de desarrollo nacional, luego las de fabricación bajo licencia o coproducción y por último se recurre a las importaciones. Es obvio, por supues-

Se ha optado por la reducción de las compras directas de armas en el exterior y la preferencia por fórmulas de cooperación y coproducción con los suministradores.

to, que tal secuencia no puede aplicarse a todos los sistemas de armas pero los nuevos instrumentos organizativos han establecido un filtro ante la apelación mecánica tradicional a los suministros exteriores.

El ejemplo seguido parece haber sido el italiano, que en pocos años ha permitido una contracción espectacular de los gastos en adquisiciones de material militar en el extranjero dentro del conjunto de gastos totales.

El interés por reducir vulnerabilidades, el impacto beneficiario sobre la balanza comercial y la obsesión por potenciar la generación de tecnologías susceptibles de desbordamiento hacia los sectores civiles de la economía no son ajenos a estos planteamientos.

En el despliegue de tal política el Ministerio de Defensa ha de asumir riesgos económicos y financieros: no retrocede, por ejemplo, ante la co-financiación con la industria de ciertos desarrollos en la confianza de que resulten atractivos y/o adjudica concursos a empresas españolas pensando en que de ello van a resultar desarrollos.

Este tipo de actuaciones se ejecutan al servicio del segundo planteamiento estratégico: la elevación del nivel tecnológico español. La dependencia abrumadora del extranjero lleva consigo, por ejemplo, que la Red Aérea de Alerta y Control o la Red Territorial de Mando se basen en la tecnología de procedencia norteamericana.

En este sentido, la reducción de las compras directas de armas en el exterior y la preferencia por fórmulas de cooperación o coproducción con los suministradores permitirán introducir en el sector indus-

trial de la defensa nuevas tecnologías avanzadas. Se ha progresado mucho, en consecuencia, desde los balbuceos iniciales que acompañaron la gestación del programa FACA. Así, por ejemplo, en la adquisición del misil franco-alemán *Roland* más de la mitad del importe será facturado por la industria española. A partir de ahora se tiende a que todas las compensaciones por compra de armamento cubran la casi totalidad del costo, aunque hay excepciones como la relativa a la adquisición del carro ligero británico *Scorpion*.

Son escasas las empresas españolas que pueden competir con otras extranjeras en productos de tecnología muy avanzada. Con todo, se han registrado avances significativos en los últimos años. En España se fabrican hoy circuitos para el misil antiaéreo italiano *Aspide*, para el radar del cazabombardero F18-A y para el misil francés *Exocet*. Dentro de poco se comercializará un vehículo anfibia de colchón de aire. El porta-aeronaves *Príncipe de Asturias*, los simuladores para el avión F-18A y la bomba de aviación guiada por láser son otros tantos proyectos en curso que se cree permitirán dar un salto cualitativo importante a la industria española de defensa.

Por lo demás, en el plazo de unos seis años se prevé la fabricación en serie del primer misil español, antiaéreo. La E.N. Santa Bárbara desarrolla un proyecto de misil contracarro de tercera generación, guiado por láser. Es cierto que parece necesario recurrir a la tecnología extranjera para ciertos elementos (sobre todo el motor) pero la participación de la tecnología propia será muy amplia. Este misil sustituirá a los viejos *Cobra* y a los más actuales *Tow* y *Hot* por lo que representa un esfuerzo nacionalizador no desdeñable.

Otros sistemas de armas de nivel tecnológico intermedio pueden suponer un importante revulsivo para la industria es-

pañola. Entre ellos figuran el avión táctico AX, con equipos parcialmente nacionales, el avión de patrulla marítima y alerta temprana que se desarrolla sobre la base del CN-235, dragaminas y cazaminas de nuevo diseño, etc.

El Plan Electrónico e Informático Nacional elaborado por el Ministerio de Industria y Energía prevé numerosas acciones en el campo de la industria de defensa. Estas suponen un reforzamiento de líneas de actuación ya experimentadas pero también introducen innovaciones. Entre las primeras figuran, por ejemplo, la centralización de todas las decisiones en política de compras en la Dirección General de Armamento y Material del Ministerio de Defensa y la potenciación de la Comisión Asesora de la Defensa sobre Armamento y Material. Entre las segundas destacan las siguientes:

1.^a Creación de un organismo conjunto entre los ministerios de Defensa e Industria y Energía, responsable de la negociación y del seguimiento de las compensaciones por compras al exterior, con el fin de que haya una presencia efectiva de la industria española que permita evaluar con garantías tales acuerdos.

2.^a Introducción en los contratos de suministro de material extranjero de la obligatoriedad de que el mantenimiento sea realizado mediante compromisos con empresas españolas. Dado que para atender a las necesidades de mantenimiento es precisa una amplia transmisión de la tecnología, o del *know-how*, se evitarán así situaciones como las que se daban en los años sesenta y setenta cuando una parte importante de los sistemas de armas extranjeros podía permanecer en condiciones no operativas durante mucho tiempo mientras se aguardaba a que llegasen los técnicos de mantenimiento o se devolvieran, desde el exterior, los sistemas allí enviados con tales fines.

3.^a Estímulo a las Fuerzas Armadas para que contraten prototipos y primeras series con empresas españolas mediante la correspondiente aportación financiera del Ministerio de Industria y Energía que depriima los costes, más elevados, de adquisición.

4.^a No en último término, se pretende dar a conocer a la industria nacional con la suficiente antelación los planes de equipamiento de las Fuerzas Armadas para evitar que la urgencia en las compras impida una participación más amplia de las empresas españolas.

En una perspectiva política hay que subrayar que éstas y otras innovaciones corresponden al régimen democrático y que han sido potenciadas por el Gobierno socialista. Toda la palabrería patriótica y nacionalista que con tanta fruición esgrimió el franquismo ha de proyectarse sobre una constatación trivial: *durante el régimen del general Franco el soporte industrial de la defensa en España fue el correspondiente a un país tercermundista.*

Durante el régimen del general Franco el soporte industrial de la defensa en España fue el correspondiente a un país tercermundista.

gimen del general Franco el soporte industrial de la defensa en España fue el correspondiente a un país tercermundista.

Cabe, pues, afirmar que el actual Gobierno no ha descartado, antes al contrario, la primera opción estratégica para el desarrollo de la industria de defensa que hemos denominado como «vía nacionalista». Se aspira, no obstante, a mantener dentro de límites estrictos los costes adicionales que genera ineludiblemente tal opción para lo cual se han introducido dos correctivos esenciales:

- a) preocupación por obtener productos de calidad competitiva,
- b) promoción de la capacidad exportadora.

Estos dos correctivos tienden a descartar la opción «nacionalista» en situaciones en las que la estructura de costes haga que los productos no puedan ser competitivos internacionalmente. Dichas situaciones se presentan, claro está, con frecuen-

cia debido no en último término a la gran descapitalización tecnológica de la industria española de defensa durante tantos años.

Es sustancial, sin embargo, en la política industrial de defensa del Gobierno socialista, la innovación que ha supuesto la preferencia por la tercera opción estratégica anteriormente mencionada: la cooperación internacional. Se estima que, en condiciones precisas, ésta puede contribuir de manera esencial al segundo objetivo señalado: la elevación del nivel tecnológico propio.

La cooperación internacional en el sector de la industria de defensa se desarrolla multinacional y bilateralmente.

La primera modalidad constituye, para España, una innovación que no deja de estar relacionada con la adhesión, a finales de mayo de 1982 y en medio de fuertes protestas de la opinión pública y de los partidos de izquierdas en la oposición, al Tratado del Atlántico Norte.

El último Gobierno centrista adoptó rápidamente decisiones para asegurar la presencia española en los distintos escaños y órganos de la Alianza, incluidos los correspondientes a la estructura militar.

El Gobierno socialista congeló las conversaciones ya iniciadas para intensificar la integración militar y ha mantenido, desde finales de 1982, una postura respetuosa de la presencia española en aquellos órganos de la estructura militar en los que España ya figuraba, al tiempo que ha intensificado la participación en los diferentes comités que dependen de la estructura civil.

En consecuencia España participa en el Eurogrupo, en el IEPG (Independent European Program Group), en la CNAD (Conference of National Armaments Directors)

La cooperación multinacional no deja de estar relacionada con la adhesión al Tratado del Atlántico Norte.

y en el NIAG (NATO Industrial Advisory Group). No hace mucho que se incorporó a la NAMSIO (NATO Maintenance and Supply Organisation). El propósito estriba, esencialmente, en facilitar la cooperación internacional en el sector de la industria de defensa.

Naturalmente esta cooperación se aplica a la participación en la investigación y desarrollo de sistemas de armas sofisticados que desbordan, con mucho, las posibilidades de un país como España e incluso de muchos otros países europeos que cuentan con industria de defensa más avanzada tecnológicamente que la española.

Entre los grandes proyectos en los que ya está decidida la participación de España destaca el referido a la fragata europea de los años noventa, cuyo estudio de viabilidad está en curso y es dirigido por un marino español. A mitad de 1984 se llegó a un acuerdo de principio, junto con la República Federal de Alemania, Francia, Italia y el Reino Unido, para realizar un estudio de viabilidad técnica e industrial de un nuevo avión de combate europeo (EFA). El grado de participación final quedará determinado, como es frecuente en estos casos, por el número de aparatos que se adquieran, pero cifras tentativas sitúan el porcentaje que corresponda a España en torno al 10 %. Dado que el coste por unidad se prevé entre 25 y 30 millones de dólares, cuando haya concluido el programa el Gobierno español habrá aportado alrededor del medio billón de pesetas. Será la mayor inversión en armamento nunca realizada por España y que supera en mucho al coste del programa FACA, última gran adquisición de aviones a los Estados Unidos.

En los primeros años del próximo siglo

los aviones de combate europeos sustituirán en España a los *Mirage F-1* franceses. La fuerza aérea de combate española quedará formada entonces por aviones F-18A

y los que resulten de este magno proyecto de cooperación europea. La aplicación de las compensaciones del programa FACA en trabajos de alta tecnología posibilitará la participación española en el mismo.

De manera inevitable la industria española de defensa deberá prestar mucha mayor atención que hasta ahora a los mercados extranjeros.

En el seno del IEPG España participa en más de una decena de sistemas de armas. Entre ellos figuran, además del futuro avión de transporte medio europeo, el carro de combate de los años noventa, el misil superficie-aire de alcance medio y armamento ligero diverso.

Tiene particular interés el primero pues los buenos resultados obtenidos por el avión CN-235 es probable que permitan a España desempeñar un papel importante en el diseño y construcción del nuevo aparato.

Para hacer frente a los requerimientos tecnológicos que supone la participación en estos programas de cooperación internacional la industria española de defensa habrá de modernizar sus estructuras. El Ministerio de Industria y Energía ha establecido ya un plan a tal efecto.

En el caso de sistemas de armas menos sofisticados que los anteriores la política del Gobierno socialista estriba en desarrollar acuerdos bilaterales con otros países que permitan reducir los costes de desarrollo y asegurar para España unas ciertas cuotas de mercado.

La política de cooperación bilateral en el terreno de la industria de defensa la había iniciado ya el franquismo declinante, en particular a través de acuerdos con Francia que permitieron producir en España ciertos sistemas de tecnología relativamente avanzada para la época.

La cooperación hispano-norteamericana en el sector industrial de la defensa ha mejorado en sus planteamientos contractuales desde los acuerdos de 1982 y España

ha sido un buen cliente de los Estados Unidos, a veces el mejor de Europa occidental. El volumen de adquisiciones llegó a niveles muy elevados a pesar de que

resultaba obvio que muchos de los proyectos restringían las opciones españolas para coproducir sistemas de avanzada tecnología. A diferencia de lo que ocurre con los países europeos los Estados Unidos no parecen haber estado interesados en que España desarrolle su propia capacidad tecnológica, y el desequilibrio de la balanza bilateral ha sido aterrador. A principios de 1984 la negativa norteamericana a adquirir el avión español *Aviocar* para el programa EDSA (European Distribution System Aircraft) de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos puso de manifiesto que los acuerdos de 1982 no eran suficientes para operativizar la «doble vía» entre ambos países.

El Gobierno socialista ha diversificado la cooperación bilateral en temas relacionados con la industria de defensa y al efecto se han firmado acuerdos bilaterales con, entre otros países, Francia, Italia, la República Federal de Alemania, Grecia, el Reino Unido y Noruega. El desarrollo propio se reserva para los sistemas todavía menos sofisticados.

Las perspectivas inmediatas de la industria española de defensa no son, en general, malas. Es evidente que va a producirse un fuerte incremento en electrónica militar, tanto para cubrir la demanda interna como con destino a la exportación. Ello es el resultado, en gran medida, de las compensaciones negociadas en numerosos programas de adquisiciones. La tendencia aparece consolidada y las medidas combinadas de los Ministerios de Defensa y de Industria y Energía la fortalecerán.

En el extremo opuesto cabe pensar en una contracción en las exportaciones de buques, con mantenimiento de la produc-

ción para cubrir la demanda interior, a tenor de los programas en curso de modernización de la Armada. Sin embargo, hay que destacar que tales programas tienen un componente elevado de tecnología exterior y que el contenido nacional se centra básicamente en la construcción de la plataforma, con participación muy variable en los equipos y sistemas de armas.

En posición intermedia se encuentran los blindados y la artillería, sobre todo como consecuencia de los programas que vienen desarrollándose en el ámbito de la modernización de carros. El *Lince* incorporará tecnología alemana y puede tener buenas perspectivas para la exportación.

No es verosímil que estas tendencias cambien en los próximos años aunque es probable que se registren incrementos importantes en las exportaciones de material aeronáutico, dificultades crecientes en la construcción naval una vez que termine en los años 1987/1988 una gran parte de los programas en curso y una expansión muy significativa de la investigación y desarrollo resultado de la incorporación española a grandes proyectos multinacionales.

De manera inevitable la continuada pulsación del gasto de defensa, asegurada a ritmos definidos en términos reales por la Ley de Dotaciones Presupuestarias para las Fuerzas Armadas en 1982, unida a las tendencias apuntadas anteriormente, llevará a la industria española de defensa a prestar mucha mayor atención que hasta ahora a los mercados extranjeros, en los que, en general, los productos militares vendidos han solido ser de bajo nivel tecnológico. En 1984 la industria española de defensa exportó casi la mitad de su producción (88.000 millones de 204.000). En los últimos diez años los clientes se han diversificado enormemente y las cifras de ventas se han cuadruplicado.

La plena incorporación de la exportación a los planes de crecimiento de la in-

dustria española puede verse facilitada por la buena disposición a transferir a los potenciales clientes los conocimientos tecnológicos previamente adquiridos. El ciclo es bien conocido y se ha desarrollado con países tales como Italia e Israel.

Es posible que dicha transferencia de tecnología sea un señuelo para clientes que prefieran adquirir productos militares a una potencia media como España, que difícilmente aplicará exigencias de tipo político como las que no inusualmente se plantean en las relaciones con las grandes potencias armamentistas.

La producción y exportación de sistemas de armas han de enfocarse, pues, no sólo desde una perspectiva meramente tecnológica sino que han de incorporar planteamientos ligados a las líneas y definiciones de la política exterior.

La desconexión profunda que en tiempos del franquismo y de la transición existió en España entre los ministerios de Asuntos Exteriores y de Defensa se verá paliada, en consecuencia, también por la evolución previsible en el sector de la industria de defensa. Es ésta una muestra más de cómo en la época actual las dimensiones internas y externas de la política exterior se encuentran inextricablemente unidas.

Amén de consideraciones ligadas a la política exterior, nunca estará de más robustecer todo lo posible los mecanismos de racionalidad económica de la actividad industrial de defensa teniendo en cuenta los efectos macro-económicos y de distorsión del patrón de actividades productivas derivados de una potenciación no meditada de la misma.

No cabe aceptar, sin más, la noción de que la inversión industrial en armamento genera automáticamente efectos de desbordamiento de los que se benefician otros sectores industriales. Puede ocurrir, pero

también no. En consecuencia, la política ha de ser examinada desde esta última perspectiva.

Tampoco debe olvidarse que si lo que se pretende es impulsar el desarrollo tecnológico rápido de los sectores industriales civiles la desviación a través de los relacionados con la defensa puede entrañar costes de oportunidad elevados: es más fácil, obviamente, recurrir a la adquisición directa de tecnologías de introducción inmediata en aquéllos (como ya se ha hecho masivamente en España) o impulsar directamente la innovación tecnológica civil.

El problema de los «*spin-offs*» (efectos positivos de la investigación militar sobre los sectores civiles) es muy controvertido: sólo existe un caso peculiar en el que está documentado debidamente cual es el de los Estados Unidos. Los resultados no apoyan necesariamente la tesis mantenida por una ilusión tecnológica armamentista no controlada.

Toda nueva experiencia genuina de corta duración tiene un trecho por recorrer a la hora de contemplar su perfecciona-

miento. En el plano institucional, por ejemplo, la conexión de los ministerios de Defensa e Industria y Energía podría no ser suficiente: a los planteamientos operativos quizá fuese oportuno incorporar a los ministerios de Asuntos Exteriores y de Hacienda y Economía. Ello no se sugiere en aras de un trasnochado corporativismo, malformación burocrática que llegó a sus cimas en el franquismo declinante y durante la transición y que todavía colea, sino por la constatación, obvia, de que la política de defensa moderna tiene ramificaciones múltiples a las que no se escapan numerosos sectores de la vida nacional.

Un esfuerzo racionalizador como el que ha desarrollado en estos tres últimos años el Gobierno socialista constituye un comienzo, no un fin; un principio, no una meta.

Las afirmaciones contenidas en este artículo son estrictamente personales y no representan, necesariamente, criterios de las instituciones con las que el autor está identificado.

Agradezco al Dr. Javier Alvarez Vara, Director General del INI, las sugerencias que han hecho posible este trabajo. Eventuales errores son, por supuesto, imputables sólo al autor.



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

Arbor

Las páginas de ARBOR están abiertas para tender un puente entre "las dos culturas", para propiciar la comunicación entre las ciencias y las

humanidades, y en especial para promover el estudio, la reflexión, el debate y la crítica en torno a la ciencia y la técnica, a sus dimensiones sociales, culturales, educativas, políticas, históricas y filosóficas.

Director:

Miguel Angel Quintanilla

Secretario de Redacción:

Angel Pestaña

Comité de Redacción:

José Manuel Orza
Luis Alberto de Cuenca
Carlos Solís
Rafael Pardo
Eduardo Rodríguez Farré

Redacción:

Serrano, 127 - 28006 Madrid
Telf. (91) 261 66 51

Suscripciones:

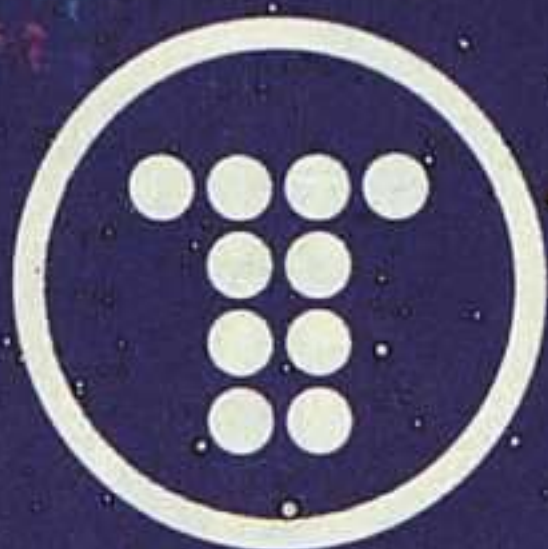
Servicio de Publicaciones del CSIC.
Vitruvio, 8 - 28006 Madrid
Telf. (91) 261 28 33

Arbor

ciencia . pensamiento y cultura

Durante los próximos 15 años, a través del teléfono, algo maravilloso va a ocurrir.

Faltan 15 años para el año 2000.



Telefónica

Centros Culturales

La promoción de una auténtica cultura popular es el principal objetivo del Área de Cultura del Ayuntamiento de Madrid. Actividades importantes y de gran aceptación son la organización de las Fiestas tradicionales, las grandes campañas culturales, el mantenimiento de prestigiosos Centros Culturales como los de la Villa de Madrid y el Conde Duque, etc. Pero la política cultural del Ayuntamiento pretende ir mucho más lejos: acercar la cultura a todos los vecinos, facilitarles el acceso y la

participación constante en una cultura viva y creativa que, a fin de cuentas, será verdaderamente popular en la medida en que sean los propios ciudadanos quienes la produzcan y la gestionen.

A esta política y a estos objetivos responde el proyecto de creación de una red de Centros Culturales de Distrito que poco a poco irán cubriendo toda la ciudad y convirtiéndose en instrumentos básicos de la vida cultural de los madrileños.

Centro Cultural Conde Duque

Es una ambiciosa iniciativa que ofrece una plataforma abierta a todas las formas de expresión artística. En él se realizan constantemente importantes exposiciones de pintura, escultura, fotografía, arquitectura, etc.

Centro Cultural de la Villa

El Centro de la Plaza de Colón se ha convertido en referente obligado del movimiento cultural. Actualmente está ampliando y diversificando sus actividades a través de numerosos programas.

El Aula Municipal de Cultura ofrece multiformes y sostenidos programas de actividades actuando como impulsor de la modernización cultural de la ciudad y basándose en criterios de participación, modernización y anticipación.

"Nicolas Salmerón"

C/. Mantuano, 51 (Chamartín)

Talleres de:

Movimiento, Plástica, Imagen, Manualidades, Textil, Literario, Historia del Arte.

"Alberto Sánchez"

C/. Risco de Pelosche, s/n (Vallecas)

Talleres de:

Teatro, Educación de adultos, Joven club de expresión, Aula de Cultura, Aula de aire libre, Gimnasia de 3.ª edad y mantenimiento.

"García Lorca"

C/. Eugenia de Montijo, 105

(Carabanchel)

Talleres de:

Fotografía, Pintura (infantil y adultos), Dibujo (infantil y adultos), Danza contemporánea (infantil y adultos), Gimnasia de mantenimiento, Música, Dorado y Policromía, Miga de Pan, Estaño, Tercera Dimensión, Yoga.

"Rafael de León"

C/. Isla de Ons, 14 (Fuencarral)

Talleres de:

Danza, Arte dramático, Música, Artes plásticas, Aula de ecología, Telar.

"Matadero"

P.º de la Chopera, s/n (Arganzuela)

Talleres de:

Pintura, Escultura.

Centro Cultural "Palma n.º 36"

(Centro)

Centro Cultural "Buenavista"

Avda. de los Toreros, 2 (Salamanca)

Centro Cultural de Tetuán

Bravo Murillo, 251 (Tetuán)

Centro Cultural de Chamberí

C/. Sagunto, 18 (Chamberí)

Centro Cultural "Parque Norte"

C/. Arzobispo Morcillo, s/n (Fuencarral)

Centro Cultural "Blasco Ibáñez"

C/. Soldado José M.ª Rey (Carabanchel)

Centro Cultural "Vallecas Villa"

P.º Federico García Lorca c/v a Pico

Mampodre (Mediodía)

Centro Cultural "Santa Eugenia"

C/. Zazuar, 1 (Mediodía)

Centro Cultural "Benita de Avila 23"

C/. Benita de Avila, 23 (Hortaleza)

Centro Cultural "Santa Virgilia 15"

C/. Santa Virgilia, 15 (Hortaleza)

Centro Cultural "Juan Gris"

C/. Francos Rodríguez, 100 (Moncloa)

Centro Cultural "Miguel Hernández"

C/. Serradilla, s/n (Latina)

Centros de próxima inauguración

Centro de Talleres de Creatividad

"Escuela de Vallecas"

C/. Sierra Carbonera, 76 (Vallecas)

"Aluche"

C/. Camarena, 9 y 11 (Latina)

"Antonio Machado"

C/. Arcos de Jalón, s/n y Avda.

Guadalajara (San Blas)

"Ciudad de los Angeles"

C/. Pan y Toros (Villaverde)

Centro Cultural "Santa Ana"

C/. Braille y Fuentechica, s/n

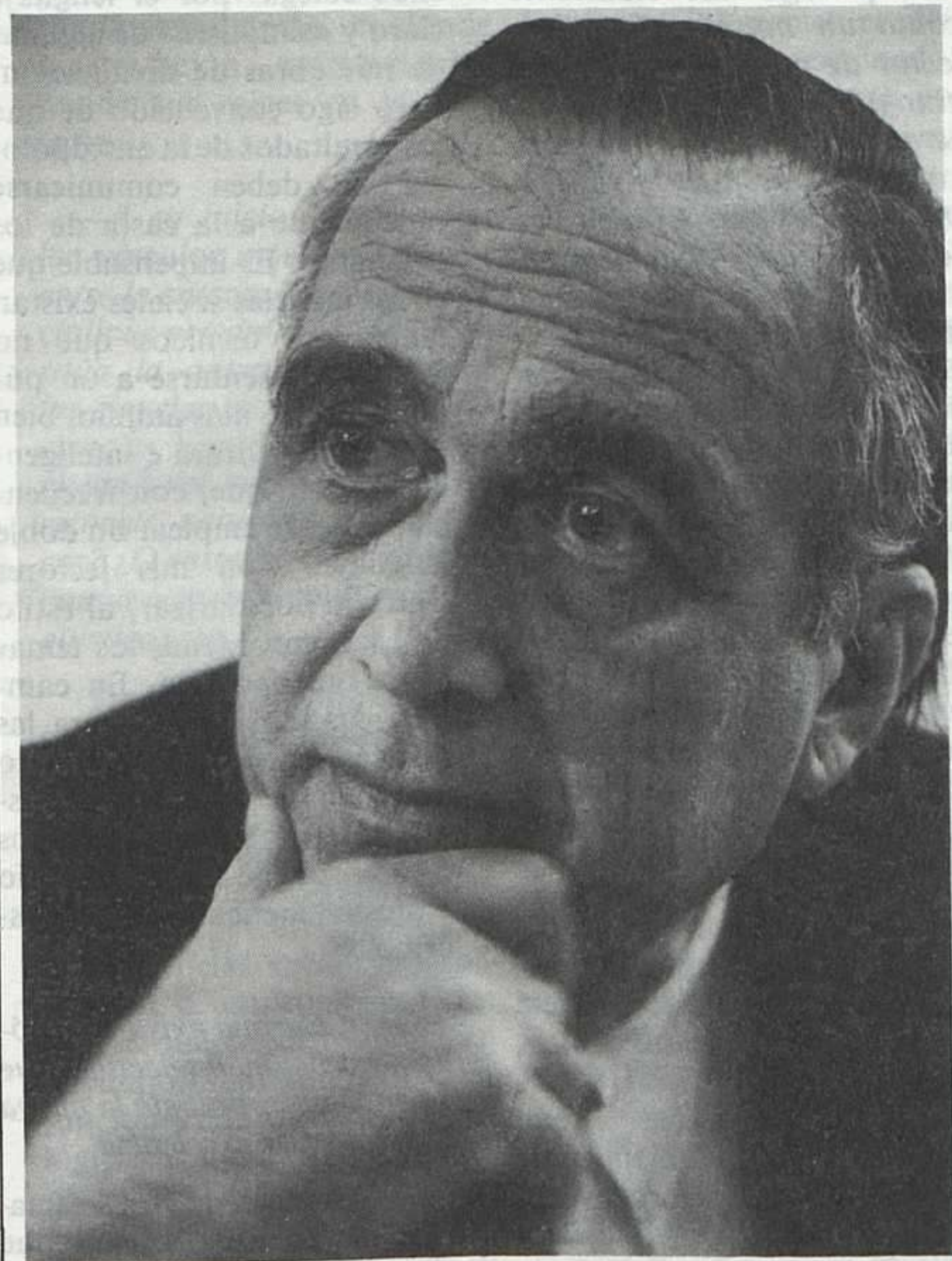
(Fuencarral)

CULTURA



EN MADRID, *claro que sí*

Ayuntamiento de Madrid



MARVIN HARRIS

—¿Qué función y qué sentido otorga al saber antropológico en la cultura de la sociedad posindustrial?

—El término «posindustrial» es desorientador. Puede hacer pensar que ya no esta-

mos industrializados como cuando la fábrica era el principal lugar de producción. Hoy, cuando el principal sitio de trabajo es la oficina, no somos posindustriales. Simplemente estamos industrializando la información y los servi-

cios. Hemos entrado, pues, en un período de hiperindustrialización.

—Hablemos sencillamente de la modernidad. ¿Qué respuestas puede ofrecer la antropología a las expectativas y a las exigencias culturales del hombre moderno?

—La antropología es la única ciencia social —con la sola excepción, quizá, de la historia— que trata de suministrar respuestas a las cuestiones perennes de los hombres sobre los orígenes y los significados de los fenómenos sociales. Trata además de aclarar las relaciones entre el origen de los hombres como especie y el origen de las diferencias y de las semejanzas culturales en relación con la naturaleza humana. La sociología no puede hacerlo ni tampoco la ciencia política. Ambas carecen de una tradición de comparación global. Sólo la historia ha tratado de seguir esta tradición, pero raramente logra convertirse en una ciencia del hombre. Se limita, por lo general, a clasificar los acontecimientos según la sucesión cronológica.

El particularismo histórico no hace comparaciones, no intenta deducir, de los principios generales comparados, juicios predictivos y retrospectivos sobre el desenvolvimiento de las diversas culturas. Para examinar la evolución de los sistemas socio-culturales es importante determinar los factores principales que han operado diversificaciones o, viceversa, convergencias culturales. En América existe todavía una considerable cooperación en los sectores en que se divide el campo de los estudios antropoló-

gicos: antropología física y arqueología; antropología cultural y lingüística. Hay cuatro departamentos de investigación creados en la época de Franz Boas, uno de los más grandes antropólogos desde el punto de vista interdisciplinar. Aquí reside, me parece, la principal diferencia entre la antropología, por un lado, y la historia, la ciencia política, la economía y la sociología, por el otro. Por supuesto, estas últimas disciplinas no se ocupan de la evolución del *homo sapiens*, ni de las transiciones del paleolítico al neolítico hasta las primeras civilizaciones. La antropología realiza una aproximación comparativa global, diacrónica y sincrónica. Contrariamente a Lévi-Strauss, sin embargo, creo que la antropología no puede no ser una ciencia histórica, evolucionista: no sólo sincrónica, sino también diacrónica. Precisamente estos caracteres son los que la convierten en una disciplina de base, cimentadora. En un mundo que tiende a hacerse cada vez más especializado es bueno que existan disciplinas que tratan de suministrar una visión más amplia. Pero la cuestión es ésta: ¿los antropólogos están en condiciones de asumir esta responsabilidad? En la vida académica existe una fortísima tentación de convertirse en la máxima autoridad sobre cualquier aspecto concreto —por ejemplo, el derecho feudal en la Andalucía del siglo XIII...— con independencia de su importancia.

—Pero, ¿qué es lo que espera un lector moderno, de cultura media, de la antropología actual? ¿Cómo ha cambiado la imagen de su disciplina en la cultura media contemporánea? Antes se veía al

antropólogo esencialmente como un museógrafo, recolector de cráneos, de objetos etnográficos extraños, de enseres o utensilios prehistóricos. Viene después la fase romántica del antropólogo viajero, que aportaba informaciones cruciales sobre la vida de «otras culturas», informaciones decisivas para someter a discusión la cultura del hombre contemporáneo de las ciudades industriales y para reconstruir al mismo tiempo, de manera filosófica, la imagen del hombre a través del estudio de sus «diferencias». ¿Puede decirse que, en estos años, se ha construido una tercera imagen del antropólogo?

—Tal vez la imagen de la antropología haya cambiado un poco, gracias sobre todo a Margaret Mead, que ha dejado una herencia que inquieta a otros muchos estudiosos y, entre éstos, a muchos antropólogos. Margaret Mead afrontaba los problemas de una manera muy libre y realizaba grandes generalizaciones. Siento una gran simpatía por ella, porque aprecio su intento de popularizar la antropología. Hubiera preferido que la popularizase en su forma materialista. Es mucho más fácil divulgarla en su forma idealista, sobre todo en los Estados Unidos. Según que se parta de un paradigma materialista o de uno idealista, nos aproximamos a dos tipos completamente distintos de antropología. Pero de esto hablaremos más tarde. Entre tanto, debemos decir que los antropólogos, en general, todavía deben trabajar bastante para explicar a un público cada vez más vasto lo que es la antropología. Ni siquiera lo saben muchos antropólogos. A mí me han criticado mu-

chos colegas por el lenguaje claro y «simplista» de algunas de mis obras de divulgación. Pero sigo convencido de que los resultados de la antropología no deben comunicarse únicamente a la casta de los bramanes. Es impensable que en las ciencias sociales existan temas tan técnicos que no puedan presentarse a un público mucho más amplio, bien dotado de cultura e inteligencia. De ahí que, con frecuencia, procure emplear un doble lenguaje. Con mis lectores trato de popularizar, al estilo de Margaret Mead, los temas de la antropología. En cambio, cuando escribo para las revistas especializadas, utilizo un lenguaje a veces muy abstracto para conseguir que los estudiosos me tomen en serio y presten atención a lo que escribo...

—En Europa existe una sólida tradición intelectual que ve en la antropología la nueva filosofía por excelencia.

—Exactamente, es la imagen de la antropología que siempre he rechazado en mi controversia con los estructuralistas como Lévi-Strauss o con los antropólogos como Jonathan Friedman y muchos otros colegas europeos, quienes no advierten la importancia creciente de la base empírica de las generalizaciones que realizan los antropólogos. En mi trabajo he tratado siempre de relacionar cada proposición teórica con casos muy específicos. Estoy en contra de una filosofía antropológica, pero no de una filosofía de la ciencia. Convertir a la antropología en una filosofía significaría destruir por completo sus raíces históricas, que son raíces empíricas, al menos en Inglaterra y me atrevería a decir que también en la tradi-

ción francesa. En Alemania, fundamentalmente, es donde la tradición antropológica hunde sus raíces en la filosofía.

—A su juicio, ¿cuáles son los vínculos más importantes entre la antropología y las disciplinas próximas? ¿Dónde se sitúa la antropología: entre las ciencias sociales, entre las ciencias históricas de la antigüedad del hombre, entre las ciencias naturales y biológicas? ¿O entre las ciencias de la comunicación: semiología lingüística, etc.?

He hablado ya de la orientación interdisciplinar de la tradición americana. La particular combinación de arqueología, antropología física y cultural, y lingüística distingue a la antropología de las otras ciencias sociales; mientras que la antropología física y la arqueología representan un importante anillo de conjunciones con las ciencias biológicas y naturales. Por eso, en mis investigaciones y en mis elaboraciones, intento mantenerme siempre muy al día acerca de los avances de la arqueología y de la antropología física. En mi tratado de antropología, *Nature, People, Culture*, hay siete capítulos dedicados a la naturaleza humana. Leo y consulto continuamente textos y revistas de biología, ciencias naturales, etc. Pero no por eso comparto las ideas de la naturaleza humana que propone un sociólogo como Eduard Wilson. He tenido muchas discusiones con él sobre el mínimo que hay que incluir en el concepto de naturaleza humana. Wilson, por poner un ejemplo, sostiene que el miedo a las serpientes es un hecho natural. Pero yo le he objetado que no existe ninguna base

empírica para afirmar que el miedo a las serpientes esté genéticamente determinado. El me ha contestado con un argumento típico: es un miedo extendido por todo el mundo. Pero hay muchas cosas extendidas por todo el mundo: las personas comen en todo el mundo; existen impulsos universales que se verifican en todo el mundo. Pero no significan la misma cosa. Sabemos, por ejemplo, que hay buenas razones para tener miedo de las serpientes porque muchas de ellas son venenosas...

—En su formación profesional, ¿cuáles fueron los estímulos principales, los personajes fundamentales, las vivencias personales, los momentos críticos más importantes?

—Un capítulo de un libro no bastaría para contarlo. Mi formación se sitúa en una fase de transición entre dos generaciones. Tal vez sean tres las figuras centrales que han influido en mi formación en Columbia. Una es Charles Wagley, con quien obtuve la licenciatura. Con él di los primeros pasos en la disciplina y me siento profundamente obligado hacia su persona por la ayuda constante que me ha prestado. Wagley me proporcionó las primeras oportunidades de trabajo de campo. Hoy ya está jubilado, en Florida, y nos vemos con bastante frecuencia. Ha sido un etnógrafo extraordinario. Ha trabajado sobre los mayas, y también ha publicado una espléndida monografía sobre los tapirapé del Brasil. Ha trabajado además con Edoardo Galvao, quien es muy apreciado por todos los científicos brasileños. Aunque no coincidimos en el plano teórico, su eclecticismo le permite, sin

embargo, estimar algunos elementos de mi paradigma materialista.

Quien más ha influido en mí, en el plano teórico, ha sido Julian Steward. A pesar de haberle tratado durante muy poco tiempo sus ideas me dejaron una huella profunda que, mucho tiempo después, ha influido en mi evolución intelectual.

Por otra parte, Alfred Kroeber ha ejercido un influjo considerable. Asistí a un curso suyo en 1948, cuando llegó a Columbia como «visiting professor». Escribí incluso un ensayo sobre la controversia entre Kroeber y Leslie White en torno a la definición de cultura. Para Kroeber la cultura equivalía a un dato físico, que se puede ver o tocar. Para mí seguía siendo un dato abstracto del que no se puede partir. Por el contrario, hay que partir de los individuos reales, como sostenía Shapiro. Mi ensayo fue precisamente un intento de conciliar la posición de Kroeber con la de Shapiro.

—Y, fuera del campo antropológico, ¿qué figuras han influido en su formación?

—Un personaje muy importante fue el historiador Franz Tannenbaum, uno de los primeros historiadores de América Latina, quien en un libro famoso, *Esclavos y ciudadanos*, trató de explicar las relaciones raciales entre el mundo anglosajón y el latino desde principios idealistas. Tannenbaum sostenía que los pueblos americanos de raza ibérica tenían una actitud más favorable hacia la gente de color porque España había sido invadida por los moros y los dos pueblos se habían mezcla-

do. Según Tannenbaum, los católicos sudamericanos reconocían la humanidad de los esclavos, mientras que, por el contrario, la religión protestante los colocaba entre los objetos y los animales. Cuando fui a Brasil para mis primeras investigaciones empíricas sobre las relaciones inter-raciales tenía *in mente* este modelo. Pero me encontré ante un sistema completamente distinto de relaciones raciales. Comprobé que los brasileños tienen tantos prejuicios como los norteamericanos hacia la gente de color. Sólo que si en Brasil uno es bastante rico puede soslayar estos prejuicios. En otras palabras, se permite una combinación entre el color de la piel y el *status* social. Y no sólo eso. La estructura de clases está marcada por diferencias muy acentuadas. Mediante la renuncia a un prejuicio social explícito, los brasileños han conseguido eliminar el peligro de las clases populares. Si, por el contrario, Brasil hubiera desarrollado un sistema parecido al de los Estados Unidos, se habría creado una clase inferior que comprendería la gran mayoría de la población, con todos los peligros inherentes para el grupo dominante. Ahora bien, combinando la raza con las posiciones de clases, los brasileños han logrado desdibujar los contornos de la pirámide social evitando el riesgo de un *black power*. El caso de los Estados Unidos es distinto, pues allí sólo el 20 por 100 del electorado es negro. Pero, además, a través de la división de las clases subalternas, y separando radicalmente a blancos y negros, se ha impedido la formación en América de un movimiento obrero solidario, o una basculación com-

pacta a la izquierda. A mi juicio, uno de los caracteres esenciales de la historia americana es la división según líneas étnicas que no tienen equivalente en ningún país europeo.

—*Usted ha escrito que su experiencia en Mozambique ha sido muy importante para su formación profesional.*

—Me atrevería a decir que esencial. Cuando fui a Mozambique ya había comprendido que Tannenbaum se equivocaba al sostener que los portugueses, con su catolicismo, habían creado democracias sociales. En seguida me di cuenta de que Mozambique era distinto de Brasil y se parecía más bien al modelo de Suráfrica, en peor. El *standard* de vida era peor; el grado de separación racial, increíble. Toda la vida social estaba organizada de acuerdo con líneas de división racial: un *apartheid* mucho más duro que en Suráfrica. A pesar de las cartas de recomendación de Charles Wagley, choqué con infinidad de dificultades en mi investigación. Las autoridades portuguesas trataron de estorbarme a toda costa. Sin embargo, a pesar de las dificultades permanecí allí un año, pude trabajar en los archivos de Lourenzo Marques y terminé una monografía sobre el sistema colonial.

—*¿Cuándo estudió por primera vez el marxismo?*

—A mi regreso a Estados Unidos, en 1957, leí por primera vez los textos de Marx. Con anterioridad ya había tenido ocasión de leer el *Manifiesto*, pero entonces no suscitó en mí ningún interés. Hojeé también el *Capital*; pero hablaba de problemas que en

aquel momento no me interesaban. En cambio, cuando volví de Africa empecé a leer a Marx con mayor atención. Pero sobre todo releí los libros y las lecciones de Julian Steward. En aquella época estaban en el grupo de la Columbia Stanley Diamond, Robert Murphy, Eric Wolf, Sidney Mintz, Lewis Faron. Todos ellos habían vuelto de la guerra. Por primera vez en los Estados Unidos los estudios antropológicos habían abierto las puertas a jóvenes que no provenían de las clases altas. Por primera vez los fondos gubernamentales permitían a los estudiantes no tener que trabajar para proseguir los estudios. De este modo, después de la segunda guerra mundial se formó una promoción consistente de jóvenes estudiosos de antropología. A la salida de las clases de Steward íbamos al bar de la esquina y comentábamos: «Julian Steward está a punto de redescubrir a Marx». En realidad Steward se negó siempre a hablar de Marx. Tampoco Wagley lo mencionaba jamás. Era la época del mac-carthismo. Aunque Steward leía a Marx y lo aplicaba conscientemente a los principales problemas de la antropología ecológica, se cuidaba muy mucho de mencionarlo.

Después de mi experiencia americana, lo que más me impresionó del marxismo fueron las instancias anti-ideológicas de la *Ideología alemana*, con su exhortación a partir de los individuos reales como son en su vida real y de sus acciones en relación con su trabajo, para acabar elevándose a los cielos de la superestructura. Pero sobre todo pensé que no se podía ignorar la contribución de las teorías de Marx a

la antropología contemporánea. Por supuesto, las ideas que he madurado en mis investigaciones de campo y que también he desarrollado en mi historia de la antropología (*The Rise of Anthropological Theory*, de 1961) no eran de Marx. De él he extraído tan sólo algunas orientaciones. Pero, sobre todo, una importante lección de método: que muchos problemas teóricos de la antropología podían afrontarse partiendo de la infraestructura. No sólo de la economía, sino también de la demografía, de la ecología; en una palabra, de la vida material.

—*¿Qué relación existe entre su teoría del materialismo cultural y el marxismo?*

—Cuando traté de incluir a Marx en la teoría antropológica, mi imagen del marxismo era la adoptada y difundida por Stalin. Tenía amigos afiliados al partido comunista. Escuchaba sus argumentos pero los encontraba carentes de interés. Eran terriblemente dogmáticos e intelectualmente apagados. Estaban empeñados en que leyera los libros de Stalin sobre el materialismo dialéctico. Pero usaban la dialéctica para justificar el dogma esencial del partido comunista de que la historia estaba de su parte. La dialéctica servía para justificar una fe en la historia, vista como proceso cuyo éxito final justificaba su movimiento político, de la sociedad primitiva a la sociedad de clases, del feudalismo al capitalismo, del capitalismo al comunismo. Yo tengo una formación empirista, refractaria a cualquier filosofía de la historia. Es más, no sabría decir qué caracteres asumirá la nueva clase dominante. En los Estados Unidos, por ejemplo, hoy tenemos los *yuppies*

—como los llaman ahora— que sostienen a Reagan, pero es difícil que se reproduzcan. Hemos modificado enteramente nuestro modo de producción del trabajo y, al mismo tiempo, el de la reproducción demográfica. Mientras disminuye el índice de fertilidad importamos trabajadores de ultramar. ¿Se trata de un fenómeno relacionado con las empresas transnacionales? La necesidad de mercados locales, de fuerza de trabajo local, se ha visto completamente desbordada por las oportunidades ofrecidas por los mercados exteriores y por la fuerza de trabajo exterior. Podríamos seguir con los ejemplos.

Con esto llegamos a la diferencia entre marxismo y materialismo cultural. Del marxismo he extraído la lección de que es necesario acabar con el supuesto de que las ideas dominan el mundo. Las circunstancias materiales en que viven los hombres son una clave para comprender las variaciones de los esquemas culturales. Pero definir este método como materialismo dialéctico es la forma ideológica del estalinismo. El materialismo cultural no tiene nada que ver con todo esto. Tampoco se identifica con el materialismo histórico, porque éste es un producto esencialmente eurocéntrico, concierne a las civilizaciones occidentales. No cabe extenderlo, como pretende, a una configuración global. Si se quiere desarrollar los principios generales de la evolución socio-cultural, no se puede asumir la cultura europea como dovela universal.

El materialismo cultural es una combinación de factores peculiares en la historia intelectual de Estados Unidos, en

la medida que es distinta de la europea. La cultura americana no ha tenido que combatir contra nada parecido al idealismo alemán, que es destruido en realidad por el empirismo *spenceriano* y *darwiniano*. Este es nuestro modelo cultural, y la dialéctica le es sustancialmente extraña. Para nosotros la cuestión fundamental en las ciencias sociales era la distinción entre el sistema social en cuanto que es percibido por sus participantes o en cuanto percibido por observadores exteriores al sistema. Esta búsqueda de un fundamento objetivo de la ciencia social, de la máxima aproximación a la verdad empírica es una instancia metodológica sin duda presente en Marx. Aunque los antropólogos marxistas europeos se ocupen principalmente de resolver el problema de cómo podemos ser al mismo tiempo sujetos y objetos, resolviéndolo con la noción mística de la praxis dialéctica...

—*¿Dónde se situaría usted en el ámbito de la antropología cultural americana de hoy? ¿Podría dibujarnos un cuadro sintético de las tendencias y de las orientaciones de la antropología americana y de su relación con ellas?*

—El materialismo cultural es una posición decididamente minoritaria en la antropología cultural americana. Pero encuentra muchas simpatías entre los arqueólogos, quienes, pese a no autodefinirse materialistas culturales, practican un tipo de arqueología que prefiere modelos explicativos basados en las infraestructuras: o bien, sobre las variables demográficas, tecnológicas, económicas, ambientales, etc. En un artículo reciente, aparecido en

American antiquity, Michael Shiffer sostiene, por ejemplo, que la nueva arqueología es en realidad una forma de materialismo cultural y que muchos no quieren admitir, pues «Harris es una figura muy controvertida, aunque de hecho muchos sigan un método semejante al suyo». En la antropología americana también se produce hoy un acto reflejo reaccionario, similar al político. Así pues, tenemos un regreso a modelos idealistas de interpretación antropológica. Pero la tendencia principal continúa siendo el eclecticismo. Muchos se preguntan: ¿por qué no usar, en algunos casos, modelos de interpretación simbólica, en otros casos modelos económicos, etc.? En principio, sin duda es admisible. Pero en toda forma de eclecticismo, de falta de método, se resiente el vigor interpretativo. El esfuerzo teórico queda interrumpido. Si no se está decidido a seguir una serie particular de hipótesis, aunque inicialmente exista con alguna dificultad, nunca se logrará resolver ningún problema difícil, sea intelectual o práctico.

Robert Lowie, por ejemplo, una de las figuras más importantes de la antropología americana, era un perfecto ejemplo de eclecticismo. Sostenía que en muchos casos la utilización de animales domésticos representa una adaptación totalmente racional y económica; mientras que en muchos otros las fuerzas de la religión y de la ideología tienen ventaja, e impiden a los individuos el uso de importantes recursos. Pues bien, éste ha sido uno de los temas principales de mi trabajo: intentar refutar las tesis de Lowie con ejemplos específicos, entre los cuales la vaca sagra-

da en India (de la que ya he hablado en *Caníbales y rey*) y el dingo en Australia (del que hablo en mi nuevo libro sobre los alimentos y la alimentación). Lowie sostenía que la cría del dingo era un fenómeno irracional. Las aborígenes australianas lo amamantaban en su pecho y, cuando el animal crecía, marchaba al bosque, con lo que no resultaba útil a nadie. Sin embargo, recientes estudios ecológicos han demostrado que el dingo no era un animal domesticado. Por la sencilla razón de que los aborígenes no podían domesticarlo, ya que por su naturaleza está adaptado a la caza, no en grupo sino en solitario, y no tiene fuertes instintos sociales, como por ejemplo el perro en Europa; cuando es pequeño se mueve en torno al campo, pero cuando crece escapa al bosque. ¿Qué es lo que pasa en realidad? Sucede que cuando los aborígenes oyen los ladridos, siguen al dingo y descubren al canguro que el dingo se disponía a atacar. Los aborígenes utilizan al dingo como señuelo. Pero también lo cazan y se lo comen. No comen el dingo criado en el campo, sino que cazan a los grandes para capturar a sus crías. Matan al dingo hembra y lo amamantan con el pecho de sus mujeres. Cuando crecen vuelven al bosque y sirven a los aborígenes para indicar dónde se encuentran los otros animales. Este ejemplo demuestra que Lowie interrumpió a medio camino su esfuerzo teórico. Se detuvo frente al primer problema, ante el hecho de que el dingo era criado como un perro y después se le dejaba ir.

También en el caso de la leche, Lowie observaba que los pueblos de China y de Asia

oriental, aunque crían las vacas, nunca han utilizado la leche en su cocina. Y explicaba el hecho como un fenómeno irracional. Esto ha tenido consecuencias prácticas y no sólo intelectuales. Porque incluso la Organización Mundial de la Salud y la FAO, junto a muchos científicos americanos y europeos, se convencieron de que se trataba efectivamente de un fenómeno irracional. En realidad, lo que es anormal es precisamente la capacidad de los pueblos noreuropeos y americanos de beber grandes cantidades de leche incluso en edad adulta. De hecho, normalmente la mayoría de los hombres y casi todos los mamíferos dejan de beber leche en la edad adulta. Desarrollan una reacción debida a la incapacidad de producir lactasas, que es la encima que disocia el lactoso, el azúcar presente en la leche. En fin, hay un verdadero filón de investigaciones acerca de este problema. Se han escrito miles de artículos. ¡Y Lowie lo liquidaba como un simple capricho cultural! Hasta se han llegado a producir procesos penales. En 1979, por ejemplo, el gobierno federal citó a juicio a un sector de la industria lechera en California porque hacía publicidad con el *slogan*: «la leche es buena para todos»; hay que señalar que un cuarto de la población de California está integrado por orientales, japoneses, hawaianos, chinos, indios...; ninguno de estos pueblos puede beber cantidades abundantes de leche sin caer enfermos. Se trata de pueblos con una tradición cultural muy distinta de la noreuropea. Yo he salido al paso de casi todos los casos citados, por ejemplo el de Lowie. De esta manera he podido encontrar interesantes solucio-

nes a los problemas, al tiempo que he desarrollado el método del materialismo cultural.

—*En los Estados Unidos, ¿siguen todavía vivos los debates entre simbolistas e idealistas, por una parte, y materialistas culturales por otra? Vistos desde fuera, en los años 70 estos debates parecen caracterizar a una vasta zona de la antropología americana.*

—Insisto en que la tradición predominante en la antropología americana es el eclecticismo. Muchos antropólogos no se definen como antimaterialistas: es más, afirman que la vida económica es muy importante, que la ecología es importante y hasta la demografía. Pero añaden que no se puede ser dogmático y no se pueden buscar todas las explicaciones en la infraestructura material. Por mi parte opino que no es necesario que todos se conviertan en materialistas culturales. Sólo digo que este punto de vista debe estar representado. Es necesario incluso que alguien se dedique metódicamente a la búsqueda de las bases materiales desde las que se desarrollan las semejanzas y las diferencias entre las culturas. Me gustaría, naturalmente, que un gran número de antropólogos siguiera esta orientación. Pero el día en que el materialismo cultural se convirtiera en el paradigma dominante, ese día dejaría de definirme materialista cultural.

Al revés que Leslie White, que ha tenido una influencia decisiva en el renacimiento de una perspectiva evolucionista de la antropología americana, el materialismo cultural no es una doctrina determinista y fatalista. Incluso Marshall Sahlins, uno de mis críticos

principales en la Universidad de Columbia, ha continuado la tradición de Leslie White, a pesar de su conversión al estructuralismo luego de su estancia en Francia en los años 1966-67. Para Sahlins la continuidad histórica se ha cristalizado en la estructura. Pueden observarse las variaciones dentro de una tradición cultural dada, como la de Polinesia, estudiada por Sahlins, pero no se debe tratar de explicar los orígenes de aquella tradición. Para Sahlins, al igual que para White, la cultura seguía recluida en su configuración simbólica: el paradigma cultural determina el comportamiento de los individuos; mientras que es pura ilusión el que los individuos puedan determinar la cultura. Esta era la convicción profunda de Sahlins. A pesar de ello, después, en el plano individual, fue muy activo en el movimiento por la paz en Vietnam: fue él quien inventó el *teach-in*, el primer *teach-in* de la historia americana en la Universidad de Michigan.

—*¿En los Estados Unidos existe un *stablishment*, una forma de poder académico en su disciplina?*

—Aunque las corrientes predominantes son el idealismo, el simbolismo y el eclecticismo, no puede hablarse de un *stablishment* porque ya están enfrentados entre sí. Hay una gran deformidad intelectual, con los estructuralistas en perenne antagonismo con los simbolistas. Con respecto a las subvenciones, la *National Science Foundation*, que representa una de las fuentes más importantes en financiación de las investigaciones, nunca ha obstaculizado el materialismo cultural.

—*¿Hoy tiene todavía sentido la distinción de los años 50 y 60 entre antropología social y antropología cultural?*

Esta es una distinción que mantiene su vigencia en Gran Bretaña. La expresión «antropología social» se remonta a una tradición alemana, en particular a Burckhart. Pero hoy esta distinción ha perdido significado en la práctica. Se da demasiada importancia a las palabras y nos dejamos arrastrar por ellas. La cultura puede parangonarse a lo que es el código de biología. En otras palabras, la cultura es un código de comportamiento. Ahora bien, no podemos limitarnos exclusivamente al estudio del código. Tampoco la biología se limita únicamente a estudiar el código genético, sino que estudia el comportamiento de los organismos, o bien las interacciones entre genotipo y fenotipo. De la misma manera, hay que dar una definición de la cultura que incluya no sólo el estudio de los códigos mentales, sino también el de los comportamientos sociales. Los antropólogos sociales, que salen todos de debajo de la capa de Durkheim, caen en la misma trampa. Según Durkheim, los hechos sociales no están determinados simplemente por su recurrencia continua sino por su poder de inducir al individuo a conformarse. Así, las ideas, las normas morales, en cuanto hechos sociales, son parangonados a programas cuyos códigos están en el cerebro. Por eso Durkheim era un idealista al igual que Clyde Klukhohn, que indujo a Alfred Kroeber a modificar su definición de la cultura. Pero en el manual de Kroeber, que data de 1948, su concepto de cultura comprendía todavía tanto el código como los com-



portamientos efectivos. A mi juicio, la distinción entre antropología social y cultura ofusca a la que debería ser la distinción principal: entre los que confinan la cultura en el reino de las ideas y los que la entienden como interacción entre ideas y comportamientos.

—¿Qué huella han dejado en la antropología cultural americana las críticas desencadenadas con el descubrimiento de algunos claros compromisos entre la investigación social y ciertos programas de intervención política en el Tercer Mundo, como por ejemplo el «proyecto Camelot» o el «proyecto Jason»?

—Es una pregunta difícil, ya que cualquier respuesta ha

de basarse en la cuidadosa investigación empírica acerca de cómo han sucedido las cosas. No creo que la colaboración de algunos antropólogos con el FBI, la CIA u otras organizaciones políticas de rigurosa mentalidad conservadora, haya dejado huellas profundas en la antropología americana. Me inclino a pensar que, si ha habido mutaciones sustanciales en el sentido del paso de una actitud hostil al marxismo a una más tolerante, ello no tenga nada que ver con la colaboración de algunos antropólogos americanos en los proyectos Camelot y Jason. Creo que la mutación se ha debido sin más al abandono de una actitud visceralmente antimarxista. Cualquier antropólogo americano que haya tenido experiencias en el

exterior ha debido habérselas con los intelectuales inevitablemente propensos al marxismo, o al menos a ideologías de izquierdas. Así, por ejemplo, todo el que haya realizado investigaciones sobre el terreno en América Latina ha necesitado el apoyo de los intelectuales latinoamericanos, que son mucho más críticos respecto de los Estados Unidos. De aquí la exigencia de atemperar estas aversiones instintivas. Por consiguiente, opino que los antropólogos, como grupo, son decididamente *liberales*. Incluso porque cuando deben afrontar nuevas situaciones en el exterior han de apoyarse no ya en las embajadas americanas, sino en las universidades y en los intelectuales del lugar, si es que quieren ser bien acogidos por sus anfitriones.

—¿Qué huella han dejado en la disciplina las críticas y las ironías de algunos líderes radicales de los movimientos indios en Estados Unidos, como Vine Deloria? ¿La antropología americana ha superado la crisis?

—No, me parece que los problemas con los indios todavía no se han resuelto. Hace poco se ha producido un curioso incidente en relación con el *Museum of American Indians*. El museo tiene su sede en Nueva York y ha tenido dificultades con las subvenciones. Los indios, entonces, han propuesto una unión con el *American Museum of Natural History*. Pero el asunto no ha llegado a puerto. En el interregno, un millonario, en Dallas, uno de los grandes electores de Reagan, había ofrecido 75 millones de dólares para adquirir el Museo Indio y trasladarlo de Nueva York a Texas. Desde aquel momento todos los representantes del American Indian Movement escribimos cartas al *New York Times* pidiendo que el museo fuese restituido a los indios. «Si vale 75 millones, decían, entonces devolvédnoslo, es nuestro; dentro sólo hay cosas nuestras». El movimiento indio es todavía muy activo, y cualquiera que trabaje con los indios americanos debe actuar bajo un atento control de los consejos tribales.

—¿La introducción reciente en los Estados Unidos de la antropología de orientación marxista ha modificado la antropología americana? ¿La iniciativa de Stanley Diamond, las orientaciones de la Universidad de Rochester, las nuevas revistas orientadas al marxismo, y el nacimiento de grupos de «radical anthropologists»?

—En América hay muy pocos antropólogos de orientación marxista que se definan como tales. En cada reunión de la *American Anthropological Association* se presenta un grupo de antropólogos marxistas; pero se trata de un grupo muy restringido. Sin embargo, tendría particulares reservas en la inclusión de Stanley Diamond entre los marxistas. Diamond es más bien un místico, un poeta. No me parece precisamente un representante del tipo de ciencia de la sociedad como la que Marx tenía *in mente*. Creo que sus ideas sobre la vida primitiva son un tanto confusas. Por lo demás, no existe una vida primitiva en el sentido genérico pensado por Diamond. Por el contrario, existen infinitas variedades de mentalidades primitivas y de organizaciones sociales primitivas. Diamond tiene una auténtica manía por el primitivismo, va en busca de la esencia de la vida primitiva, y eso es algo completamente antitético en el marxismo empírico.

En cuanto a la Escuela de Rochester, o si lo prefiere, a René Millon, y a otros antropólogos de aquella universidad, pienso que se trata de particularistas históricos. Millon no ha dado nunca una explicación general del advenimiento de la civilización de Teotihuacan. Si, acaso, cabe considerar un programa de investigaciones impregnado de un efectivo materialismo histórico, ese sería el de William Sanders, de la *Pennsylvania State University*. Sin duda Sanders es uno de los que ha estudiado a fondo las relaciones entre crecimiento demográfico, agotamiento de los recursos ambientales y otras transformaciones ecológicas,

y el advenimiento de los primeros estados mesoamericanos. Sanders ha trabajado en Teotihuacan tanto tiempo como Millon. Este ha producido el plano de Teotihuacan, una contribución muy importante; pero, en la interpretación de los procesos que han determinado la formación de aquella civilización, me parece que Sanders es mucho más agudo. Junto a Jeffrey Parsons, que ahora es el director del Museo de Arqueología de la Universidad de Michigan, Sanders ha escrito una obra verdaderamente soberbia sobre la civilización mesoamericana.

La denominada antropología de orientación marxista en América la veo más bien como una expresión del eclecticismo. Eric Wolf, que incluso está considerado como marxista entre vosotros, en Europa, me parece más un ecléctico que un materialista. En cambio, advierto tendencias idealistas en muchos otros antropólogos marxistas.

—En Europa hemos tenido una larga tradición de marxismo idealista. Una tradición completamente distinta de la de ustedes.

—Yo digo que lo que viene antes de Marx es materialista y después... el marxismo. Lo que ha permitido un análisis del capitalismo en formas que no tienen precedente en el pasado inmediato ha sido precisamente la instancia materialista más que la orientación ideológica. Marx no parte de las ideas en torno al capitalismo o de las ideas del beneficio. Como mínimo trata de partir de la realidad histórica material.

—¿Piensa que el marxismo, en el plano de la investigación

etnográfica, posee las mismas capacidades orientadoras y explicativas que demuestra en el terreno de la historia y de los grandes procesos de la cultura y de la sociedad humana?

—Digamos que la cuestión se plantea así: ¿el marxismo es tan útil para el estudio de las sociedades pre-estatales como para el estudio de las sociedades capitalistas? La teoría del materialismo cultural trata de incluir el punto de vista marxista en el estudio de los que Eric Wolf denominaba los pueblos sin historia, como reza el título de una obra suya muy importante: *Europe and the peoples without History*. Los materialistas históricos en las universidades europeas nunca han considerado toda la gama de variaciones de las comunidades humanas. Desde un punto de vista antropológico se han acostumbrado a ocuparse esencialmente de la historia de Europa y de las áreas inmediatamente adyacentes. Ha seguido operando en ellos un persistente prejuicio hegeliano contra el estudio de los pueblos sin historia. Por supuesto, el marxismo es también importante para el estudio de los pueblos sin historia al igual que para el de las sociedades históricas. Pero el materialismo histórico tiene, en sí mismo, un límite. Por eso hablo de materialismo cultural, que se extiende a la interpretación de todas las culturas con independencia de límites cronológicos.

—*¿En qué medida los antropólogos pueden prestar contribuciones intelectuales importantes a una historia universal sin dejar de ser especialistas en una comunidad concreta? ¿Qué utilidad teóri-*

ca tiene el estudio de micro-comunidades particulares?

—Se puede estudiar una micro-comunidad, un clan, una aldea, y producir igualmente algo importante. Pero no creo que se pueda contribuir a la formación de un cuerpo coherente de teorías sobre la evolución socio-cultural limitándose a permanecer en el terreno de las investigaciones micro-comunitarias. Sólo puede establecerse una relación útil entre trabajo de campo y desarrollo teórico si relacionamos las investigaciones micro-comunitarias con un macro-nivel, a través de las especificaciones de finalidades particulares de investigación.

—*¿Significa esto que ha llegado a su término la orientación monográfica originaria de los estudios antropológicos?*

—Pienso más bien que se encuentra en un nuevo comienzo. Nosotros no agradeceremos nunca lo bastante a los primeros, pacientes recolectores de datos monográficos. En toda ciencia hay una primera parte en la que se recoge la más amplia masa de datos. Pero siempre viene después una fase sucesiva en la que hay que organizarlos y conectarlos para construir teorías.

—*¿Qué piensa de las investigaciones teóricas y empíricas de la antropología francesa estructuralista y no estructuralista, como Godelier, Meillassoux, etc.?*

—Más que un marxista, Godelier me parece un ecléctico. Sostiene, por ejemplo, que la infraestructura a veces incluye la parentela y a ve-

ces no. Esta es precisamente la aproximación ecléctica. Pienso, no obstante, que Godelier no está demasiado lejos del materialismo cultural y que las finalidades de mi investigación no están demasiado distantes de las suyas. En las discusiones con Sahlins hemos caído en una trampa: en la confusión semántica. Pero yo creo que Godelier intenta sobre todo interponer una distancia entre él mismo y cualquier cosa que se parezca al materialismo cultural, para convertirse en sucesor de Lévi-Strauss. Y parece que triunfará en esta empresa. En cuanto a Meillassoux, no conozco muy bien su obra. Recuerdo sólo que una de sus contribuciones, en sus estudios sobre el Camerún, ha sido el descubrimiento de que la explotación existía ya antes del capitalismo. Francamente no me parece un descubrimiento sensacional. Yo ya lo había escrito en mi manual de antropología de 1971.

—*¿Qué importancia asigna, en su formación profesional, a sus investigaciones empíricas? ¿Ha aprendido mucho sobre el terreno?*

—Tuvieron una importancia crucial mis investigaciones sobre los Tonga. Ya he hablado de mi trabajo en Mozambique y de las investigaciones sobre las relaciones raciales en Brasil. La investigación sobre el terreno desarrollada en Brasil ha generado los primeros interrogantes sobre la relación entre *émica* y *ética*. Comprendí que el problema de la relación entre el estudio de una cultura desde el punto de vista de sus miembros *émica*) y desde el punto de vista del observador (*ética*) no podía resolverse sin el tipo de esquema epistemológico

que se halla en la naturaleza de los fenómenos culturales. Fue importante, como ya he dicho, mi experiencia en la India, la relación con el famoso economista agrario K. L. Rudge, director del *Development Center* y vicescanciller de la Universidad de Delhi. Sin embargo, mi experiencia en la India no fue una verdadera y propia investigación sobre el terreno. Mi experiencia precedente en Mozambique y en Brasil, en cambio, fue mucho más profunda y psicológicamente perturbadora.

—¿Qué tiempo permaneció en Brasil?

—El primer período, un año. Volví después para nueve meses. En los años 60 sólo estuve una tercera vez durante ocho meses. En suma, he hecho muchas investigaciones sobre el terreno. A pesar de que, desde luego, no soy uno de los más grandes investigadores del mundo. Mas, si es por eso, he realizado tantas investigaciones sobre el terreno como Lévi-Strauss. Para los antropólogos este tipo de experiencias es especialmente importante pero no suficiente. Se precisa una combinación entre investigación sobre el terreno y trabajo teórico. Personalmente, he elegido el desarrollar la teoría del materialismo cultural y preparar a mis discípulos para la realización de investigaciones sobre el terreno dentro de esa orientación. El trabajo teórico, de reflexión de biblioteca, sigue siendo una actividad extremadamente importante.

—¿En los últimos años se han producido significativas transformaciones en el estilo de las técnicas de investigación empírica en la antropología cultural americana?

—Ha habido una tendencia inevitable a la matematización y a la cualificación de la investigación antropológica. Este es un hecho positivo siempre que logremos evitar las formas ciegas de intuicismo y la investigación se oriente hacia el nivel macro. Por desgracia, una parte de los análisis cuantitativos siguen haciéndose a escala demasiado micro. Aunque hay significativas excepciones, como Allen Johnson, que ha utilizado de manera provechosa modelos de tipo matemático. Yo tengo una formación tradicional. No estoy demasiado preparado en matemáticas. A pesar de ello, en mi departamento en Columbia, y hoy en Florida, siempre estuve entre los primeros autores de la introducción de la estadística y de las técnicas de programación computerizadas en los estudios antropológicos. Espero, sin embargo, que los grandes interrogantes de las ciencias sociales no queden acantonados por la invasión de estas nuevas tecnologías. El *computer* no debe sustituir a la inteligencia y a la curiosidad del científico.

—En los últimos 30 años se han utilizado las investigaciones antropológicas sobre el mundo moderno, dedicadas sobre todo a aspectos concretos (subculturas, comunidades particulares, grupos reducidos), con frecuencia marginales, de los sistemas complejos en los que vivimos hoy. Otras investigaciones han reanudado las grandes tradiciones de los estudios sobre los caracteres nacionales, buscando síntesis que han desafiado, a su vez, a las grandes síntesis de la historia y de la sociología, como en el caso de su libro *American now*. ¿Qué

piensa de la antropología aplicada a las sociedades complejas y de las diferencias con la antropología tradicional de las sociedades primitivas?

—En los últimos 30 años, en efecto, la investigación antropológica sobre las subculturas en las sociedades actuales se ha extendido bastante. Durante este tiempo la mayor parte de las tesis de licenciatura en antropología vienen consagrándose a las poblaciones campesinas. Mi gran síntesis, como usted define *American now*, tiene orígenes lejanos, que se remontan a estudios sobre la familia en la ciudad de Nueva York realizados por una discípula mía, Audre Shaft. Así, pues, en *American now* existe una base de investigación sobre el terreno y una gran cantidad de datos de nivel macro. Mi investigación sobre los caracteres nacionales americanos no se distingue mucho de las realizadas, por ejemplo, por Margaret Mead en colaboración con Rhoda Métraux sobre el carácter nacional ruso, o de las de Robert Lowie sobre los alemanes. Sólo que, en mi caso, un antropólogo materialista se ha cimentado por primera vez en este ciclo de investigación que Margaret Mead afrontaba, en cambio, desde el punto de vista ecléctico. *American now* tenía una finalidad específica: demostrar la aplicabilidad del materialismo cultural en la investigación de las principales mutaciones que se han verificado en los Estados Unidos.

—Un discípulo suyo, Eric Ross, ha realizado una interesante investigación sobre la importancia de la carne de buey en la dieta alimenticia en los Estados Unidos, estableciendo interesantes relaciones entre aspectos específicos de la

historia económica y de la historia cultural americana en el último siglo. ¿Hay otras tentativas en curso?

—Hay muchos investigadores que han estudiado conmigo, además de Ross, y que se dedican a estudios sobre la sociedad americana. Recuerdo a Anna Habonon, Anna Shaft, Roger Sanjek, que enseña ahora en la Universidad de Queens y está trabajando en una investigación sobre los ancianos en Nueva York. La mayoría de mis discípulos trabaja todavía sobre el Tercer Mundo.

—*¿Beyond the Myths of Culture está escrito íntegramente por sus alumnos?*

—No, sólo por algunos. Anthony Leeds, por ejemplo, es un colega que estuvo conmigo en Brasil, pero no ha sido alumno mío. Joan Metcher también es una colega con la que he trabajado en Italia. Hoy hay muchos colegas en América que han adoptado el materialismo ecológico o cultural como referencia.

—*¿No piensa, en definitiva, que dedicándose al estudio de la modernidad y de las sociedades complejas la antropología pueda perder algunas de sus características, como la capacidad de traducir sistemas de pensamiento imbricándolos y de dar un sentido a la diversidad entre las culturas y los sistemas sociales?*

—Comprendo perfectamente qué es lo que quiere decir. Pero la pregunta contiene premisas implícitas que pudieran prestarse a distorsión. Repito que no puede existir una ciencia de la sociedad y de la cultura que no sea al propio tiempo *émica* y *ética*. En mu-

chas de mis investigaciones me he preguntado: ¿cuál es el método más eficaz para traducir los aspectos *émicos* de otras culturas en una suerte de estructura que las haga inteligibles a personas que viven en culturas distintas? Opino que el sistema más eficaz es relacionar las ideas de una cultura dada con su infraestructura, que puede ser estudiada con la mayor objetividad posible. Clifford Geertz ha intentado afrontar el problema de la traducción de las dimensiones *émicas* de otras culturas en términos inteligibles a pueblos occidentales o a pueblos pertenecientes a otras tradiciones. Geertz es un antropólogo que tiene gran ascendiente en la *élite* intelectual americana. Y, en verdad, no corre el peligro de ser calificado de simplista, ya que a menudo es ininteligible... Pero un sistema de traducción exige un método, y Geertz no ha sido capaz de formular claramente uno. Así, es difícil determinar si sus «traducciones» son correctas o no. Yo tengo ciertas dudas sobre algunas de ellas. Por ejemplo, en uno de sus libros más recientes, sobre la evolución del Estado en Bali, presenta al Estado como un juego de sombras, un drama, una escena teatral. Pero, desgraciadamente, quien conozca el Estado de Bali sabe que ha tenido una historia de actividades represivas muy duras y concretas. La metáfora del teatro de sombras me parece un tanto débil... A mi juicio, el problema de traducción de sistemas de pensamiento de una cultura a otra se resuelve mejor mediante un paradigma relativo al intercambio entre pensamiento y comportamiento.

—*Pero, entonces, plantea el problema de la producción*

de las ideas. ¿De qué modo se producen las ideas por un sistema de relaciones materiales dentro del ambiente?

—Esta es una pregunta muy interesante. Las ideas se generan por procesos psicológicos que no conocemos bien todavía. ¿Qué papel desempeñan las hormonas y las psínapsis en el cerebro? A escala física pueden generarse por una cantidad enorme de estímulos. Pero, obviamente, la tradición cultural también estimula y produce las ideas. Entre los que producen nuevas ideas algunos son encarcelados, otros encerrados en hospitales psiquiátricos... otros más se ven gratificados con honores y recompensas materiales. Ninguno sabe explicar exactamente cómo se produce esto. Sin embargo, para comprender la historia no es necesario explicar el origen de las ideas en la psique. Si partimos del modelo de la selección darwiniana, comprobamos que la actividad psíquica de los seres humanos produce constantemente variaciones en el campo de las ideas. Una actividad psíquica que, naturalmente, tiene siempre sus raíces en particulares circunstancias históricas. Pero estas circunstancias históricas permiten el desarrollo de muchas ideas diversas. Unas radicales, otras conservadoras, unas terceras completamente originales, algunas más elaboraciones de viejas ideas. Una gran cantidad de ideas que surgen como plantas continuamente, y van siendo seleccionadas, aceptadas o descartadas.

Cuando digo seleccionadas no lo entiendo como objeto de una selección consciente o política por parte de los vértices de la sociedad. Pienso en

una selección sistemática. A algunas ideas les es dado el desarrollarse. Otras desaparecen. Mi ejemplo preferido es el de la invención de la turbina de vapor por Herón de Alejandría, que la utilizaba específicamente para fines religiosos. Pero su invención ya contenía el primer tipo de motor de vapor, que jamás entró a formar parte de la cultura y de la tecnología de la época. Evidentemente las condiciones demográficas, tecnológicas, económicas y ambientales no eran favorables a la selección de aquella idea y de aquella máquina en aquel particular momento histórico. En otras palabras, aquella idea no dio en la diana.

¿Cómo explicar, si no, el paralelismo que suele haber en el pensamiento humano? ¿O bien el hecho de que muchos individuos tienen la misma idea en el mismo período? Un ejemplo clásico es la invención del cálculo diferencial con la áspera controversia entre Leibnitz y Newton, los cuales se acusaban recíprocamente de haberse robado la idea. La verdad era que existían las condiciones para que la idea pudiese afirmarse y ser seleccionada. En términos psicológicos, por lo tanto, es innecesario especificar las condiciones que determinan la aparición de nuevas ideas. Darwin consiguió explicar la base de la evolución biológica sin conocer nada de genética. De la misma manera que él logró identificar las principales fuerzas selectivas, así nosotros podemos estudiar la evolución de los sistemas socio-culturales mediante la identificación de los principios selectivos que operan en su selección.

—*En los años sesenta, tanto en América como fuera de ella se desarrolló una optimista fe en la posibilidad, para la antropología, de intervenir activamente en los programas de desarrollo en el Tercer Mundo y en áreas atrasadas de las sociedades complejas. ¿Qué piensa usted hoy de la antropología aplicada en la posguerra y de su utilidad en la planificación social y en la programación del desarrollo?*

—Tengo muchos amigos que se han basado en la antropología aplicada. A veces con excelentes resultados. Puedo citar el caso de Gerald Murray. Hace dos años, el *United States Aids Group* le dio mano libre para realizar un proyecto de repoblación forestal en Haití. Fue un éxito enorme. Consiguió plantar la «friolera» de diecisiete millones de árboles con un pequeño presupuesto de dos o tres millones de dólares; su *équipe* ha podido transformar toda la ecología natural de Haití gracias a que su proyecto se fundamentaba en algunos principios antropológicos básicos que nunca habían sido utilizados antes. Murray pudo realizar su proyecto sin interferencias de la burocracia. La novedad del proyecto de Murray consistió en lo siguiente: en los intentos anteriores de repoblación forestal se les decía a los campesinos que el gobierno quería plantar árboles para ellos, mientras que Murray había preguntado a los campesinos: «¿Queréis plantar árboles? Serán vuestros. Nosotros os diremos cómo plantarlos, pero los plantaréis vosotros, y los árboles serán vuestros». Antes se les había dicho a los campesinos: «Nosotros plantaremos árboles aquí y al cabo de veinte años

veréis cómo mejorará el clima». Murray, por el contrario, dijo: «Plantad estos árboles y en seis años serán lo bastante grandes como para obtener de ellos carbón vegetal. Los árboles serán vuestros. Deberéis cuidarlos». Y los campesinos plantaron los árboles. Y ya no dejaron, como en el pasado, que las cabras se los comieran antes de que pudieran crecer.

—*¿«Piensa que la antropología puede hacer algo verdaderamente nuevo en los proyectos de desarrollo»?*

—El ejemplo que he citado es significativo. Pero también los antropólogos pueden cometer errores, como los cometen los economistas y los sociólogos. Soy escéptico respecto de los proyectos a los que se han unido los antropólogos sólo para proporcionar una descripción de la variedad de tecnologías empleadas por las poblaciones locales, y se limitan a esto sin manifestar el menor interés en la elaboración del proyecto en sí y en su gestión. Como si se tratara de un trabajo como otro cualquiera. Mi escepticismo se debe también al conocimiento de la vieja tradición de la antropología aplicada americana, representada por el libro de Spicer titulado *Human Problems and Technological Change*: una ingeniería social muy simplista que se propone cambiar, sólo con la asistencia de la antropología, las condiciones de los campesinos. Los problemas son mucho más complejos y más difíciles de como los pinta Spicer. Otro defecto es que los antropólogos asociados a programas de ayuda, en Estados Unidos, se ocupan con demasiada frecuencia del nivel micro únicamente. No conside-

ran los efectos de sus intervenciones a una escala más básica. Si hoy los antropólogos logran hacer algo bueno es porque tienen una perspectiva más amplia de la que poseían las viejas generaciones de antropólogos aplicados. Pero demasiados todavía de-

sarrollan su trabajo con mezquino espíritu burocrático. El Banco Mundial ha confiado a los antropólogos de este bajo nivel la valoración de algunos de sus proyectos. ¿El resultado? Conrad Kojek, que se ha trasladado a Madagascar y ha examinado los proyectos del

Banco Mundial para aquel país, ha podido comprobar que, de 36 proyectos, 35 eran un desastre...

Antonino Colaganni

©Mondoperaio

Traducción:

Juan Antonio Matesanz



NUEVA SOCIEDAD

SEPTIEMBRE/OCTUBRE 1985

Nº 79

Director: Alberto Koschuetzke

Jefe de Redacción: Daniel González V.

ANÁLISIS DE COYUNTURA: Michael Witter: Belice: El Desafío de la Independencia; Rita Giacalone de Romero: Guyana: Después de Burnham ¿Qué?; José Ovalle: República Dominicana: Una Sucesión en Aprietos; Ted Córdova-Claire: Deuda Externa: La Cumbre de La Habana.

TEMA CENTRAL: TEORÍA Y POLÍTICA ECONÓMICAS PARA AMÉRICA LATINA. Enzo del Bufalo: 30 Años de Búsqueda. La Teoría Económica en América Latina; André Gunder Frank: ¿Es Posible Desactivar la Bomba de la Deuda?; Jorge Schvarzer: Experiencias Fracasadas de Crecimiento. El Caso Argentino; Carlos Barquera: Del Gradualismo al Shock. ¿Es Válido el Plan Alfonsín para América Latina?; Ernesto Araníbar: Hiperrecesión e Hiperinflación. La Impotencia de las Políticas Económicas de Ajuste; Horst Grebe: Repensar los Minerales. Una Estrategia de Industrialización Vertical; Miguel Ceara H.: La Reestructuración Dirigida. Sustitución de Importaciones y Promoción de Exportaciones Selectivas; Klaus Esser: Producción-Distribución: Un Equilibrio Necesario. Concertación Política para un Modelo Económico.

POSICIONES: La "Guerra de las Galaxias" y los Intereses de Europa; Llamado Latinoamericano en Defensa de la UNESCO y del Sistema de Naciones Unidas; Contadora en Momento Decisivo.

POLÍTICA—ECONOMÍA—CULTURA: Carlos Andrés Pérez: La Reforma del Estado; Marie-Chantal Barre: Los Sin Patria. Destierro y Migración en Centroamérica; Leslie F. Manigat: Geopolítica del Caribe; Adriana Santa Cruz: Los Movimientos de Mujeres. Una Perspectiva Latinoamericana; Carlos Fuentes: Amigos o Satélites. ¿Qué Busca EEUU en América Latina?

NOTICIAS—INFORMES—RECENSIONES

SUSCRIPCIONES (Incluido flete aéreo)

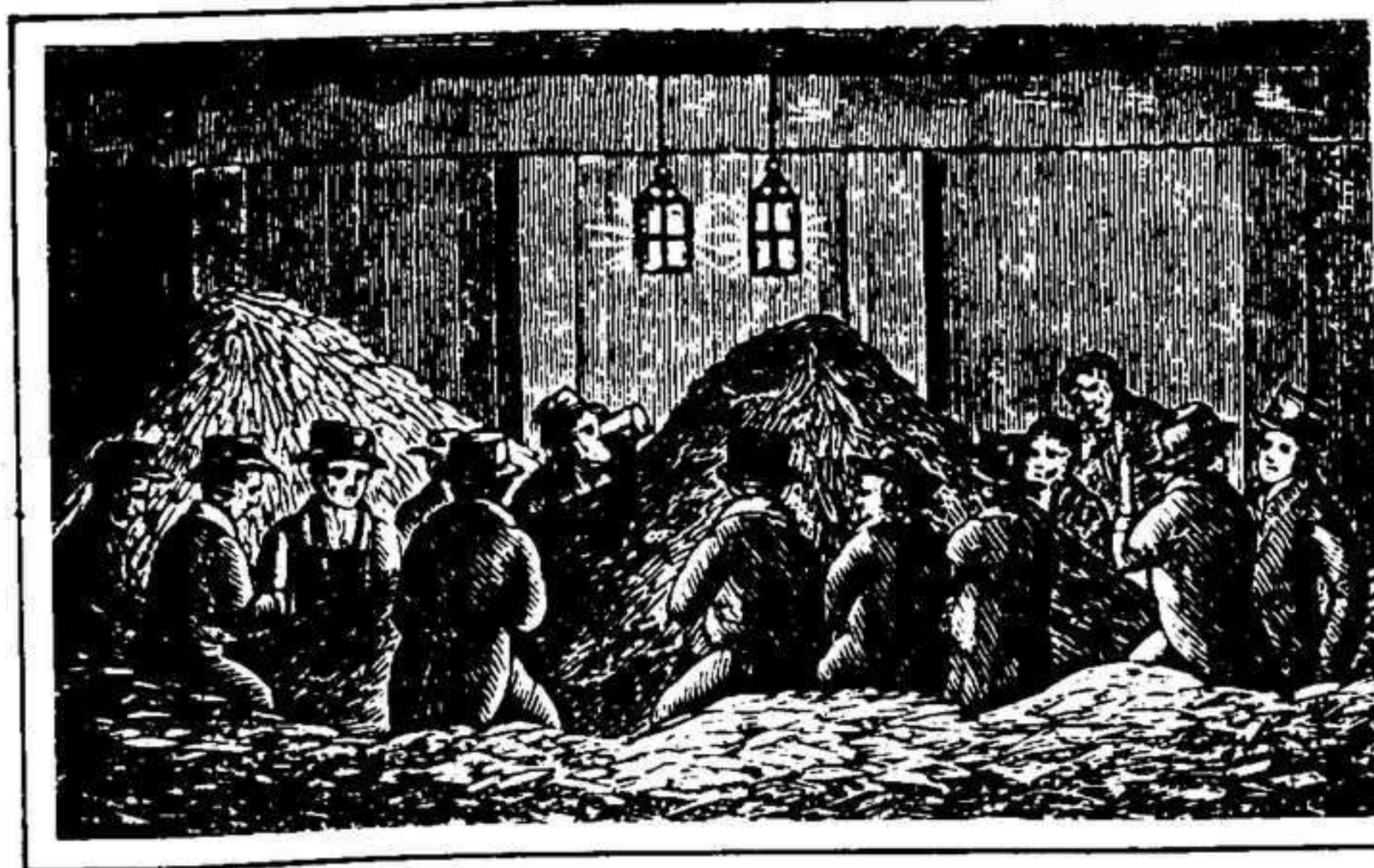
	ANUAL (6 núms.)	BIENAL (12 núms.)
América Latina	US\$ 20	US\$ 35
Resto del Mundo	US\$ 30	US\$ 50
Venezuela	Bs. 150	Bs. 250

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD, P.
Dirección: Apartado 61.712-Chacao-Caracas 1060-A - Venezuela.
Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

LA ÉTICA EN UNA CULTURA POSFILOSÓFICA

Victoria Camps

análisis y debate



Una de las dificultades con que se encuentra la dispersión posmoderna es la falta de un género adecuado para expresarse a sí misma. Todos los rasgos que quieren definir el cierre de la modernidad son negativos: desconfianza ante el progreso, la razón o lo nuevo, rechazo de la ideología, puesta en duda del significado estable o de la verdad inalterable. Es improbable que el resultado de tanta negación sea una gran teoría o un discurso programático. Ni puede ni quiere serlo. El pensamiento negativo construye, en todo caso, sin saber que lo hace, sin proponérselo. Rechaza el pasado más inmediato y los modelos heredados porque son inservibles, y no pretende sustituirlos por otros similares, sino ceder el paso a otra forma de pensar menos segura de sí misma. Nos encontramos en una cultura posfilosófica —la llama Rorty— en la que hombres y mujeres se sienten solos, se saben finitos y sin lazos que los unan a un más allá.

En el caso de la ética, que es de lo que ahora debo ocuparme, la desintegración tanto de la forma como de los contenidos es evidente. Sabemos que los valores no son

lógicamente deducibles de los hechos, que de los principios o normas absolutas no se deducen con transparencia reglas prácticas, que la racionalidad de los fines últimos es dudosa, y que la racionalidad de los medios no es propiamente una cuestión de ética, sino de estrategia política. Sabemos y asumimos todos estos defectos que hacen de la argumentación ética una argumentación *débil*. Lo cual, a decir verdad, nos preocupa ya relativamente poco, y dejaría de preocuparnos del todo si supiéramos desarrollar con éxito esa forma argumentativa a la que debe conformarse nuestro discurso. Ya Aristóteles escribió que es inútil y absurdo querer buscar el rigor por igual en todos los razonamientos. El razonamiento ético no es como el de la geometría pero, hecha esta salvedad, ¿tenemos mucho más que decir?, a saber, ¿en qué se apoya, de dónde procede y hacia dónde va, cuál es la función del razonar ético?

En cuanto a los contenidos, la perplejidad es de dimensiones similares. El relativismo y el pluralismo que ya nadie niega contrastan con la «necesidad moral» de tener que preferir, habida cuenta de que no todo puede ni debe valer lo mismo. Y eso hay que expresarlo impersonalmente: no cabe hablar sólo en primera persona. Si algo distingue a la ley moral de otras formas de legalidad es que aquélla no admite excepciones que no sean a su vez subsumibles en una nueva ley moral.

Sin embargo, pese a que nuestro suelo parece ser el caos y no la necesidad de un orden moral, la ética es invocada hoy más que nunca y a cualquier propósito: político, económico, educativo, lúdico. Todos hablamos de ética, pretendiendo incluso monopolizarla, quizá porque la entendemos en un sentido bastante unívoco (sentido que, dicho sea de paso, viene a ser el antídoto de ese moralismo de las buenas costumbres que durante años se impuso por la fuerza en nuestras vidas). Hoy se apela a la ética —más que a la moral— como sinónimo de autenticidad, como atributo de la decisión responsable y autónoma, como legítima coartada de la acción política. Y esa univocidad del concepto es viable porque, frente al evidente pluralismo cultural y de formas de vida, se da asimismo una unanimidad *teórica* (hay que subrayarlo) respecto a unos derechos fundamentales, respecto a la convicción de que la persona humana posee una dignidad inalienable, la cual se traduce en el rechazo, también teórico, de cualquier forma de dominio, coerción, fuerza o violencia. Insisto: el consenso es puramente teórico, ya que se ve continuamente contradicho y desmentido por la práctica sin fin de la violencia y el dominio de unos sobre otros. En teoría, nadie aboga explícitamente y sin justificación a favor de la represión o la tortura; en la práctica asistimos a diario a la violación de los derechos más fundamentales.

Esa falta de coherencia entre los principios y los hechos recuerda un concepto ya en desuso, pero que alude a un problema moral eterno: la llamada «debilidad de la voluntad». Fenómeno tradicionalmente interpretado como la impotencia y vulnerabilidad de la carne frente a la rigidez del espíritu, pero que en la actualidad tendría unas dimensiones de alcance colectivo o social. Es decir, la sensación de que todo nos desborda, de que no *podemos* hacer lo que debería ser hecho, la dimisión y el rendimiento ante la fuerza prepotente de la economía, la técnica, los intereses políticos o la inercia de la cotidianidad. Todo nos arrastra y nos conduce por donde no quisiéramos ir. Dicho en términos más filosóficos: el conocimiento y la acción no discurren en solución de continuidad.

La filosofía del XVII y XVIII fue bastante consciente del divorcio entre el saber y el actuar, y lo expresó de dos maneras que inciden en los problemas planteados por nuestro tiempo: 1) el conocimiento es siempre insuficiente, en tanto la acción es perentoria; 2) el conocimiento por sí solo no mueve a la acción. El *Discurso del Método* es un ejemplo de la primera dificultad. En la tercera parte, Descartes propone el aban-

dono provisional del Método precisamente porque la acción es más urgente, no puede esperar la moratoria del entendimiento. Así, aun cuando no sea posible partir de verdades claras y distintas, no es lícito renunciar a la acción. Es decir, hay que actuar sin saber lo suficiente, correr el riesgo de errar en la decisión. En cuanto al segundo punto acerca de la impotencia del saber como móvil de la conducta, dos pensadores tan distintos como Spinoza y Hume coinciden en afirmarlo. Para Spinoza, el conocimiento como tal no tiene fuerza suficiente para reprimir los afectos: el mismo conocimiento debería ser considerado como un afecto para que fuera eficaz como regla sobre las pasiones. Conocido es, por otro lado, el célebre enunciado de Hume según el cual no es la razón sino el sentimiento lo que determina a obrar.

¿Habrá que concluir que Marx se equivocó de medio a medio al afirmar que el ser humano sólo elabora proyectos que es capaz de realizar? Quizá la respuesta sea que no es capaz de elaborarlos como lo haría una mente omnisciente, condición por otra parte *sine qua non* para la subsiguiente e inequívoca realización de los mismos. No es que falten fines o proyectos, es que éstos son palabras huecas, signos confusos y borrosos que, en consecuencia, no indican con precisión el camino a seguir para hacerlos reales. La crítica y la desconfianza que invaden el pensamiento actual muestran, entre otras cosas, que los modelos teóricos de antaño no se ajustan a la práctica. Lyotard ha dicho que en la posmodernidad lo verdadero y lo justo carecen de legitimación. Habría que añadir: aun cuando la tuvieran, lo verdadero y lo justo por sí solos no nos llevarían muy lejos. El mensaje de Weber es válido y hay que asumirlo con todas sus consecuencias: «Ninguna ciencia podrá decir a los hombres cómo han de vivir ni enseñar a las sociedades cómo deben organizarse, ninguna ciencia podrá enseñar a la humanidad cuál es su futuro». Así, nuestra misión no es definir la justicia ni hallar criterios seguros de verdad, sino reconocer y lamentar la falta de injusticia y la falta de verdad, esto es, mantener la tensión entre la realidad presente y un futuro que auguramos mejorable, aunque impreciso e inabarcable *a priori*. El reconocimiento de esa tensión sólo podrá hacerse desde una *ética fragmentaria*, que diga «no» a la realidad que tiene ante los ojos, que descubra las faltas del presente, que rechace las formas de vida actuales, y no desde un sistema completo y acabado que todo lo explique y quiera resolver incluso el final de la historia. Ahí está lo que nos separa de los filósofos modernos, ilustrados: aquéllos vieron los mismos eternos problemas, pero confiaban en el poder de la razón y les quedaba aún fe para postular una salvación final. Nosotros, demasiado lúcidos o poco crédulos para la esperanza definitiva, mantenemos tan sólo ilusiones parciales. Para nosotros no hay sistema, hay texto, afirma con una metáfora perspicaz y sugerente, en este caso, Derrida: el texto tiene fisuras, recursos no dominables por el discurso sistemático y, en un cierto momento, el texto ya no responde de sí mismo: hay que interpretarlo, desconstruirlo, teniendo en cuenta que toda comprensión es histórica.

En suma: hoy vuelve a angustiarnos el temor obsesivo en la *Ética a Nicómaco*, temor a que sólo sepamos decir qué es la justicia sin que ese supuesto saber nos haga ser justos. Confusamente conocemos el qué, pero ignoramos por completo el cómo. Esa es la razón por la que Wittgenstein renunció a hablar de ética: porque el lenguaje sólo es apto para decir cómo son las cosas, no *cómo deberían ser*. Pero si desechamos el lenguaje conjetural sobre el deber ser, condenamos a la ética al silencio.

Los filósofos emotivistas tenían razón al pensar que la función de los juicios de valor no era sólo expresar la aprobación o desaprobación de unos hechos, sino suscitar también en los demás parejos sentimientos. En efecto, cuando uno cree sustentar la opinión correcta, o la más cercana a la verdad, no le basta esa convicción: necesita, asimismo, compartirla, verla aceptada por otros. Habida cuenta de que el discurso

ético de hoy tiene que ser fragmentario, sin final y sin principios sólidamente fundados y clarividentes, un discurso con fisuras que muestran su vulnerabilidad, habida cuenta también que la ética es un saber más práctico que teórico, tendremos que reconocer con Wittgenstein que la ética se *muestra* más que se dice, o, mejor, que deberá decirse en un lenguaje capaz de mostrar su fuerza —¿capaz de convencer?— e incitar así a la acción. Hemos dicho que de poco sirven las definiciones ni los criterios abstractos: que sea la solidaridad, la libertad, el compromiso o la falta de todo ello nos lo han dicho mejor Sófocles, Shakespeare, Cervantes, Tolstoi o Sábato, que la mayoría de los tratados filosóficos. Lo que tales conceptos significan es difícilmente transmisible o enseñable, porque son conceptos borrosos. La comprensión de tales signos se adquiere más bien a partir de un aprendizaje o de una experiencia imposible de encerrar en una fórmula o en la argumentación teórica. La narración, el relato, el ejemplo, la vida misma son más transparentes, quizá también más adecuadas a la expresión de una ética fragmentaria.

No creo que sea puramente pesimista o negativo reconocer que la ética de nuestro tiempo debe, y tal vez sólo puede, desarrollarse en dos sentidos:

1) Como instancia crítica que expresa la insatisfacción ante una realidad poblada de faltas y de agujeros, esa realidad que nos hace exclamar, impotentes, «no hay más remedio», «no se puede hacer más», pero «no debería ser así»

2) Como antídoto contra el escepticismo y la desmoralización derivables del reconocimiento de nuestra impotencia. Poseemos las virtudes de nuestros defectos: el mismo desconocimiento que nos hace incapaces de realizar el bien que vemos, alimenta la imaginación, la ilusión y la esperanza de poder avanzar aún algo más. La misión de la ética es mantener ese estado de ánimo, evitar que «se pierda la moral».

Ambas tareas pueden llevarse a cabo a través de cauces muy distintos. Hoy por hoy las desempeña bastante satisfactoriamente cierta literatura que nos muestra situaciones, figuras, motivos de la desmoralización que amenaza la mera pervivencia del sentido moral. Son relatos que muestran a la ética *negativamente*, nos enseñan cómo sería un mundo sin moral, nos hacen ver lo poco apetecible que aparece esa realidad. Creo que dos ejemplos bastarán para ilustrar lo que quiero decir.

Por una parte, la obra de Jünger, *Eumeswill*, es una muestra de las diversas «distopías» que han proliferado en nuestro siglo. Si las utopías clásicas nos decían cómo debía ser la sociedad, las «distopías» nos dicen cómo no debe ser: una sociedad completamente tecnificada, sometida a un régimen totalitario, deshumanizada, «perfecta» en cierto sentido, pero sin espacio para la libertad, donde la felicidad se reduce a evitar las frustraciones, la eficiencia es el máximo valor, una sociedad que es la negación de la «comunidad real» de Marx donde cada cual cultivaría sus talentos en todas las direcciones. Pues bien, el anarca Venator, figura central del Estado Universal dibujado por Jünger, responde a ese modelo de sociedad con una actitud escéptica y solitaria, cínica en cierto modo, de participación sólo simulada, dispuesto a jugar a todo porque no cree en nada, soñando sólo en escapar de toda realidad puesto que no espera ya su transformación.

Otra muestra de sentido parecido, menos intelectualista y, por ello, tal vez más perversa, nos la dan las novelas y cuentos de Patricia Highsmith. El desánimo, la ausencia de proyectos, la ausencia también de desesperación o de rebelión, un dejarse llevar por la vida sin procurar mejorarla, son los atributos comunes a los personajes más representativos de la escritora norteamericana. La vida carece de propósito (*What*

had any purpose in life, anyway? Life was a joke), de sentido (*Isn't it safer, even wiser, to believe that life has no meaning at all?*), de importancia («*Don't think, keep moving*» *was her frequent advice to herself, and she sometimes added, «don't look for a meaning»*): los personajes de *Edith's Diary* se ven desbordados por las pequeñas frustraciones de la vida cotidiana. Son seres con vidas terriblemente normales, es decir, mediocres, sin problemas aparentes, pero incapaces de enfrentarse a lo inesperado, a la decepción o al fracaso. La importancia los conduce a situaciones límites, disparatadas, a la autodestrucción. «Morir por eso», exclama uno de ellos mientras agoniza, «¿valía la pena?». Vidas y muertes indignas, echadas a perder. No es la náusea de Sartre ni el absurdo de Beckett: es el aburrimiento, la falta de objetivos, la vida sin quehacer, la instalación en la inacción porque «nada vale la pena», es decir, «todo vale igual», la ausencia de sentido moral. En un país tan celoso de su sociedad civil y de sus libertades, como los Estados Unidos, los individuos se pierden y aniquilan porque no saben ni pueden hacer uso de esa libertad. Nada es grande, heroico, ni siquiera trágico, la misma muerte se tiñe de la más temible y desesperante trivialidad.

Ese es, a mi juicio, el peligro de la posmodernidad: perder la moral como consecuencia del descontento, dejarse vencer por la sensación de impotencia ante un mundo «que no depende de mi voluntad». Impotentes para imaginar modelos de sociedad distintos, incapaces de pensar soluciones o salidas globales sólo resta la protesta parcial: la protesta ecológica, feminista, pacifista, objeción de conciencia, etc., como se viene repitiendo desde hace tiempo. O la provocación pasiva y tranquila: pasotismo, moda *punk*. Y, pese a todo, seguimos creyendo que la ética ha de hacerse oír, aunque sea sólo a través de relatos negativos, críticos y escalofriantes, a través del sentimiento de su falta puesto que la ética no es de este mundo. Si algo muestra la evidencia de un cierto progreso moral es la posibilidad y la capacidad de convocatoria de relatos como *Nunca jamás* de Sábato.

En los períodos decadentes la ética se retrae a lo privado y asume su impotencia. Cuando la euforia desaparece el saber deja de expresarse positivamente: es un saber incierto, consciente de sus propios límites. Esto es, un saber que nos dice que, pese a su insuficiencia, no es lícito dejar de actuar. Una muestra de que el deber se expresa aún más allá del poder. Sólo mientras así ocurra se mantendrá la tensión entre lo que hay y lo que creemos que debería haber. Y eso ya es positivo.

Z O
N A

Zona Abierta 34-35

enero-junio de 1985

Las ondas largas

Immanuel Wallerstein
Andrew Tylecote
Rod Coombs
Ernesto Screpanti

Las clases medias

Erik Olin Wright

La tesis de la
ideología dominante

Nicholas Abercrombie
Bryan S. Turner

34/35

Información: Apartado 3.070. Madrid.

TRANSFORMACIONES DE LA CULTURA MODERNA

Eduardo Subirats

análisis y debate



2

La idea de modernidad surge al mismo tiempo que la de progreso, y está indisolublemente unida a ella. Ya desde un punto de vista semántico lo moderno se identifica con lo nuevo y presupone, con ello, un principio revolucionario de ruptura, esto es, de crítica, renovación y cambio. La modernidad es una edad histórica de transformaciones y quebrantamientos; es consustancial con la crisis. Modernidad, crisis y progreso son los términos de la ecuación que distingue a nuestro tiempo.

La idea de progreso es relativamente reciente. La concepción mitológica y religiosa de la historia es cíclica y determinista. Nada nuevo puede emerger bajo el cielo de los antiguos dioses. La fe en el progreso surge cuando la sociedad, la cultura, la historia son comprendidos como obra humana. De ahí que la noción de progreso naciera al lado de la creación, y en sus formas artísticas en primer lugar. Cuando, en el renacimiento, Vasari relata la historia de los pintores y escultores italianos, lo hace así en unos términos de desarrollo ascendente, de una progresión. Hoy nos resulta paradójica esta primera formulación del progreso humano, y no sólo porque nuestra sen-

sibilidad ya no acostumbre a concebir la historia del arte occidental precisamente como un progreso; es paradójica también esta idea, porque en nuestro mundo cultural no es el arte, sino la economía monetaria, las ciencias y la tecnología las que sostienen el proceso histórico como un desarrollo ascendente de acrecentamiento, de acumulación, en fin, de progreso.

Aunque divergentes entre sí ambas versiones del progreso, Vasari lo concibió bajo la dimensión ética y estética de la realización de la persona en la figura del artista, mientras que el progreso capitalista se define de acuerdo con una concepción cuantitativa de acumulación de dinero o de dispositivos técnicos —parecieron alcanzar una síntesis en el período clásico de la modernidad: la Ilustración. He escrito «parecieron alcanzar»; en realidad debiera decirse que, en sus líneas generales, a los ojos de los filósofos y científicos de los siglos XVII y XVIII, se alcanza efectivamente la unión, la identidad entre progreso tecnológico-científico, y progreso, en aquel sentido estético y ético que, desde Petrarca hasta Vasari, constituyen el fundamento de la nueva cultura. Esta síntesis, magistralmente cumplida en la filosofía de Kant, tiene lugar bajo la hegemonía de una dignidad y autonomía humanas que la universalidad de la razón científica fundamentó sobre una base a la vez epistemológica y metafísica. El nuevo espíritu de las ciencias posibilitó los experimentos newtonianos sobre las leyes de la gravedad, pero posibilitó también los experimentos americanos sobre los poderes de la independencia. La idea de libertad, como principio de autonomía individual y como principio constitucional de los derechos republicanos, estaba indisolublemente unida a la del progreso científico-técnico.

La unidad de desarrollo social y tecnológico-económico, y la realización humana, fue la que definió históricamente la secularización moderna. El orden racional del progreso, y la síntesis de acumulación y plenitud cultural que teóricamente garantizaba, arrebató para sí los valores de una plenitud humana en lo trascendente, y sus presupuestos metafísicos o políticos. Tal síntesis sigue siendo, para la cultura contemporánea, un ideal positivo, cuyos efectos se hacen notar tanto en los principios políticos como en los programas artísticos y en los análisis filosóficos de la cultura moderna. Por poner un ejemplo: el *Bauhaus*, la escuela libre de arquitectura y diseño creada durante la República alemana de Weimar, no debe su celebridad ni su importancia a la creación de unos diseños más o menos funcionales, nuevos y delicados. Su importancia, desde un punto de vista cultural, reside en haber unido a través de su labor didáctica y creativa los valores económicos y científicos del progreso tecnológico, con un objetivo socializador y el ideal reformulado de la realización secular. El *Bauhaus* reestableció la unidad entre lo ético y lo estético —aquella dimensión del progreso que reclama Vasari para los artistas italianos— y los aspectos científicos y económicos del progreso capitalista; estableció esta síntesis con la misma consecuencia y vehemencia que en el siglo XVIII la construyó conceptualmente la filosofía de Kant.

Pero hoy, cuando se habla de crisis parece apuntarse a una dimensión más profunda, o simplemente a una dimensión distinta a aquella que pudiera significar la astronomía copernicana, la crítica del dogmatismo metafísico de Bacon o la revolución epistemológica de Kant. La palabra crisis señala a una profunda escisión, fragmentación y disolución interior de nuestra cultura bajo los diversos factores sociales, tecnológicos y económicos que la condicionan. La crisis señala más bien la desintegración profunda de aquella unidad ética, estética y científica que configuraba la conciencia moderna del pensamiento del siglo XVII hasta nuestra época.

A finales del siglo pasado, Karl Marx puso en entredicho el ideal romántico del progreso cultural, el cual suponía una identidad de principio entre el desarrollo cien-

tífico-técnico y la libertad humana en un plano espiritual y social. Su análisis sociológico-filosófico muestra la herida de una sociedad a partir de entonces definida como antagónica. Es cierto que, entre tanto, la capacidad política y tecnológica de integración de los Estados modernos desarrollados permiten neutralizar este antagonismo, bajo formas de control institucional en lo que respecta a los conflictos sociales entre clases, o bajo las formas de intervención militar en lo que respecta a los conflictos entre países pobres y ricos. Pero la realidad de una sociedad antagónica de intereses persiste en la conciencia de todos.

También a finales del siglo pasado, el filósofo alemán Georg Simmel puso de manifiesto este nuevo carácter conflictivo de la modernidad bajo lo que llamó «tragedia de la cultura». Siguiendo en el fondo la filosofía crítica de Marx —no el dogma materialista de su concepción metafísica de la historia y la lucha de clases—, que esencialmente partía de una protesta contra las condiciones de inhumanidad que la revolución industrial imponía sobre la sociedad, Simmel analizó los aspectos disintegradores, centrífugos y destructivos que el desarrollo de la economía monetaria y el poder científico-técnico llevan consigo. Simmel analizó el proceso objetivo de alienación cultural subsiguiente al proceso de racionalización social, como la cara regresiva indisolublemente unida al progreso.

A diferencia del marxismo, Simmel no llevó a cabo este análisis en un plano económico, sino en el de las formas culturales propiamente dichas: el arte, la literatura, la vida cotidiana y algunas zonas fundamentales del conflicto cultural de nuestro tiempo como la cuestión del feminismo. Pero ello, lejos de rebatirla, solamente amplió la perspectiva filosófica de la crisis de la cultura que ya había descrito Marx. El lema rezaba: civilización contra cultura, progreso de las empresas tecnológicas e imperialistas (Spengler), y disolución interior de la cultura.

Esta perspectiva sobre la cultura escindida moderna no se encuentra solamente en tal o cual corriente «ideológica» de la filosofía o la sociología contemporáneas. La conciencia de la crisis de la cultura moderna aparece en filósofos como Scheler o Cassirer, o en sociólogos como Weber o Mannheim, por mencionar solamente algunos ejemplos (a los que se podría añadir Bergson, Husserl, Dilthey, Ortega y muchos más), preocupados en sus obras por rescatar para la reflexión filosófica aquella dimensión hermenéutica, sociológica, histórica o estética que le permita rebasar o al menos mitigar aquel conflicto fundamental de la modernidad.

Para mayor claridad trataré de resumir los términos de esta «tragedia de la cultura». La concepción clásica, ilustrada, del progreso supone que el avance histórico condicionado por la acumulación capitalista y el desarrollo científico entraña un orden racional capaz de congeniar este proceso con los valores éticos, estéticos y sociales del pasado, representados, por ejemplo, en la historia del arte, o en las costumbres y concepciones ético-religiosas. Tal era, por ejemplo, la utopía de la burguesía liberal europea de finales de siglo: el ideal de una síntesis entre los valores clasicistas y los valores tecnológicos y sociales de la revolución industrial. La misma voluntad de unidad se afirma también en movimientos artísticos modernos, como la arquitectura expresionista, desde Gaudí hasta Taut y Steiner.

La escisión de este ideal relativamente unitario entre el desarrollo tecnológico del capital y los fines éticos y artísticos de la cultura se pone de manifiesto el día de hoy en una magnitud exacerbada, en relación a lo que fue en vísperas de la segunda guerra mundial. El desarrollo científico-técnico ha adquirido dimensiones completamente fuera de toda escala humana: una *science-fiction* convertida en principio de realidad.

La tecnología hoy más moderna, la informática, anticipa ya esta escisión en lo que define nuclearmente su estructura epistemológica: la sustitución de la experiencia humana, con todos los elementos y la realización individual que conlleva, por la acumulación indefinida, y por definición incontrolable, de información. Tal sustitución se efectúa ya en la estructura del lenguaje, desvinculado progresivamente de sus componentes expresivos y sometido cada vez más al rigor de su racionalización lógica, de acuerdo con el modelo de la gramática transformacional. Los vastos efectos que se introducen en lo más íntimo de nuestras vidas se pone de manifiesto en ejemplos particularmente espectaculares, como la medicina, en la cual la introducción de la informática otorga al paciente y a su relación con el médico una dimensión completamente desubjetivada.

En cualesquiera de los aspectos institucionales o tecnológicos bajo los que se contemple el progreso tecnológico de nuestro tiempo chocamos con uno y el mismo fenómeno cultural de desintegración: crisis de la idea de sujeto personal, liquidación de las concepciones históricas, ya sean filosóficas, ya religiosas, que sostienen nuestra idea de dignidad humana, de libertad, de integridad física, de moralidad o de gusto estético. A ello se añaden fenómenos sociales de flagrante autodisolución, de desesperada desintegración, como la drogadicción y el terrorismo, según respondan a los conflictos urbanos o a los conflictos territoriales de nuestra civilización. Ambos extremos son mucho más ricos como símbolos de un movimiento civilizatorio centrífugo y de fragmentación, de lo que su usual criminalización por parte de los Estados modernos permite ver. Pero, sobre todo, ponen de manifiesto la contraparte de las nuevas formas de racionalización tecnológica en la sociedad moderna.

El conflicto entre progreso y cultura ya fue detectado el siglo pasado por el sociólogo Tönnies: el progreso tecnológico e industrial tiende a la liquidación de una integración social sobre la base de valores éticos, religiosos o estéticos; en su lugar emerge la sociedad como organización técnica (y con ella la sociología, de la que Tönnies figura como uno de sus padres). Pero, entre tanto, lo que la filosofía de la historia de un Spengler o un Ortega contemplaba como la pesadilla de una edad deshumanizada se ha cumplido socialmente. Las grandes metrópolis modernas son un artefacto técnico: sus formas de comunicación administrativa, comercial y científica sólo discurren a través de medios técnicos o performatizados. El mundo de la máquina ha hecho obsoleto al sujeto humano, como ha formulado Anders en su definición de la poshistoria. Pero, a su vez, estos fenómenos de disolución de viejos valores culturales están acompañados por el acrecentamiento de las desigualdades económicas entre los grupos sociales y entre los países, según sea su grado de desenvolvimiento económico y tecnológico; y estas tensiones, a su vez, generan formas terriblemente cruentas de confrontación militar, y formas temiblemente totalitarias de control civil. El grado de racionalización máxima que nuestras culturas más avanzadas han alcanzado coincide así con el mayor grado de irracionalidad, en cuanto a sus mismas consecuencias políticas y sociales, ecológicas y psicológicas.

Hoy, estas transformaciones estructurales de la cultura desarrollada se viven subjetivamente como una «condición posmoderna», por emplear la expresión de J. F. Lyotard. El punto negativo de partida de esta perspectiva es el carácter obsoleto o ya puramente retórico de la tradicional crítica sociológica de izquierdas. El «socialismo científico» resulta hoy, tanto sociológica como políticamente, una utopía tan abstracta e irrealizable como pudieron parecerlo las utopías, hoy consideradas literarias, de los socialistas del siglo XVIII a los ojos de los intelectuales de la I Internacional. Esta constelación ideológica parece significar que la crítica sociológica y filosófica que entrañaba sea hoy inviable. En cualquier caso, nuestra condición posmoderna se carac-

teriza, negativamente hablando, por el abandono más o menos explícito de las tradiciones de la filosofía crítica, en nombre de la superación (o la inviabilidad sociológica) de sus alternativas, o su rebasamiento por los nuevos factores tecnológicos de la civilización.

La condición posmoderna surge, así, de la encrucijada entre una crítica y una expectativa social de izquierdas que se sienten obsoletas, tanto teórica como políticamente, frente a las nuevas tecnologías, sus efectos sociales y las formas de dominación social que presiden. En esta encrucijada lo primero que se encuentra es el vacío. Muy tempranamente, Octavio Paz detectó el agotamiento, el vaciamiento de valores al que había llegado la modernidad literaria y artística del siglo XX. Es algo que puede referirse lo mismo a los planteamientos programáticos del *Bauhaus* como a la teoría de la revolución social de G. Lukács. Este vacío es el que, en muchos países europeos y americanos, ha mediado entre los años en torno al 68 (con el trasfondo de movimientos revolucionarios triunfantes en el Tercer Mundo, la revolución cultural y la renovación que supuso frente al dogmatismo estalinista, y el movimiento estudiantil) y la década de los 80 (con la dilatación de las guerras del Tercer Mundo, la escalada de misiles con cabezas nucleares de alta potencia, y el hundimiento económico de los países en desarrollo). Para toda una generación el mundo, de pronto, se ha venido abajo.

El segundo personaje que aparece en este encuentro de caminos es la recuperación nostálgica de símbolos tradicionalistas. A este respecto, la arquitectura contemporánea, que ha difundido el ambiguo ideario de la posmodernidad con tanto entusiasmo como, después de la primera guerra mundial, lo hizo con el de la modernidad, ofrece un ejemplo privilegiado. La arquitectura europea siente nostalgia por la torre medieval o el palacio renacentista; la arquitectura norteamericana recuerda con anhelo la monumentalidad clasicista. Todo ello funciona con una ambivalente voluntad de recomponer viejos mitos: el heroísmo de la columna, el rigor racionalista de las simetrías, la autoridad moral de las arcadas y las cúpulas: pero también posee el carácter de una ornamentación de estuco técnicamente perfeccionado, y definida con arreglo a los cánones del más estricto *marketing* y de una simbolización arcaica del poder social y político.

Nostálgico es también el carácter que define la teoría programática de una cultura posindustrial de Daniel Bell. De acuerdo con un modelo idealista (que recuerda las utopías sociales espiritualistas de Kandinsky, Taut y Steiner), su filosofía social concibe la síntesis de una cultura tecnológica fundada en la razón científico-técnica junto a una cultura social fundada en una concepción religiosa trascendente. Se trata de aquella misma síntesis de progreso tecnológico y realización moral de la persona que habían formulado las filosofías de la Ilustración. Pero ahora, y en ello reside el giro posmoderno del asunto, esta síntesis no se realiza como unidad interior a la estructura del progreso histórico. Los valores morales, o incluso la religión como su vehículo funcional e histórico, son injertados en la sociedad performatizada como un sistema de reintegración complementaria, una especie de tecnología terapéutico-social.

Esta recuperación nostálgica presupone una actitud encubridora, retórica, algo que a veces se ha llamado un nuevo manierismo. Se oculta la realidad de la civilización y su progreso (en lo social, en lo arquitectónico o en lo político) bajo la fachada de cualesquiera valores históricos, éticos o estéticos, según lo considere más propicio el mercado del momento. La «fachada», ahora en el sentido enfático de la palabra, se convierte en el único principio socialmente válido de identidad (en este sentido lo ha definido la psicología social de Goffman), o, lo que quiere decir lo mismo, la sociedad quiere identificarse con sus imágenes o sus máscaras (éticas, regionalistas, historicistas...). Este carácter de fachada constituye, precisamente por ello, un rasgo predomi-

nante de la cultura moderna, al lado precisamente de su fundamental vacío: se trata, en definitiva, de una concepción escenográfica de la cultura como espectáculo medialmente generalizado, como representación total (cuya primera formulación fue la teoría de la obra de arte total; su segunda, la concepción nacional-socialista de la política como obra de arte; y su tercera, la cultura de los valores ético-estéticos medialmente escenificados).

Pero, frente a este aspecto «blando» de la condición posmoderna, se encuentran sus elementos «duros»: la asunción sin restricciones del progreso tecnológico junto con los fenómenos concomitantes que genera. Un ejemplo de todos los días lo proporciona la moda *Punk* en el vestir. Ella exhibe, como signos de identidad, los aspectos más regresivos de nuestro mundo: un ascetismo militante, símbolos agresivos que fluctúan ambivalentemente entre la representación del poder y la expresión de la opresión (las cadenas son instrumentos agresivos, pero también el signo de la servidumbre, y así los brazaletes, muñequeras y tatuajes), y todo ello coronado por el color negro de la muerte. El emblema ideal sería, a este propósito, un muchacho vestido con todos estos atavíos y jugando o trabajando (o precisamente ambas cosas a la vez) en una computadora. Una imagen de hecho difundida en películas contemporáneas de ciencia-ficción.

El aspecto teórico de esta nueva condición social lo formuló por primera vez, a mi modo de ver, el filósofo Feyerabend. De pronto, en el medio intelectual de la revuelta estudiantil, aparecieron una serie de ensayos en los que este autor definía el anarquismo no en términos de lucha o de organización ético-social, sino como juego epistemológico. La traducción informática de este principio es la concepción de «una plasticidad poco menos que total» de este medio; es, en suma, la capacidad de diversificación, de polimorfia, de conflictos y disconsensos descentralizados que la revolución informática permitirá de acuerdo con su propia estructura —según se formula, por ejemplo, en el *Informe Nora Minc*— sobre la informatización de la sociedad. La tesis que se desprende de la perspectiva epistemológica de Feyerabend o del análisis social de este último informe es hasta cierto punto sencilla: la informatización, entendida como forma superior de la racionalización social, entraña una serie de fenómenos regresivos: pobreza, marginación, degradación social, controles totalitarios, nuevos tipos de censura, y, sin duda alguna, una nueva figura de alienación humana. Pero, a su vez, los mismos medios que imponen este sacrificio social posibilitan nuevas formas de libertad, de comunicación, de creación y de riqueza. El mismo modelo argumentativo que en este sentido hoy esgrime el *Informe Nora Minc*, o la teoría de la posmodernidad de Lyotard, es el que, en la segunda mitad del siglo XVIII, expuso Condorcet en su optimista celebración del papel emancipador de la imprenta. Ello no relativiza ni un ápice el contenido de su ambivalente enunciado sociológico y cultural.

Trazar un balance tan sucinto de la crisis de la modernidad que hoy vivimos es una tarea venturosa, pero aventurada. El análisis sociológico avanza en este terreno por conjeturas. En cualquier caso, entre el vacío de valores sociales ético-estéticos, agravado por las confrontaciones militares y la crisis económica mundial, entre la cultura espectacular que despliega a lo ancho y a lo largo de sus estrategias mediales la representación del poder, y entre el desarrollo a la vez esperanzador y amenazante de las tecnologías informáticas, la línea de equilibrio que puede trazarse no es, ni mucho menos, estable. Dicha inestabilidad constituye, precisamente, una de las características culturales y psicológicas de nuestro tiempo, de la neurosis de nuestro tiempo, por recordar los términos del análisis de la cultura realizado por Freud.

Un balance apenas puede trazarse; y con menor motivo aún se puede anticipar una alternativa. Por consiguiente, no a título de alternativa pero sí de exigencia teórica y social, deseo acabar este ensayo con una solución provisional pero programática.

Ella se remonta a aquel conflicto entre cultura ético-estética y progreso tecnológico que anteriormente he señalado; y se remonta también a la teoría crítica de la sociedad que a lo largo de la historia de la crisis de la civilización moderna se ha ido dibujando. Esta tradición crítica, ligada a la hermenéutica y la filosofía social, heredera del humanismo, es declarada hoy como obsoleta (la sociología y la filosofía norteamericanas la han despachado hace mucho a los infiernos, a título de metafísica o de romántica). Ciertamente muchos de sus aspectos relativos a la concepción filosófica del mundo o a sus formulaciones utópicas resultan anticuados. Ello debe subrayarse especialmente por lo que toca a la filosofía de la historia y a la teoría política del marxismo. Pero la superación de estas concepciones no invalidan su objetivo crítico. El análisis de la alienación humana, concomitante al progreso civilizatorio, en sus aspectos económicos, sociales, psicológicos o epistemológicos, sigue siendo un necesario, aunque a veces indeseado, acompañante de este proceso civilizatorio mismo.

Las nuevas formas de alienación y degradación culturales fuerzan y forzarán en el futuro formas asimismo nuevas de resistencia y desidencia. Los grupos ecologistas, el feminismo, el pacifismo, la resistencias sociales contra el paro generado por el proceso de racionalización industrial, constituyen otras tantas manifestaciones íntimamente relacionadas con el avance tecnológico de nuestros días. El carácter revolucionario de estos movimientos y reacciones es un hecho tan inapelable como moralmente legítimo (éticamente fundado en una era en la que los sistemas tecnológicos de dominación esgrimen la guerra total, y los condicionamientos sociales que su amenaza impone, como último argumento de su conservación). Pero este carácter socialmente subversivo es hoy socialmente inviable en virtud del frágil equilibrio político y tecnológico que preside nuestras sociedades, y del peligro de una destrucción en gran medida indiferenciada —como la que hoy tiene lugar en América Central y andina— y de devastadores efectos (un signo más de la restricción de la libertad concomitante al desarrollo de una tecnología básicamente agresiva).

Pero semejante constelación vuelve hoy precisamente más importante, y no más obsoleta, las tareas de la crítica de la sociedad en sus formas teóricas y a través de la imaginación crítica en el terreno del arte, de la educación y de los fenómenos sociales de desidencia. Una cultura moderna y democrática no puede prescindir de estas fuerzas intelectuales y sociales para limitar y corregir los efectos devastadores del progreso en el sentido de sus valores capaces de salvaguardar la autonomía, la realización humana y la sobrevivencia en nuestras sociedades avanzadas. Grandes decisiones en el terreno del urbanismo, de la arquitectura, de la educación, de la comunicación medial, de la organización del trabajo y la información, de la conservación histórica o de la naturaleza deben asumirse hoy, con la más clara conciencia, a partir de una reflexión crítica sobre el progreso tecnológico y sus efectos, positivos y negativos, sobre nuestra estructura psicológica y social.

La cultura moderna, definida por el predominio de la tecnología, y de los intereses económicos y militares a ella ligada, no puede sobrevivir sin una siempre despierta imaginación crítica y utópica. Si ella pudiera ser desterrada de una vez por todas, entonces podría darse definitivamente la razón a aquellos pensadores que han declarado, con fundados motivos, el fin de la historia y de la humanidad misma. Semejante defensa de una imaginación crítica encuentra hoy a su paso grandes obstáculos y requiere un enorme esfuerzo. Significa la creación de nuevos modelos reflexivos a la altura de los conflictos de nuestro tiempo y, con ellos, nuevas formas de comunicación y solidaridad sociales.

No se trata de una alternativa posible, sino, probablemente, de la única salida a la angustia y el escepticismo de nuestro tiempo.

Cuadernos de 2 Alzate

Primavera - 1985

Revista vasca de la cultura y las ideas



IBARRA

En este número la sección de ESTUDIOS presenta unas cuantas colaboraciones que, por su originalidad de planteamiento, pudieran ser útiles para un mejor conocimiento del nacionalismo vasco. **Juan José Laborda** aborda el tema "Catolicismo, industrialización y nacionalismo"; **Emiliano Fernández Pinedo** reflexiona en torno a "Las dudosas bases económicas del primer nacionalismo vasco", y **Marianne Heiberg** escribe sobre "Nacionalismo étnico y relaciones patrón-cliente en la Europa mediterránea". La sección se cierra con un exhaustivo análisis sobre las posibilidades de "Coordinación y cooperación en el Estado de las Autonomías", elaborado por **Alberto Pérez Calvo**.

La sección ENSAYOS presenta en este número una variada selección de colaboraciones. En

el terreno del arte, **Pilar Muñoa** escribe sobre "Oteiza: un necesario reconocimiento", y **Juan Antón Zubikarai** da una visión panorámica del "Nacionalismo musical vasco". En el terreno económico, **Alberto Pérez García** habla sobre el futuro industrial de la ría bilbaína en "Un reto difícil: la zona de urgente reindustrialización del Nervión". **Angel García Ronda** reflexiona, en un ensayo de pensamiento político, sobre "ETA y la democracia".

En la sección de NOTAS, **Fernando Savater** y **Victoria Camps**, desde distintas perspectivas, escriben sobre el Estado en sus colaboraciones "Libertad y seguridad en una sociedad democrática" y "Reflexiones en torno a 'De la maldad estatal'".

La sección se cierra con un cuento inédito de **María Luisa Etxenike** titulado "Livingstone".

Las ilustraciones de este número son collages originales de nuestro conocido y querido pintor **Agustín Ibarrola**.

Pedidos:

Monte Esquinza, 30 - 28010-Madrid

PARADOJAS Y NARRACIONES

Carlos Thiebaut

análisis y debate



3

No creo que sea exagerado señalar que nos encontramos en una situación relativamente paradójica. Por una parte, la herencia de la modernidad ética, como filosofar crítico, fundamentador de sí en un discurso que pretende dar cuenta, a la vez, de su tarea y del mundo en el que aspira a operar, es, en cierto sentido, irrenunciable. Ni nuestra conciencia ni nuestra acción pueden fácilmente olvidar esos elementos articuladores, pues si superamos ingenuamente las distancias entre lo que postulamos y deseamos como posible o como utópico y lo que hacemos o vivimos en una cotidianidad sin excesivas dimensiones o en una historia sin excesivas perspectivas, tenemos la sensación, también indudablemente heredada, de haber cercenado una parte significativa de nosotros mismos, al menos en términos morales.

Pero, por otra parte, nos encontramos ante una extendida desafección ante aquella forma de discurso crítico en la que alcanzaban su realidad y su sentido nuestras postulaciones y nuestros deseos. En los últimos cien años hemos acumulado suficientes instrumentos conceptuales y teóricos (el análisis del lenguaje y de los lenguajes, las

teorías de la acción y la sociedad, los análisis sobre la subjetividad humana y sus procesos) como para no poder suscribir sin ingenuidad aquel discurso que pretendía ser unificador y que, por su parte, ya había surgido de escisiones importantes del pensamiento y por las que definimos a la modernidad misma. A su vez, este instrumental crítico de la posilustración deja paso a la constatación inevitable en nuestra experiencia moral, sea eso ya lo que sea, de que el que seamos sujetos morales, o aspiremos a serlo, no significa una sola cosa —pues somos morales de muy diversos modos y en muy diversos tiempos—, ni que comprendamos nuestros problemas o aspiraciones en un solo lenguaje. Parece como si las palabras «nuestra experiencia moral» fueran un cajón de sastre en el que se contienen cosas en exceso distintas. En efecto, no parece que el problema que arrastramos por la ausencia de una modernidad ética en España (como moralidad civil) dada una herencia insuficiente, inconclusa o imposible, sea el mismo que se contiene en las imágenes plurales de la «buena vida» con las que nuestros conciudadanos y nosotros mismos nos entendemos en diversos momentos, lugares o estados de ánimo. «Nuestra experiencia moral» parece referir a un bricolage plural, a cosas distintas para fines distintos y según diferentes situaciones. Al fin y al cabo, fue siempre tarea de la ética el dar cuenta también de una determinada sensibilidad o carácter, y hoy parecemos necesitados de hablar, en plural, de sensibilidades y caracteres. Las diferencias de nuestra pluralidad moral nos parecen, en efecto, un buen testigo de cargo contra la supuesta unicidad del discurso de la modernidad ética.

Esa ambivalente paradoja no es nueva en estas cuestiones, aunque a nosotros no deje de resultarnos inquietante nuestro estado de incómoda modernidad. Ya en la *Ética nicomaquea* se nos decía que esta forma de filosofar tiene sus propios modos pues refiere a aquéllo que puede ser de otra manera. Pero también Aristóteles (y, tras él, exageradamente, Kant) señala que, no obstante, parece que debería ser de una sola. Que pudiera ser de otra manera quiere decir que no debemos buscar en estas cuestiones la certeza, la verdad o la exactitud de las medidas de las cosas, sino la plausible certidumbre de lo que sería una manera más lúcida de ser en nuestra vida, la variante medida de nosotros. Frente a la posible pluralidad de esa manera de ser, el decir que debiera ser de una sola indica que, no obstante, tal lucidez sólo la alcanza quien ve el mundo desde el punto de vista del yo nouménico; ser que, como es sabido, tiende a hacer un discurso bastante monológico.

Que lo moral es lo que puede ser de otra manera también podría querer decir que no existe una norma final y que el sentido que uno confiere a sus actos depende de cómo él mismo los conciba. Que lo moral debiera ser de una determinada manera podría querer decir que, no obstante, ninguno puede conferirle sentido humano a determinadas cosas y que, más bien, tendríamos que conferírsele sólo a determinadas motivaciones, o a una determinada motivación.

No sé si las desafecciones que en el presente se apuntan contra las formas de la filosofía moral heredada o practicada nos pueden suministrar, ante esta paradoja, un punto de partida nuevo que rompa con aquéllo hacia lo que sentimos desafecto o prolongan, más bien, la desazón que la cosa misma —la *Ética* y la moral— arrastra desde hace bastantes siglos y, más en concreto, desde el nacimiento de nuestra contemporánea modernidad.

Esas desafecciones están hilvanadas en la idea recurrente de que la filosofía moral no dice mucho que tenga que ver con ese conjunto de problemas y cosas diversas que llamamos morales o que lo que dice sobre ellos no nos parece totalmente acertado, pertinente o significativo.

Curiosamente, en estos planteamientos no hacemos un ejercicio de segundo orden (hablar, en un discurso teórico, sobre la vivencia moral, las normas o sus fundamentaciones), sino un ejercicio, más bien, de tercer orden. Entiendo que el problema planteado tiene, en parte, ese carácter. Hablar sobre la vigencia o la virtualidad de la modernidad a la hora de dar cuenta de nuestra realidad moral es ejercer, efectivamente, un discurso sobre la adaptación del discurso y, por ello, es un ejercicio, casi más bien, de tercer grado.

Prolongaré, por unos momentos, ese molesto tercer grado para llegar a una situación más llevadera y hablar, entonces, de la pertinencia de los relatos en la filosofía moral, o de ética narrativa. No dejará de ser una exageración el concluir que, al hacerlo, esté abogando por posmodernidad alguna porque en el campo en el que me muevo esa posmodernidad podría ser, como lema, sólo una relativa actitud prologal (y prelógica) por la que se establecería un balance apresurado a partir de la sensación de impertinencia de las formas heredadas de tratar lo moral. Personalmente, no creo que nuestras paradojas y desafecciones tengan que conducirnos a presentarle el finiquito a la modernidad sino que tal vez pudieran inducirnos a reconocer que, como la Reina Blanca, seguimos en parte en el mismo lugar de tanto correr, o que corremos para alcanzar el mismo sitio.

En efecto, pues ningún moderno reclamó para sí la totalidad de un discurso ético omniabarcante aunque pretendieran, con éxito diverso, encontrarle su perspectiva definitiva. Más bien lo moral ha sido reiteradamente un agujero que machaconamente parecía escaparse de cualquier definitivo anclaje en el discurso y se representaba como un faktum: el hecho de que, al cabo, el sujeto moral pertinente es uno mismo y no aquéllo que afanosamente pretende asirse en la filosofía, por importante que ello pudiera ser en otro orden de cosas.

La filosofía moral de la modernidad no pretendía cerrar definitivamente la moral, y cuando lo intentó sus propuestas tuvieron éxito escaso. Los textos más significativos de la modernidad ética (y no me resisto a considerar a Kant como su princeps) apuntan, más bien, a dejar abierta la moral y a una relativa inconclusión o inconsecución en sus objetivos y en el proceso de fundamentarlos.

Esa inconsecución no reconciliada le confiere a la modernidad ética su carácter crítico. Podemos construir, y estamos necesitados de hacerlo, un rasero ideal, y éste se nos muestra irrenunciable si es que hemos de considerarnos humanos. La libertad, en efecto, carece de precio y posee dignidad. Tal dignidad viene a ser algo cuya quiebra o cuyo fracaso supondría, al menos, la necesidad de cambiar el contenido de los conceptos más básicos de nuestra cultura, la manera de entendernos en el mundo, la forma de comprender qué estamos haciendo y para qué. Ese rasero ideal no admite, por su carácter, reconciliación con el presente: nos permite juzgar el valor de lo que es por su distancia con lo que debería ser y nos posibilita pensar lo que debería ser por la negación de lo que hay. Esa ausencia de reconciliación de lo moral ha tenido versiones distintas, desde la propuesta kantiana de atrevernos a pensar y a aspirar a una Cosmópolis moral hasta los desafortunados ejercicios en los que cualquier realidad, por el mero hecho de serlo, merece ser rotundamente negada. El intento de mantener ese rasero, esa distancia no renunciada, subyace a todas las fórmulas, pues de maneras diversas se trata de entender el mundo desde alguna suerte de Reino de la Libertad.

Pero las razones de esa no renuncia sólo aparecen y se fundamentan, y aún así parcialmente, en el orden del discurso. Siempre cabe interrogar esa inconsecución crítica preguntando por la razón de ser de ese discurso; siempre cabe que nos pregun-

temos por qué mantener ese ideal y la única respuesta incompleta será el discurso mismo que, en su límite, muestra y ejerce ese ideal o señala los efectos devastadores de su ausencia. Pero quizá entonces esa modernidad ética tuviera que reconocer que su pretensión de validez radica sólo en las virtudes retóricas que nos hace plausible lo que dice, y en su capacidad de convencernos, en el atractivo imparable de entrar en él.

Como es sabido, ese discurso plausible de un ideal no reconciliado con el presente se construye en torno a la noción de sujeto. Porque en el discurso aparecemos como sujetos ideales y podemos establecer desde él las distancias con respecto a nuestra actuación como sujetos reales y analizar y criticar los productos de nuestras acciones. El podernos concebir como sujetos ideales significa, también, que podemos reconstruir y criticar nuestra historia y, con ello, hacerla. El optimismo del progreso es sólo la consecuencia lógica de todo ello: el sujeto crítico va haciendo la historia.

Creo que la sensación prologal a la que antes me referí, las desafecciones ante ese discurso, se producen fundamentalmente por la imposibilidad de entender las categorías con las que funciona esa manera de hablar. Si quiebra el lenguaje en el que aparece el sujeto ideal, si la historia no parece un terreno adecuado para verificar algún fruto esperanzado de la acción humana, si tenemos que reconducir la palabra «progreso» hacia el lenguaje de la evolución para poder entenderla, entonces el afán de no reconciliación de la modernidad ética se queda sin sostén alguno. Es un lenguaje que pierde realmente sus palabras. Sería algo así como una intuición sin conceptos, y no parece que la ceguera sea un estado deseable para aquella lucidez moral que, desde Aristóteles, parece un adecuado afán para la Ética. Así, la razón moderna, aunque sea la Razón Práctica, pudo ser directamente combatida pues no se han cumplido sus promesas y, más bien, los diagnósticos pesimistas de nuestra cultura harían inevitable la presentación del finiquito al que antes me referí.

Las estrategias obvias de salida de este impasse podrían ser, y son, las de modificar esas categorías del discurso, encontrar nuevas palabras y, con ello, un nuevo camino. Pluralicemos el sujeto haciéndolo dialógico; olvidemos la vieja visión de la historia pues, al fin, del presente hablamos, y despojémosla de los problemas sobre el sentido. Al hacerlo podremos reconstruir el discurso y, con él, salvar la distancia crítica que sólo en él aparecía. La modernidad ética podrá, así, seguirse mostrando contemporánea.

Caben otros caminos con distintos objetivos y pretensiones. En vez de reconstruir la modernidad ética podríamos olvidar la pretensión que es el discurso mismo y suscribir directamente aquel decir sobre lo que puede ser de otras maneras. Ese abandono de la modernidad nos podría conducir a un nuevo clasicismo cuyo argumento se centrara sobre un conjunto de cuestiones que el discurso de la modernidad ética dejó casi intocadas: podríamos hablar de las imágenes de la felicidad en la pluralidad de mundos de vida, y del ideal de las virtudes como nuevo ideal regulativo. Al fin y al cabo, el abandono del orden del discurso es consecuencia de su propio fracaso como intento de fundamentación. Su herencia es algo sólo pertinente de forma muy mediata.

Creo que ésta es nuestra encrucijada actual, bien que la haya expresado de forma algo simplificada. Lo que hace más paradójico este cruce de caminos es que las desafecciones ante la modernidad ética y su discurso son paralelas a las que se pueden suscitar ante sus alternativas. Ante el camino reconstructivo cabe siempre la duda de que el cambio de sus categorías no sea realmente tal, pues tras el sujeto dialógico

sospechamos una acechadora trascendentalidad y una filosofía incoada de la historia tras los análisis sobre la evolución de nuestras racionalidades. Ante los caminos que intenta esa peculiar vuelta al discurso clásico cabe también la duda de qué sucede con las conflictivas, pero constitutivas, relaciones entre ética y política.

Esas relaciones han marcado la suerte de la filosofía práctica. En breve, si en la modernidad no cupo identificación entre lo ético y lo político, su distancia no significó que el establecimiento del Reino de la Libertad no estuviera en el centro de las tareas de la Ética. Pero el fracaso de lo que he denominado el orden del discurso, a pesar de la recurrencia de terapéuticas basadas en la idea del contrato social o en una nueva filosofía de la historia, hace que aquellas conflictivas relaciones se encuentren en el centro de nuestra encrucijada. Mientras el camino reconstructivo pretende establecer alguna suerte de discurso público moral fundamentador y crítico de lo político, aunque sospechemos sus límites y le confirmamos, por ello, una relativa provisionalidad, el camino que abandona la modernidad ética como tarea rechazará cualquier intento directo de buscar lo público como centro de la Ética.

Por mi parte, no intentaré solventar la paradoja de esta encrucijada, pero creo que las desafecciones o dudas que he mencionado pueden recibir algún comentario, ya que no una solución. Las soluciones que he esbozado, quizá por su caricatura, me parecen o exageradas o insuficientes, por mucho que sean polos tentadores con los que nos acostamos y levantamos.

Una forma de hacer más llevadera esta situación paradójica y de tercer grado es narrárnosla para hacerla algo más entretenida y menos patética. No quisiera, con esta sugerencia, aterrorizar a lectores y editores con una amenaza de éxodo masivo de los filósofos morales al reino de la literatura (lo cual no dejaría de ser una desconsideración moral en sentido estricto), sino sólo sugerir que lo narrativo puede provocar alguna reflexión pertinente en nuestras circunstancias.

A estos efectos señalaré, en primer lugar, que todavía en el orden del discurso la categoría de sujeto de la modernidad ética era estrictamente normativa y que con ello se obviaban —ya que no olvidaban— otras cuestiones que son las que tal vez nos preocupan hoy como parte de aquella actitud prologal posmoderna a la que antes me referí. En segundo lugar, cabe pensar que esas cuestiones obviadas, y que podríamos centrar en la expresividad como lenguaje también moral, pudieran dar cuenta de aquella pluralidad de lo ético que, como decíamos al comienzo, parece un buen testigo de cargo contra la supuesta unicidad del discurso de la modernidad.

El sujeto de la modernidad ética es un sujeto normativo. En su discurso aparecemos como constructores, y por ello obedientes, de normas y principios porque somos capaces de suscribir, en virtud de su irrenunciable plausibilidad, los supuestos del lenguaje de fundamentación en el que nos expresamos como autolegisladores. El sujeto que cada uno somos es visto, por lo tanto, desde esa idea de que elaboramos y obedecemos nuestras normas que adquieren un carácter universal. Porque, al fin y al cabo, nuestra conducta debe ser la conducta que todos podrían adoptar. Y a este todos subyace la idea de un yo único aunque queramos pensarlo transubjetivo. Pero, por decirlo brevemente, ese yo trascendental no tiene tiempo: podrá ser ético, pero no moral.

Creo que cuando decimos que algo nos compete moralmente o que algo reviste un problema o una consideración moral nos referimos a un cierto grado de lucidez que se concreta en que tomamos conciencia y noticia de algo. Normalmente ese algo es, o

puede ser, una argumentación, una norma o un principio que viene al caso. En tal situación nos sentimos aludidos por esa argumentación, y no sólo porque su premisa mayor (si se me permite emplear el modelo más clásico) nos incluya, sino porque su premisa menor nos incumbe. Este sentirnos aludidos, incumbidos, por una argumentación o por un principio supone que no sólo somos sujetos normativos, sino que adoptamos una posición que cabría caracterizar por el hecho de que somos sensibles a aquéllo que la argumentación o el principio recoge. Sin esa sensibilidad seríamos ciegos moralmente, y esa sensibilidad se convierte ella misma en algo moralmente pertinente y moralmente problemático. Al fin y al cabo, la educación moral ha sido tradicionalmente considerada como educación sentimental y de la sensibilidad.

Si eso es así no sólo somos sujetos morales en una dimensión normativa. Nuestra identidad moral no es sólo una identidad alcanzada en la argumentación que el discurso ético nos propone («soy X porque debo Y»), sino también en algo que subyace a esa identidad normativa. Nuestra identidad no alcanza una posición en la norma, sino en un momento anterior a ella o paralelo a ella, aquel en el que nos sentíamos aludidos e incumbidos. Creo que esta forma de identidad, también moral, es fundamentalmente expresiva.

El sentirnos aludidos moralmente supone la capacidad moral, la sensibilidad moral. Supone también la capacidad de que podemos dar cuenta de por qué nos sentimos aludidos, de poner sobre el tapete la posición pre-normativa en la que estamos. Podemos expresar y construir nuestra identidad moral, podemos expresar la postura moral en la que estamos, aunque sepamos que ésta tiene un carácter revocable cuando surja un momento expresivo nuevo y distinto.

¿Pero, qué es este expresarnos moralmente? Con la idea de la expresividad moral, del lenguaje expresivo como lenguaje moral, quiero referir las formas de presentación y construcción de lo que somos y de quiénes somos ante nosotros y ante el mundo social. Esa construcción se alcanza en la formulación de las imágenes de lo que somos y de lo que deseamos que sea, y se centra en la respuesta al problema directo del significado con el que dotamos a lo que hacemos y a lo que somos. O, dicho de manera distinta, lo moral aparece reiterada y machaconamente como problema porque refiere a los problemas de construcción de nuestra identidad, y esta identidad no es sólo una identidad que alcanzamos en una norma, sino cuando nos expresamos ante ella o frente a ella.

Por decirlo más en breve: las argumentaciones intemporales acaecen en las narraciones temporales que de nosotros nos hacemos. Lo normativo acaece en lo expresivo, y en cierto sentido somos sujetos morales porque somos sujetos expresivos. Creo que ello explica la idea de que el dar cuenta de nuestro comportamiento es algo unido indisolublemente a lo moral. Este dar cuenta puede significar dar una razón argumentable de por qué hacemos algo, pero también significa que podemos relatar por qué biográficamente esa razón ha sido pertinente y, en último término, expresar la postura moral en la que estamos.

Pero las posiciones expresadas de nuestra identidad tienen también otro rasgo: el carácter de los ideales morales que formulamos y condensamos como imágenes. Cuando hablamos de lo deseable para nosotros como ideal de vida, o para todos como ideal de mundo, acudimos a imágenes que, probablemente con mayor pregnancia de significado que los principios, condensan y expresan aquello que es deseado o que merece ser deseado. Estas imágenes morales son recurrentes en nuestro lenguaje y sería difícil trazar una distinción clara entre ellas y otras propiamente estéticas porque proba-

blemente son las mismas. No creo que podamos entender la pertinencia moral de una situación sin una referencia a lo que hay de expresivo y de estético en ella. Y que reconozcamos que esos elementos son significativos para la ética quiere también decir que la desazón ante la modernidad, al menos tal como antes la dibujé, es relativamente obvia y evidente. No en vano con la modernidad quiebra la tradición secular en la filosofía moral que entendía que una parte sustancial de la ética era la propuesta (literaria, expresiva) de modelos de comportamiento ideal, de imágenes virtuosas que podían funcionar como arquetipos morales en el discurso social y en el discurso privado. El lenguaje de la fundamentación le sustrajo ese lugar central a la propuesta icónica de lo virtuoso y creo que asistimos a intentos reiterados de recuperar, si no ese género, al menos sí algo que se le puede parecer. Por ello, no me parecería descaminado aplicar a la indagación de nuestra moralidad procedimientos de análisis algo diferentes de los que hemos heredado como propiamente éticos. A estos efectos y en este sentido lo estético es, en parte, lo ético del presente.

Permítanme concluir con una referencia directa a la pertinencia de lo narrativo para la ética y la manera en que ello nos podría ayudar a tratar el pluralismo de las sensibilidades y expresividades morales. Quisiera concretar algunas sugerencias que he ido presentando en la intuición de que cuando nos enfrentamos a un problema que denominamos moral lo que hacemos fundamentalmente, aunque no sólo eso, es contar, relatar, ese problema o esa cuestión para elaborar nuestra postura moral ante él. Ello, creo, es especialmente claro cuando nos encontramos ante circunstancias cuya codificación social no está elaborada, bien porque sean problemas socialmente nuevos, bien porque lo son realmente para nosotros. El que narremos, o nos narremos, lo que pasa o lo que nos pasa indica en mi opinión que estamos construyendo una parte de nuestra identidad moral, expresando y montando, quizá experimentando en suma, esa previa sensibilidad moral a la que antes me referí.

Estos relatos tienen algunas características que podría ser interesante reseñar. Poseen por su ubicación un cierto sesgo biográfico, pero pueden ser también ficciones y relatos contrafácticos en los que nuestra postura moral adquiere dimensiones no estrictamente reales, pero no por ello menos significativas. En cualquier caso es más interesante, desde mi punto de vista, que tales relatos muestran una «competencia narrativa», una especie de capacidad no cerrada para dar cuenta de nuestra identidad y construirla en formas no predeterminadas aunque sí, obviamente, reguladas. Esa supuesta «competencia narrativa» puede llevarnos a entender el ejercicio plural de los relatos que hacemos en el sentido que he mencionado.

Si somos sujetos moralmente expresivos y, más concreto, moralmente narrativos, podemos enfocar la desazón ante el orden del discurso de la modernidad señalando ahora que en ese lenguaje no cabe la pluralidad de las posiciones y de nuestra identidad tal como ésta se expresa en los relatos morales que construimos y con los que nos construimos. Es más, cabe sospechar que la ruptura de la unidad del yo no adviene sólo por la quiebra de su discurso, sino también porque la trama social, pública y privada, en la que nos construimos y nos socializamos no es susceptible de ser dotada de significado desde aquel solo orden de discurso. Como se ha señalado recientemente, la relación no cerrada y conflictiva entre los diversos mundos de vida, que dotan de significado la acción, y las estructuras sistémicas provoca quiebras y problemas en la formulación de ese significado. O, por decirlo en otros términos, no existe una única lógica y un único lenguaje con los que los sujetos puedan construir o reconstruir los significados prácticos que van jalonando su identidad moral. Si la integración social que se ejercita en los mundos de vida y la integración sistémica que ejerce la estructura social muestran conflictos, nosotros seremos seres cuya identidad quedará pluralizada y nos expresaremos, por ello, plural y conflictivamente.

Creo que nuestra «competencia narrativa» y los relatos que efectuamos y que construyen nuestra postura moral permiten analizar en parte esa plural «gramática de las formas de vida». Podemos construirnos de maneras diversas como actuantes diversos de los relatos fragmentarios que nos hacemos. Y la narración misma, como ejercicio, puede, a su vez, hacer comprensible y soportable esa pluralidad. El que podamos narrar y narrarnos como plurales es lo que nos puede permitir entendernos como sujetos si no únicos, unitarios, al menos relativamente coherentes. Es el orden de la narración de lo plural lo que nos salva de las formas más agudas de esquizofrenia moral y es también lo que explica la relativa provisionalidad del bricolage moral que mencioné al comienzo.

No obstante, quizá todo ello sólo refiera a la forma como nos comprendemos moralmente, pues cabe la sospecha de que los contenidos de la modernidad ética siguen vigentes en su misma inconclusión. El que podamos entender la moralidad como pluralidad de significados no niega ni refiere el carácter crítico que configuraba aquel discurso. Los relatos contrafácticos, ficticios, pueden llevar esa carga de distancia crítica. La construcción de la identidad moral de manera expresiva no significa necesariamente reconciliación alguna y pudiera, más bien, mostrarnos por qué efectuamos esas distancias y por qué determinadas cosas hieren nuestra sensibilidad. Y, por apurar las cosas, cabe incluso formular una suerte de imperativo (aunque no estrictamente kantiano) que podría rezar: «haz de tu conducta un tema narrable; de tu narración un relato significativo». Es decir, cabe recuperar en un discurso normativo y modernamente crítico esto que he estado señalando bajo el término expresividad.

Quizá lo que suceda es que tendamos a entendernos —tanto en lo que somos, como en lo que nos gustaría ser y en lo que pensamos que deberíamos ser— de una manera diferenciadora de lo que proyectamos sobre la modernidad ética como su herencia. Pero esa proyección sería como una narración especular: al fin, estaríamos en el mismo lugar tratando de distanciarnos de lo que, de hecho, somos. Como el narrador que cuenta un relato sobre sí mismo que, por contar, es distinto, pero al contarse es él mismo. O, como señalaba Cósimo en *El Barón Rampante*, quizá suceda que las verdades de tanto contarse se convierten en fábulas, y las fábulas de tanto contarse advienen verdades.

DE RÓTULOS Y PINTURAS

Valeriano Bozal

análisis y debate



4

No soy yo buen ensayista y por eso, creo, persona poco indicada para este debate sobre la modernidad y la posmodernidad, tema por excelencia para un ensayo. No obstante, voy a hacer algunas precisiones que, si no aclaran la cuestión, al menos algo dirán de mi posición ante ella.

En primer término, me parece necesario decir que el debate sobre modernidad y posmodernidad resulta un tanto cargante. No hay día en que la polémica no aparezca en un sitio u otro, no hay publicación que no la incluya o, incluso, que no se reclame, por su contenido, por su aspecto, actitud, etc., de lo uno o de lo otro. Me da la sensación de que en lugar de debatir una cuestión se discute sobre dos rótulos, todo está rotulado: lo importante no es averiguar la condición de las cosas —fenómenos, objetos, personajes, acontecimientos, pinturas, etc.— sino advertir un rasgo que permita ponerles un rótulo, titularlos. Lo importante no es decir qué es sino si es moderno o posmoderno. Y, claro, para poner rótulos hay que utilizar términos con la suficiente extensión

como para permitir bajo ellos multitud de singulares. Modernidad y posmodernidad cumplen satisfactoriamente ese requisito, si bien, lo confieso, me intereso más por los singulares que por la generalidad.

Tras la modernidad ha venido la posmodernidad, se dice, y tras ambas el intento de razonarlas, explicarlas, justificarlas o esgrimir las. Parece que en los años sesenta y parte de los setenta éramos modernos sin saberlo. A nadie se le hubiera ocurrido llamarse moderno, nos considerábamos comprometidos, militantes, rebeldes, simplemente interesados en las cosas... y eso era una actitud moderna. Teníamos, según dicen algunos profesores e historiadores, según pensábamos, un proyecto de transformación civil, social, cultural y moral..., y eso era la modernidad. Vibrábamos ante acontecimientos que parecían anunciar horizontes nuevos —el mayo francés, las victorias cubana y vietnamita, el sindicato democrático de estudiantes (aquí, entre nosotros), la bandera roja que se izó en la Facultad de Filosofía de la Complutense, territorio liberado, el homenaje a Picasso... y todos estos eran los hechos de la modernidad.

Por lo que respecta al arte, que parece ser el asunto al que aquí debo de atenerme, el sentido y trayectoria de la vanguardia estaba claro: rebelión, rebeldía. Rebelarse contra el orden establecido, contra la sociedad burguesa, contra la dictadura, contra la violencia, contra la alienación. Rebelarse, también, contra la integración de la propia vanguardia en los circuitos del mercado, contra su academicismo, contra sus formas diferidas, incapaces siempre de mantener la tensión de lo nuevo. Rebelarse, en una palabra, contra una dialéctica integradora de la historia para instaurar otra liberadora. Liberarse de la representación naturalista con el cubismo y el constructivismo, de la racionalidad burguesa con dadá y el surrealismo, de la angustia y la represión, externa e interna, con el expresionismo, de los medios de comunicación, de la industria de la cultura, de la cultura de masas alienada, con el realismo crítico, la neofiguración y el pop-art. Para liberarse de todas y cada una de estas cosas unas veces había que enfrentarse a ellas, otras vivirlas, otras vivirlas enfrentándose.

Junto a la liberación la construcción o, al menos, el proyecto de construir un mundo nuevo: en el constructivismo, en el futurismo y el neoplasticismo, en la Bauhaus, también, en diferente medida —pero ello le permitía entrar en el altercado de la vanguardia—, en el realismo y el realismo social. Aquel *Proyecto para un monumento a la III Internacional*, de Tatlin, que paseó, como una carroza a paso laico y revolucionario, por las calles soviéticas es el símbolo, con todas sus contradicciones, de todas estas esperanzas. La consideración del arte como un diseño del entorno introdujo a éste entre las actividades de salvación. Algunos salvadores pudieron convertirse rápidamente en verdugos —tal era la inutilidad o funcionalidad negativa de sus obras—, pero lo que importaba era la intención, la propuesta, que permitía incluirles en el programa liberador. Esta era la modernidad.

Cuando en la década de los setenta la dinámica rebelión/liberación/construcción empieza a resquebrajarse, se achaca el fenómeno a una de estas dos razones o a las dos (y no voy a entrar en ninguna de ellas porque ambas aceptan la bondad de la perspectiva en que la vanguardia se contempla): la crisis que asoma tras 1968, en realidad con orígenes cronológicamente anteriores, pone de relieve la inviabilidad del proyecto, la imposibilidad de la liberación y la construcción programadas por un arte que nada tiene que hacer contra las cosas mismas; en el seno mismo de aquellas propuestas vanguardistas acechaba la dialéctica de su integración, de su incorporación a lo dado o su conversión en lo dado, cultural, social, ideológico, etc. En una y otra argumentación, bien por razones externas, bien por su misma dinámica interior, la

aventura vanguardista se contemplaba en aquel horizonte, en uno y otro caso su fracaso y frustración parecían evidentes. Este es el momento de mayor radicalidad vanguardista, cuando el conceptualismo, el minimal, el land-art, etc. luchan contra la noción misma de objeto artístico y no sólo contra valores estilísticos concretos.

Entonces empezaba la posmodernidad. Terminaba una época de proyecto (s), que había empezado con el siglo de las luces, y comenzaba una época de acomodación a lo dado: la posmodernidad. Posmodernidad que se afirmaba a su vez de forma contundente a través de manifestaciones y actitudes que recordaban tanto a las que habían sido propias de la vanguardia, a las «relaciones públicas» de la vanguardia, que uno pensaba estar otra vez ante formas nuevas de esa vanguardia, su negativo ya que no su parodia..., y a veces su negativo y su parodia.

Se invirtieron los términos. Se afirmó la ausencia de proyecto y, por tanto, el sentido de la pluralidad, el principio mismo de la pluralidad; se defendió la vuelta a valores y horizontes que, supuestamente, habían sido secuestrados, desde el gozo de pintar hasta las virtudes de la narración; se intentó, ante todo, no ya cortar con la tradición histórica sino incluso rechazar la existencia de tal tradición en lo que a la posmodernidad hace referencia, plantear un estado de pura inocencia, el que permitía dedicarse con entusiasmo a la anécdota, la retórica y la pintura. Semejante corte quedaba subrayado por la exaltación de aquellos artistas que en el proceso de la vanguardia habían ocupado un lugar extraño: De Chirico es, en este sentido, un caso paradigmático, en menor medida Matisse y los *fauves*. Si se volvió a algún pasado —y no puedo por menos de recordar aquí los escarceos clasicistas de algunos pintores y poetas de nuestro entorno— se atendió siempre a su exterioridad; nada, desde luego, que hubiera sido ya abordado en el proyecto vanguardista. Del rechazo de la historia la posmodernidad pasó, pura y simplemente —quizá por olvido—, a su disolución, y se enfrentó así, incluso a título personal, con los protagonistas de esa historia que podían quedar. La posmodernidad, aficionada como nadie al título, se dedicó, también aquí, a rotularlos.

Sospecho que si la afirmación vanguardista tenía mucho de ideológico, no lo tiene menos la posmodernidad. Lo primero que resulta sorprendente es que quien rechaza la vanguardia y proclama su fracaso lo haga de una forma tan vanguardista, especialmente en las actitudes y «relaciones públicas» —y no tanto en el contenido—, pues precisamente la posmodernidad gusta presentarse como la ausencia de contenido: en la actitud, en la singularidad puntual, incluso en el detalle, es donde concentra toda su intensidad. El posmoderno no necesita de justificación alguna, tampoco tiene mala conciencia porque ha prescindido de cosa tal como la conciencia. Y, sin embargo, el énfasis de su negación de la modernidad nos hace pensar en él como un nuevo espécimen de vanguardista, aquel que centra la conciencia en la lucidez de aceptar lo dado, rechazar las ilusiones.

Algo ha traído la posmodernidad que es extraordinariamente útil: su negación de la ideología —proclamada pero no practicada—, la militancia y el compromiso. Conminados por la radicalidad de la negación, pues no se hace en nombre de otro proyecto sino afirmando la inanidad de cualquiera, nos hemos visto obligados a volver sobre lo negado para ver si en ello no hay algo más de lo que se niega. El asunto era tanto más acuciante cuanto que los hechos daban razón al posmoderno: lo dado dominaba sin correr serios peligros y las posiciones utópicas se convertían así en autojustificación ideológica de la inoperancia práctica. En nuestro país el tema era más grave, pues, tras la tormenta de verano que fueron las manifestaciones culturales de los comienzos de la ya larga transición, las expectativas, primero, y los resultados,

después, del *cambio* ponían, ponen, la integración, el ajuste, la estabilidad de lo dado como único plato de un menú no especialmente goloso.

En nuestro campo la estética pasa a primer plano desbancando nítidamente a la ideología. Esta proclamación de la estética tiene lugar desde dos sentidos diferentes: si las artes o las actitudes artísticas no eran instrumentos de nada, sólo de sí mismas, exposición de unas pautas que sólo de sí mismas, de su presencia y autosuficiencia, se reclamaban, entonces la estética pasaba a ocupar el primer término del escenario por derecho propio: la estética era (es) el rasgo más efectivo de la posmodernidad. Pero había un segundo sentido, una segunda incitación: ¿qué sucedía con las obras de la vanguardia, todo eso que en cuanto vanguardismo había fracasado?, ¿se agotaban en su vanguardismo fracasado o había en ellas rasgos sustanciales que escapaban al fracaso? La pregunta no es capciosa, muchas de las obras de la vanguardia «siguen gustando», y empleo conscientemente una argumentación de sabor posmoderno. La pregunta tampoco puede contestarse si no es en el marco de radicalidad que el juicio posmoderno provoca, pues no se niega en nombre de otro proyecto —y el proyecto había sido el motivo de su génesis y el balance de sus resultados—, sino en nombre de la imposibilidad e inutilidad de proyecto alguno.

También aquí una propuesta posmoderna, pero desbordada, más allá de su formulación posmoderna, puede servir de indicación y pauta: el amor por el detalle y la singularidad puntual puede transformarse en la exigencia de las cosas mismas, de cada una de ellas. No hablar del cubismo sino mirar y analizar aquella obra de Gris o de Picasso, no ideologizar el constructivismo sino enfrentarse directamente con la estructura escultórica de Gabo, con el volumen de Brancussi, con la pavesa de Giacometti, el espacio expresivo de González o el monumento de Moore. Acercarse a Pollock en la perspectiva de cada uno y todos sus cuadros, no desde el punto de vista del informalismo, no ver sólo en sus carreras sobre las telas la manifestación de una rebeldía contra lo dado, también y ante todo la manifestación de una búsqueda, desesperada en su radicalidad, del espacio pictórico. Advertir cómo el realismo de Hopper se asienta en —y crea— la construcción y no en la mimesis. Percibir que los retratos de Antonio Saura son una meditación comprometida sobre nuestra historia y sus monstruos porque son una reflexión pictórica, en acto, sobre la condición del retrato y el monstruo, expresión de una lógica plástica o pictórica sin la cual no son nada. Sospechar que algunos de los artistas más alejados de la posmodernidad —y que podrían ser (o han sido) demonios de los posmodernos— tenían con ella afinidades inesperadas: la reflexión pictórica del Equipo Crónica sobre el sentido de las vanguardias, o la de Eduardo Arroyo sobre el oficio de pintor y la condición del exilio, habían ampliado el patrimonio de argumentos que hacían difícil la dinámica compromiso/liberación/construcción, de la que ellos mismos en ningún momento habían renegado.

No pretendo trazar grandes líneas, sólo citar ejemplos puntuales, anécdotas en nuestra historia reciente que quizá permita verla de manera algo diferente a la canónica. No hacer demostraciones, sólo mencionar indicios. Pero todos estos indicios ponen de relieve que casi todos los «principios» que la posmodernidad hace suyos para negar el vanguardismo están ya en él y están en primer plano: el placer de la pintura se encontraba en Braque —¿por qué no en Vermeer, en Velázquez, desde luego en Goya, por qué no en Parmigianino o, antes, en Giotto y Duccio?—, pero también, con sin igual ímpetu, en pintores tan diferentes como Millares, Tapies o Hartung; el juego puede adquirir tintes dramáticos en Bacon o en Warhol, ese Warhol que reproduce los paquetes de *Brillo* y los botes de *Campbells*, dos emblemas tópicos de la vanguardia y el vanguardismo, pero no dejaba de ser juego incluso en algunos de los más brutales, Dubuffet o Kienholz, por ejemplo. La anécdota puede ser recurso del posmoderno,

pero pocos la han llevado a los niveles de paroxismo de Erro o del Mel Ramos, por citar dos artistas bien distintos. Y, en todo caso, todo ello no hacía sino plantear una cuestión que parece ocultarse: hablemos de la calidad de las obras al margen de su rotulación.

«Los muertos que vos matáis gozan de buena salud», podría decirse, en estos días castizos, al posmoderno. Los valores que, en su opinión, la vanguardia ha secuestrado, brillan en la modernidad con luz propia y muy intensamente. Aceptarlo implica, sin embargo, algunos esfuerzos por nuestra parte y por parte de todos. Si la del proyecto no es la historia adecuada— y toda historia lo es para una contemporaneidad, en y desde la contemporaneidad que la construye, y que con ello se construye—, y no lo es no porque la posmodernidad lo exija sino porque no da cumplida cuenta de las obras que bajo su ámbito caen, será preciso «encontrar», construir otra historia que, esta vez sí, de cuenta de la complejidad que las obras de la vanguardia poseen. Y aquí tercia volver sobre aquéllo que dije al principio en torno a mi falta de condiciones de ensayista, pues, efectivamente, aferrado a las obras concretas, a las cosas mismas, interesado cada vez más por las condiciones de su visualidad, el sentido de su volumen, la materia y posibilidad de sus valores semánticos, se me hace difícil pergeñar grandes líneas que sustituyan a la historiografía tradicional.

No las tengo y no voy a inventarlas ahora. Sólo puedo adelantarlo en cierto modo ya dicho y esbozar algunos indicios sobre lo que quizá habría de decirse.

— Por lo pronto, dejar de pensar la contemporaneidad en términos de modernidad/posmodernidad y, por tanto, dejar de pensar en dimensiones históricas de gran tamaño: la época moderna desde la ilustración hasta ahora es una de esas dimensiones. No tengo claro que no sea aventurado afirmar época con tan desmesurados límites, pero tampoco dispongo de otra que, con variantes, pueda oponerse o superponerse a ésta. Me resulta más interesante averiguar, por ejemplo, y por volver a ejemplos puntuales que me preocupan, si Flaxman fue romántico o no y en general qué fue, cuál es el sentido del realismo de Friedrich o Runge, cómo es la sublimidad de Cánova, sublime pero no terrible, hasta dónde puede hablarse de Chardin como de un pintor costumbrista (entendiendo costumbrista en su sentido más radical y preciso), cuáles son las líneas que articulan ilustración, neoclasicismo y romanticismo...

— Averiguar esto va a llevarnos tiempo y nos obligará a tensar nuestras ideas sobre cosas tales como el estilo y la condición de la imagen artística, la naturaleza de la representación, su esencialidad o accidentalidad... Nos obligará, igualmente, a dar entrada a la erudición, salir de lo general y abandonar definitivamente los rótulos. Pero creo que, en buena medida, esto mismo es lo que han estado haciendo los artistas contemporáneos, modernos, que mencioné anteriormente: no puedo ver a Brancusi sin ver en *El pájaro que vuela* un análisis y manifestación de la capacidad semántica del volumen, y ello abre toda una serie de expectativas concretas sobre el modo de mi conocimiento y mi relación con el entorno. Aprecio en la grafía de Hartun las posibilidades significativas del ritmo en el espacio, y en las series del Equipo Crónica una disquisición plástica sobre la imagen, su lectura y su percepción (que no son cosas idénticas), que no me es ajena a la hora de comprender las imágenes, éstas y todas...

Hay indicios que me hacen pensar en una reflexión radical sobre las cosas mismas: sobre la imagen, el volumen y el discurso, y que tal fue el discurso «no secuestrado» por la vanguardia, inscrito, por el contrario, en su trayectoria bien desde el principio. Pero son indicios, no conclusiones. Sólo desearía matizar una cosa: ese programa no es alternativo de la dinámica rebelión/liberación/construcción. Esta dinámica le incluye,

porque la rebelión empezó siempre por enfrentarse a las imágenes dadas, al naturalismo y la narración representativa o figurativa dominantes en el siglo XIX, liberarse de los supuestos y concepciones que, en todos los ámbitos, aparejaba ese naturalismo, y construir una imagen nueva sobre supuestos fundamentales y no dados, inventados, también ellos contruidos; rasgo fundamental, por otra parte, de toda imagen artística.

Queda, entonces, una pregunta: ¿qué ha sido del proyecto? Es posible aceptar que esas búsquedas, semejante modo de entender la dinámica rebelión/liberación/construcción, sea acertado o, al menos, viable, pero ese camino no debe permitirnos olvidar la pregunta por el proyecto característica de la modernidad, y su fracaso. Aquí tengo poco que decir, soy poco dado al consuelo y sobre los hechos pueden decirse muchas cosas pero nunca intentar negarlos. Parece obvio que, al menos en el presente, el proyecto de transformación no sólo ha fracasado sino que incluso ha desaparecido de nuestro horizonte de sensaciones y expectativas, ya que no de deseos.

Mi propuesta no tendrá ahora nada de gratificante —como tampoco creo que sean gratificadoras las anteriores que implícitamente puedan suscitarse—, pero no tengo otra. Diré que enlaza con la tradición española y puede nombrarse, aunque sólo sea a modo de referencia, con sabor bien español: la lucidez del esperpento. Sólo los espejos de la calle del gato pueden dar buena cuenta de la deformidad que nos rodea, sólo la marioneta descoyuntada es reflejo fiel del cambio convertido en integración, la moralidad en oportunismo, la política en prepotencia, la opinión pública en rasgo indicador, el rigor intelectual en condición de funcionario, la protesta política en complejo, la actividad cultural en festival... Quevedo redivivo no hubiera encontrado mundo mejor en el que solazar a sus lectores, amargamente, y un nuevo Valle Inclán debería inventarse a otro Max Estrella capaz de viajar por estos tiempos sombríos, si no fuera porque las repeticiones suelen ser siempre farsa menor de los originales..., pero me queda la duda de si este aserto se cumple también en lo que al esperpento se refiere.

Cuando, en el terreno de las transformaciones colectivas, todo está decidido, atado y bien atado —permítaseme usar una expresión bien esperpéntica—, sólo queda la lucidez y la vida privada: con aquélla observamos la colectividad (y así nos articulamos en ella) y preservamos a ésta, nuestra vida privada. Tengo serias dudas de que la posmodernidad haya optado por estos dos valores tan desagradables, y ese sería, para con ella, mi reproche fundamental.

NOTAS



IGLESIAS, MORATO Y OTROS SOCIALISTAS

Manuel
Pérez Ledesma

Hace ya casi un año, en vísperas del último congreso del Partido Socialista, nos vimos inundados por un conjunto de novedades editoriales en las que, desde diversas ópticas pero con predominio de la línea apologética, se examinaba el pasado y el presente de la organización que hoy de-

tenta el poder político en nuestro país. Algunas eran obras de circunstancias, poco afortunadas a veces; en cambio, otras tenían un interés que superaba con mucho la coyuntura congresual, por tratarse de estudios o de ediciones de textos clásicos que no deben pasar desapercibidos para quienes se dedican a la historia social. A ellas precisamente está destinada esta nota.

Pablo Iglesias fue —como no podía ser por menos— el protagonista de algunas de esas publicaciones. Al mismo tiempo que una revista de información y documentación bibliográfica le dedicaba un número especial, apareció en librerías la esperada antología de sus escritos preparada por Enrique Moral Sandoval. Agotada hace años la edición que algunos estudiosos preparamos con motivo del cincuentenario de su muerte, el lector interesado en su figura no podía disponer, hasta la salida de ambos volúmenes, de una documentación de primera mano, tan necesaria para un acercamiento directo y no mediatizado a la persona y a la obra del «abuelo». Los dos trabajos mencionados cumplen, aunque de forma desigual, con este objetivo.

El número extraordinario de la revista *Anthropos*¹ es, sin duda, un intento fallido: junto a una utilísima bibliografía, que incluye referencias a una larga serie de artículos de Iglesias y una muy completa selección de los trabajos a él dedicados, y al lado de otro repertorio bibliográfico menos cuidado y a veces reiterativo, aunque muy extenso, sobre la evolución del socialismo y el movimiento obrero en nuestro país, los artículos en él recogidos parecen reflejar una preparación apresurada y

poco rigurosa. No puedo ocuparme, por razones obvias, del artículo redactado por el autor de esta nota sobre la «santidad» del abuelo y de su organización; ni tampoco de la presentación y antología de textos que en dicho número publica Moral Sandoval, puesto que se limita a reproducir la introducción y una breve selección de los escritos incluidos en el libro que más adelante comentaré. En cambio, sí conviene señalar el extraño carácter de un larguísimo editorial que ocupa más de la cuarta parte del número, y en el que se reproducen íntegros algunos muy conocidos textos de Iglesias y, aunque parezca insólito, de Jaime Vera, acompañados de glosas apologéticas y superficiales. Es difícil entender que una revista de documentación se permita tales heterodoxias; aunque más raro resulta todavía el tono declamatorio de los párrafos finales de dicho texto («Amigo y admirado Pablo Iglesias, bravo luchador, obrero, marxista y revolucionario, tu sueño se ha logrado fácticamente: el proletariado ha vencido, la realidad es objetivamente hablando de los trabajadores, la única comunidad humana posible y real...»); bien es verdad que no se nos dice dónde se ha producido tal victoria). Un artículo, de tono más académico, de Santos Juliá y unas divagaciones de Antoni Jutglar completan tan desigual volumen.

Muy superior interés despierta, sin duda, la edición de *Escritos y Discursos*, de Iglesias, preparada por Moral Sandoval². A diferencia de la selección de escritos a que antes me refería, Moral ha dedicado especial atención a la actividad parlamentaria del líder socialista, y ha recogido, junto a los más conocidos folle-

tos de fines de siglo, y al lado de una serie de artículos sobre los problemas políticos y sociales de la Dictadura primoriverista, una docena de discursos pronunciados por Iglesias en el Parlamento en la época en que era el único representante socialista. Como no podemos contar con el texto completo de una conferencia o un mitin pronunciados por el «abuelo», y tenemos que conformarnos con los breves resúmenes que publicaba *El Socialista*, al menos estos discursos sirven para ver en acción a un Iglesias menos machacón y reiterativo que el que conocíamos por sus escritos periodísticos. Una selección de cartas inéditas y una interesante colección de opiniones sobre el líder socialista, procedentes de figuras muy dispares dentro del espectro ideológico del momento, completan esta interesante antología.

¿Qué imagen podemos obtener, a partir de ella, de nuestro personaje? Con agudeza crítica poco frecuente, Moral Sandoval insiste en su prólogo en algunas deficiencias y limitaciones del pensamiento político de quien, a su juicio, más que un teórico fue «desde la prensa y la tribuna, un gran divulgador y un excelente organizador». El escaso y tardío interés por los problemas del campesinado, que ya denunciara, a fines del siglo pasado, Miguel de Unamuno; el descuido ante las reivindicaciones nacionales, casi siempre confundidas por Iglesias con los postulados de los partidos regionalistas burgueses, y la «hermética aplicación de rígidos esquemas marxistas que, en muchos casos, dieron lugar a auténticas caricaturas dogmáticas de esta ideología», son —a juicio del compilador— los ejemplos más palpables de una actitud, comparti-

da por Iglesias y por el resto de los dirigentes del PSOE y la UGT, en la que primaba la aplicación de los dogmas sobre el análisis de la sociedad española del momento. En cambio, en otras cuestiones, las posturas del máximo dirigente socialista reflejaron una mayor capacidad para adaptarse a una realidad cambiante. Así, su abandono a partir de 1909 de la estrategia de «clase contra clase», y su activa participación en la conjunción republicano-socialista, o sus intentos más tardíos por combinar el «liberalismo verdadero» con el socialismo —en una postura muy próxima a la de Indalecio Prieto—, ponen de manifiesto que Iglesias abandonó en algunos momentos sus primitivas opiniones para adecuarse a las nuevas exigencias de la coyuntura política y social.

Rígido en algunos casos, flexible en otros, de la lectura de los escritos y discursos de Iglesias parece deducirse una constante de su actitud sindical y política: la mezcla de prudencia en los medios y radicalidad en los objetivos, que le acerca a las principales figuras del socialismo de preguerra. Como Guesde o Kaustki, nunca olvidó el objetivo final, y siempre se manifestó convencido de que «a pesar de todo, el proletariado vencerá», como afirmaba el título de uno de sus últimos artículos; pero al mismo tiempo, su obsesión por la organización le convirtió en un líder sindical prudente, e incluso timorato en ocasiones. Frente a los anarquistas, o más tarde a los comunistas, su constante preocupación —reflejada en sus artículos y, sobre todo, en sus cartas— fue no dar pasos en falso; y por ello siempre rechazó toda aventura que, aunque pudiera entenderse como un paso adelante en la

senda de la revolución, de momento ponía en peligro una organización a la que tantos sacrificios había dedicado.

Junto con Iglesias, Juan José Morato ha sido el socialista más recordado en las últimas publicaciones. Aunque nunca se ignoró su importancia como publicista, por lo que no creo que se pueda decir de él que «es una figura un poco marginada en la historia del socialismo finisecular español» (como afirma Carlos Serrano), lo cierto es que no se habían reeditado algunos de sus trabajos más importantes, ni se ha realizado hasta ahora un estudio completo de su figura y su obra. Por ello, la reedición de dos de sus textos más significativos debe ser bienvenida, y abre el camino para nuevas recopilaciones de los trabajos de este «verdadero historiador de las clases jornaleras», como en su día le definió Volney Conde Pelayo.

Publicadas inicialmente en 1897, las *Notas para la historia de los modos de producción en España* que ahora vuelven a ver la luz, con un estudio preliminar de Carlos Serrano³, suponen —según su prologuista— «la primera tentativa “marxista” de formular la historia de España o, si se prefiere, el primer esfuerzo por dar una dimensión “española” al análisis marxista». Un esfuerzo que Morato realizó en su época de estricta militancia socialista, cuando sus preocupaciones ideológicas eran especialmente intensas, como pone de manifiesto su correspondencia con Unamuno; y que, desde nuestra perspectiva, puede considerarse como un empeño frustrado, por la escasa información histórica de que disponía el autor, así como por su empeño por introducir sus datos en un esquema rígido de eta-

pas históricas inevitables que habría llevado a nuestro país desde el comunismo primitivo hasta el período del asalariado propio del siglo XIX. Pese a ello, el resultado merece una atenta consideración: se trata del primer intento por introducir en la cultura obrera de la época una visión de la historia española totalmente distinta del relato de reyes y batallas que todavía entonces, e incluso en fechas muy posteriores, dominaba en la enseñanza.

Pero la gran obra de madurez de Morato es, sin duda, la historia que, a petición del Arte de Imprimir de Madrid, publicó en 1925 bajo el título, un tanto espectacular, de *La cuna de un gigante*⁴. Por tratarse de su propio oficio, y de la sociedad de resistencia de la que él mismo formó parte durante décadas, este voluminoso texto es a la vez «un libro de memorias» y «en igual o mayor medida un libro de investigación», como señala Santiago Castillo en su prólogo a la reedición. En su momento, más que el mismo texto de Morato llamó la atención de los lectores la dura crítica de García Quejido —miembro en aquellas fechas del Partido Comunista— al recorrido histórico de la Asociación, que a su juicio no había tomado «puesto aún en el frente general de combate contra la burguesía», limitándose sólo a mantener una postura defensiva. La conclusión de Quejido —«el gigante aún está en la cuna»— no sólo motivó la réplica escandalizada de Matías Gómez Latorre en el epílogo del libro, sino también abundantes protestas de los socios veteranos del Arte de Imprimir. Pasada esa polémica, el libro permanece como una de las obras más destacadas de la historiografía obrera del primer tercio del siglo, equiparable por su ambi-

ción y sus resultados a los otros dos clásicos del tema, escritos también por aficionados al quehacer historiográfico: *El proletariado militante*, de Anselmo Lorenzo, y la *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Córdoba, de Juan Díaz del Moral. Esperemos que Castillo, cuyo prólogo supone una breve pero interesante introducción a la figura de Morato, lleve a cabo su anunciada edición de los artículos periodísticos de este autor, que se convertirá, sin duda, en una fuente básica para el conocimiento de la condición social de los trabajadores españoles de comienzos de nuestro siglo.

Al lado de este conjunto de reediciones conviene no olvidar, entre las publicaciones recientes, un estudio del mismo Santiago Castillo sobre el asociacionismo obrero a fines de siglo, aparecido igualmente en las páginas de *Estudios de Historia Social*⁵. Minucioso como todos los trabajos de su autor, o incluso más por tratarse de una parte de su tesis doctoral, por él desfilan algunos de los esfuerzos organizativos más importantes de las dos últimas décadas del siglo XIX: desde la fundación de la Federación de Tipógrafos, pasando por los primeros y titubeantes pasos de la Unión General de Trabajadores, hasta las luchas del socialismo malagueño en los años noventa y los primeros, y al final frustrados, intentos de crear una federación de obreros y empleados de los ferrocarriles. Es una lástima que el autor, de cara a esta publicación, no haya reducido los aspectos eruditos de su estudio, de interés sólo para un puñado de especialistas, con lo cual habría facilitado la lectura del mismo. Pero, sobre todo, es de lamentar el escaso

cuidado de los responsables de la revista, que presentan este importante trabajo con un título («Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación de Tipógrafos a la Unión General de Trabajadores») que sólo corresponde a la primera de las cuatro partes de que consta.

Volvamos, para acabar, a nuestro personaje de partida. Recordando al «abuelo», escribía Indalecio Prieto en 1950 que la obra de quien era a su juicio «el español más eminente de su época» estaba en aquellos años «oscurecida por el sucio hollín de la humareda falangista»; pero no por eso había que perder la esperanza: «Nuevos vientos arrastrarán ese hollín y el magnífico edificio lucirá de nuevo, más majestuosamente que nunca». En buena medida, la profecía se ha cumplido: borrado por el tiempo, casi sin dejar huellas, el hollín falangista, los éxitos electorales del PSOE han superado sin duda las previsiones de Prieto sobre su majestuosidad. Pero después de leer a Iglesias, a Morato o los estudios sobre el primer socialismo, no puede uno por menos de preguntarse: ¿de verdad se trata del mismo edificio?

¹ «Pablo Iglesias. El socialismo en España». *Anthropos. Boletín de Información y Documentación*. Extraordinario-6. Barcelona, 1985. 192 págs.

² P. Iglesias: *Escritos y discursos. Antología crítica*. Selección, introducción, bibliografía e ilustraciones por Enrique Moral Sandoval. Biblioteca de Autores Gallegos. Edicions Sálvora. Santiago de Compostela, 1984. 661 páginas.

³ J. J. Morato: *Notas para la historia de los modos de producción en España*. Reedición en *Estudios de Historia Social*, n.º 26-27. 1983. Págs. 455-520 (con un



estudio preliminar de Carlos Serrano).

⁴ J. J. Morato: *La cuna de un gigante. Historia de la Asociación General del Arte de Imprimir* (edición facsimil). Estudio preliminar de Santiago Castillo. Servicio de Publicaciones. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid, 1984. XXXI + 624 páginas.

⁵ S. Castillo: «I. Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación de Tipógrafos a la Unión General de Trabajadores. II. Fundación y primeros pasos de la UGT. III. Un socialismo olvidado: Málaga, 1885-1894. IV. El asociacionismo ferroviario y su génesis». *Estudios de Historia Social*, n.º 26-27. 1983. Págs. 19-256.

NOTA DEL TRADUCTOR

Fernando de Valenzuela

«Todo depende de la facilidad con que nuestros sistemas perceptuales alcanzan a convertir las imágenes del espejo en sus originales, así como de otras cualidades de nuestro sistema cognitivo, que nos capacitan para ver a través de varios estadios de traducción sin tener que prestar atención a cada uno de sus niveles, como sucede cuando miramos a través de varios metros de agua clara y vemos, no el agua, sino únicamente los objetos yacentes en el fondo.»

Douglas R. Hofstadter, «Frasas víricas y estructuras lingüísticas autoduplicantes en el reino de las ideas», en *Investigación y Ciencia (Scientific American)*, mayo 1983, pág. 112.

Cuando algo requiere muchas explicaciones es que no se explica suficientemente por sí mismo, que no se dirige a nuestra sensibilidad de un modo claro. Sencillo o complejo, pero claro. Esto es lo que suele ocurrir cuando en una traducción se abusa de aquello que la tradición edi-

torial ha dado en llamar «nota del traductor».

No digo que ésto sea así siempre. Hay casos en los que alguna nota del traductor se justifica. Puede tratarse de una palabra particularmente ambigua, de esas dos o tres expresiones intraducibles que tienen cada idioma y que, de no explicarse, inducirían a error o condenarían al lector a la pérdida inevitable de un matiz sustancial. Poco más es lo que puede justificar el recurso del traductor a ésta su agresión más descarada: hacerse patente allí donde nadie requiere su presencia.

En rigor, el traductor ha de ser un desaparecido, alguien que aparece por una vez, por una sola vez en todo el libro. A bombo y platillo si es posible. En portada. Pero de ahí en adelante, mutis. Cualquier presencia ulterior es tan inadecuada como la de quien asiste a una fiesta sin estar invitado. Una vez empezado el libro el traductor es un «colado» a quien nadie espera. En cuanto haga el menor movimiento todos notarán su ino-

portuna presencia, y si por conmiseración alguien presta atención a lo que dice, será con la esperanza de que se esfume cuanto antes. Sólo cuando se haya ido el intruso, el autor y el lector se sentirán cómodos y podrán disfrutar a conciencia, en amor y compañía.

Y si el destino del traductor consiste en desaparecer cuanto antes es porque se trata de un testigo incómodo. De un inoportuno que nos recuerda, en lo mejor del abrazo literario, que no estamos a solas. O, mejor dicho, que no estamos a solas con aquel con quien creíamos estar. Que no estamos con él ni con otro. Que la voz que oímos no es la suya. Que estamos viendo al autor en un espejo. Y, lo que es peor, en un espejo de cuya fidelidad nunca podemos estar del todo seguros.

De la frecuente infidelidad del espejo da fe una conocida frase: *traduttore, traditore*. Y para encontrar ejemplos de extremos desatinos no hace falta recurrir a esa estupenda parodia en la que *Les Luthiers* traducen «stupid, idiots and criminals» por «traviesos y pícaros».

Pero, ¿se trata realmente de un espejo? ¿Es en verdad una distorsión comparable a la de un espejo la que puede producir una traducción inadecuada? ¿Es la traducción inadecuada la única que distorsiona o es más bien la traducción en sí —cualquier traducción— una distorsión del texto original y la traducción inadecuada sólo un caso extremo de esta distorsión estructural?

En su *Dialéctica de lo concreto* (Dialektika konkrétního, Praga 1966, págs. 107 y 108) Karel Kosík se refiere, en

un sentido más general, a este problema:

«La historia de un texto es, en cierto modo, la historia de su interpretación: cada época y cada generación enfatizan en el texto aspectos distintos, a unos aspectos les otorgan mayor importancia que a otros y según esta importancia descubren en el texto diferentes significados. Las distintas épocas, las generaciones, los grupos sociales y los distintos individuos pueden estar ciegos respecto a determinados aspectos (valores) del texto, porque no los han descubierto como aspectos significativos, centrándose en aspectos que, por el contrario, a sus sucesores no les parecen importantes. La vida del texto transcurre así como una adquisición de significados. Pero, ¿es esta *adquisición de significados* una concretización de los significados *objetivamente* contenidos en la obra, o es una introducción de nuevos significados en la obra? ¿Existe algo así como el significado objetivo de la obra (del texto) o el texto no es aprehensible más que a través de diferentes aproximaciones subjetivas? Parece que estamos encerrados en un círculo vicioso. ¿Es posible una interpretación auténtica del texto que capte el significado objetivo de la obra? Si no existiese tal posibilidad cualquier intento de interpretación carecería de sentido, porque el texto sólo sería aprehensible mediante aproximaciones subjetivas. Pero si existe la posibilidad de una interpretación auténtica, ¿cómo casa esta posibilidad con el hecho de que cada texto sea interpretado de distintos modos y de que la historia del texto sea la historia de sus distintas interpretaciones?»

Existe un primer nivel de interpretación del texto —la lectura— indispensable para que el texto sea aquello que pretende ser: una forma de comunicación. Pero el texto original, sea cual fuera la interpretación a la que lo someten los lectores, continúa abierto, disponible. Una vez más, Karel Kosík (pág. 108 de la obra citada) se refiere a esto:

«Las interpretaciones parciales o sesgadas aparecen así, por una parte, como capas que a través del tiempo se acumulan sobre el texto o como formas *históricas* de su existencia, con respecto a las cuales el propio texto siempre puede diferenciarse y de las cuales no depende; por otra parte aparecen como expresiones de determinadas concepciones a la luz de las cuales el texto es interpretado, es decir, de concepciones sobre la filosofía, la ciencia, el arte, la realidad, etc. Toda interpretación es *ya siempre una valoración* del texto, ya sea inintencionada y, por lo tanto, injustificada o intencionada y justificada: la falta de atención (históricamente variable) hacia determinadas partes o frases del texto *en tanto que* poco importantes o insignificantes o la simple incompreensión de algunos pasajes (que depende de la edad, del nivel de instrucción, de la atmósfera cultural), y sobre esta base su “neutralización”, son ya una valoración implícita, porque diferencian en el texto lo significativo y lo menos significativo, lo actual y lo superado, lo importante y lo secundario.»

El propio texto siempre puede ser diferenciado de su «lectura» y es independiente de ella. Sí, pero menos. La lectura en la que el traductor basa su trabajo —tan subjeti-

va, tan dependiente de la época y de las concepciones imperantes como otra cualquiera— se consolida en un resultado fijo. De ahí en adelante el lector —el lector de la traducción— habrá de vérselas con el producto de la interpretación hecha por ese fantasmagórico intermediario. No es extraño que haga todo lo posible por ignorar su existencia.

Decididamente, la comparación con el espejo no es del todo adecuada. La transformación que la traducción produce sólo en parte puede ser entendida como una distorsión comparable a la que puede producir un espejo: cuando el error o la incapacidad deforman ostensiblemente el texto.

Pero la transformación más radical que se produce al traducir no es ésta. Mucho más significativo aún es que al ser traducida la obra pierde lo más característico, lo más propio que posee: su idioma, su contexto primordial. Aquel contexto en el que la palabra suena, en el que cada una de ellas no es sólo ella misma sino también todas aquellas que pudieron haber sido dichas en su lugar y no lo fueron. Aquel contexto en el que la reflexión, o el ímpetu, o la sensibilidad, o la magia del creador literario, encuentran el estilo de su discurso.

Tal parece como si, por arte de traducción, la palabra, desprovista repentinamente de su idioma, vacilase por un instante en el vacío de la más absoluta mudez, justo antes de ir a dar con sus huesos en tierra extraña.

Todo traductor que se precie está de acuerdo, en lo profundo de su sensibilidad, con la citada frasecilla italiana. Y

no porque esa frase haga esencialmente referencia a las frecuentes tropelías, chapuzas o deformaciones que se cometen. Ese tradicional insulto por todos admitido se refiere a una traición primaria, sustancial. A la que ocurre precisamente en aquel instante de vacilación. A lo que pasa en ese mágico vacío en el que la traducción se perpetra. Es el instante en el que el oído del traductor elige de entre lo incierto y, sin más, afirma lo posible como seguro. El más interno de los oídos del traductor oye resonar entonces, en la palabra del autor, todo el discurso secular y colectivo de los idiomas. Viaja de uno a otro idioma. Salva el vacío. Va y viene. Busca. Trae. Traduce.

Se vuelve. Se revuelve. Habla en voz alta sin emitir sonido. Se pone la piel del habla que ha elegido. Finge. Contrabandea ideas y estilos. Traduce.

Definitivamente, la mención al espejo es inadecuada. Lo del contrabando es más preciso.

Como contrabandista, el traductor es un minorista en el comercio internacional, en el tráfico de culturas e ideas. Las grandes empresas —la televisión y la prensa— mueven un capital muy superior. Pero estos pequeños traficantes trabajan con material de mayor calidad. Lo suyo tiene más prestigio.

Aunque a veces el prestigio de su mercancía pueda ser tan injustificado como el del *Winston* etiqueta azul, y a pesar de lo que afirmen las más recientes víctimas del síndrome del miniordenador doméstico, su mercado no parece estar hoy más en crisis que antaño. Y no me refiero aquí a las

posibles crisis futuras del «soporte libro», al parecer radicalmente enfrentado a las maravillas de la intangible imagen. No creo que el acelerado desarrollo de las nuevas formas de comunicación e incomunicación hagan menos necesaria la callada, personal e íntima meditación; la creación y la recreación; las ideas y las formas capaces de contribuir a que nos orientemos en el temporal, al delicioso disfrute del mogollón en el que estamos metidos o a la lucidez respecto a los abismos que nos acechan. O mucho me equivoco o no estamos en el umbral de la victoria de la imagen fungible sobre la cultura libresca, sino en el de una explosiva combinación de ambas.

Pero si la crisis de la cultura moderna, al igual que todas las demás crisis del mundo moderno, es algo *con* lo que (y *en* lo que) hemos de acostumbrarnos a vivir, y si la cultura en crisis puede no ser menos sino más cultura, la vitalidad de *tal* o *cual* cultura está muy lejos de hallarse asegurada. Los elementos básicos de la vida cultural, los que sirven de base a la vida ideal, aquellos que crean las condiciones para que el hombre pueda seguir haciendo sus espectaculares equilibrios en medio del temporal, tienen que estar a tono con las circunstancias. Por muy trascendentes que sean la meditación crítica y la creación literaria, el hecho es que, puestas en el mercadillo de la cultura, son una mercancía más y han de estar en condiciones de competir, de atraer con su oferta, de cautivar al público. Es cierto que cuando se entra en el juego de la oferta y la demanda se produce una cosificación de las formas culturales, pero esto es algo que la cultura europea sabe desde hace siglos. Cosa,

lo que se dice cosa, pocas hay que tengan tanta cara de cosa como un buen libro.

La traducción es, en tales circunstancias, más importante que nunca. De los traductores en tanto que finos contrabandistas, de sus artes en el oficio de introducir, de tender puentes, de su función como comunicadores privilegiados entre culturas y experiencias diversas, depende en buena parte que no se produzca una marginalización de los alimentos ideales básicos, una provincialización de las actitudes, una segmentación de los diálogos que, entonces sí, no podría dejar de sonar ridícula en contraposición con la universalidad de los medios de comunicación de masas. De la calidad de las traducciones depende que el resultado de una importante creación cultural, puesta en otro idioma, no sea un insípido puré de palabras, incapaz de jugar ningún papel relevante en el mundo de la comunicación de las ideas.

Cuando los traductores latinos transcribieron aquello del *zoon logon ejon*, que decía Aristóteles, como *animalis rationalis*, la cultura europea llevó a cabo una opción histórica esencial en la que aún seguimos viviendo. Entre aquel «ser vivo que se ordena de acuerdo con un discurso que da razón de lo que es» —versión que me parece más ajustada, aunque mucho menos elegante que la de los latinos— y nuestro «sujeto cuantificable» de hoy, hay una enorme distancia. Poco más o menos la misma distancia que entre la biología con la que los griegos pretendían dar razón de la vida mediante la palabra y esa ciencia que hoy se desarrolla a velocidad de vértigo, por cierto bien lejos de nuestras universidades. No

es lo mismo aquel logos que esta palabra ni aquella episteme que esta ciencia. Pero si aspiramos a que un día despierte de verdad la imaginación científica en nuestro país —y parece que ya hay planes serios en tal sentido— será prudente preocuparse de que podamos hablar de ciencia en el mismo idioma en el que vivimos. ¿Quién si no les contará a los estudiantes que nada saben del griego que las moscas *drosophila melanogaster* deben su nombre a que tienen la barriga negra? ¿Quién introducirá a los que no saben inglés en el esotérico detalle de que los mutantes «red» o «yellow» de ese mismo insecto, que sirven de base a la mayoría de sus inhumanas prácticas, se llama así porque sus ojos son rojos o amarillos? ¿Habrá pensado alguien en que cuando se elaboren por fin las estrategias para el despegue de la investigación científica en nuestro país debería dedicarse una mínima parte de los fondos disponibles a que los adeptos a tan loable ocupación puedan pensar en castellano y no en esa especie de «pidgin» en que se ven obligados a hacerlo ahora? Hacer ciencia no es sólo desarrollar los medios técnicos para la investigación empírica, sino también intentar reproducir las condiciones, las si-

tuaciones espirituales, en las que la creación científica es posible. La lengua, y de eso sabían un rato los inventores de la ciencia, es, sin duda, una de esas condiciones necesarias.

Traductores, traductores, ¿para qué tanta publicidad a los traductores? Los citados ejemplos sobre el idioma con que se manejan algunos científicos en nuestro país pueden dar una pista acerca de la situación en que nos encontramos mientras estamos hablando de nuestra eventual participación en una respuesta europea al reto de las altas tecnologías. ¿Es que alguien se imagina que lograremos los europeos tener mañana en común algo más que un mercado si no se nos brinda a todos la oportunidad de aventurarnos a solas por el maravilloso mundo de nuestra cultura compartida? ¿Hasta cuándo podremos seguir sin enterarnos de la misa la media de lo que se piensa hoy en Italia, en Alemania, en Polonia o hasta en Francia, por poner sólo cuatro casos? Desde luego, esto no será posible sin vehículos de comunicación de ideas adecuados. Pero tampoco podrá lograrse ni siquiera un mínimo de comunicación intercultural con Europa mientras en este país nadie pueda so-

brevivir decentemente traduciendo. ¿Puede alguien extrañarse de que, en unas condiciones cada vez más deterioradas, haya gente que, para ganarse malamente la vida, produzca cosas como algunos de los atentados de que ha sido objeto uno de los más grandes novelistas de este siglo, Robert Musil? ¿O de que alguien tenga el descaro de editar la mejor novela de la literatura checa mandando traducirla del alemán? ¿O de que uno pueda encontrarse con versiones de Solzhenitsyn que parecen escritas por un hermano tonto del genial reaccionario ruso? ¿O de que lo mejor de la novela norteamericana tarde años en llegarnos en traducciones decentes, mientras todos los demás productos USA nos llegan de inmediato y magníficamente presentados?

Suerte que vivimos en un país que ya ha dado a la cultura occidental —muchos siglos ha, por cierto— algunas de las obras maestras de la comunicación intercultural. Quizá alguien crea que ya hemos cumplido para siempre con nuestra cuota. Este traductor, por su parte y sin ánimo de dar la nota, opina que algo habría que hacer —y pronto— para mejorar semejante estado de cosas.

SISTEMA

67

**FRANCISCO LAPORTA: El principio de igualdad.
GREGORIO PECES-BARBA: Reflexiones sobre la
paz. PILAR GOMEZ DE ENTERRIA: El déficit público.
ROBERTO BERGALLI: Transición y justicia penal
en España. ADELA CORTINA: Etica de la ciencia.
E. EDUARDO MARI: El discurso de la muerte. NOTAS
DE: H. C. F. MANSILLA y C. RODRIGUEZ AGUILERA.**

FS

JULIO DE 1985

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES



ENTREVISTA CON AUGUSTO ROA BASTOS

Javier M. González

Augusto Roa Bastos es el escritor paraguayo más conocido fuera de su país. Para muchos será seguramente el único, ya que poco trasciende del Paraguay en el exterior, ya sea en la literatura o la política. Roa Bastos, nacido en Asunción hace 68 años, debe iniciar el viaje de su primer exilio a los 30. Aún no había escrito su primera novela. En el Paraguay quedaron las primeras tentativas literarias y una sólida labor periodística. Con los años desembocará en la novela sin abandonar el cuento y otros géneros, que van del guión cinematográfico al teatro, pasando por la canción popular. Además de escritor, Roa Bastos es un símbolo del Paraguay dolorido. Sobre él pesa la prohibición expresa de ingresar a su país. El régimen del general Alfredo Stroessner —el mismo que dio la ciudadanía paraguaya a Mengele— priva a Roa Bastos del derecho a vivir en su patria.

—¿Cuándo empezó a escribir Augusto Roa Bastos?

—La mía es una historia frecuente del escritor que comienza a escribir muy joven. En mi caso es a los 13 años, más o menos, bastante estimulado por mi madre. Era un momento en el que en el Paraguay comenzaba una etapa muy dura, en el primer estallido de la guerra del Chaco, entre Paraguay y Bolivia. Empecé con pequeños esbozos. Había hecho un relato basado en la historia bíblica de Jacob, que eran las cosas que nos leía nuestra madre. Y eso quedó perdido hasta que un día volví a encontrar el manuscrito. Hacía más de 30 años que había desaparecido. Este, digamos, viene a ser prácticamente el texto de iniciación, para mí, en la literatura.

—Y hay un por qué...

—Debe haber, lo que pasa es que no lo conozco. Siempre hay una causa, evidente o se-

creta. La escritura es una de las tentaciones más frecuentes para los niños que crecen en un ambiente hogareño de pequeña burguesía culta, donde hay siempre posibilidades de lecturas. Y todo eso dado en un medio semisalvaje, en un pueblecito donde mi padre había ido a trabajar. De manera que la escritura se presentaba algo así como una especie de camino de escape.

—Usted ha hablado de la guerra del Chaco, una guerra en la que participó...

—Sí, en cierta manera sí, porque yo fui como voluntario a la guerra a los 14 años. Por mi edad no me permitieron pasar al frente, pero me designaron a servicios auxiliares que, por momentos, me hacía sentir nostalgia del frente. Porque siempre la retaguardia es peor que el frente de batalla. Por ahí pasan los desechos terribles de la guerra, en sus formas más cru-

das. Uno de los trabajos era vigilar a los prisioneros bolivianos, enterrar a los muertos, en fin..., todo ese tipo de actividades que no eran nada agradables. Era preferible afrontar la muerte en el frente.

—*Después vivió la segunda guerra mundial como corresponsal.*

—El final, en Londres. Eso se debió a la invitación de una entidad británica, el *British Council*. Era el momento en que venían algunos barcos ingleses a cargar trigo en la Argentina y que después tenían que hacer el regreso en un gran convoy por el Círculo Polar Ártico. Yo viajé en uno de esos barcos y llegué a Londres cuando todavía caían bombas, las famosas V-2 de Von Braun, que después iba a ser el padre de los cohetes. Es una experiencia también terrible.

—*Las dos guerras le dejaron algún poso literario...*

—Sí, pero fundamentalmente humano. Fue una experiencia totalmente traumatizadora. Por lo que es la guerra en sí, la violencia infernal y la agudización de un rechazo profundo con respecto a todo lo que pudiera parecerse a esa experiencia. Para mí la guerra no fue, para nada, una atracción romántica. Son circunstancias que las viví muy duramente. Yo creo que en el primer caso, cuando uno va saliendo de esa etapa de la pubertad en que va descubriendo el mundo, más que ir hacia la aventura de la guerra era descubrir lo que hay detrás de esa aventura, en qué medida el hombre se transforma. Y he visto en ese aspecto muchos acontecimientos absolutamente inesperados. La transformación de un hombre, para bien o para mal. Por lo que

yo tuve ocasión de ver, toda guerra es un campo terrible de distorsión de la condición humana. Es lo que estamos viendo ahora por los noticieros en la guerra Irán-Iraq, en el Líbano, en Afganistán, en cualquiera de esos lugares...

—*Usted ha dicho, en uno de sus cuentos, que el destierro era la ocupación casi exclusiva de los paraguayos...*

—Bueno, yo creo que más que una ocupación ha formado parte de la vida social e histórica no sólo del Paraguay, sino de América Latina en general. El destierro, el exilio permanente, ha sido un poco el vaivén individual o de grandes masas humanas, que tenían que expatriarse o eran arrojadas al destierro por toda esta violencia de la postcolonialidad y de la neocolonialidad.

—*En su caso concreto, ¿cuándo y por qué se produce el exilio?*

—Justamente cuando estalla una insurrección de carácter civil y militar al norte del país, en el año 1947. Yo estaba como jefe de redacción de un periódico independiente, el único periódico independiente. Y fue asaltado por las tropas de otro dictador que tuvimos, Moriñigo. Incendiaron las máquinas y los del periódico tuvimos que huir por las azoteas. De ahí tuve que exiliarme.

—*Usted ha sido periodista, autor de novelas, cuentos, poemas, canciones populares... ¿En algún momento hizo esto para sobrevivir o es que realmente necesitaba probar todos esos campos?*

—Hoy pienso que fueron tentativas de comunicación a distintos niveles. El periodismo, la novela, la canción popular, en fin, todas estas acti-

vidades de la palabra, son tentativas de comunicación con el semejante.

—*¿De qué manera condiciona el bilingüismo paraguayo el planteamiento del escritor?*

—Lo condiciona de raíz, porque el bilingüismo en el Paraguay es un fenómeno muy profundo. Hay dos universos culturales que están en colisión constante. La cultura de origen guaraní, con su lengua propia, que ha sobrevivido, y que es la verdadera lengua de comunicación nacional y popular, y el castellano, que ha sido muy deformado. De manera que nosotros tenemos un castellano paraguayo y un guaraní paraguayo. Hay una ruptura de base, una cultura escindida. En cierto modo yo creo que tiene características patológicas. Yo lo suelo llamar la esquizofrenia lingüística del paraguayo. Es terrible ese duelo de dos idiomas de genio distinto, de naturaleza diferente, que se enfrentan con el predominio de mundos también diversos. El guaraní cubre todas las necesidades de comunicación afectiva, los espacios sensitivos, irracionales. El castellano, en cambio, es una lengua dominante, de carácter oficial, culta con comillas y ejerce también su presión.

—*Usted es prácticamente el único escritor paraguayo conocido internacionalmente. ¿Existe una vida cultural dentro del país?*

—Sí, cómo no. Sobre todo en algunas actividades artísticas como, por ejemplo, las artes plásticas, que son las que han tomado la delantera en la actividad cultural paraguaya. Después está la música, la poesía, el teatro mismo, tanto en guaraní como en castellano... Lo que no hay en Para-

guay es todavía una narrativa orgánica, no hay un cuerpo de tradición. Y esto es grave porque significa un déficit considerable en un país que ha tenido una vida histórica muy movida, llena de acontecimientos y vicisitudes. Hay aquí, en potencia, larvada, una necesidad de comunicación. Más que de carácter historiográfico, de carácter narrativo. Lo que está sucediendo es la lenta formación de una narrativa paraguaya con un siglo de atraso en relación a los demás países.

—*Su primera novela, Hijo del hombre, la publicó en la Argentina. ¿Se planteó la obra a causa de su alejamiento del Paraguay?*

—Yo tendría que decir que toda mi obra escrita la he hecho en el exilio, en Buenos Aires concretamente. Yo había escrito poesía en el Paraguay, porque en estos países donde no hay posibilidad de edición se crea una actividad cultural y sobre todo literaria, juglaresca. Los muchachos andan con sus poesías en el bolsillo. Además, en este caso, la poesía resulta la tarea más fácil, más módica, sea buena o mala. Yo hacia de la mala, lo descubrí a tiempo y dejé de hacer poesía.

—*Su novela más conocida es Yo, el Supremo. Aunque está ambientada en la época del Doctor Francia yo me pregunto si la hubiera escrito de no existir Stroessner.*

—Sí, yo creo que sí. En realidad el fondo esencial de la novela no tiene que ver con un personaje histórico. Y la reflexión sobre el poder absoluto ha sido la obsesión más vieja de la humanidad. Hubiera tenido, quizá, otro cariz, pero pienso que es un tema que había estado larvado mucho tiempo en mí. Ade-

más, yo no quise hacer una obra histórica. Por eso me empeñé en desfigurar completamente todos los referentes históricos, porque no creo que se puedan superponer los géneros. La historia como materia prima de la obra de ficción es distinto. Además lo que en América Latina llamemos historia, por la historiografía oficial, no tiene ningún valor. Al contrario, es una realidad mentirosa que los que escribimos ficción nos empeñamos en transgredir en todas las formas posibles. El testimonio del poder está dado a través de una falsa visión de la historia vivida.

—*Gran parte de su exilio transcurre en Buenos Aires, hasta que en el año 1976 viene a Europa. ¿Qué le ha quedado de esta etapa argentina?*

—Bueno, lo de mi vida en Argentina ha quedado como uno de los islotes que verdaderamente cuentan en mi vida; todo lo demás ha sido accesorio. El hecho de salir de la Argentina se debe a que la dictadura militar estaba comenzando a desplegar esa especie de hecatombe que comenzó aparentemente sin mucha bambolla pero que después... De manera que había una necesidad de escapar de esa temperatura un poco siniestra que se estaba incubando. Eso coincidió con que me habían contratado en Francia para la Universidad de Toulouse, como profesor asociado. Así que coincidieron dos motivos para que yo me alejara de la Argentina, pero mi deseo más profundo es volver. Concretamente a Buenos Aires, porque es ahí donde hice todo mi trabajo. Y en un ser humano que ha vivido prácticamente toda su vida en huidas, en peregrinaciones, en incertidumbres de tiempo y espacio, esa zona de tiempo

que está dada por el trabajo constituye una de las pocas certezas que le quedan.

—*¿Qué significa el nacionalismo para usted?*

—Yo creo que he perdido esa especie de sentimiento nacional, esa especie de chauvinismo nacionalista, por una conversión al carácter latinoamericano. Yo me siento un ciudadano latinoamericano, además de ser un ciudadano español. Descubrí, a través de viajes concretos, que uno de los aspectos de artificialidad de América Latina es las fronteras que le han impuesto los intereses de los imperialismos de turno.

—*¿Qué ha pasado con la cultura paraguaya en estos últimos treinta años?*

—Paradójicamente ha crecido. Después de treinta y un años de dictadura totalitaria, como es la de Stroessner, después de un siglo de otro tipo de dictaduras y caudillejos, la cultura ha tratado de desarrollar sus propias virtualidades. Pese a la dictadura en el Paraguay hay, en estos momentos, una fuerte actividad cultural como no ha habido en otras oportunidades de la historia del país. La dictadura podrá decir que es obra suya, pero evidentemente los hechos la desmienten.

—*¿Cómo puede seguir escribiendo del Paraguay después de tantos años de exilio?*

—Bueno, uno lleva su país, lleva su pasado en sí mismo. Yo para escribir sobre el Paraguay no necesito pensar en el Paraguay, es una cosa que se da naturalmente. La memoria trabaja a su modo, distorsiona, cambia las cosas, pero siempre está hablando de lo mismo. De manera que ese

es el tema permanente de mis obras.

—¿Ha podido volver a su país desde el primer exilio?

—Sí. He vuelto varias veces, en visitas furtivas. La última fue en el 82, cuando me expulsaron definitivamente. Quedé incluido entre los tres ciudadanos paraguayos que no pueden entrar, que tienen expresa prohibición de entrar. Los otros son dos dirigentes políticos: Domingo Laíno, dirigente del Partido Liberal Radical Auténtico y Luis Resck, de la democracia cristiana. Y yo, que no pertenezco a ningún partido político.

—Sin embargo sí tiene una clara actividad política, sobre todo en los últimos tiempos...

—Es que el hecho de no pertenecer a ninguna agrupación política no quiere decir que yo sea apolítico, sino todo lo contrario. Quizá yo sea el político que vive más intensamente la vida política. Porque yo no puedo parcializar, ni como escritor ni como hombre, a través de partidos políticos que históricamente son deficientes. Yo no estoy en contra de los partidos políticos, que ocupan su lugar en la historia del país. Lo que pasa es que a mí no me satisfacen completamente. Yo estoy en constante comunicación, en constante discusión con la gente de estos partidos, con sus dirigentes, con sus gentes de base. Y hago una labor política muy intensa. Una de las cosas buenas que han ocurrido en mi vida de político no-político ha sido que se ha reconocido la posibilidad de la utilización de esta posición. Yo creo que, en este aspecto, la posibilidad de mediación que yo puedo aportar a la lucha política de mi país es muy interesante.

—Y cuál sería, definido en grandes líneas, el modelo político que quisiera ver en el Paraguay...

—Hay que partir siempre de una realidad concreta. En este momento lo que el Paraguay destruido, envilecido, degradado, toleraría y exige, es la transición a una etapa de recuperación democrática. Una etapa que puede ser bastante larga y en la que no se puede hablar de ninguna fórmula política. Acá hace falta un proyecto nacional que sea compartido por los partidos de oposición. Y que esta entidad que ahora existe, el Acuerdo Nacional, que está compuesto por cuatro partidos democráticos, se transforme en una entidad de unión nacional sobre la base de un proyecto político nacional. Y tiene que orientar la salida transicional del autoritarismo totalitario hacia la posibilidad de una recuperación democrática. Allá no tenemos fuerzas de recambio ni árbitros, como hubo en España, o como existió en Argentina, en Uruguay o en Brasil. Nosotros estamos allá en la intemperie total. Hay que generar una estructura arbitral, en este caso yo creo que correspondería en gran parte a la iglesia católica y a las distintas confesiones. Se necesita también un trabajo bastante largo sobre la recuperación institucional de las Fuerzas Armadas, de las que no se puede prescindir. Yo, por supuesto, querría que el Paraguay evolucionara hacia la instauración de un socialismo democrático, que es el que puede resolver a mediano y largo plazo los grandes problemas del Paraguay. Y existen en gran medida esas posibilidades. Pero por el momento no se puede pensar en nada de eso; o por lo menos yo no alcanzo a discernir eso.

—Volvamos de nuevo a la literatura. ¿Qué escritores lo impulsaron a convertirse también en escritor?

—Yo cito siempre, de una manera muy conmovida y con enorme gratitud, a dos escritores españoles que están en la raíz de mi formación literaria: Rafael Barret, un español que estuvo en Paraguay en la primera década del siglo, y Josefina Plá, una española canaria que fue al Paraguay muy joven y que para nosotros constituye realmente una figura nacional de enorme valor. Ella tiene ahora más de 80 años y es una institución de cultura que ha ayudado a descubrir muchos campos totalmente desconocidos, cubiertos, de la cultura paraguaya. Estos son mis dos maestros conocidos y confesados; si hay otros, no lo sé.

—Usted asistió recientemente en Madrid a un congreso de jóvenes escritores latinoamericanos. ¿Hacia dónde va la joven literatura del continente?

—Hay una visión y una concepción nueva del compromiso. Hay también una mayor audacia en la concepción de la escritura como medio de comunicación. Hay necesidad de que nuevos autores ocupen la escena y traigan su contribución bajo la ley del tiempo que les toca vivir. Esto sí me preocupa fundamentalmente y me llama la atención: que los colegas consagrados no hayan reparado en este hecho muy simple y al mismo tiempo muy complejo; hay una obligación moral por parte de nosotros, que somos los más viejos, para comprender y ahorrar pérdidas de tiempo inútiles. La militancia en cualquier tipo de actividad humana, la política o la cultural, exige una gran dosis de gene-

rosidad, no el simple egoísmo de estar en las hornacinas y convertirse en monstruo sagrado. Me parece que esto implica una responsabilidad moral muy grande.

—¿Qué está escribiendo ahora Roa Bastos?

—Estoy terminando una tercera novela de una trilogía que comenzó con *Hijo de hombre* y siguió con *Yo, el Supremo*. Esta tercera se llamará, posiblemente, *El fiscal*. Son novelas autónomas en sí, pero que en su conjunto forman un gran friso de la vida

paraguaya y de la condición humana en una circunstancia histórica determinada. Yo no hago novela histórica ni novela regional, pero me gusta encontrar circunstancias reales y concretas de las cuales partir para la invención de la literatura de imaginación.

¿Armamentos o desarme?

ABM radars within no more than six ABM radar complexes, the area of each complex being circular and having a diameter of no more than three kilometers; and (6) within one ABM system deployment area having a radius of one hundred and fifty kilometers and containing ICBM silo launchers, a Party may deploy: (1) no more than one minirad ABM launcher and no more than one hundred ABM interceptor missiles at launch sites, (2) two large phased-array ABM radars comparable in potential to corresponding ABM radars operational or under construction on the date of signature of the Treaty in an ABM system deployment area containing ICBM silo launchers, and (3) no more than eighteen ABM radars each having a potential less than the potential of the smaller of the above-mentioned two large phased-array ABM radars. Article II: The limitations provided for in Article III shall not apply to ABM systems or their components used for development or testing, and located within current or additionally agreed test ranges. Each Party may have no more than a total of fifteen ABM launchers at test ranges. Article IV: 1. Each Party undertakes not to develop, test, or deploy ABM systems or components which are sea-based, air-based, space-based, or mobile land-based. 2. Each Party undertakes not to develop, test or deploy ABM launchers for launching more than one ABM interceptor missile at a time from each launcher, nor to modify deployed launchers to provide them with such a capability, nor to develop, test, or deploy automatic or semi-automatic or other similar systems for rapid reload of ABM launchers. Article V: To enhance assurance of the effectiveness of the limitations on ABM systems and their components provided by this Treaty, each Party undertakes: (a) not to give missiles, launchers, or radars, other than ABM interceptor missiles, ABM launchers, or ABM radars, capabilities to counter strategic ballistic missiles or their elements in flight trajectory, and not to test them in an ABM mode; and (b) not to deploy in the future radars for early warning of strategic ballistic missile attack except at locations along the periphery of its national territory and oriented outward. Article VI: Subject to the provisions of this Treaty, modernization and replacement of ABM systems or their components may be carried out. Article VII: ABM systems or their components in excess of the numbers or outside the areas specified in this Treaty, as well as ABM systems or their components prohibited by this Treaty, shall be destroyed or dismantled under agreed procedures within the shortest possible agreed period of time. Article VIII: To assure the viability and effectiveness of this Treaty, each Party undertakes not to transfer to other States, and not to deploy outside its national territory, ABM systems or their components limited by this Treaty. Article IX:

sipri Compendio 1984



Distribuye: SIGLO XXI DE ESPAÑA. S. A.

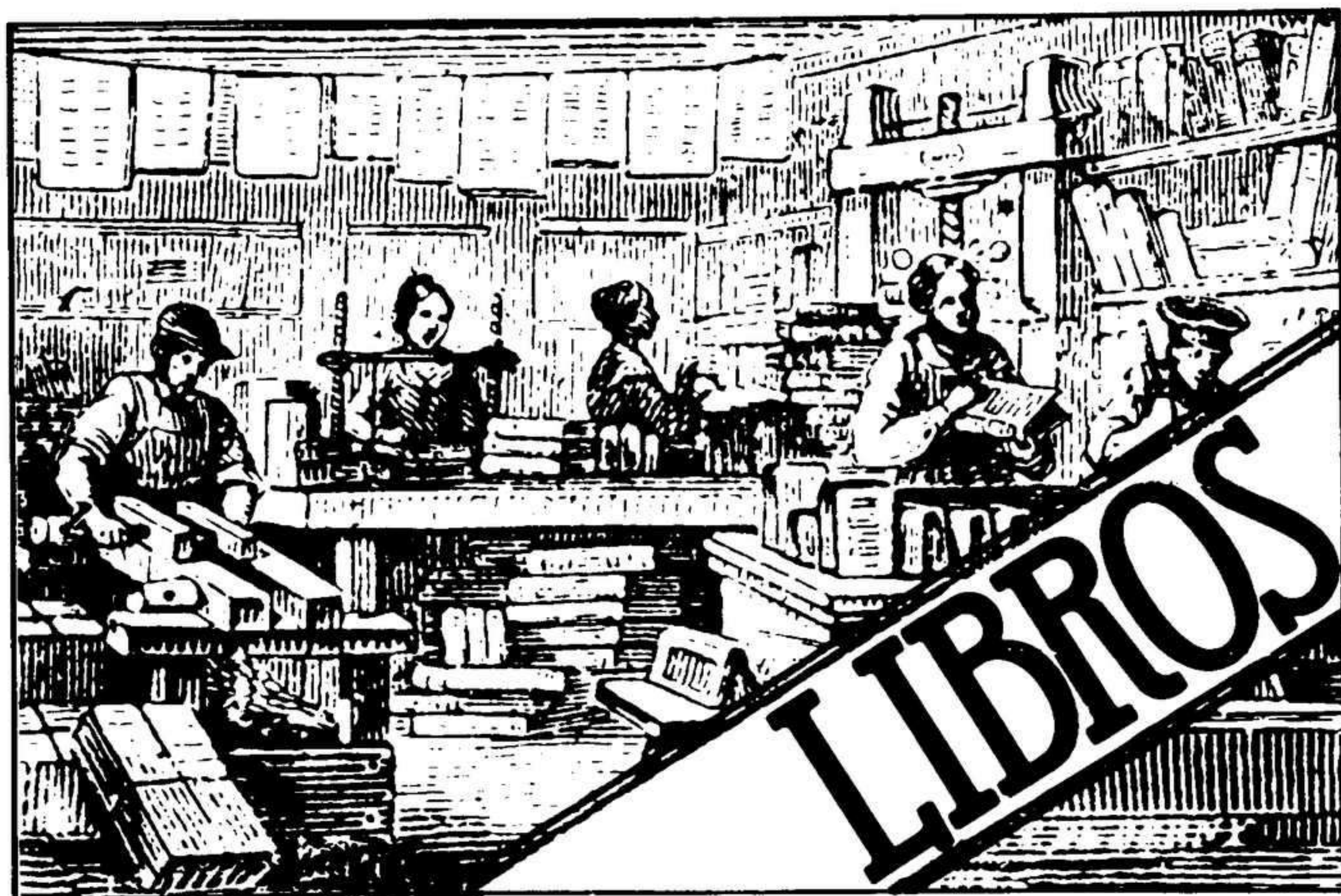
CRISIS ECONOMICA.
PARO. ACCION SINDICAL.
ALTERNATIVAS.
RELACIONES INDUSTRIALES.
CONDICIONES DE TRABAJO.
SINDICATOS. HECHOS.
EXPERIENCIAS. IDEAS.



CLARIDAD

REVISTA DE SINDICALISMO

CEC de UGT. S. C. de Imagen. Suscripción anual: 1.500 ptas.



APOCALIPSIS Y PESADILLA

Antonio G. Santesmases

Agnes Heller y Ferenc Feher,
Sobre el pacifismo.
Ed. Pablo Iglesias.
Madrid, 1985.

Cualquier lector de artículos o libros sobre el pacifismo actual acostumbra a toparse, al abrir sus páginas, con una jerga hiper-técnica sobre las dimensiones militares de un posible desarme o acerca del actual equilibrio entre los bloques. La obra que nos ocupa intenta, por el contrario, situar el discurso sobre las posibilidades y los límites del pacifismo en el nivel de la teoría

ética y política. En esta obra que A. Heller y F. Feher han escrito «para una ocasión» tratan de contribuir a una política «alternativa» de la izquierda democrática.

En su escrito los autores tratan de perfilar nitidamente lo que consideran una posición «incorrecta» para afrontar el tema de la paz en el mundo actual. La interrogante que les obsesiona y que aparece desde las primeras páginas de la obra es la siguiente: ¿Optar por un mundo sin armas nucleares, por un mundo en que no sea posible una guerra nuclear, significa sacrificar las libertades? ¿Es la fuerza de disuasión nuclear una fuerza inmoral? ¿Qué tiene de cierto y de falso la famosa sentencia «más vale rojos que muertos»? «Cuando se opta globalmente por la vida frente a la libertad en forma de mera supervivencia, prescindiendo de la clase de vida que sería un mundo sin liber-

tad, la buena vida ya no es posible, la vida ya no es digna de ser vivida» (pág. 18).

A. Heller y F. Feher consideran que afirmar que primero viene la vida y sólo después puede venir la libertad es síntoma de una conciencia que ha roto la continuidad entre vida y libertad, que ha mutilado la pregunta esencial sobre el sentido de la vida, de una conciencia que ha quedado prisionera del «derrotismo» que hoy invade Occidente, en una hora (la hora del gran olvido) en que ya no se recuerda que Occidente, como depositario de la democracia, es un valor en sí mismo que hay que defender.

¿Cómo se ha podido llegar a esta situación en que un pacifismo escéptico, resignado, propone interiorizar la esclavitud, recomienda el establecimiento de una dictadura mundial en nombre de la supervivencia? Algunos podrían

contestar que la razón es simple: la carrera de armamentos ha llegado tan lejos que es previsible pensar en una colisión entre las superpotencias que traiga consigo el estallido de una guerra nuclear. Es la cercanía de la tercera guerra nuclear la que explicaría el resurgir del movimiento pacifista.

Los autores rechazan esta explicación. Para ellos no «estamos más cerca de una guerra nuclear de lo que hemos estado durante las últimas décadas» (pág. 43). Las tensiones actuales son vividas y dramatizadas en forma de miedo al holocausto nuclear, pero la pregunta «racional» es: ¿hemos llegado a un punto en que ni americanos ni soviéticos pueden dar marcha atrás?, ¿estamos en un estado de preguerra? Mientras las doctrinas militares de las dos superpotencias creen en la posibilidad de ganar una guerra nuclear (al menos eso afirman sus burocracias), «...ninguna de las capas dirigentes de las superpotencias creen en la posibilidad de ganar una guerra nuclear, ni en la posibilidad de sobrevivir a ella» (pág. 46). La indignación por el desperdicio de recursos y energías humanas es una inútil carrera de armamentos, sin victoria ni «etapa final»; las razones para destacar los sufrimientos causados en distintas zonas del globo por una u otra de las superpotencias, los momentos en que se producen peligrosas rupturas de relaciones entre las dos superpotencias (página 54), todo ello no es suficiente para afirmar que estamos al borde de una guerra nuclear.

Para estar cerca del holocausto sería necesario, como condición previa, una atmósfera de guerra fría, una preparación ideológico-propagandística para la confrontación

con el mundo comunista, una represión de la oposición interna, una ruptura de las relaciones entre los dos mundos. Para los autores, sin embargo, la tensión actual no es primordialmente Este/Oeste; a lo que asistimos, en Occidente, es más bien a una rebelión de Europa contra la hegemonía americana; a una crisis profunda de la Alianza Occidental. Por ello, los autores, al observar la desilusión de los movimientos por su incapacidad para impedir el despliegue de los misiles en Europa, constatan que, efectivamente, los movimientos pacifistas todavía no tienen fuerza para impedir que los gobiernos lleven a cabo ciertas decisiones políticas, pero sí la tienen para socavar la fuerza de disuasión como institución social. La crisis de la Alianza Occidental no es, sin embargo, una buena noticia para la libertad y para la vida, ya que la estrategia soviética ha encontrado nuevas vías.

Conviene que nos detengamos un momento para comentar brevemente este primer argumento de los autores del libro. Si no he entendido mal, la razón fundamental para justificar por qué no nos acercamos a un holocausto nuclear es la siguiente: por más que avancen las armas y adquieran poder las burocracias militares, no podemos hablar de un orden social dominado por la tecnología militar, no nos encontramos en la era del «exterminismo». Este argumento supone, como afirman, por lo demás, autores muy lejanos en sus posiciones ideológicas a A. Heller (estoy pensando, por ejemplo, en E. Mandel), que no es el Pentágono el que controla a Washington y a Wall Street, sino que sigue siendo el poder económico el que domina el poder político y éste el que

controla la élite militar. Sabiendo que no van a sobrevivir, ¿cómo van a ser tan «estúpidos» de suicidarse como clase social por argumentos tan «abstractos» como los de combatir al «comunismo»? ¿No es más sensato pensar, como en la Era Kissinger (que analizan los autores de la obra), que el dominio del capitalismo liberal sobre el mundo entero no es concebible y que lo que procede es el reforzamiento de las posiciones de Occidente con maquiavelismo y falta de escrúpulos, y la negociación directa entre las dos superpotencias aceptando las respectivas esferas de influencia?

Volveremos más adelante otra vez a este tema. Sigamos con la argumentación de los autores: el resurgir de los movimientos pacifistas no encuentra una justificación racional en la inminencia de una guerra nuclear pero su rechazo de la fuerza de disuasión nuclear beneficia a la estrategia soviética. La oligarquía soviética dispone de tiempo, sus dirigentes no tienen miedo a Occidente y observan complacidos la decreciente unidad occidental. El rechazo actual a la fuerza de disuasión por ciudadanos alemanes y británicos, el slogan «más vale rojos que muertos», no es sino síntoma de una «autovichización» del espíritu europeo, es una exhortación a someterse a un sistema social ajeno y hostil. El objetivo es la expulsión de los Estados Unidos de Europa, lo que implicaría un espectacular desplazamiento del poder sin guerra, una inversión total de los resultados de la victoria aliada y una victoria clamorosa para el sistema soviético.

El lector puede preguntar, ¿pero no proponen los movimientos pacifistas una Euro-

pa desnuclearizada, una Europa libre de bloques? ¿Por qué pensar únicamente en términos bipolares: o hegemonía americana o sumisión a la tiranía soviética? Para los autores de la obra esa perspectiva es radicalmente inviable. Los soviéticos nunca desmantelarán su arsenal nuclear y sólo se logrará una renuncia americana a toda obligación de defensa de los países europeos occidentales. La desintegración de la Alianza Occidental es, para los autores (pág. 176), una auténtica pesadilla. Todas las posibilidades imaginables son siniestras: la dependencia del sistema soviético y la integración gradual en él es la primera. La segunda es que Estados Unidos, producido el derrumbe europeo, decidiera intervenir, produciéndose el choque final entre ambas superpotencias. La tercera es una guerra entre Estados europeos, cuyas tensiones han quedado amortiguadas únicamente por la existencia de la Alianza Occidental. La cuarta, finalmente, apunta a una guerra civil interna entre aquéllos que prefieren ser «rojos» a «muertos» y los contrarios.

Si la desintegración de la Alianza es una pesadilla, la reproducción de la situación actual de la misma tampoco es conveniente. Los autores proponen que los movimientos pacifistas «razonables» apuesten por una reorganización de la Alianza, con objetivos más modestos como serían la congelación de la carrera de armamentos, la reducción de los arsenales nucleares, la distensión entre ambos sistemas, la renuncia a la guerra nuclear limitada en suelo europeo, el respeto a la soberanía nacional de los países miembros de la Alianza en el uso de las armas nucleares (en temas como la doble llave, etcétera).

La obra que comentamos es mucho más rica en matices y análisis, pero aquí sólo he pretendido dar cuenta del hilo argumental para poder enjuiciar el pensamiento desarrollado en la misma.

En primer lugar, coincido en que los gastos desmesurados que genera la carrera de armamentos y las fechorías de ambas superpotencias son razones suficientes para estar en contra del actual sistema bipolar. Me parece, sin embargo, que anatemizar como apocalíptico cualquier pensamiento que hable de la inminencia de una guerra nuclear puede conducir al «optimismo fatuo» que tan certeramente analizara Bobbio en su obra sobre los problemas de la guerra y la paz en el mundo actual. Me asombra que autores tan sensibles a las dimensiones no economicistas del análisis marxista insistan en un control de las élites políticas sobre las burocracias militares, que olvidan en cuántas ocasiones son las primeras cautivas de las segundas.

En segundo lugar, me parece esencial reflexionar brevemente sobre la insistencia en reducir el espectro variopinto del movimiento pacifista a un pensamiento escéptico y resignado, derrotista, que ya no se pregunta sobre el sentido de la vida. ¿Es esto cierto? Pienso que el movimiento pacifista lo que ha puesto sobre el tapete es la insolidaridad, indiferencia y olvido del Occidente rico y explotador sobre un Tercer Mundo extenuado y saqueado. No es sólo el miedo a morir, el afán de sobrevivir a cualquier precio su objetivo, sino es explicitar la repugnancia a un Occidente que había olvidado las fuentes de su riqueza y la conexión entre el Estado de bienestar y el Estado de guerra.

En este punto hay que decir que afirmaciones como la suscrita en la página 140 de la obra, para un lector español, no son de recibo. Afirman los autores que no es moral preguntar por qué vinieron aquí los americanos, ya que los europeos deben recordar que sin el apoyo americano seguirían pisoteados por Hitler. ¿Es moral hablar de «Occidente» como paladín de la «democracia», si por Occidente se entiende la política de un país que no sólo no nos liberó de la dictadura de Franco sino que la perpetuó? Sin el apoyo norteamericano no hubiera sido posible la tiranía española, y ya que estamos ante una obra de teoría ética y política, para un español no es posible olvidar moralmente un hecho de esa gravedad.

Es frecuente, tanto en los medios de comunicación atlantistas como en los grupos prosoviéticos, oír que es intolerable la equiparación global entre ambas superpotencias. Los autores de la obra suscriben el argumento afirmando que «...el crimen de los Estados Unidos es no exportar su propio sistema, mientras que el crimen soviético es que siempre lo hacen» (pág. 140). De nuevo, en este punto hay que decir que una obra que trata de plantear la discusión a un nivel ético-político sucumbe en el mismo maniqueísmo que pretende atacar. Es indudablemente cierto que hay sectores de los movimientos pacifistas que consideran que la única responsabilidad en este «desorden mundial» es exclusivamente norteamericana, siendo la Unión Soviética exonerada de cualquier culpa ya que su postura es únicamente defensiva.

Desde nuestro punto de vista, sin embargo, la equiparación global no solamente es

posible sino necesaria. Ambos sistemas no sólo son responsables de un orden bipolar en el que los países son rehenes de las dos superpotencias, sino que además obtienen beneficios de esta dinámica. Beneficios económicos, en el caso norteamericano, para impulsar las inversiones en la producción de nuevas armas, y beneficios «políticos» en el caso soviético al legitimar su dictadura policial, entre otras razones, en la paronía del enemigo exterior.

Un socialista puede preguntarse: ¿por qué no repudiar moralmente ambos bloques? ¿Por qué hay que conceder el aval de «demócratas» a los que minan los puertos nicaragüenses o el aval de «socialistas» a los que reprimen los sindicatos de los trabajadores polacos? Nos parece que la filigrana de los autores distinguiendo el régimen interno norteamericano y su política externa no sólo conduce a olvidos especialmente dolorosos para los españoles, a los que ya me he referido, sino también a afirmaciones francamente desafortunadas, como las contenidas en la página 179 sobre la situación en Nicaragua. Debemos discrepar: Nicaragua en absoluto es una dictadura «cuya élite dirigente defendía toda clase de derechos democráticos cuando estaba luchando contra la sanguinaria dictadura de Somoza, sin hacerlos realidad una vez llegada al poder» (pág. 179). Nicaragua, pensamos nosotros, es un pequeño país que ha realizado unas elecciones libres y que está sufriendo un acoso implacable por el Imperio, por el supuesto paladín de la democracia occidental, que no se recata en despreciar a las jurídicas instituciones occidentales (como el Tribunal de La Haya) para realizar sus objetivos.

Es justamente en estos olvidos y en estos ejemplos donde se materializa que los autores del libro han sucumbido al maniqueísmo. Por no olvidar a la «abominable» sociedad soviética, han glorificado y ocultado la verdadera realidad de la estrategia norteamericana. Probablemente por aquello de que es más fácil ver lo que ocurre en los ojos ajenos que lo que acontece en los propios, ellos también han caído en razonamientos de tipo religioso.

Nos parece brillante y acertada, en muchos aspectos, la descripción que realizan sobre algunos rasgos del movimiento pacifista europeo. Es agudo su análisis de cómo la falta de salidas de la crisis económica, la oclusión del Estado de bienestar, pone en cuestión tanto a la nueva izquierda como al modelo socialdemócrata, y hace vivir a muchos el final de un mundo y una época como «el final del mundo». Es un análisis penetrante que harían bien en meditar muchos sectores de los movimientos pacifistas, al igual que sus reflexiones sobre las formas de organización y comunicación en el seno del movimiento.

En lo que discrepamos es en la «pesadilla» que para ellos acontecería si se realizase prácticamente una Europa libre de bloques. Las imágenes expansionistas y voraces de la URSS, unidas al derrotismo resignado de Occidente, son bastante discutibles. Si es infantil pensar en la Unión Soviética únicamente como una sociedad de hombres pacíficos y de dirigentes filantrópicos, también lo es el pensar que son tan ignorantes de creer que por su santa voluntad iban a lograr la subyugación europea. ¿Qué ocurriría si tal cosa aconteciese? ¿Es

que ya se han olvidado los autores que después de Vichy surgió la «resistencia francesa»? ¿Es que creen que los soviéticos no han aprendido la lección china para saber que no se puede doblegar a los pueblos con tradiciones culturales y políticas distintas sin que éstos rechisten? Mucho nos tememos que su obsesión por reducir el pacifismo al escepticismo resignado les ha hecho perder el prisma. Si los pueblos europeos lograsen emanciparse de la presión americana no iban a caer, autovichizados, en manos soviéticas. Sería previsible una enorme resistencia, de la misma manera que sin ir más lejos, en nuestra guerra civil, aún siendo la Unión Soviética el único país en ayudar a la República, no le fue posible lograr el dominio de las fuerzas defensoras de la legalidad democrática.

El argumento, finalmente, de una previsible guerra entre los Estados europeos, al estar ausente el paraguas norteamericano, tiene resonancias edípicas y recuerda a aquellas fábulas según las cuales sólo cuando existe el padre sobrevive la ley y el orden y cabe la armonía entre los hermanos.

Decíamos al principio del comentario que esta obra «escrita para una ocasión» trata de ser una alternativa a la actual izquierda democrática. Desde nuestro punto de vista la izquierda no debería desconocer el penetrante análisis que realizan los autores de la actual crisis de Occidente, de la desintegración de un mundo en el que ya no cabe pensar ni creer en unas posibilidades ilimitadas de inversión que aseguren el crecimiento. Una cultura atea sin un proyecto social emancipatorio fomenta el miedo y la inseguridad. En todo ello coincidimos con los

autores, al igual que en el derumbe de las ilusiones socialdemócratas y de los mitos de la nueva izquierda, dada la presente crisis económica.

En lo que no creemos que estén acertados es en el repudio al «matrimonio» entre izquierda y movimiento pacifista, ni en considerar que este último sólo es fruto del actual derrotismo occidental. Sólo con un pacifismo escéptico y resignado, temeroso ante el apocalipsis, no saldremos de la actual crisis de la izquierda, pero no es todo, ni siquiera lo más importante, del movimiento pacifista.

La imagen «dantesca» de una Europa libre de bloques que ofrecen los autores sólo es comprensible desde su justificación moral de la fuerza de disuasión. Los que, sin embargo, no identificamos a Occidente con la OTAN estamos dispuestos a defender las instituciones democráticas, el pluripartidismo y las libertades, sin considerar que el escudo de todo ello sea una alianza militar, sino la propia voluntad de unos ciudadanos que recuerdan el fascismo y tienen conocimiento de lo que fue el estalinismo. Para los que pensamos de esta manera los bloques militares son moralmente indeseables y las propuestas políticas de los autores por reconstruir la Alianza Atlántica, desgraciadamente, poco convincentes. Son propuestas que históricamente no han dado resultado: las conversaciones sobre el desarme no han impedido el avance continuo del rearme; las filosofías de distensión no han dejado de fortalecer los aparatos disuasivos; la investigación científica no ha sido controlada. No sabemos si sobrevendrá el holocausto, y ojalá tengan razón los autores en que la colisión y el choque

final no están próximos, pero los gastos desmesurados en armamento y los sufrimientos de los pueblos sometidos a las superpotencias son ya suficientemente elocuentes para negar credibilidad moral a la fuerza de disuasión nuclear y al actual equilibrio del terror.

MITTERRAND: EL NEGRO Y EL ROJO

Luis Pasamar

Catherine Nay,
Le rouge et le noir.
Ed. Grasset.
Paris, 1984.

Más de siete años lleva esta biografía de François Mitterrand en cabeza de lista de los libros más vendidos en Francia. Editorialmente ha sido un verdadero éxito. Saludado a bombo y platillo por los semanarios y la prensa de gran tirada, y lanzado con grandes medios publicitarios allende el Pirineo, el texto de Catherine Nay ha recibido igualmente cálida acogida en la mayoría de los periódicos españoles que se hicieron eco de la edición francesa —no se ha traducido todavía al castellano— o de los comentarios de la prensa gala.

El negro y el rojo o la historia de una ambición titula su autora este ensayo crítico sobre el presidente de la vecina república. Con el negro se señalan los orígenes conservadores o reaccionarios incluso de Mitterrand y su lenta y sinuosa evolución hacia el rojo del

socialismo. Socialismo puesto en duda por algunos caciques de la extinta SFIO, como recuerda Catherine Nay en más de una ocasión.

El subtítulo no deja de tener un tufillo ligeramente peyorativo ya que a menudo el autor asocia a la palabra ambición la de arribismo, falta de escrúpulos. La autora contempla al político con criterios literario-humanistas. La ambición, como todo el mundo sabe, es inherente a la condición del político. Sin ambición de poder difícilmente se consigue el mando. Y quienes sienten la política como vocación han de tener, si no quieren hundirse en el fracaso, como meta la conquista del poder, ya que sólo a través de éste logran hacer realidad su concepción de la sociedad, dar forma al devenir de la historia y contenido a la colectividad humana.

En términos generales son muy pocas las cosas nuevas que sobre Mitterrand nos brinda Catherine Nay. Llama poderosamente la atención las escasas citas de textos sobre Mitterrand. La autora innegablemente ha consultado y rastreado cuanto se ha dicho o escrito sobre su biografiado, pero ha tenido la habilidad de incorporar a su texto otros de los que saca —sin dar la fuente— párrafos enteros.

La autora ha realizado una encuesta entre las personas que conocieron al joven Mitterrand. Da sus opiniones sobre hechos o relaciones que ocurrieron muchos años atrás y a menudo desecha los juicios que se emitieron en tiempos pasados, en la época o los días correspondientes a los hechos analizados. ¿Adversarios y enemigos quién no los tiene cuando se ha tenido una carrera política intensa? Per-

sonas dispuestas a dar una opinión sobre algo ocurrido en tiempos pretéritos nunca faltan. La autora descubre así una serie de testimonios que dan fe del conservadurismo o de la formación profundamente católica de Mitterrand, y omite curiosamente el testimonio del escritor Claude Roy, conservador y monárquico en sus años mozos y compañero de estudios de Mitterrand, quien opina que éste nunca sintió simpatía alguna por las ideas conservadoras que él quería inculcarle. Roy recuerda en sus memorias que el joven Mitterrand tenía escaso interés por los temas políticos y que sus inclinaciones iban más bien hacia las letras. Pero para este viaje no hacían falta alforjas. El propio Mitterrand ha escrito en varias oportunidades cuán real y profunda era su formación cristiana y cómo ha ido evolucionando hacia posturas progresistas. Nunca se presentó como un revolucionario ni como marxista.

Vichy o el pasado infamante

El gran descubrimiento de Nay —que tanto la prensa francesa como la española han puesto en seguida de relieve— son las relaciones de Mitterrand con el régimen de Vichy.

La autora «revela» que Mitterrand recibió la mayor distinción del gobierno de Vichy: la *francisque*. Para añadir, páginas más adelante, que nunca fue a recoger tan alta condecoración. La entrega de la *francisque* se hacía con suma facilidad, se daba a cualquiera que hubiera desarrollado una labor en un organismo oficial. Se hacía así para comprometer a quienes la recibían y obligar con el even-

tual rechazo su falta de adhesión al régimen del mariscal Petain. Al igual que otros muchos a Mitterrand se le recomendó que no rechazara «tal honor» y, como los demás que se veían distinguidos con esa insignia patriótica, no la rehusó precisamente para no desvelar sus convicciones poco adictas. Altos funcionarios del gobierno de Vichy desarrollaron puestos elevados con el general De Gaulle y nadie les echó en cara su pasado petainista.

Si las comparaciones son siempre odiosas no estará de más señalar que altos dirigentes políticos no sólo no cayeron presos de guerra, como el actual presidente de la república francesa, sino que se fueron voluntarios a trabajar a Alemania, caso de George Marchais, y ahí está desempeñando el cargo de secretario general del partido comunista.

Cuando estalló la guerra Mitterrand era un joven que no estaba politizado y que fue sólo a través de su experiencia en los frentes y al contemplar las injusticias sociales en los campos de concentración que se fue politizando.

Catherine Nay admite que a los pocos días de llegar a Vichy Mitterrand se puso a trabajar en los servicios de ayuda a los presos y deportados en Alemania, y que participaba de buen grado en burlar la censura alemana para enviar documentos falsos a los presos, crear una red de centros seguros a los que podían recurrir quienes lograban escapar de Alemania. Y que a los pocos meses Mitterrand estaba ya colaborando de lleno con la resistencia. Nay recurre a los testimonios habidos y por haber, a los indicios más sutiles, a las relaciones o

amistades con personas vinculadas con la derecha que Mitterrand tenía por aquellos días, con objeto de establecer una relación de causa a efecto que permita deducir el siguiente razonamiento: si tenía tales amistades conocidas por su adhesión a Petain o a otra personalidad del régimen de Vichy, indefectiblemente también él era un hombre de derechas. La frontera entre los partidarios del viejo mariscal y su ubicación a la derecha no es nada fácil de establecer. Muchos eran los franceses que creían que Petain y De Gaulle en el fondo estaban de acuerdo, tenían un pacto secreto y que colaborar con Vichy, a fin de cuentas, no era lo mismo que participar en las locas fantasías de Laval, los Doriot y otros partidarios de una colaboración con los nazis.

Dice Lottman, biógrafo crítico de Petain y que ha estudiado por otra parte la Francia de la ocupación, que por aquellos años todos eran colaboracionistas, gracias a la propia propaganda que hacían los colaboracionistas que implicando a todos salvaban su propia responsabilidad. Y también manifiesta que todo el mundo fue luego resistente, porque todo el mundo quiere lavar el complejo de culpa que da el haber vivido en un régimen que ha sido impuesto. Fenómeno éste que cualquier español entenderá perfectamente: resulta que aquí todos hemos sido demócratas de toda la vida. Nadie lo cree, pero mejor dar a entender de que así ha sido porque a fuerza de repetirlo logramos convencernos de que así fue y, por consiguiente, queda la posibilidad de que así sea en el futuro.

No está de más destacar que en los primeros tiempos

de la ocupación la venerable figura del vencedor de Verdun, el viejo y paternal mariscal Petain, concitó las simpatías de un amplio sector de la población que veía en el soldado que dio la victoria a los ejércitos franceses en la guerra del 14 un símbolo de la grandeza de la patria y recordaba a los alemanes las humillaciones sufridas por éstos en el pasado.

Hombres como François Mauriac y André Gide saludaron con sosiego y simpatía la presencia de Petain a la cabeza del Estado. El ex compañero de viaje de los comunistas galos y hombre considerado de izquierda hasta entonces, Gide, llegó a considerar que no les venía mal una dictadura, eso sí francesa, a sus compatriotas. Fueron muchos los franceses que consideraban un castigo justo la ocupación o la derrota por la vida disoluta que habían llevado en años anteriores.

La historiografía francesa no ha zanjado definitivamente cuál fue el papel exacto que jugó el viejo mariscal... Para muchos fue el chivo expiatorio que se brindó generosamente al ocupante con el fin de limitar las exigencias de los alemanes. Plumas autorizadas consideran que en el seno del régimen de Vichy se daban los ingredientes de la extrema derecha dispuesta a pactar y a colaborar con Hitler en la edificación de la nueva Europa preconizada por el Führer. Un hombre con más de 84 años sobre las espaldas difícilmente podía resistir al empuje de los nazis y de los elementos más comprometidos con la causa de los alemanes que participaban en su propio gobierno.

Nada nuevo nos descubre Catherine Nay cuando pone

al descubierto los orígenes cristianos del actual presidente galo. No hay biógrafo que lo oculte, y el propio Mitterrand ha dejado escrito en múltiples ocasiones la educación que recibió y lo que debe al cristianismo. Cualquiera persona medianamente bien informada no ignora tampoco la evolución ideológica del ex diputado de Nièvre. Pero una cosa sí está clara; a partir del momento en que Mitterrand inicia su carrera política, con altos y bajos, nunca deja de estar en las corrientes progresistas.

Cierto que cuando se estrena como ministro de los territorios de ultramar no tiene un proyecto ni global ni revolucionario. Es un reformista que intenta preservar el imperio. Pero también es verdad que dentro de este marco intenta humanizar las relaciones con los distintos países de África y que esboza la Unión Francesa, vasta confederación cuyo centro ha de hallarse en su opinión en la metrópoli. La autora se olvida de tener suficientemente en cuenta que la derecha le hizo la vida imposible y que se vio en la obligación de dimitir. Tampoco aclara Catherine Nay que, siendo Mitterrand Ministro del Interior, dijo al estallar la guerra en Argelia la famosa frase: *Argelia es Francia*, lo que quiere ni más ni menos significar también que todos los ciudadanos que viven en las tres provincias argelinas son franceses, sean éstos árabes o europeos, y que las leyes de la república son aplicables a todos por igual. Resulta, asimismo, evidente de que cuando estalló el conflicto argelino, que tan hondas repercusiones iba a tener en la vida política francesa, nadie, ni los comunistas, creía que la ola de violencia iba a tener las dimensiones que tu-

vo ni que Argelia podía dejar de ser francesa. Todo el mundo estaba convencido de que Argelia formaba parte integrante de Francia, y un hombre tan poco sospechoso de espíritu colonialista o conservador como Albert Camus, tras haber colaborado con los movimientos reivindicativos argelinos, veía con verdadero terror la idea de una Argelia independiente. En más de una ocasión el autor de *La peste* manifestó que tan argelinos eran los europeos nacidos en aquellas provincias como los propios árabes. El poeta soñaba con una sociedad birracial y bicultural, pero ya se sabe la escasa inclinación que los cañones tienen por la lírica.

Al estallar la guerra de Argelia se dio la triste paradoja que los socialistas en el poder (Guy Mollet fue, después de que Mendes France dejara la Presidencia del Consejo, jefe del gobierno y Mitterrand abandonó Interior para ocupar la cartera de Justicia) tuvieron que defender los restos del Imperio. No hacía meses que la izquierda había terminado con la guerra de Argelia, y no había encajado los golpes de la mano dura de los partidarios de preservar los privilegios del colonialismo más rancio e intransigente.

Mitterrand, tanto en su calidad de Ministro del Interior como luego en Justicia, intentó limitar los abusos de poder de la derecha dura que no vacilaba en utilizar los métodos tan represivos como los utilizados por los nazis en la recién acabada guerra mundial. No fue ni mucho menos partidario de conceder la independencia a los partidarios del FLN, pero, ¿quién lo era en los primeros tiempos? Nadie previó las dimensiones que iba a tomar el conflicto argeli-

no, pero sí mostró desde un principio el deseo de negociar y de no involucrar a toda la población árabe en el movimiento de resistencia. Lo que se olvida de decir más explícitamente la autora de esta dilatada biografía es el poder de la derecha infiltrada en los mecanismos del Estado, en particular en el Ejército y en el Parlamento. Un hecho que se olvida a menudo cuando se enfoca esta etapa de la historia francesa es que la opinión en general no concebía la pérdida de Argelia. En el corazón del ciudadano medio esas tres provincias del norte de Africa formaban parte del Estado francés en la misma medida que Ceuta y Melilla forman parte de España para la mayoría de los españoles. Se olvida hartamente a menudo que ni la lengua ni la geografía forman una nación. La unidad de un Estado sólo se mantiene cuando se dispone de los medios para preservar esa unidad.

No tiene suerte Mitterrand con sus biógrafos; Cathérine Nay, periodista brillante y con sentido del humor, se pierde en la anécdota y el chismorreo, no siente simpatía alguna por el personaje y se le nota demasiado. Otros se pasan al extremo opuesto y nos presentan a una especie de demiurgo que concita por igual simpatías y adhesiones sin reservas, y odios insuperables por lo general en la derecha. Falta por hacer la biografía precisa, seria, desapasionada y crítica que el personaje merece. La propia Nay tiene que admitir que los supuestos teóricos que Mitterrand elabora para sacar al partido socialista de la nada, orillar la influencia de los comunistas y hacerse con el poder se han visto corroborados por los hechos.

Cierto, y aquí la autora tiene toda la razón, que Mitte-

rand criticó la constitución de la V República y no sólo no la ha modificado como había prometido, sino que la ha respetado y ha considerado que puede perfectamente convenirle. No ha tenido los escrúpulos de un Mendes France que nunca quiso presentarse candidato bajo un sistema que rechazaba de pleno. Ciertamente igualmente que Mitterrand combatió la fuerza nuclear francesa y que tampoco la ha modificado. E igualmente habrá que admitirse que el margen de movimiento de un partido socialista que intenta llevar a cabo sólo reformas en el marco del sistema capitalista está igualmente limitado cuando se quiere evitar un cataclismo económico o caer en la dinámica que irremisiblemente lleva a la dictadura del proletariado.

**CRISIS
DE LA RAZON
TECNOLOGICA
Y MUERTE DE LAS
VANGUARDIAS**

M.^a Dolores Castrillo

Eduardo Subirats,
*La crisis de las vanguardias
y la cultura moderna.*
Ediciones Libertarias.
Madrid, 1985.

De fuerza constructora y emancipadora (como fue concebida en sus orígenes ilustrados), la razón ha llegado a convertirse en una ciega potencia de destrucción. Tal es el hilo argumental —lamentablemente nada apocalíptico, en esta era de amenaza nuclear— en torno al que ha ve-

nido girando la obra de Eduardo Subirats. Baste citar como ejemplo los excelentes ensayos sobre arte y literatura reunidos en el libro *Figuras de la conciencia desdichada*, o ese otro de título inequívoco: *Contra la razón destructiva*. Y es desde esta perspectiva —abierta por la crítica frankfurtiana a la razón instrumental— desde donde muy atinadamente explora ahora Subirats el fenómeno de *La crisis de las vanguardias y la cultura moderna*.

Las vanguardias de nuestro siglo hicieron suyos los valores de la racionalización científico-técnica y con ello el arte hubo de sucumbir a las mismas vicisitudes que aquellos. De ahí que hoy en día, situados frente a las consecuencias de un desarrollo cada vez más agresivo de la razón tecnológica, así como frente a la misma historia del arte moderno, resulte de todo punto inaceptable la utopía racionalista de la máquina asumida por los vanguardistas. Es muy de agradecer —entre otras cosas, porque contrasta con la retahíla de elogios en que todavía se deshace la crítica de arte «oficial» —la claridad con que Subirats se manifiesta al respecto: «La utopía de las vanguardias artísticas ha muerto porque sus valores no cumplen (...) más que una función legitimatoria, regresiva y conservadora. Su tarea ya no es ni la creación, ni la renovación, ni la crítica»; lo que en verdad ahora las caracteriza es «su integración a un proceso regresivo de colonización tecnológica de la vida».

El planteamiento, a mi modo de ver, es impecable, y efectivamente, como señala el autor, hoy no hay motivo alguno para escandalizarse por esta constatación del fracaso histórico de las vanguardias.

Lo que sí hubiera podido suscitar el escándalo habría sido una consideración menos comprensiva, o si se prefiriera más irreverente, no ya del papel que las vanguardias juegan en la actualidad —papel que denuncia sin contemplaciones— sino también del que desempeñaron en aquella primera etapa denominada heroica. Pero en este punto Subirats mantiene una posición enormemente respetuosa. Por consiguiente se adhiere a una tesis consistente en diferenciar entre una primera vanguardia crítica, subversiva y de signo emancipador, y otra posterior —fundamentalmente a partir de la segunda guerra— que se desprende de todos estos significados para convertirse en «la reproducción indefinida de un principio de orden».

Esta distinción, desde luego, no es aleatoria. La dialéctica de las vanguardias discurre paralela a la del propio progreso científico-técnico. A medida que éste iba mostrando su rostro negativo y amenazador, los ideales transgresores de la vanguardia —asociados al maquinismo— iban transformándose en su contrario. No obstante —y sin que ello implique desconocer esta dialéctica del progreso— cabría preguntarse qué punto estaba justificado, ya a comienzos de nuestro siglo, al convertir el maquinismo en un principio casi unívoco de salvación y de esperanza, como hicieron los pioneros de la vanguardia. La sospecha de que aquella desmedida confianza no fue sólo ingenua sino también ideológica, quizá no parezca tan descabellada si se tiene en cuenta que a lo largo del siglo pasado —desde los románticos a Simmel, pasando por Schopenhauer, Nietzsche o Marx— fueron más que abundantes las ad-

vertencias contra los efectos coactivos y regresivos que estaba arrastrando consigo el progreso industrial. El asunto es, qué duda cabe, espinoso. Pero un análisis aún más esclarecedor de la cuestión hubiera requerido superar el esquema —básicamente aquí mantenido— de la utopía concebida como figura progresista en su primera etapa y como pura ideología en las siguientes. Pues si queremos acabar de entender esta misteriosa transformación parece necesario clarificar las complicidades que no sólo las últimas sino también las primeras vanguardias mantuvieron con la axiomática positivista. Bien entendido que la desconfianza hacia el particular proyecto del vanguardismo no tiene por qué identificarse con la invalidación de todo proyecto.

Este, sin embargo, es uno de los rasgos que detecta Subirats en la estética posmoderna, y una de las razones prioritarias de su enemistad hacia ella.

Es cierto que los elementos utópicos parecen haberse volatilizado del panorama artístico contemporáneo; lo que, por otra parte, no es exclusivo de este ámbito, sino que entronca con la oleada general de descrédito que nos envuelve. Es evidente también que urge salir del impasse actual. Para ello la recuperación del principio de utopía atribuido a las primeras vanguardias a que nos invita Subirats es, desde luego, una posibilidad, aunque no exenta de problemas. En primer lugar, si tomamos a aquellas como paradigma, queda en suspenso de qué contenidos debiera rellenarse dicho principio para que la llamada al rescate de su espíritu utópico alcanzara a ser algo más que una invoca-

ción puramente formal. Porque lo que sí nos ha dejado ver con claridad es que el código estético del maquinismo en el que se materializó aquella utopía resulta, a estas alturas, un desatino.

Pero es que además, a la vista de los frutos cosechados, tampoco parece fácil dejarse tentar de nuevo por esas grandes construcciones totalizadoras que fueron las utopías. Por eso, hoy son muchos los que, abominando del estado presente de cosas, renuncian no obstante a las altas misiones y se inclinan hacia un tipo de intervenciones más parciales y coyunturales, pero que entienden menos peligrosamente mistificadoras. De modo paralelo, la renuncia al principio utópico —en su sentido más ortodoxo— en el arte y la arquitectura no implica necesariamente la entronización de lo que hay. Es posible —y de hecho algunas experiencias han tenido lugar en arquitectura y urbanismo— ejercer acciones puntuales de resistencia, proyectos disidentes que pongan freno a la hecatombe constructiva de las últimas décadas. Es muy cierto que todas estas alternativas fragmentarias son de una inmensa fragilidad. Pero como la concepción clásica de la utopía parece hoy —y no sin motivo— difícil de retomar, no conviene desdeñarlas. Quizá de ellas pueda brotar un nuevo concepto de utopía, radicalmente antidogmática, abierta y múltiple, acorde con esta era de desconfianza hacia los Absolutos, en la que la sensibilidad posmoderna más lúcida y menos trivial parece conectar con esa tradición de pensamiento que, acompañando siempre como su sombra a la modernidad triunfante, ha constituido su reverso crítico, y cuyas advertencias es preciso tener hoy bien pre-

sentos. En este sentido, y si bien coincido plenamente con Subirats en la necesidad de apuntar hacia un más allá de lo posmoderno, no obstante su crítica hacia este fenómeno, demasiado acerada, me parece que puede jugar un papel inhibitorio. Por cuanto con ella se corre el riesgo de dejar embrollarse, deformarse o simplemente morir, una serie de iniciativas cuyo alcance aún está por ver.

La estética del *Postmodern* —afirma— se halla estrechamente entrelazada con las estrategias de expolio militar y económico en el mundo entero; esta grave acusación, formulada de manera demasiado genérica, hubiera requerido una justificación más precisa de la que en este libro se nos brinda. Dos serían, a su entender, las características fundamentales de las obras del *Postmodern*, y lo que las ligaría íntimamente a las formas de poder antes aludidas: la monumentalidad irrefrenada y el culto al poder tecnológico.

Por lo que se refiere a la segunda, es seguro que alguna que otra obra de las que se etiquetan bajo este rótulo despiden un marcado tufo tecnológico. Pero en líneas generales, y con independencia de los inevitables equívocos que toda clasificación entraña (sobre todo si se trata de un movimiento en gestación), la tecnolatría es precisamente lo propio de la arquitectura moderna y tardomoderna, y uno de los elementos clave contra los que se define la respuesta de la arquitectura posmoderna, tanto en sus premisas teóricas (véase Portoghesi), como en no pocas de sus realizaciones concretas.

En cuanto a la monumentalidad irrefrenada, es innega-

ble que a muchos edificios denominados posmodernos les cuadraría bien este calificativo. Pero también lo es el que éste resultaría igualmente adecuado para caracterizar a esos gigantes comerciales en acero, cristal u hormigón, que definen por sí solos el paisaje de nuestras megalópolis, y que fueron levantados, precisamente, desde los ideales o los restos de los ideales del Movimiento Moderno.

Frente a los excesos y errores de aquél, me parece innegable que el *Postmodern* ha aportado algunas sugerencias nada despreciables. De él ha partido en buena medida la revisión del empobrecedor concepto de necesidad propio del funcionalismo y el intento por reelaborar uno más complejo en el que tengan cabida atribuciones tales como el ornamento, el símbolo, o simplemente la capacidad de evocar algo más sugestivo que el mundo de la máquina y la producción. El empeño por recontextualizar el edificio en el ambiente natural, histórico o local en el que nace, es asimismo la respuesta que nos ofrece frente al proceso imperialista de uniformización que la estética tecnológica, moderna o tardomoderna, ha impuesto sobre las más diversas culturas desposeyéndolas de su identidad.

Otra cosa es —y aquí sí están plenamente justificados los reproches— que estas respuestas no entrañen en sí nuevos peligros, como el del pastiche historicista al gusto hollywoodense.

Otra cosa es también que, si todo ello no se reintegra en el marco de una reflexión cultural más amplia y responsable, estas iniciativas no queden reducidas a un esteticismo vacío e impotente. Por ello, y a

pesar de que una crítica demasiado intransigente hacia el *Postmodern* pueda resultar contraproducente, sí es absolutamente necesaria la advertencia que encierra este ensayo: es preciso recuperar para el arte —hoy sumido en la intrascendencia— sus más honradas posibilidades de contribuir a la configuración de una nueva identidad estética y cultural.

Y es esta necesidad, profundamente sentida, la que le lleva a Subirats a resaltar —si bien, a mi juicio, con un cierto tinte de idealización— el talante crítico y el principio de utopía que, más allá de su mala positividad en el mundo actual, tuvieron las vanguardias en sus inicios, y que estima preciso rescatar. Pero idealizadas o no, lo que sí está claro es que en ningún momento nos propone conservar su espíritu, que deja nitidamente caracterizado bajo la categoría de *estética cartesiana*; antes bien, nos muestra como el principio de la máquina, que las vanguardias elevaron a valor cultural universal, ha perdido hoy todo su sentido transgresor hasta adquirir la dimensión estrictamente contraria.

Frente a las divulgaciones académicas todavía apologéticas de los «ismos» de la modernidad, este ensayo aventura pues un análisis crítico y enormemente esclarecedor del por qué de su agotamiento; pero también frente a las falsificaciones que las apologías del *Postmodern* —como cualesquiera otras— conllevan, nos advierte que una cosa es la crisis de las vanguardias y otra muy distinta su superación. Qué duda cabe de que para modelar una nueva identidad artística y cultural tenemos hoy, cuando las recias seguridades de ayer se han des-

plomado, un gran trecho por delante. Pero son libros como éste, escritos con ameno rigor y desde una perspectiva totalmente ajena a intereses gremializados, los que verdaderamente pueden ayudarnos en este empeño.

APRENDER A VIVIR

Miguel Porta Perales

Javier Sádaba,
Saber Vivir.
Ediciones Libertarias.
Madrid, 1984.

Javier Sádaba, profesor de Ética y Sociología en la Universidad Autónoma de Madrid, es uno de los en su día llamados «filósofos jóvenes» mejor conocidos. Asiduo en las publicaciones periódicas de más prestigio del país, Sádaba es —además de colaborador en la *Historia de la filosofía*, de Noguer, y editor de los *Diálogos sobre la religión natural*, de Hume— autor de las siguientes obras a destacar: *Wittgenstein; Filosofía, lógica, religión; Qué es un sistema de creencias y Lenguaje religioso y filosofía analítica*. *Saber vivir* es su último y excelente trabajo aparecido en el mercado editorial español y que aquí vamos a comentar.

Sádaba parte de una constatación: la vida cotidiana, para la mayoría de la gente, se caracteriza por el hastío, la desconfianza y el sopor al tiempo que, parafraseando a

Weber, se ha convertido en una especie de «jaula de hierro» de la que se quiere salir, pero cuyas puertas parecen estar cerradas a cal y canto. La vida cotidiana, en fin, se asemeja a una garra que todo lo abarca, nada se le escapa y todo lo aprieta y expolia. La alternativa a esta cotidianidad castrada se encuentra, para Sádaba, en la rebelión desde la vida cotidiana, en una rebelión que recupere los gozos sustituidos y los placeres reemplazados. Se trata, en realidad, de la *creación* de otro mundo a través de una mirada distinta a la habitual; pero ha de ser una auténtica creación y no una forma enmascarada de dogma que, en palabras del propio Sádaba, «niegue más que afirme y anhele más que creen en un futuro absoluto».

El trabajo de Sádaba es especialmente lúcido respecto a los peligros que acechan tras dos ideas que aparentemente abren el camino de la liberación: la utopía y la recuperación de lo diario. Si bien las dos ideas tienen de positivo el promocionar algo tan conveniente como la imaginación y el deseo de construcción de nuevos modos de cotidianidad, no es menos cierto que utopía y recuperación de lo diario contienen algunos elementos no deseables. En efecto, la utopía puede fácilmente llevar al dogmatismo al metamorfosear el futuro en un Futuro (con mayúscula) al que habríamos de dedicar todos nuestros esfuerzos y por el que habríamos de sacrificar (y despreciar) todo lo imperfecto que tenemos. La nueva vida cotidiana, obviamente, ni puede pasar por este tipo de dogmático y utópico futuro ni debe alcanzarse a través de semejante proceso franciscano que no hace, en el fondo, sino condenar al hombre a una

alienación poco menos que perpetua.

¿Utopías? Sí, responde Sádaba, pero sin despreciar lo que tenemos en favor de supuestos supermundos, en favor de ese «dioscillo llamado futuro». Si la utopía nos conduce ilusoriamente al cielo sin haber pasado por la tierra (esfumando el presente), la «recuperación de lo diario» tiene la dudosa virtud de hacernos perder la fantasía y la capacidad de desesperación (que es el germen de la esperanza) al condenarnos a vivir en nuestra pequeña parcela perfectamente alienados y codificados según imposición de la «racionalidad» imperante. Las falsas soluciones y alternativas conducen, ya a la sublimación (reclusión aristocratizante y quizá intensa vida interior, pero a cambio de desconectar con el exterior), ya a la alienación (contentarse con lo que nos es dado a cambio de perder la facultad de decidir). Aunque sublimación y alienación tienen también su lado positivo (al reconocer las limitaciones existentes y proporcionar sosiego, silencio, etc.) podemos decir, citando a Sádaba, que sublimación y alienación conducen a un «ya que no se puede ser libre, hay que buscarse un buen amo». Y esto ni es el camino ni menos la solución.

La alternativa, como se dijo más arriba, está en una rebelión desde la vida cotidiana; rebelión que, en la perspectiva de Sádaba, se traduce en la defensa de una cierta cotidianidad contra el significado y la realidad de la vida cotidiana que no es sino inercia y aburrimiento. Y esta nueva cotidianidad, que es «todo un vivir», se enfrenta a la noción tradicional de moral. En efecto, frente a una idea vacía de moral entendida de forma

heroica, lo que hay que defender y reivindicar es, se nos dice, una moral escindida y no unitaria, relativa y no absoluta, lejos de la ley y que, sin reglas fijas, esté dispuesta a sacar todo el jugo al *ego* contra el tenebroso, normativo, impositivo y rígido *superego*. Se trata, en suma, de una moral (de una ética) entendida como costumbre y no como justificación de obligaciones que, a fin de cuentas, no persiguen otra cosa que la sumisión del individuo al sistema y la reproducción ampliada del propio sistema. Dicho en otros términos, no ha de ser la moral la que imponga una forma de vida, sino que es el vivir el que ha de expresar una moral; moral que hay que entender en plural, ya que si resulta claro que hay que ser feliz, no está dicho cómo. En este sentido la moral no es otra cosa que «la aceptación de que *cualquier manera* de entender la vida vale *siempre y cuando* se consideren las otras alternativas como posibilidades que uno podría tener». Obviamente este tipo de moral supone un acuerdo en y con el desacuerdo, ya que al admitir la diferencia se está admitiendo, al mismo tiempo, a aquél que es diferente.

¿Cómo se materializa el nuevo saber vivir, la nueva cotidianeidad alternativa? Aunque el trabajo de Sádaba no es muy concreto a este respecto —y pienso que no es concreto porque ésta es, en realidad, una tarea que nos incumbe a todos y cada uno de nosotros—, sí que pueden extraerse unas líneas u orientaciones generales de este saber vivir. Vertebradas por la idea de transgresión —transgresión de la alienante y limitada cotidianeidad existente— tales orientaciones o propuestas serían *a grosso modo*, las siguientes: diferenciación

frente al poder establecido (Sádaba, en uno de los mejores ensayos del libro, considera el poder político como una teología laica que contiene netas y visibles trazas de religiosidad como son el moralismo, el semipanteísmo, el ritualismo y el purismo); reivindicación de cierto neohedonismo que ha de estar presente en todas las actividades; insistencia en lo inmediato y rechazo de las mediaciones; revolución de las costumbres; recuperación de la ilusión y la imaginación; predominio de la sensibilidad frente a un pensamiento las más de las veces vacío; limitación de las falsas necesidades que sólo tienen por objeto alienarnos y exproliarnos nuestro tiempo, nuestro trabajo, nuestra capacidad creadora, etc. («si nos persuades para que atravesemos el estrecho límite de la necesidad —dice Diderot, sacado a colación por Sádaba—, ¿cuándo dejaremos de trabajar?, ¿cuándo gozaremos? No nos des la lata ni con tus necesidades ficticias ni con tus virtudes quiméricas»); convencimiento de que nadie puede ser libre si todos no lo son, etc. Y todos estos criterios u orientaciones, que son susceptibles de aplicarse en todos los terrenos (barrio, cultura, ocio, amigos, familia, juego, etc.), han de llevarnos a la convicción de que, como dice nuestro autor, «todo instante puede ser gozoso» y que «más que de una vida feliz, habría que hablar de la felicidad de la vida».

Frente a la cotidianeidad que nos acecha (y ataca), frente al «insatisfechos del presente y temerosos del futuro», de Hume, hay que reconocer que, como dice el filósofo, la enfermedad de una época se cura cambiando de vida. Pero para ello es necesario, en primer lugar, aprender

a vivir y no sólo sobrevivir. En realidad se trata de esto: de superar el estadio del exclusivo sobrevivir elevándose al estadio superior del saber vivir. Tal es, de hecho, lo que nos propone Javier Sádaba en este refrescante y excelente trabajo. Habría que ponerse ya manos a la obra.

RETRATO INTELECTUAL DE DIEZ-CANEDO

Santiago S. Torrado

José M.^a Fernández Gutiérrez,
Enrique Díez-Canedo: su tiempo y su obra.
Departamento de Publicaciones de la Diputación de Badajoz, 1984.

Con este sabroso y sugestivo retrato debido a Max Aub se abre este libro que comento sobre la figura y la obra de Enrique Díez-Canedo: «Los brazos cortos mandando sobre los faldones de la chaqueta abierta al viento, sonrosado, redondo, el paso menudo, la sonrisa ancha. Si, como creo, hay libros de viejo en el otro mundo, allí estará Canedo tras su botánico, en su feria de libros, subibajando entre los puestos, buscando colofones, trasegando, pesquisando faltas, divirtiéndose con erratas, revolviendo escondrijos, en busca de uno y en pos de otro como dispar, con el claro cielo de Madrid en las diabladas, la blanca ho-

landa del Guadarrama en el foro, el Prado en segundo término y sus nietos de la mano, sonando las dos en la estación de Atocha, camino de vuelta a su casa» (Max Aub, *Litoral*, núm. 33-34, 1970, pág. 10).

Nos encontramos ante la biografía intelectual de un hombre relativamente desconocido, cuyo inmerecido anonimato trata de aliviar este encomiable y detallado estudio de José M.^a Fernández, catedrático de Literatura en la Universidad de Tarragona. La Diputación de Badajoz ha editado el libro sin afán comercial, en un empeño cultural digno de imitación y de alabanza. Martínez Cachero destaca en su prólogo las cualidades más sobresalientes del hombre que es objeto de esta documentada y rigurosa biografía: «...crítico culto, sensible y honrado, atento primordialmente a la estética, sin perderse nunca en valoraciones mediatizadas por lo político, lo social o lo moral; atento seguidor, asimismo, de la marcha de las letras hispano-americanas. Todo lo apuntado resulta mérito suficiente (a mi ver) para que a la biografía «sobre» Enrique Díez-Canedo, reducida sólo a fervorosos homenajes de circunstancias, rendidos por buenos e ilustres amigos —el número necrológico de la revista *Litoral* (México, agosto 1944) es cumplida muestra de ello—, se incorporase un estudio extenso y documentado acerca de su vida y de su obra» (págs. 12 y 13).

Los primeros contactos de Canedo con la literatura se sitúan en Barcelona de modo significativo, y mantuvo un fuerte vínculo con las personas, la cultura y las instituciones barcelonesas. Pero a una edad relativamente temprana se traslada al ambiente políti-

co y cultural de Madrid, al que su vida está íntimamente ligada. A través de su actividad como miembro del Ateneo, del Centro de Estudios Históricos y de la Junta de Relaciones Culturales, se va mostrando como un poeta profundo y como un espíritu limpio y noble. Su imagen primera y definitiva es «la de un hombre amable, liberal, amigo de poetas y artistas, y siempre cargado de libros» (pág. 18). Su poesía responde a una auténtica postura vital, aunando los logros formales y rítmicos del más auténtico modernismo con unos temas y unos tonos que contrastan con lo anterior.

Desde muy temprano puede advertirse su afición literaria polarizada en el periodismo, aunque es el suyo un espíritu abierto a todas las manifestaciones del arte, por lo que fácilmente conecta con diversas iniciativas culturales de su época: las revistas *Faro*, *La lectura*, etc.

Como se sabe, en 1907 se creó la Junta de Ampliación de Estudios, con el impulso de la Institución Libre de Enseñanza. Más que por vinculaciones personales, Canedo se sintió unido a la Junta gracias al talante de su actitud intelectual y liberal. El espíritu de la Institución Libre se prolongó y concretó en la Residencia de Estudiantes, realización de gran trascendencia cultural, en la que convivieron figuras eminentes —Unamuno, Lorca, Ortega, etc.— y en la que colaboró igualmente Canedo.

Es imposible reseñar con detalle todos los pasos de la trayectoria personal e intelectual de Enrique Díez-Canedo: por ejemplo, su interesante estancia en París, fecunda en cuanto a su cultivo de la poesía y a la calidad de sus tra-

ducciones, unánimemente valoradas. La participación de Canedo en la vida político-cultural española fue intensa, básicamente con el «reformismo» de Melquíades Álvarez y con la Liga de Educación Política. Colaboró, asimismo, en el periódico *El Sol*, cuyos lectores y redactores pertenecían mayoritariamente a la clase media, liberal y burguesa, pero que estaba presidido por el signo de la renovación. Como puede verse, todos los ámbitos en los que se mueve Canedo tienen puntos ideológicos comunes, lo que es revelador sobre la coherencia de su actitud y su pensamiento. Tal ideología es renovadora y europeizante, y postulaba educación para todos, tolerancia y respeto mutuos, especialmente en el aspecto científico y en el de la conciencia individual. Como se ha repetido muchas veces, «el institucionismo es un estilo de vida y de pensar, un programa de acción social, pedagógica y política» (pág. 36). A este espíritu institucionista fue coherentemente fiel Canedo en su múltiple actividad de profesor, poeta, crítico y periodista.

La verdadera vocación de Canedo es casi exclusivamente literaria, sin que sea justo llamarle político en sentido estricto y pleno. Su dedicación al mundo del libro y a los cuadernos literarios es relevante, y así queda reflejada cabalmente en el estudio de José M.^a Fernández. Pero a través de sus artículos en torno a los años 1920-1940 podemos lograr una reseña muy cumplida de la cultura y la política españolas de entonces. Como dato puede aportarse el que, de todos los que figuraban con Juan Ramón Jiménez como redactores e impulsores de la revista *Indice*, quienes verdaderamente le ayudaron fueron Alfonso Reyes, Díez-

Canedo y Bergamín. La revista *España*, el Madrid de las tertulias y del Ateneo, la relación de Canedo con América, los años difíciles de la República, la guerra civil, el exilio y la muerte, son otros tantos jalones de su itinerario a los que corresponden los diversos capítulos del libro que comento. En este camino denso y complejo, Canedo se perfila como «un liberal, comprometido y preocupado por el proceso político de España, pero su participación directa se redujo al plano cultural, en especial al literario, y aun aquí supo distinguir lo que era literatura de la literatura al servicio de la causa política» (página 56).

Tampoco sería justo imaginar a Canedo como representante de un costumbrismo de cariz liberal erudito e inocuo: las «tertulias» son la sede del pensamiento más en vanguardia de los primeros 36 años del siglo XX, como cauces de protesta contra las instituciones caducas y contra las formas de vida y de gobierno gastadas y agonizantes. Canedo sería siempre en este campo un elemento moderador y de unificación. Esta vida cultural refleja fielmente la con-

tradictoria historia española de aquellos años.

El prestigio de Canedo como erudito y hombre culto eran compatibles con una sencillez y una claridad de exposición notables. En los momentos más difíciles mostró una gran independencia de criterio, desinterés personal y lealtad, virtudes no precisamente frecuentes en hombres tanto públicos como privados. Es el suyo el compromiso del intelectual que tiende a hacer una crítica global y libre. Todo ello mereció una hermosa semblanza, en la que colaboraron Altolaguirre, Max Aub, Josep Carner, Délan, Domenchina, Juan Ramón, Moreno Villa, Emilio Prados, Alfonso Reyes, Benjamín Jarnés, etc. Ahí se resaltan su bondad, su gozo interior de la perfección del mundo, su mesura, su hondo liberalismo...

Este libro —cuya lectura es legítimo e indispensable recomendar— se completa con un estudio técnico-literario del sistema crítico de Canedo, centrado en todas las cuestiones que conforman la obra literaria como tal y que se asienta sobre la intuición personal y juicios de tipo impre-

sionista, pero con la base sólida que les proporciona la cultura, erudición, sensibilidad y honradez crítica de su autor. Canedo como crítico de poesías —con algunas referencias a la prosa— y como crítico de teatro son los capítulos principales de esta parte más específica del libro, en la que tienen su espacio el estudio de poetas españoles precursores del modernismo, Rubén Darío, los poetas modernistas, algunos escritores del 98, Juan Ramón Jiménez, la lírica tradicional, Ramón Pérez de Ayala, la poesía regional, Moreno Villa, León Felipe, la generación del 27... En el ámbito teatral, Canedo se ocupa de Benavente y otros dramaturgos afines, del teatro poético y cómico, de los primeros innovadores (Unamuno, Valle, Araquistain, Azaña, Azorín, Gómez de la Serna, Jarnés, Alberti, Sánchez Mejías, García Lorca, etc.).

Un apéndice onomástico y una cuidada bibliografía rematan el presente trabajo, riguroso y documentado, que nos acerca de modo penetrante y cálido, sin las arideces de una descarnada investigación, a la figura humana, al tiempo y a la obra de Enrique Díez-Canedo.



Leviatán

Revista de hechos e ideas

NUMERO 12 (Verano 1983)

José Ramón Recalde: Fuerza y legitimidad del Estado. Luciano Rincón: Elecciones municipales: nuevo mapa. Patxo Unzueta: Qué es y qué no es Herri Batasuna. Mario Aguirre: El gobierno, la OTAN y el militarismo. Manuel A. Garretón: La transición política en el Cono Sur. Luciano Pellicani: El liberalismo socialista de Ortega y Gasset. F. Ariel del Val: Crisis de legitimidad del Estado liberal en Ortega. Angel Merino: Ortega: Las raíces de sus frustraciones políticas. Jim O'Connor: Partidos políticos y Estado capitalista. Luis Suñén: La novela de los setenta. Ignacio Amestoy: Cómo calmar la cólera del español sentado.

NUMERO 13 (Otoño 1983)

Ignacio Sotelo: Paradojas y aporías de los socialistas en el poder. Juan José Castillo: Transformaciones del trabajo y dilemas de los sindicatos. Angel Viñas: La seguridad militar en Europa. Carlos Alonso Zaldívar: Guerra y paz en el mundo nuclear. Enrique Gomáriz: La amenaza soviética. Massimo L. Salvadori: Marx y los marxismos. Paolo Sylos-Labini: Marx y las «leyes de movimiento» del capitalismo. José María Ripalda: La crisis del sujeto revolucionario. Fernando Savater: Policía y razón de Estado. Entrevista con Ramón Rubial. Guillermo Carnero: La poética de la poesía social en la posguerra.

NUMERO 14 (Invierno 1983)

Angel Viñas: Economía y política de la defensa en España. Perfecto Andrés Ibáñez: Política de las garantías y «defensa de la democracia». Chantal Mouffe: El futuro del laborismo inglés. Adam Michnik: Carta desde la cárcel de un patriota polaco. Juan C. Maglaya: Una perspectiva política de Filipinas. Fred Halliday: La política internacional soviética en la década de los 80. Karl S. Karol: ¿Es posible la democratización del sistema soviético? Andrei D. Siniavski: La cultura regimentada. Jürgen Habermas: La desobediencia civil. Entrevista con Doris Lessing. Mario Merlino: Lenguaje y erotismo en Cernuda y Lorca. Miguel Rubio: Víctor Erice: La reflexión a partir de la emoción.

NUMERO 15 (Primavera 1984)

P. Brabo-C. Ortiz: Las segundas elecciones al Parlamento vasco. J. Antonio Gimbernat: La Iglesia y el Gobierno socialista. Luis Larroque: Un programa económico frente a la crisis. T. Zaslavskaja y F. Claudín: Informe sobre la crisis económico-social en la URSS. Ludolfo Paramio: La utopía hecha pedazos. A. Heller y F. Feher: El movimiento antinuclear en las sociedades soviéticas. Santos Juliá: La vigencia de Prieto. Luciano Pellicani: Liberar a Marx de Marx. Ramón Vargas-Machuca: Marx en Kreuznach. Mario Merlino: Brecht: la guerra civil española desde el exilio. Guillermo Heras: La resistible visión sacralizadora de Brecht.

NUMERO 16 (Verano 1984)

Fernando Morán: La política exterior española. Joaquín Leguina: Las autonomías: dos puntos de vista. Pilar Brabo, Carmen Ortiz: Las elecciones autonómicas en Cataluña. Ignacio Sotelo: Poder institucional y hegemonía social. Miguel Angel Martínez: Occidente y América Central. Angel Viñas: Este-Oeste, Norte-Sur y Europa Occidental. Giancarlo Pasquini: Italia: la democracia bloqueada. Perry Anderson: Modernidad y revolución. Marshall Berman: Las señales en la calle. Ludolfo Paramio: La izquierda y la crisis económica. Angel Merino: «Leviatán»: la búsqueda de una teoría. Entrevista con Mario Camus. Felipe Hernández Cava: El tebeo, el «cómic» y Dios dirá.

NUMERO 17 (Otoño 1984)

Angel Viñas: Coordinadas de la política de seguridad española. José Miguel Bueno: Política de seguridad española. Enrique Panés: OTAN: de entrada no, no. Antonio Santesmases: PSOE y OTAN. Carlos Bru: España entre dos tratados. S. Juliá, L. Paramio y M. Satrústegui: Dos años de gobierno del PSOE. Didac Fábregas: Un partido para construir y dirigir el cambio. Entrevista con Gabriel Jackson. Santos Juliá: Continuidad y ruptura en el socialismo. Fernando Savater: Perplejidad y responsabilidad del intelectual. Carlos Moya: 1984, señas de Leviatán. Roger Bartra: El 1984 de la izquierda latinoamericana. Enrique Gomáriz: La reconversión de la izquierda.

NUMERO 18 (Invierno 1984)

Jordi Borja: La izquierda: nuevas formas, nuevas ideas. Manuel Escudero: El Estado de las autonomías. Carlos de la Serna: ¿Alternativas a los bloques? Helga Montag: Televisión pública y televisión comercial. Anna Balletbó: La mujer y los medios de comunicación social. Entrevista con Gonzalo Torrente Ballester. Fernando Claudín: Conversación con Agnes Heller. Luciano Pellicani: El futuro del socialismo. M. A. Quintanilla y R. Vargas-Machuca: Ideas para el socialismo del futuro. Juan Miguel Lamet: Sobre algunos tópicos del cine español. J. Luis Guereña: Situación apasionada de Vicente Aleixandre.

NUMERO 19 (Primavera 1985)

Alfonso Guerra: Europa en el mundo. Rafael Dezcállar: Las conversaciones de Ginebra. Agnes Heller y Ferenc Feher: La sombra de un nuevo Rapallo. Joaquín Leguina: Viejas y nuevas ideas de la izquierda. Josep M. Triginer: Modelo cultural o proyecto político. A. Chazarra y J. García: Una reflexión sobre el socialismo español hoy. Entrevista con Andrei Siniavski. Carlos Moya: Signos del tiempo: moderno y posmoderno. Antonio Monclús: El problema del poder: ámbito y disolución. Gumersindo Ruiz: Orwell visto por un economista. J. M. García Rey: El lenguaje alejado de la verdad.

Suscripción anual: 1.200 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:

C/. Monte Esquinza, 30. 28010-Madrid.



PRECIO DE ESTE EJEMPLAR: 350 PTAS.